

ZURZULITA

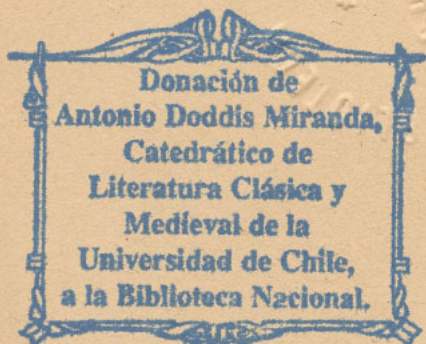


MARIANO LATORRE

AAQ 9089

ZURZULITA

(SENCILLO RELATO DE LOS CERROS)



EDITORIAL CHILENA
MCMXX

150175



ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

En la primavera de 1919 recorría una de las grandes librerías de Nueva York que se precia de ofrecer a su clientela la producción literaria de los países de lengua castellana. Allí cayó en mis manos un libro de Mariano Latorre. Conocía el nombre del autor que era, cuando yo partí del país, una esperanza, un joven escritor brillante y original en quién se veía despertar una personalidad propia muy acentuada. El libro que adquirí en Nueva York y que leí con interés creciente, dominado mi espíritu por su belleza, me lo revelaba como un escritor completo, como un artista literario que llegaba a la plenitud de sus facultades.

Contenía aquel libro bajo el título de «Cuna de Cóndores» unos cuantos estudios de la vida de los montañeses de Chile, de esas regiones del centro del país en que los primeros contrafuertes de la cordillera y aun los angostos valles *más altos que la nieve cubre cada año, están habitados por una raza fuerte, silenciosa, cuya alma parece haberse hecho más grande y más enérgica en contacto y en lucha con la ruda naturaleza.*

La novela que hoy ofrece Latorre al público va más allá que el libro que acabo de mencionar. Antes había hecho cuentos admirables, había trazado sobre tela pequeña cuadros de asunto enorme que parecían bocetos para obras decorativas de proporciones gigantes. Ahora ha construído una obra literaria completa y definitiva, de arquitectura tan armoniosa como raras veces nos ha ofrecido su generación, en que hay un sentimiento castizo muy hondo, una intensa tradición española, madre de la nuestra, y al mismo tiempo algo de la mesura y elegancia con que el arte de los franceses sabe encantar al mundo.

La más alta condición de Latorre es, sin duda, su poder descriptivo, resultado de una fuerza de observación muy poderosa. Ve la realidad con algo más que fuerza, con implacable rigor, con crueldad; pero al traducirla en obra de arte selecciona sus elementos con un buen gusto espontáneo, sin esfuerzo, y deja el cuadro vivo, animado, fiel de color y de líneas, y al mismo tiempo distinguido y refinado.

No apoya la mano pesadamente en los detalles. Al escoger de la realidad los elementos que necesita para su composición, rara vez deja de encontrar los que son supremos, característicos, sin los cuales el cuadro quedaría muerto y cuya sola presencia basta para evocar un vasto panorama.

Es un novelista paisajista. Es bien difícil serlo sin caer en la monotonía y prolijidad de descripciones largas. A Mariano Latorre le bastan pocas líneas para colocar a sus personajes en el ambiente físico que les corresponde.

Pero esas bellas descripciones hechas a veces en unas cuantas frases, no son más que un accesorio. Poco a poco el lector es conducido al fondo de almas oscuras, complejas, almas de campesinos sórdidos, de aldeanos maliciosos, de hombres en quienes toda una existencia de pobreza y de lucha ha despertado pasiones mezquinas, de otros en quienes la vida no ha logrado extirpar la nativa grandeza del espíritu y el rasgo noble de la raza.

ZURZULITA resulta así un libro que se lee desde el principio con interés, que luego toma la atención del lector por la belleza y novedad de la historia, que por fin se apodera del ánimo como si hubiéramos vivido la estrecha y agobiada existencia en que se mueven sus personajes en el centro de un horizonte que limitan los cerros de la costa de Maule, ásperos y ceñudos, tras de los cuales se adivina el mar bravío. Y es que hay elementos de humanidad en este libro que constituyen el mayor de sus méritos. Cada uno de sus personajes es un ser vivo, es alguien que ha vivido, que acaso vive todavía en quien sabe qué rincón. El artista ha extraído rasgos de innumerables hombres y creado tipos que vivirán.

Al cabo de una larga carrera de lector de novelas comenzada en la niñez y que tal vez no acabará sino con mi vida, voy refugiándome cada día con predilección más cierta en las obras que me entretienen, en las que por una u otra razón, por la belleza del estilo, por el drama que encierran, por el

interés de la historia que cuentan o por la simpatía que me inspiran los personajes logran hacerme olvidar la vida real, los trabajos, las preocupaciones. ¿Son siempre obras admirables para el criterio de un crítico? No lo sé ni tengo particular empeño en averiguarlo.

Con ZURZULITA me ha ocurrido eso: al doblar la última hoja me he despedido con pena de amigos que he conocido en la intimidad, de paisajes que he llegado a sentir y amar, de vidas humanas tristes y alegres como Dios quiere, pero que he seguido en el libro por un buen espacio. Se diría que la palabra FIN marca en un libro como este y para el lector que lo siente con intensidad, la bifurcación de un camino: por uno se van las visiones evocadas por el artista, por el otro continúa solo con sus recuerdos el lector.

Y al llegar a este punto pienso que si no estaba yo calificado por merecimientos o autoridad para escribir estas líneas de introducción a la novela de Mariano Latorre, lo estaba por otras circunstancias, lo estaba por que sus personajes, su ambiente, sus paisajes, el canto de los pájaros que saludan el amanecer, los vientos que azotan al caminante en las rudas serranías, las penas y alegrías de toda esa gente, me son familiares, me fueron familiares en la niñez remota y hoy resurgen ante mí, no ya borrosos recuerdos que he llevado dentro del alma por los caminos de la vida, sino frescos como una resurrección maravillosa. Y tan agradecido le estoy por haberme llenado el alma de estas evocaciones, que ni aun sé si lo que he escrito es un juicio o solamente la obra de la magia del escritor.

Ensaye el lector y verá que esta novela, una de las más fuertes de la literatura nacional de nuestros días, es de las que no pueden ser leídas sin interés y sin emoción por ningún chileno.

C. SILVA VILDÓSOLA.

ZURZULITA

I

LA HERENCIA

La muerte repentina de su padre fué para Mateo Elorduy un despertar doloroso a la realidad del vivir. Desde el día del entierro, su espíritu impresionable se torturaba agudamente o se abatía, desfallecido, en el cansancio de la sensibilidad. La gris monotonía que rezumaba el poblacho agrícola de Loncomilla, a través de sus casuchas soñolientas y sus calles llenas del barro negro de las lluvias recientes; el nicho aislado y triste donde dormían los huesos de su padre, en un rincón del cementerio aldeano; la pequeña agencia, hoy día cerrada, mostrando a los pocos transeúntes los desteñidos cuarterones de sus puertas coloniales; el silencio de la gran casa lugareña donde pasó su vida y que llenaba antes la alta figura de su padre, con sus espaldas cargadas de sexagenario y el arrastre cansado de sus chinelas por las tablas de la galería, a través de cuyos vidrios, bronceaban las copas de dos viejos naranjos, desfilaban por su cabeza afiebrada como una loca cabalgata o se fundían bruscamente en la sombra de sus nervios agotados: un llanto dulce de hombre nervioso que humedeció un momento el ardor de sus mejillas, concluyó por desahogarlo de esta dolorosa angustia; era una suavidad consoladora como un buen sueño; pero también después de esta crisis el ce-

rebbero vió más claro. Mateo se dió exacta cuenta de su aislamiento espiritual, de la soledad con que la vida lo rodeaba.

Mientras vivió su padre se dejó llevar por las aguas turbias de esa vida de aldea. Por un fracaso en un examen, había cortado sus estudios de humanidades en el Liceo de Talca y se había vuelto al pueblo. Su padre nada le reprochó nunca; y su espíritu perezoso habituóse a las monótonas costumbres del poblacho. Pasaron los días, vacíos, soñolientos; parado en las esquinas o paseando por la soledad de las desiertas calles, sonreía a las muchachas del pueblo que, detrás de las ventanas antiguas, esperaban un novio mitológico; exteriorizaban en este mudo sonreír la única alegría de sus vidas muertas, débil florecimiento del instinto sexual. Sin deseos de trabajar ni de luchar, cerrado el porvenir con un espeso muro, nunca se le ocurrió que su padre moriría y que él debiera preocuparse de buscar los medios de ganar la vida; era un misterioso sopor el que pesaba sobre todos, sopor uniforme y gris como un interminable día nublado que se reflejaba en las chatas viviendas sin estilo, en las calles polvorientas de veredas de cascajo, en cuyas soleras verdeaba el pasto en la estación primaveral, en los tenduchos oscuros que mostraban en sus puertas, las chillonas percalas o la burda casineta que venían a comprar los inquilinos de los fundos, aquellos huasos que con sus mantas pintarrajeadas atravesaban las calles los días de fiesta, imperturbables y tristes, si el alcohol no los hacía clavar las espuelas a los ijares sangrientos de sus pingos. Esa herrumbre de inacción que flota sobre las aldeas había prendido también en él, aunque allá en el fondo de su espíritu, como un llamear vacilante, luchase su decisión de reaccionar contra ese ambiente rutinario, de volar hacia la ciudad, reanudar sus estudios, representar un papel más importante en la comedia de la vida; pero una embriaguez deliciosa, la comprensión aguda de su mal, bastaban para calmar su preocupación con un vicioso vaho sentimental. La rutina había agarrutado ya su espíritu con sutiles ligaduras.

La muerte de su padre lo dejó espantado, puerilmente inseguro ante los detalles materiales. ¿De quién recibiría ahora el dinero para sus gastos? ¿Cómo viviría si no entendía

una palabra de ese negocio que lo había hecho comer, sin embargo, y vestirse y vivir durante tantos años?

Cuando la vieja sirviente de la casa, una buena mujer que no se había sacado el pañuelo de la cara desde que enterraron al patrón, entró una mañana a su cuarto para pedirle dinero, apresurándose a explicarle que el que su padre entregara se había gastado, el corazón golpeó azoradamente las paredes del pecho. Volvió de nuevo a sentir la embriaguez sentimental y la profunda compasión por sí mismo que eran su consuelo, la solución abúlica de todas sus dificultades y luchas; pero ahora el obstáculo era real; no admitía dilaciones. No le bastaba esta auto-conmiseración para resolver el problema de su porvenir. Necesitaba hacer algo, revolver los papeles de su padre, buscar dinero, vender la casa, abrir la tienda, encontrar un administrador para la pequeña quinta que su padre tenía en las afueras.

Con cierta energía tumultuosa echó las ropas de la cama; y abrió la ventana que daba a una calle estrecha y sola por donde pasó en ese instante la carretela de una panadería. Un sol alegre de fines de agosto doraba el aire tranquilo, y una rayola de luz, toda vibrante de átomos encendidos, atravesó la obscuridad de la pieza.

La mañana clara, la luz alegre y buena, borraron sus negras cavilaciones, hicieron que la opresión que apretaba su pecho se fundiese en una sorda somnolencia.

Parecíale de improviso que nada había pasado, que la vida seguía su curso tranquilo como una corriente quieta bajo los cielos azules o grises, pero siempre iguales; le pareció oír la voz de su padre, que golpeaba en los vidrios de la puerta recayente al patio. Eh! Mateo, arriba tú, que es muy tarde. Una nueva tristeza lo ensombreció. Era ahora un desahogo de su cariño de hijo, un impulso compasivo para el pobre viejo solitario que le había servido de padre y de madre, cuyas manotas rudas de navegante, destrozadas por los cables de los veleros, se posaban con delicadas precauciones sobre su cabeza rubia. No se perdonaba sus rabietas de chiquillo consentido; y desde el fondo de su corazón, con ardoroso arrepentimiento, brotaban las frases cariñosas. ¡Pobre viejecito! ¿Por qué se moriría?

Mientras vestíase, se miraba al espejo con cierto disgusto.

Siempre le acontecía lo mismo. No estaba satisfecho de su corpachón musculoso, algo flojo, de sus piernas excesivamente largas; y de la cabeza pequeña, tal vez demasiado para su corpulencia, donde verdeaban dos ojos claros, iluminados por una ternura bondadosa, infantil, pero cansados, como si los párpados, eternamente soñolientos, los sombreesen.

Estaba resuelto a obrar en alguna forma. Recogería el *testamento*, las cuentas, todos los papeles que encontrara en la Caja de Fierro; y le pediría un consejo al viejo amigo de su padre don José Caralps, un catalán de redonda cabeza que vivía hurañamente, confinado en su chacra de los alrededores. Habían llegado al pueblo en la misma época, y una amistad sin dobleces unió al vasco silencioso con el verboso payés, testarudo y seco, pero lleno de bondadosa indulgencia. Su padre lo había designado como albacea de la testamentaria.

Mientras tomaba distraído el desayuno que le sirvió silenciosamente la vieja criada, miraba las oleografías del viejo comedor, el gran armatoste de encina vasca que servía de aparador y donde cabían todas las provisiones de la casa como en la bodega de un buque. Sonaba pausadamente el tic-tac del reloj de pesas, igualmente traído de España por el viejo marino.

Hacía largo rato que una pregunta se asomaba a sus labios; pero una extraña inacción le impedía formularla. Tenía miedo de oír su voz; tan grande era el silencio que pesaba sobre la casa. Miraba a la vieja, de curvas espaldas, desgredados los mechones entrecanos sobre la frente estrecha, un triángulo lustroso y terso en la masa cenicienta del pelo. Sus ojos pequeños, rojos de tanto llorar, lo irritaban sin saber por qué.

Sin embargo, al dirigirle la palabra, su voz era cariñosa, como en espera de una respuesta afable...

—Dígame, Zoila, de dónde sacaba mi papá el dinero?

—Del Banco, On Mateíto, me daba un cheque y yo lo iba a cambiar. Los cheques los tiene en la Caja de Fierro.

Una gran alegría pareció limpiarle el espíritu por dentro. ¿Cómo no se le había ocurrido que su padre tenía dinero en el Banco? Y seguramente bastante, puesto que era

económico, parco, excepto para él, para su cachorro, como le decía en sus rudas demostraciones de cariño. Y Mateo vislumbraba que esta indulgente bonhomía paterna había tenido mucha parte en la abúlica inacción de su vida, en las indecisiones enfermizas de su carácter. Iba a preguntarle a Zoila donde guardaba su padre las llaves, cuando dos golpes metálicos dados en la puerta de calle, resonaron huecamente en la casa vacía.

—Zoila, anda a abrir. Debe ser Fernández.

Y pensaba con disgusto que su amigo Fernández, a quien estimaba por lo demás, le echaría a perder sus proyectos de orden, sus buenos propósitos de llegar a una solución definitiva en su vida... pero, qué diablos ¡tanto como él se aburría el pobre muchacho en la aldea, igual gesto de desgano ante la lucha torcía los labios del compañero de pueblo, el poeta Fernández.

—Oyó con sorpresa la respuesta de la vieja.

—Es don José Santos Bravo, el alcalde de Purapel que quiere hablar con Ud.

Con cierto apresuramiento, tan común en los pueblos chicos al anuncio de una visita, contestó.

—Pásalo al salón.

Y mientras iba a su pieza nuevamente, a ponerse el cuello, pensaba: ¿Para qué me querrá el campesino ese? Recordaba que don José Santos tenía fama de rico y recordaba también que lo veía muy a menudo en la tienda de su padre y aun había almorzado una vez en la casa. En su afán irreflexivo de pedir consejo, ya pensaba preguntarle al campesino lo que debía hacer.

Al entrar al salón, adoptando una actitud digna sin darse cuenta, un viejo bajo, con esa cara triste tan común en los campesinos de Chile, pero en cuyos ojos parpadeaba una chispa de maliciosa astucia, se levantó, tendiendo la tosca mano callosa, al mismo tiempo que un sinnúmero de frases hechas salían de sus labios.

—Conformiá, On Mateito, conformiá... Estaría e Dios que así fuera. ¡Qué le vamos hacer! ¡A uno le toca hoy; a otro mañana! Al último, toítos tenemos que finar...

Y se sorprendió contestando en la misma forma, con las

mismas frases usadas y lustrosas como las monedas falsas clavadas en el mostrador de la tienda.

—Mil gracias, don José Santos. Fué tan repentino, tan *inesperado*!

Y al decir esto, volvió nuevamente a compadecerse de sí mismo, y a evocar morbosamente todos los detalles del entierro, los trajes arrugados de la colonia española, tenderos y despacheros sin inquietudes, el paso del cortejo hacia el cementerio rústico, en el plomizo paisaje invernal; un solar desamparado, cuya desnudez de tierra arcillosa manchaba el cubo blanco de una bóveda; y la boca oscura del nicho que cubrió la plancha de mármol en cuya blancura azulosa destacábase la inscripción: «Mateo Elorduy Sandelíz, nacido en Plencia (Vizcaya) muerto en Loncomilla (Chile) 75 años», con los vulgares caracteres del marmolista de aldea. Estuvo a punto de confiar sus inquietudes al viejo campesino; pero éste, marrulleramente, se acercaba al objeto de su visita; y atajó el chorro de confidencias que estaban a punto de salir.

—Mire, pues, don Mateito. Yo fui amigo de su papá; *surtí mi tienda de Purapel con mercadería de la casa*, durante muchos años y tengo con él un compromiso de diez mil pesos. Ahí debe estar el documento. ¿No lo ha visto? Poco antes de morir lo habíamos renovado. On Mateo era un hombre muy bueno.

Mateo hizo el ademán ambiguo del que no se ha preocupado de nada. Contestó desganadamente:

—Nó don José Santos, aun no he revisado los papeles de mi padre. En estos días se los llevaré a don José Caralps, que mi padre nombró tutor.

—Y ahora, dígame don Mateito. ¿Qué piensa Ud. hacer? ¿Va a seguir Ud. con el negocio?

Mateo torció los labios con gesto indiferente:

—Mire, don José Santos. Yo no entiendo gran cosa de esto, ni de ningún asunto comercial. Ni sé aún cómo mi padre ha dejado sus negocios; pero, francamente, no querría dedicarme al comercio. Más bien querría volver a estudiar.

Los ojillos del viejo chispearon maliciosamente. Su deseo de no entregar el dinero iba por buen camino. Don José Santos era el tipo del rústico chileno; hubiera sido capaz

de regalar una casa para no desembolsar unos cuantos pesos; éste era, a fin de cuentas, el resultado de todos sus esfuerzos y de sus economías: oír sonar las monedas; y no soltarlas más una vez que estaban en sus manos.

—Si, pues, on Mateito (El viejo hacía su voz más melosa a cada instante). Yo, por el momento, no tengo dinero; pero en cambio le puedo ceder uno de mis fundos. Ud. me lo paga como pueda. Si Ud. quiere oír un consejo de amigo, yo le diría que se dedicara al campo. P'al hombre que trabaja, no hay como eso. Las carreras son largas y el campo deja plata al tiro. Yo empecé con una *tierrcita* que me ejó mi paire; y tengo ahora mi desahogo. Le ejo mi mejor viña, Millavoro, al pié del monte Gupo; y se la ejo porque mis otras tierras quean muy lejos, p'al otro lao de Cauques, y no podría atenderla bien.

A los labios de Mateo asomó una *objeción*.

—Pero yo no entiendo una palabra de campo, don José Santos.

El alcalde hizo sonar rudamente las yemas de los dedos queriendo indicar que eso estaba ya previsto.

—Por eso no se aflija, yo tengo ey un administrador muy bueno que lo puee guiar, un caballero de Purapel, muy conocío aquí, don Carmen Lobos. No se aflija por eso on Mateo, trabajándola bien, entre viña y trigo, ovejería y carbón, es tierra qu'está descansá, le da a Ud. seis mil pesos al año. En la bodega hay lagares nuevos, dos carretas y las yuntas de bueyes del servicio.

Una dulce confianza iba penetrando poco a poco en Mateo a medida que el agricultor hablaba de las ventajas de la vida del campo. Ese viejo rudo había acertado. El campo era la salvación: el aire puro y vigorizante, las ásperas labores harían nacer en su cuerpo una voluntad poderosa de vivir, ya que la inacción, la vida sin ideales, la satisfacción de todos sus apetitos habían concluído por convertirlo en un mecanismo mohoso que se derrumbaba penosamente. Su imaginación viva representábase los beneficios de la vida campesina, sentía ya deseos de conocer aquel rincón de montaña y de ver producir la tierra con el esfuerzo de su mano.

—Le agradezco mucho don José Santos, pero hay que pensarlo primero. Le contestaré en algunos días más.

—Muy bien, on Mateito, todo negocio debe consultarse con la almohada, agregó el viejo, poniéndose de pie. Yo me voi mañana pa Purapel, tengo que arreglar algunos asuntos en el pueblo. Vuelvo pasado mañana con Carmen Lobos. Si palabreamos la cosa, podíamos ir a ver el fundo el mismo día.

—Ah, se me olvidaba, agregó el viejo desde la puerta: el fundo tiene sus ovejitas sanas y de buena raza.

—Muy bien, don José Santos, yo le tendré la respuesta entonces. Mateo le sonreía sin entenderle casi, volando en un ensueño agilísimo, hacia el porvenir.

Sorprendióse de pronto, con una alegría inusitada, que lo hizo canturrear como en sus días bien humorados; pero luego callóse a una mirada de asombro de la vieja criada. En el placer del problema resuelto, en la clara perspectiva que creía adivinar en aquel rinconcillo de la cordillera de la costa, Millavoro, nombre sabroso como una fruta indígena, había olvidado que su padre acababa de morir. Mientras buscaba su sombrero para ir a la chacra de don José Caralps, divisó, encima de la cómoda de la habitación, las dos cajas lustrosas de un rojo cálido de caoba en que se guardaban el sextante y la brújula que su padre conservaba desde sus tiempos de piloto.

Una oleada de frescos recuerdos, olientes a mar, rumor de olas rompiéndose en las rocas o barcos de blanco velámen en un fondo azul, desprendíase de aquellos instrumentos cubiertos de polvo que habían acompañado al marino en sus largas travesías a la vela, de la costa cantábrica a los puertos de América; le parecía oír la voz de su padre, con su acento vasco, de labios cerrados, a causa de la pipa de espuma de mar, incrustada entre sus dientes, narrando las peripecias de su vida de contrabandista.

La clara mañana de agosto era de una limpieza áurea, una de esas mañanas de sol primaveral en un paisaje de invierno. Los álamos del camino, apenas salió del pueblo, erguíanse como rígidos plumeros grises en cuyo varillaje temblequeaban aún hojuelas amarillas con aleteos de pajarillos; en el esqueleto de un acacio rojeaban las bayas

abiertas, sin semilla, como un hociquito que se asfixia; la limpia y profunda quietud azul del cielo de agosto, abrazaba en su claridad la mancha morena del paisaje.

De entre las zarzas secas del camino surgió el aleteo de un pájaro que rayó con su vuelo sonoro la diafanidad del aire. Como ese vuelo de pájaro, picaresco y alegre, impregnado de aire azul, sentía su ánimo Mateo, al saltar las charcas de agua formadas por los derrames de las regueras en el caminito vecinal.

Deteníase a mirar los sembrados, el verdor alegre del trigo nuevo; verdor de terciopelo en la tierra negra, y casi dió un grito al ver un duraznero, cercano a un rancho, esponjado con el florecimiento temprano de sus corolas rosadas.

Ya sentíase un campesino. Confusamente, movíanse teorías audaces en su cerebro... ¡Qué hermoso sería vivir entre árboles, en aquel rinconcillo montañoso que su imaginación creaba como un pequeño Paraíso chileno. Querría a sus inquilinos, a esos pobres hombres sin aspiraciones, resignados ante el patrón como bestias domésticas; y sonreíase al pensar, si entre aquellos servidores suyos de Millavoro habría una muchacha hermosa y fuerte con la cual tejer un idilio, junto a las parvas doradas o entre los pámpanos de la viña.

La buena acogida de don José a quien sorprendió entre las cepas de la viña con las tijeras de podar en las manos y una chupalla en la calva cabeza, agregó a su alegría de vivir una nueva seguridad.

Durante el almuerzo, expresó al viejo amigo su propósito de trabajar en el campo, y el ofrecimiento del hacendado de Purapel y del fundo Millavoro.

Sentados en el corredor, frente al paisaje de invierno, la tierra desnuda y morena, de un color algo más oscuro que los ramajes rígidos y grises de los árboles, habló don José Caralps con cierto optimismo irónico, con ese leve dejo que los catalanes tienen aunque sepan el castellano:

—El negocio es bueno; y el ofrecimiento te conviene, pero hay que trabajar. Posiblemente deberás refaccionar las bodegas para hacer las vendimias, limpiar algún potrero, y sobre todo sacar agua de los regueros que bajan del cerro

para que no se sequen. Yo conozco la región. Tú tendrás muy buenas intenciones no lo dudo, pero es preciso sacrificarse, decidirse a vivir aislado en aquel rincón. Yo te ayudaré después.

—Yo estoy dispuesto a todo, don José. Mientras más solo viva mejor; mayor será mi deseo de trabajar. Y en cuanto al campo, echando a perder se aprende. Ya me guiará don Carmen Lobos en los primeros pasos. Los ojillos verdes de don José se fruncieron un segundo.

—¿Carmen Lobos? Quién podrá ser?

—Es un administrador de don José Santos Bravo.

—Ah, sí. Lo conozco, un politiquero, amigo de los causeos, de la remolienda; anda con cuidado con esa gente, hombre, que es muy traicionera.

Bueno, hijo, como quieras: yo hablaré con el juez Gutiérrez; y buena suerte ya que te quieres hacer agricultor.

Al volver al pueblo, en la tarde, su espíritu estaba lleno de su vida futura. Su alegría algo infantil del primer momento era ahora un convencimiento reflexivo de haber acertado, de llenar su vida, de enriquecerse. Miraba a lo lejos, hacia los cerros de la costa, montones oscuros y chatos, envueltos en azulosa bruma; y sobre cuyas masas descansaba el centro de una enorme nube crespada que se abría hacia lo alto del cielo como un amplio abanico bordado. Hacia aquel punto, pensaba Mateo, debe caer la tierra de promisión.

Iluso como un poeta, la facilidad de la vida, el no haberse preocupado nunca de ganarla, le habían hecho ver sólo el lado amable de las cosas, el aspecto risueño. En su fantasear ingenuo, el porvenir era como el sueño de Jacob, una escala que conducía al cielo, toda palpitante de sedosas alas angélicas, donde las contrariedades no asomaban su ásperas greñas de demonios.

II

EL VIAJE A MILLAVORO

—¿Falta mucho, don Carmen, para llegar a Purapel?

—Poquito. Detrás de aquel filo está el camino que baja a Purapel.

Mateo miraba aquella masa pesada, envuelta en la sombra verdosa de sus bosques; en el combado lomo resaltaba un maitén solitario, cuya copita exigua, sobre un torcido tronco, le hizo pensar sonriendo en esa falta de gracia que tienen las chaquetas cortas de los huasos, con su doble filita de botones en la espalda, y apenas cosidos en los ranchos.

Aquel largo viaje de diez leguas, al tranco del caballo, en la dura silla inglesa de su padre, sacada de la despena de la casa para usarla en el campo, traíalo maltrecho, molesto. Avanzaba la tarde, un claro crepúsculo dorado que se espaciaba lípidamente en una atmósfera cristalina. Subía y bajaba el camino blancuzco por las faldas interminables de aquellos cerros que se amontonaban unos sobre otros como un rebaño, achatados sobre el suelo y levántandose, a trechos, con la pesadez desgarbada de una joroba. Mateo miraba a Carmen Lobos, el administrador de don José Santos Bravo, y envidiaba su tranquilidad alegre. Era un hombre alto, fornido, pero ligeramente obeso. La grasa de las comilonas redondeaba sus mejillas e hinchaba su cuello de toro, en el que se asentaba reciamente la cabeza pequeña, hundida en los pliegues rojizos del colodrillo: una cara encendida de bebedor, de carnosos labios que pa-

recían sangrar en el rectangulito obscuro de la barba afeitada hasta la comisura de los labios. Los ojos, de un verde desleído, eran fríos y limpios como dos gotitas de agua detenidas en una hoja por un milagro de equilibrio. Sólidamente puesto en una silla chilena, con grandes y tintineadoras espuelas, y un poncho claro de vicuña que caía sobre las anchas y redondas espaldas y sobre el anca de su yegua negra, tenía el aspecto dominador del patrón, la estampa del cacique de aldea, que manejaba el municipio como las riendas de su yegua tranqueadora.

Mateo lo escuchaba complacido: era una charla sabrosa, con esa ingenuidad irónica que al hablar pone la gente del campo, patrones o inquilinos, llena de sabor local como el olor de los culenes o de la yerbamota en las márgenes del estero. Su voz tenía un timbre opaco, pastoso, húmedo, como si se suavizase al pasar por su garganta de hombre gordo.

On Carmen conocía todos los rincones de la región, todos los caminos y todos los ranchos y hacendados: su charla incansable, salpicada de graciosas comparaciones y observaciones agudas, pero con no se qué de inseguro y de malévolo, le parecía a Mateo, en el dolor de su cuerpo machucado, que era el mismo campo el que le hablaba, contándole campechanamente los secretos de su entraña, los amores de los pájaros vagabundos, la secreta fuerza de las semillas entre los terrones, la puñalada certera al enemigo en los mattorales, el brutal acoplamiento del gañán y de la china impúdica bajo el estrellero de las noches primaverales.

Aquel hombre rudo, que vivía en contacto con la tierra, adquiriría para Mateo un inmenso relieve. Agradecíale sus recomendaciones y el afán solícito de cuidar de su calbagadura en los instantes escasos en que descansaba, sin bajarse del caballo, colocando su pierna en el borrén delantero de su historiada montura. Hasta un sentimiento generoso le germinaba en el fondo del pecho: el deseo de hacerlo su socio, de trabajar juntos aquel rincón.

En los momentos que ambos callaban, Carmen Lobos parecía prescindir de Mateo, y su andadora yegua se adelantaba imperceptiblemente dejándolo atrás. El jinete canturreaba, distraído, un trozo de tonada popular que

se iniciaba entre dientes como un bordoneo sordo de guitarra y estallaba de pronto, abierta la boca como un rasgueo estrepitoso, con los únicos versos que Mateo entendía:

Y yo como la quería
le dí calzones y enaguas.

Encontraban de vez en cuando alguna carreta montañesa (un triángulo de pellines sin desbistar, sobre un eje de luma terminado en dos pequeñas ruedas de un tablón), que descendía el áspero sendero con la seguridad de un carruaje. Casi siempre el carretero conocía al administrador de Millavero...

—Buenas tardes, on Carmen...

—Adiós, Polidoro.

Otras veces detenía al carretero para hacerle una observación:

—¿Qué tiene el buey clavel, Aniceto, que va con la tarasca abierta?

—Quién sabe, on Carmen, ¡jación está... Apenita subió la cuesta e Purapel.

Imperceptiblemente iban ascendiendo un cerro bajo. El camino se internaba por un bosque de boldos raquíticos, que subía por la escarpa hasta la cumbre; entre los peñascos grises que había en los calveros, surgía la mano abierta de los quiscos, erizados los dedos espinudos con los tubérculos verdes del guillave; crujía a veces la hojarasca lavada a una ráfaga fría, y un zorzal, echando el vuelo a la proximidad de los caballos, lanzaba su pío almibarado y se perdía entre las hojas.

Mateo tenía un deseo loco de llegar a la cumbre, ojear desde allí el paisaje del llano antes que la llamarada del sol se apagase entre aquellos nubarrones helados que huían siempre más lejos, hacia la costa, hacia el fondo lejano del horizonte quizá: y no quedase de su hoguera sino la ceniza lívida del crepúsculo de invierno; pero el camino culebreaba perezosamente por el flanco boscoso de aquel murallón y parecía no terminar nunca.

Hacia atrás, la cordillera de los Andes se alejaba al fondo del cielo; era apenas una línea de un azul ceniciento, perdida

entre nubes; y en un llano amplio, salpicado de viviendas, por entre verdes chacras y viñas oscuras, el río Loncomilla plateaba inmóvil en el fondo de su cauce pedregoso.

La proximidad de la llegada pareció reconfortar el espíritu de Mateo; y ahora sus preguntas eran las del hombre interesado por sus futuros negocios:

—Dígame, don Carmen, ¿don José Santos piensa irse de Purapel con su familia?

—Así será, señor; tiene dos viñas en el Empedrado; y compró un fundo en el Sauzal. Querrá atenderlo mejor, digo yo. A mí me ofreció la administración, pero yo tengo una tierrecita en la Puntilla, a cuatro leguas de Millavero; y no quiero ejar tampoco una chacrita en medias que tengo ahí; y una viñita...

—¿Ud. es casado, don Carmen?

La fisonomía del astuto campesino reflejaba una maliciosa curiosidad a estas preguntas que juzgaba muy ingenuas, amurallado en esa egoísta reserva de los campesinos en lo que se refiere a cosas del hogar.

Contestó, sin embargo:

—No, soy viudo. Mi mujer murió hace unos cuatro años. Era muy delicada de salud.

Llegaban a la parte desamparada de la cima. Las herraduras golpeaban sonoramente en un terreno compacto: una tierra pedregosa, blanquizca, tan dura, que no quedaban en ella ni las huellas de las carretas cargadas; un vienteillo helado silbaba suavemente en los oídos de Mateo. Sin embargo, el valle no se descubría. Otra masa montañosa surgía trás la que atravesaban, escarpas que se prolongaban indefinidamente, encrespadas de árboles de un verde sucio, comidos por los parásitos, entre cuyos ramajes ralos apuntaban al cielo los dedos atléticos de los quiscos.

—Allí está Gupo, habló don Carmen Lobos...

Mateo miraba sin encontrar la cumbre que se imaginó rompiendo airosa el cristal azul de las altas capas de aire.

—Allí, p'al Sur, ¿qué no lo vé?

Mateo no lo vió; aunque presentía que una masa pesada y gruesa como las espaldas de un indio, toda vestida de bosques verdi-oscuros, resguardada por pelotones de quiscos, era el famoso cerro de cuya entraña salían aquellas venillas

de agua que era necesario juntar para regar su fundo. Como el reflejo de una hoguera brillaban al sol las apretadas ramazones de los bosques y el techo de un rancho, de un gris sucio de paja podrida, parecía un nido gigantesco de águilas colgado del ramaje.

—Dicen que al pie de un monte, donde hoy están las casas, vivió el cacique Gupo que lavaba oro. Todavía debe haber por ahí. Viera como brillan las arenitas cuando se secan los regueros, en el verano. ¿No dicen que Milla significa oro? Todos los nombres que hay por aquí son lo mismo: Millavoro, Loncomilla y Milla, la hija del ciego Aravena, agregó con una gran carcajada.

Trataba Mateo le precisar cómo sería aquella región, los árboles, los pájaros, la casa; pero vagamente desfilaba un caserón de corredores, un sauce, una carreta descansando sobre su pértigo, cercana a la casa; y un suave perfil de colinas encrespado de árboles que ocultaban el horizonte: en su temperamento nervioso el descontento y el desánimo iban cundiendo lentamente. La pobreza de aquellos campos lo oprimía. ¿Para qué se había metido en ese negocio aventurado? Si no entendía una palabra de agricultura, cualquiera podía engañarlo; aquel hombre que lo iba a ayudar en su vida futura, que debía enseñarle a ser un buen agricultor, tenía un temperamento frío e irónico. Seguramente lo dejaría solo, limitado a su propio esfuerzo; y después de cometidos los errores se los echaría en cara risueño, por el placer de demostrar superioridad y reírse de un pijecito de pueblo.

Oyó decir muchas veces en el pueblo que en aquella tierra alejada de Loncomilla por diez lenguas de mal camino hubo muchos bandidos; le preguntó a don Carmen Lobos si aun campeaban por aquellos rincones los bandoleros de la costa. El campesino manifestó un caluroso descontento. ¿Se imaginaba el señor que en Purapel estaban en estado salvaje? Eso de los bandidos eran cuentos de viejas. Había en la villa un Comandante de Policía que no lo dejaría ni a sol ni a sombra en caso que alguno se aventurara por el valle. Mateo contestaba avergonzado que sólo era una simple pregunta, nada más que curiosidad.

Al pasar por los matorrales sombríos imaginábase, sin embargo, que una cabeza enmarañada de bandido como

los que había visto en las revistas, salía de entre las ramas y se acercaba hacia ellos; apretaba entonces sus billetes en el bolsillo del pantalón, mirando a don Carmen Lobos, y tranquilizado al verlo tan sereno; flojas, sobre los dedos rechonchos, las riendas de su yegua.

Ante la noche cercana inquietábase por el alojamiento.

—¿Nos esperarán a comer en Millavoro, don Carmen?

—Cómo no, señor... Pa la querencia vamos...

Y mirándolo un instante, encogido en su silla inglesa, le habló con impaciente bonhomía:

—No se preocupe, señor... Si allá nos esperan. ¡No faltaba más!

Imperceptiblemente empezaron a descender, aunque el valle aun no aparecía ante sus ojos.

El oro del atardecer tomaba a cada instante un tinte más rojizo; y hacia el fondo del cielo la vaga silueta de los cerros se hundía casi en una sombra azul; en aquella hora indecisa, el aire de los cerros es más penetrante, más límpido; y los contornos de los montes, las copas lustrosas de los arbustos, el seno blanco y leve de las nubes pegadas al cielo, cobra por un instante un relieve admirable, una maravillosa coloración de agua fuerte, antes que el hálito violeta del crepúsculo lo encienda en su polvo opaco de una levedad de gasa.

De improviso, se abrió el valle ante ellos: una llanura grisácea rematada por cerros bajos, redondeados, parecidos al avance de una ola lejana; en medio de esos montones azules, perfilábase un cono de largos taludes, el cerro Name, que, frente a Gupo, parece custodiar el rebaño de las montañas, como dos caciques membrudos sobre su tribu; detrás de los cerros, un horizonte incendiado en llamas de oro anaranjado, en que las nubes quietas empezaban ya a entrojecerse en los bordes.

Caracoleando, rápidamente los caballos bajaban hacia el fondo del valle. Don Carmen recordó una ocurrencia ingeniosa de su patrón:

—Don José Santos me dice que yo bajé dando vueltas como los gallinazos cuando llegué a Purapel, porque yo no soy de aquí, sino de Chanco, pa la costa. Vine para unas elecciones que son muy sonás en la comuna...

Interrumpiéndose bruscamente, don Carmen levantó la mano, señalando un rincón del valle.

—Allí está Purapel, p'al puelche.

Mateo percibió un amontonamiento de techos rojizos, salpicados de montoncitos de ramajes oscuros, posiblemente naranjos. El cansancio era para él tan insorportable que no veía nada, ni sentía nada; una molestia sorda, que apagaba su sensibilidad, no le hacía sino insistir estúpidamente.

—¿Millavoro está muy lejos de Purapel?

—A unas cuatro leguas, no más. ¿Parece que está cansao, no? agregaba esta vez con manifiesto alarde de superioridad.

Don Carmen, apenas entró a sus términos, parecía más alegre, con una alegría insolente, que hizo retorcerse de rabia a Mateo. Odió en aquel instante con toda su alma al administrador que había escuchado complacido al principio del viaje: presentía ahora en él un enemigo, del cual no había que fiarse. Le pareció haber caído en una madriguera de ladrones, aislado de todo el mundo, sin conocer a nadie. ¿Quién lo metía a él, pusilánime, flojo, sentimental, a una vida de férrea lucha, sin amigos, sin arma alguna para vencer?

En la luz sin vibraciones del crepúsculo mordía sus labios rabiosos, mientras por su cerebro exaltado pasaban confusas visiones. Don Carmen habíase adelantado insolentemente, y el mismo airecillo de tonada se escapaba displicente por sus labios cerrados:

Me pidió para calzones
y habían de ser Bretaña.

Su decepción fué completa al percibir un cuadrado reducido, cerrado por murallas oscuras. Frente a una puerta que daba al camino, lo esperó don Carmen.

—Es el Cementerio, dijo.

En la claridad fluctuante, Mateo alcanzó a percibir cruces torcidas; y coronas toscas y marchitas: era un solar como el de Loncomilla, pero más pobre, más pequeño, sin mau-soleos, e invadido por esa yerba clara de invierno que brota después de los aguaceros. Cerró los ojos como si el sentimiento de desolación que apretaba su pecho subiese a los

párpados y los quemase. ¡Qué horrible sería dormir en aquel rincón, lejos del mundo, ignorado, apenas cubierto por los negros terrones resecos!

Don Carmen daba nuevamente detalles del lugar.

—Este pantión estaba antes sin murallas. Don José Santos Bravo lo hizo tapiar. Fijese que una vez un perro se llevó p'al pueblo un brazo e vieja.

Pero Mateo no le oía ya. Se erguía en su silla sin dolor, reconfortado, dispuesto a vencer. Lo demás era sentimentalismo, puerilidades de muchacho regalón. Si ya estaba resuelto su porvenir, en aquel rincón debía luchar. Su viña, sus sembrados, y nada más. Había que desentenderse de todos esos miedos sin fundamento: un buen revólver y servidores fieles si alguien quería molestarlo, y a vivir y a vencer. Atravesaron el pueblo por una de las calles laterales. Veíanse grandes casas de corredores, al estilo mozárabe: al abrirse una puerta, divisábase un mísero interior aldeano que alumbraba una lámpara a parafina o una vela de pálida luz.

Era oscura la noche; y el camino no se distinguía casi. Mateo veía acercarse la masa de Gupo que era una muralla de sombra espesa en la sombra aérea y estrellada de la noche.

Frente a un rancho, se detuvo don Carmen. Dos perros ladraron furiosamente al sentir los trancos de los caballos.

—Eh, Norberto, corre las trancas. Un hombre que en la obscuridad no se veía avanzar, movió los tramos de la tranquera; y don Carmen Lobos se adelantó, seguido de Mateo.

—Este muchachón es hijo de don Juan Oro, el pueta de esta tierra. Hace versos que es un gusto, pa tóo lo que se le pía: velorios, casamientos y novenas: el chiquillo es mediero el fundo.

Largo rato avanzaron por un terreno quebrajoso que los caballos pisaban con seguridad. Luego, un murmullo de follajes removidos a una ráfaga de viento; y cierto grato frescor de hojas lavadas, de flores de canelos que en la sombra desangran su savia perfumada. Ladraron nuevamente algunos perros en la obscuridad.

—Eh, Córбата, Choco, gritó don Carmen; y los ladridos se calmaron.

Don Carmen detuvo su caballo. Veíase en la sombra la masa confusa de una casa, pero ninguna luz en ella.

Don Carmen gritó:

—Quicho, enciende un chonchón.

Sintióse un ruido de pasos torpes, como de niño; y una voz ceceosa, senil:

—Apúrate, niño, qu'es don Carmen.

—Ya voy, paire.

Y la sombra pareció encenderse con la lengua roja y humeante del candil que llevaba en la mano un muchachito menudo, vestido con una chaquetita corta y ojotas que crujían en el suelo: iluminóse un costado de la casa, un corredor de vivienda de campo, de murallas sin revoque, en uno de cuyos pilares había una jaula de colihue con un pájaro apelonado. Parada, inmóvil, Mateo vió a una muchacha mal vestida, arrebozada en una capelina rosada, que parecía mirar a los jinetes con una curiosidad familiar, sin interés alguno.

—Buenas tardes, Millita.

—Buenas tardes, on Carmen...

Mateo veía con cierta molestia que aquel hombre no lo tomaba en cuenta para nada: él parecía, más bien, un empleado del cual poco se cuida el patrón que, a todas luces, seguía siendo on Carmen.

La vió adelantarse hacia el borde del corredor; y decir con una voz de tinte bronceado que a Mateo, sin saber por qué, le pareció del mismo color del pelo y de la cara:

—Le preparamos cama al señor aquí, en la escuela, porque la pieza de la otra casa está muy húmeda.

—Todo lo que Ud. ordena, tá bien. ¿No le parece?

Pero Mateo notó que la determinación no fué muy del agrado de don Carmen. Haciendo ese gesto acometivo, audaz, tan propio en él al tomar una resolución decisiva, bajóse del caballo sin invitarlo. Mateo descabalgó con placer, estirando sus piernas cansadas, y su ánimo estaba tan excelentemente dispuesto que una retozona alegría movió su espíritu, cuando al presentarlo don Carmen a la niña, ésta dijo con voz entera, como si recitase algo aprendido de memoria:

—Ludomilia Aravena, a sus órdenes.

Mientras pasaban a un pequeño saloncillo, precedidos por la niña que llevaba el candil en la mano, don Carmen le daba nuevos detalles sobre la casa:

—Esta casa es la escuela... La casa del fundo está un poco más allá, a unos pasos... La niña es la preceptora aquí... Le conseguimos el empleo, a la pobre, porque el padre es ciego y medio... (On Carmen hacía, con un gesto cómico, el ademán de atornillarse la sien con su dedo curtido y regordete). Ya lo conocerá Ud.

La salita, cubierta con una estera burda que crujía como un camino al poner en ella los pies, enjalbelgada, desnudas las vigas del techo, parecióle a Mateo de una primitividad colonial. A lo largo de las paredes algunas sillas de Viena, una guitarra en un rincón; y en medio de la sala, una mesita, de cañas cruzadas, con una cubierta tejida, encima de la cual había un retrato antiguo de huaso en marco de celuloide.

Parado en la entrada, sin atreverse a avanzar, rozándose contra el marco de la puerta, estaba el chico del chonchón, Quicho, cuyos ojos frescos y vivos nada tenían del mortecino mirar de los niños de pueblo que Mateo conocía. Y como si le hubiera oído su pregunta mental, on Carmen notició:

—Se llama Rudecindo, pero le dicen Quicho; es hermano de la señorita Ludomilia. Es hombre que se ha sacado sus premios en la escuela. Ven pa'cá, hombre!

El chico se rascó la espalda en el contramarco de la puerta, sin moverse.

—¿Cómo m'había de llamar, es qué? ¡Rudecindo me llamo, pú!...

A esta respuesta, don Carmen se reía a carcajadas, enrojeciéndose hasta el violeta su cara quemada de bebedor. Mateo mirábalo sin entender su alegría; y tampoco se adelantaba él a darle una explicación.

—¿Cuántos zorros has cazao ya, en la trampa?

—¿Cuántos quería que cazara? ¿Qué no sabe que son tan lobazos estos zorros de Gupo, es qué?

Volvían nuevamente las carcajadas a cada respuesta del pequeño, terminada en *es qué*, curiosa forma interroga-

tiva de sus respuestas; y no cesaron sino cuando Milla entró con tres copas de un jarabe rojizo en un plato.

Mirándola detenidamente, a pesar de la brusquedad de sus modales, había en aquella muchachita, seria, precozmente seria, un atractivo que Mateo no acertaba a explicarse. ¿Eran los ojos claros que miraban fijamente, sin rubores, casi con rudeza? ¿Era el tronco prolongado de una rara pureza de líneas, a pesar de la tiesura del percal? ¿Era la boca, finamente dibujada y poco propicia a la sonrisa? ¿Era el color moreno, con un vago matiz bronceado que, sin saber por qué, le recordaba a Mateo el sol tocando de oro la pulpa de las frutas? ¿Era la cabellera espesa, esponjada, sólida, sujeta sencillamente con una trenza a la espalda, y donde había también una vaguedad dorada, rocío de sol que se hubiera depositado en ella como invisible polvo de oro?

No sabía explicárselo el joven, pero una extraña atracción lo dominaba: posiblemente la misma que movía a don Carmen a cumplimentar con cierto cinismo empalagoso a la seria maestra de Millavoro.

Aquel hombre ya no le gustaba. Su naturaleza impresionable había reaccionado instintivamente; y con la visión certera de la sensibilidad, veía en él un peligro. Mal disimulaba su charlatanería campechana, el instinto perverso, la avasalladora sed de mando, la hipocresía amable, la confianza petulante en sus propias fuerzas y en su buena estrella. Mateo adivinaba una lucha, sorda, implacable; pero en ella tenía una ventaja sobre su adversario: el haber descubierto el mal, el estar apercebido, ya que el otro, en la ciega confianza de su superioridad, no lo consideraba un enemigo peligroso. Mateo no era sino el instrumento de don José Santos Bravo; la manera cómo el astuto campesino se había sacudido el documento de los diez mil pesos; aquel fundo era de él con todo lo que había en la tierra, casas y hombres: él seguiría dominándolo y sacando el provecho necesario, a pesar del patrón que concluiría por aburrirse y dejarlo a su merced al cabo de muy poco tiempo; y si no, ya vería él medios de quitárselo de encima.

—Y qué me cuenta de nuevo, Millita?

—Nada, on Carmen, nada. Lo único, los zorros que cada

noche se roban una gallina. ¿Viera no? Si es un ladrar aquí mismo, en las propias ventanas de mi cuarto.

—Habrà que ponerle veneno, porque así nos quearemos sin cazuela pa la vendimia.

Don Carmen, como de costumbre, se celebraba ruidosamente su ocurrencia, sin esperar la aprobación del auditorio.

En su afán de hacerse amable, Mateo preguntó:

—¿Y los niños? ¿Asisten mucho a la escuela?

La niña contestó gravemente:

—Con el buen tiempo, casi todos, señor... Algunos vienen hasta de la Puntilla, a cuatro leguas de aquí...

Sintióse en el enladrillado del pasadizo un sonoro clac-clac de zuecos; y un viejo encorvado apareció en la puerta, cubierto con una larga manta baya, de lacia urdiembre, apoyado en un palo retorcido y nudoso, donde sus largos dedos, extrañamente móviles, se apretaban como nerviosas patas de insectos.

Milla se apresuró a levantarse para sentar al anciano y Mateo la ayudó en su tarea alcanzándole una silla. Al verla tan próxima a él tuvo una nueva revelación: cerca, el gesto de dureza desaparecía, la aspereza del color moreno tenía una suavidad aterciopelada; aquella expresión altiva, inasequible, cambiábase en una solicitud cariñosa.

Al inclinarse para arreglar los pliegues de la manta, sus senos salientes de virgen, prolongación de la mórbida garganta, se perfilaron provocativos. El corazón de Mateo palpitó alocado, incapaz de contener la emoción que lo henchía en ese instante.

On Carmen se puso de pie, bruscamente:

—Me voy a comer a Purapel. Ud. que está cansado... no querrá, pero si gusta...

La niña insinuó, entonces:

—¿Y por qué se va on Carmen?

—No, no, muchas gracias, tengo que llevar unos encargitos p'al cura.

Mateo se excusó entonces.

—Muy bien, señor; mañana tempranito lo paso a buscar para que l'echemos una recorrida a los potreros. Aquí en el campo, hay que levantarse al primer diucazo, amigo.

Cuando se fué, experimentó Mateo un grato alivio. Se

le figuró que la misma Milla perdía su rudeza nuevamente, que había en ella mayor solicitud; y hasta el anciano, que había permanecido en su silla silencioso, manoseando con sus manos secas, color de barro, la cache de su bastón, habló por fin:

—Haz que sirvan la comida, Milla. El caballero debe tener hambre; luego, luego...

La voz del ciego Aravena sonó extrañamente en los oídos de Mateo: era una voz de un timbre roto que tenía algo de la opacidad sucia de las pupilas; y en su acento premioso, vibraba esa impaciencia irreflexiva de los niños.

Durante la comida, frugal, primitiva, en el comedorcito donde se amontonaban útiles escolares, un tablero de contar, una pizarra, un cuadro del sistema decimal en la pared blanqueada, Mateo habló poco, adormecido por la calma pesada que lo envolvía, calma negra que penetraba por el cuadrado de la puerta con la soledad desconcertante de la noche campesina: oía de vez en cuando el chirrido de la puerta al entrar una mujer seca, cuarentona, que lo miraba con una curiosidad sin disimulo; una palabra de Milla, vibrante, de raro encanto juvenil, que lo hacía despertar; o una pregunta—respuesta de Quicho al interrogarlo el anciano sobre una oveja enferma.—¿Qué extraño beleño era ese que apretaba los párpados, y lo sumía en un sopor dulcísimo en que la vida, sin luchas ni dolores, era un hormigueo tibio que agarrotaba como una pesadilla?

Recuerda después que Milla, con la lámpara en la mano, le mostraba la puerta de un cuartito pequeño; que durante mucho rato, le pareció verla con su espigada figura; y su cara bronceada que la luz de la lámpara iluminaba de oro; y luego un silencio pesado, obsesionante, que rompieron con violento ladrido los perros de la casa, nueva calma luego y lejanamente, como envuelto en los sedosos pliegues del silencio el *huac huac* perdido de un zorro, semejante a un gargarismo de agua corriente, que fué acentuándose a medida que se aproximaba a la casa: un tiro de escopeta, violento, seco, en que el aire pareció estallar, lo hizo incorporarse con sobresalto; nuevos ladridos espaciados y luego un silencio negro, imperturbable, enorme.

III

EL AMANECER

—Tichíu... chíu... chíu... chirriiiiiii...

Fresco, alegre, descansado, Mateo escuchó en su cama el canto de las diucas madrugadoras cuyos aleteos rápidos, de suave runruneo, parecían agitar el aire de la pieza. Corrió la cortinilla modesta de la ventana que daba al campo y durante largo rato sintió la respiración del alba que se espaciaba sobre la montaña adormilada.

—Tichíu... chíu... chíu... chirriiiiiii...

Volaban las diucas alegres, casi invisibles en las gasas grises del alba, del cerezo cercano, cuajado de la nieve olorosa de sus flores al camino donde un sauce mostraba su esqueleto enguirnaldado con claros verdores primaverales. Uno de los perros dormía en el corredor de la casa frontera: un caserón tosco, de tejas negras, que iba surgiendo de la sombra con su haraposa facha de labriego.

El clarinazo metálico de un gallo repercutió largamente en la hondonada dormida, cuyo sueño parecían proteger las pesadas montañas de la cordillera de la costa que dibujaban en el cielo claro una línea curva, perdida en los confines borrosos del horizonte.

—Chíu, chíu, chuín, chirri, chirri, chíu.

¡Diuquita matutina, color de amanecer, qué grata es la chilladiza de tus trinos diminutos como las semillas de que te alimentas! ¡En tus alitas parece que el alba se hubiera depositado como un polvo invisible, el alba gris, el alba

azul, donde aun palpita el centelleo de las estrellas! Y luego evocas el campo, las pataguas, el esterillo húmedo, la yerbita bravía que abre en cualquier rincón su florecilla anónima, la cabezuela aguda del zorro trasnochador en las cercanías del gallinero: eres la voz del alba chilena, la reina de esa hora misteriosa que empieza con una leve mancha blanquecina y concluye con un inmenso hálito de oro!

Completamente despierto, Mateo bajóse del lecho y empezó a vestirse: mientras se lavaba, remojando voluptuosamente su cara en el agua fría, ideas confusas que no alcanzaba a precisar pasaban por su cerebro, pero entre todas ellas se destacaban insistentemente estas dos: mirar el campo a la luz del sol y oír de nuevo la voz de Milla, cuyo timbre reposado sonaba aún dentro de él con una armonía sana y sensual.

Observaba todos los objetos con esa hostilidad curiosa con que se mira a las personas recién presentadas: sentíase un intruso entre aquellas paredes bajas, sórdidas, entre esas gentes que no eran de su raza y a quienes veía entonces por primera vez y con las cuales debía vivir en adelante. Procuraba hacerlo todo en silencio, para no ser oído y retardaba lo más posible su tocado pensando que, si saliese al pequeño corredor, los perros se precipitarían ante el desconocido sin ninguna consideración. Había en él una timidez exagerada que entorpecía la acción. Una pereza ingénita lo hacía aceptar sin discutir la opinión de los demás, dejándose arrastrar por invencible impulso; reaccionaba más tarde, cuando ya no había remedio; y, consumados los hechos, la calma venía y el cerebro, tranquilo, pesaba con exelente buen sentido los pros y los contra, las ventajas y las desventajas de lo que pudo haber hecho.

De buena gana se volviera atrás y siguiera tras el mostrador de la tienda o sus estudios en el Liceo; aburrido, pero dueño de sí mismo; solo, pero seguro del porvenir.

Con la peineta en la mano monologaba amargamente: A buena hora se me ocurre arrepentirme. Esto me pasa por no hacer las cosas solo, sin consultar a nadie. Luego sonrió: por lo demás había en el campo una chicuela bonita.

Sin atreverse a salir, volvió a mirar por el ventanillo. La mañana de septiembre era radiosa, cristalina. Aunque

el sol no asomaba aun por el combado lomo de la montaña se presentía que los valles del oriente estaban bañados con su clara luz: todo era limpio, transparente. El cerezo que se levantaba cerca de la escuela mostraba su copa, hinchada de flores blancas, que se encrespaban en torno de los vástagos y ramas como un esponjado plumaje de nieve. Sintió la voz de Quicho y sin saber por qué, risueño, abrió la puerta y salió al patio. Los perros cerca de un horno cuya boca ahumada, roja con el llamear de oro de las ramas que lo caldeaban, gruñeron al extraño. Una mujer flaca, los negros pies metidos en zuecos gastados, los espantó sin volver la cara ocupada en alimentar el fuego con trocitos de leña que quebraba en sus rodillas. Indeciso, miraba éste hacia todos los lados sin apartar la vista de los perros que lo observaban con enconada inmovilidad.

Vió Mateo cómo uno de ellos se levantó de improvisó, atravesó el espacio entre las dos casas y corrió hacia el campo; divisó a Quicho, que arreaba un grupo de ovejas sucias por un camino que lentamente y a hurtadillas entre los arbustos debía ascender hacia el cerro. Se acercó al horno hasta ver el rezongo cálido del fuego, cuyas lengüillas locas lamían los bordes de ladrillo de la abertura. Hubiera querido dirigir la palabra a la mujer, oírla hablar; pero una timidez inexplicable se lo impedía; y, sin embargo, esa mujer sería una inquilina de su fundo. Se daba cuenta, por un curioso fenómeno, que la suficiencia de on Carmen, la superioridad casi despreciativa con que lo había tomado por discípulo la aceptaba también sin quererlo; el mismo se consideraba como un visitante y no como el verdadero patrón: veía claro que su pusilanimidad, su ignorancia de las cosas del campo las había interpretado on Carmen Lobos como signo de poquedad de carácter, de absoluta insignificancia varonil.

En el pilar del corredor vió Mateo la jaulita de colihues de la víspera; aburrido, se entretuvo en observar cómo azotaba la cabeza entre las varillas una tortolita gris, un pelotoncillo de plumas claras que sentía, al amanecer, la nostalgia de los fríos follajes del bosque cercano.

Se dirigió a la mujer, deseoso de entablar la conversación preguntándole el nombre del pájaro.

—¿Quiere decirme qué pajarito será ese?

La mujer levantó su cara oscura, de un negror relumbroso: dos ojitos velados por esa turbiedad doliente que hay en los ojos de los indios lo miraron con asombro; luego se sonrió mostrando unos magníficos dientes largos, de nítida blancura:

—Es una zurzulita...

Y la palabra exótica, de suave eufonía, le dió a Mateo no se qué extraño aroma agreste, aroma de bosque, de pájaros ariscos aleteando entre follajes vírgenes; e insistentemente, el recuerdo de Milla volvió a aparecérselo. Miró hacia la escuela: mentalmente repitió la palabra de la vieja, *zurzulita, zurzulita*, como el que saborea golosamente una fruta de sustanciosa pulpa. Muda permanecía la casita, con su techumbre roja, de tejas recién puestas, aun con rastros de barro en las junturas; y sus paredes de adobes desnudos, ásperas, de ese color desagradable del barro seco; y la casa tosca se le antojó, con los marcos de las ventanas sin vidrios y sin puertas, como esa jaula de colihue colgada del tosco pilar y la tortolilla arisca que se despedazaba la cabeza entre los colihues, a la linda mujercita que dormía aún en aquel apartado rincón de montaña.

Sintióse en ese momento la voz lejana de un niño: Ah, vaca jah vaca!, pero en la cristalina atmósfera eso era engañoso: la voz parecía alejarse y estaba muy cerca, sin embargo. Apareció una vaca peliroja, pequeña, trotando azorada, mientras Quicho con una rama la obligaba a meterse entre las dos casas, en el espacio limitado por una cerca vieja donde se retorcían ramas secas de árboles del bosque.

El muchachito se detuvo al ver a Mateo y, con la rama en la mano, avergonzado, le gritó a la mujer que había tapado ya la boca del horno y limpiaba una tabla lisa donde se colocaría el pan.

—Ahí tiene la vaca, oña Pascuala...

La mujer se acercaba hacia el centro del patiezuelo. Hablaba con ese tono colérico, tan frecuente en el campo para decirlo todo, aun las cosas amables:

—Vení ayúarme a maniala. Sabís que esta vaca es tan lobaza!

Quicho, inmóvil, miraba a Mateo; y éste, queriendo

romper una situación que se le aparecía extrañamente embarazosa, lo saludó con cierta confianza protectora:

—Cómo le va, on Quicho.

Pero el muchacho no pareció oírlo; y Mateo, sin saber por qué, sintió que el rubor le quemaba las mejillas. Todo esto hervía tumultuosamente en su cerebro, impreciso, ardiente, febril. El campo pasivo y perezoso, no parecía alegrarse porque él llegaba, vencedor de la vida, dispuesto a ganar dinero y salud vigorosa, alma bien templada como la de sus antecesores, los hijos de Vizcaya. Hurañamente, la tierra permanecía muda y las gentes que habitaban sobre ella herméticas e indiferentes. Su temperamento de sensitivo, acostumbrado a ver sólo rostros risueños y a escuchar respuestas amables se recogía disgustado ante cada brusquedad del nuevo ambiente.

En ese momento, la llamarada áurea del sol bañó la hondonada: lustró los follajes de los árboles de un bosquecillo que llegaba hasta las mismas casas bajando como un torrente oscuro del verdeante mar de árboles que cubría el monte Gupo, puso una capa de oro en la copa del ceceo y enrojeció las tejas de la escuela. Al mismo tiempo, como si éste hálito de oro que incendió el aire la hubiera llamado, Milla apareció en el corredor de la escuela, con el mismo pañuelito rosado de la noche. Mateo la saludó como si la hubiera encontrado en una calle del pueblo, sacándose galantemente el sombrero. Era un hábito de hombre tímido, deseoso de congraciarse con todos. Ella contestó con un leve movimiento de cabeza; y su voz sonora, casi varonil, resonó en la quietud de la mañana como empapada en saludable frescura:

—Buenos días, señor; y al mismo tiempo, avanzaba hacia el borde del corredor: Pascuala, ¿sacaste la leche ya?

—No, iñorita, si Quicho no mi'ha ayuao a manear la vaca que es tan patiaora!

Al ver a su hermana, el muchacho cambió por completo.

—Si ya voy, doña! ¿Qué no le van a ayuar, es qué?

Mateo no pudo reprimir una sonrisa, acordándose de las carcajadas de don Carmen la noche anterior, ante esta curiosa manera de responder.

¡Era simpático el chiquillo con su cabecita en miniatura,

de facciones pulidamente marcadas y la ágil elasticidad de las piernecillas! En lugar de andar saltaba como un pájaro, acostumbrado a moverse entre los desnudos faldeos que formaban el valle. Risueñamente seguía todos sus movimientos, el manejo de la vaca, por las patas traseras, y hasta la habilidad con que, en compañía de la mujer llamada Pascuala, apretaba las pequeñas ubres de la vaca serrana; y los chorritos delgados que sonajeaban primero en el balde y luego espumaban como una lavaza blanquísima.

En ese instante, sintiérose voces en el camino y poco después, apareció don Carmen Lobos, magníficamente montado, esta vez en un caballo alazán y más atrás, en un caballejo mandiano, flaco y encrespado aún con su vello de invierno, un hombrecillo mal vestido, cuya manta tenía varios remiendos: sus ojos saltones, legñosos, nada decían en la cara roja y granujienta.

—Buenos días, on Mateo, ¿parece que se ha madrugado, no?

—Si, algo, don Carmen, pero este aire es tan quieto que uno duerme muy bien.

—En la Huerta se duerme a pierna suelta, intervino el hombrecillo, mostrando media docena de dientes amarillos.

Don Carmen, mientras se bajaba del caballo, hacía la presentación del recién llegado:

—Don Casimiro Meza, huertano neto, y cura civil pa mayor seña...

—On Mateo... ¿Cómo es su apellido on Mateo? Es tan rúo que siempre me enreo, como si fuera nombre gringo!

—Elorduy, contestó Mateo secamente.

—Eso es; Elorduy...

Risueño, Casimiro Meza, alargaba la mano:

—Pa servirle, señor, en lo que desee por la Huerta.

—Este le podrá enseñar muchas cosas, on Mateo. No hay rincón del pueblo que no conozca, ni chacolo que no haya probado, observó jubiloso on Carmen.

—No es tanto, on Carmen, pero algo se hace... Lo que es Ud. y el cura Olguín no le merman...

Al recuerdo del cura, el buen humor estrepitoso, lleno de saliva de on Carmen, estalló francamente, mostrando las rojas encías de su boca sensual.

—Este, on Casimiro, este on Casimiro...

Y a la mirada interrogante de Mateo explicaba tranquilamente:

—Es que en la Huerta los curas son muy liberalazos. Se arremangan la sotana; y vamos pegando!!!...

Y Mateo, sonriéndose a pesar suyo, pensaba que para esa clase de hombres era muy lógico un cura que *le pegue* y se *arremangue las sotanas*. Aquella gente era muy distinta de lo que él se la había imaginado al verla pasar en sus caballejos por las calles de Loncomilla. Creíalas bondadosas y sencillas; y, sin embargo, pasiones bestiales las movían y sin disimulo, como en la ciudad: aquí la bestia fermentaba libremente, a la luz del sol, sin obstáculos, audaz en su impunidad y ciega, por la fácil satisfacción de sus apetitos.

—Muy bien, pues, on Mateo, si Ud. no se opone iremos a hacer algo por la vía...

Y al divisar a Milla que se acercaba hacia ellos, después de vigilar la entrada del pan en el horno, agregaba humorísticamente:

—La señorita doña Ludomilia Aravena nos tendrá un buen desayuno huertano, con pan fresco y buen asado, nó?

Milla llegaba a tiempo para escuchar sus últimas palabras; y con esa cortesía, algo violenta, de las familias campesinas que nada aventuran claramente:

—Si Uds. gustan pasar, dijo...

On Carmen, moviendo las haldas de la manta para asustar a unas gallinas que picoteaban cerca de allí, daba un salto ridículo con sus piernas gordas: gritando, al mismo tiempo, con voces roncas, estranguladas, al sentir las huir con cacareos estrepitosos:

—El gallinazo, el gallinazo!!!...

El Oficial Civil de la Huerta se moría de risa; y Milla sonreía discretamente como embarazada por la presencia de Mateo. ¡Qué insistencia la de este hombre al hablar de gallinazos, pensaba, e inconscientemente la cara roja, apoplética, le evocaba el vuelo de esos pájaros sobre las montañas, olfateando las carroñas desde las soledades cristalinas del aire.

Sentados en la mesa, Mateo asombróse de aquel succulento desayuno: un enorme biftec con dos huevos encima.

En un plato un pan obscuro, esponjado, con la huella del tenedor en su costra tostada y porosa. Una botella de vino zangoloteaba a cada entrada de Milla que servía la mesa ella misma. Mateo no pudo reprimirse, a pesar de su decisión de no decir una palabra, y de sentir un apetito que no experimentaba en el pueblo.

—Pero si esto es un verdadero almuerzo...

Y don Casimiro Meza, que ya miraba la botella con esa ternura ansiosa del borracho consuetudinario, se apresuró a agregar, saboréandose gozoso:

—Ah, señor, el que viene a la Huerta, resiste o revienta.

On Carmen, rebosando alegría ante la carne jugosa, temblorosos los labios glotones, bromeaba con su amigo de Purapel.

—Póngale, on Meza, que'es di'uva. ¿Di'onde saca tantos refranes, ñor. Ni el pueta on Juan Oro en un bautizo.

—Viviendo se aprende, señor, contestaba el otro sentenciosamente, hinchadas las mejillas con un gran trozo de carne que no conseguía triturar.

La frase del huertino, sin saber por qué, se le aparecía a cada instante: el que viene a la Huerta, resiste o revienta; y como si este refrán lugareño representase, en el fondo, su lucha interior decía mentalmente, apretando el tenedor en su mano temblorosa: resistiré o reventaré.

Y una oculta fuerza lo vigorizaba, una fuerza oculta que hacía correr la sangre en oleadas viriles que ensombrecieron su cabeza; y que, de golpe, lo compenetraban con el medio rústico, haciendo nacer en su espíritu desconocidas raíces de lucha ante las cuales on Carmen Lobos quedaba reducido a proporciones naturales y el campo, dócil, obedecía a su esfuerzo como una bestia domesticada.

Se levantó decidido, antes de que los demás se moviesen de sus asientos.

—¿Quiere que vamos a visitar el fundo, on Carmen?

Y el aldeano, esta vez sin replicar, contestó sencillamente: Vamos.

El Oficial Civil explicó:

—Yo me quedo un rato. Quiero comprarle unos cacharritos a don Juan. Las endilgo por el potrero; y los espero en las trancas.

IV

LA ALDEA

On Carmen echó a andar bruscamente, con su habitual manera de proceder, llevándose todo por delante. Mateo tuvo que sofrenar ágilmente el caballo para que no lo atropellase. Como todos los hombres de campo, era agresivo, pependenciero, cuando se hallaba bien seguro en su caballo; y manso, inofensivo, como un pájaro con las alas cortadas si movía torpemente en tierra sus piernas torcidas de jinete, calzadas con esos incómodos zapatos de tacones altos para que la espuela no toque al suelo. Siguió silencioso detrás de él, aunque su corazón rebosase de rabia contra la zafia grosería del purapelino; pero en su temperamento bondadoso las cóleras eran leves rizarduras, golpes de sangre sin ninguna consecuencia. Apuró el tranco del caballo hasta colocarse al lado del administrador. Insinuó confidencialmente, para congraciarse con él:

—Bonita hembra, on Carmen, ¿no?

El jinete lo miró con cierta sorna; brillaron como dos gotas de agua sus ojillos verdosos, ribeteados de rojo:

—¿Quién? ¿Milla?

Y sin esperar respuesta, agregó: Esa es harina di'otro costal, amigazo.

No será de su costal, pensó Mateo, pesaroso de mostrarle cortesía a este hombronazo rudo que no tenía inquietudes ni zozobras. Su vida y su ánimo eran seguros como los cascotes de su caballo de grupas rollizas y de ágiles remos.

El crujido de su silla, de lustroso cuero granate, palpitante bajo el lomo robusto, comunicábanle una seguridad y un dominio que lo ponían fuera de sí.

Bajaban por una leve inclinación del terreno; perdiéronse de improviso las casas tras una ceja y se elevaron los perfiles de los cerros como si creciesen repentinamente. Escalonábanse las escarpas, abrazando el valle, en cuya extensión pesaba una bruma gris, inmóvil, como sobre el agua soñolienta de un lago. Los dos caballos de cerros, tranqueando seguros por entre los matorrales que manchaban profusamente los potreros sin pasto, le daban a Mateo la impresión de que estaban en el fin del mundo, en una isla ignorada y desconocida a cuya vida se había acostumbrado ya, porque no esperaba librarse de su cautiverio. Soplaban un vientecillo frío, insidioso; un tordo que se apelotonaba entre las ramas duras de un maitén voló perezosamente, como aterido por la frialdad del aire; una vaquillona rojiza, crespada con su pelaje de invierno, que ramoneaba en unos romerillos, trotó hacia los matorrales, en los belfos el jugo verde de los brotes tempraneros.

Al doblar unos boldos, medio ahogados por las guías hambrientas de una zarza, apareció un rancho de improviso: dos perrillos orejudos ladraron audazmente, adelantándose al camino. Entre sus ladridos impotentes avanzó con Carmen hasta el *varón* nudoso, astillado, que aislaba el rancho. Nadie parecía vivir, sin embargo, tras la trabazón de colihue y barro o bajo la totora podrida de la techumbre, en cuyos tijerales descubiertos había una calavera de caballo, espantajo para alejar el chuncho que equivale a alejar la mala suerte para los campesinos. En el patiezuelo frontero a la casa; y cerrado con una cerca de cascajo, levantábase el esqueleto de una higuera que empezaba a hojecer; entre su varillaje torcido, de vástagos convulsionados como culebras heridas, había un tarro mohoso. Pensábase que habían arrojado la lata inservible cuando el árbol se refrescaba con un espléndido follaje, sin acordarse que la lacra se mostraría en el Otoño. Era una fiel imagen de la imprevisión campesina. Con Carmen gritó con fastidio haciendo que su caballo arquease el robusto cuello en el *varón* lustroso:

—Eh! on Varo! ¿Se han muerto e la peste toos, aquí?

Se abrió la puertecita, en cuyas tablas bastas se había pintado una cruz negra y apareció una muchacha gorda, de rojas mejillas y senos temblequeantes. Paróse en la puerta sin moverse:

—Nu'está na, mi paire, on Carmen.

—¿Aónde está, entonces?

—Fué pa la chacra, en el bajo...

—Bueno: dile que vaya a las casas a la oración; y tú, que la vaquillona no se pase p'al trigo, porque ya sabís, l'hago carniar...

Y torciendo la rienda, siguió adelante sin hablar. Veinte pasos más allá de la vivienda de on Varo abríase una veguilla fértil, hondonada verdosa que era prolongación de un cerro, en cuya falda negreaba la pequeña viña del fundo; un triángulo de cepas retorcidas y oscuras que a Mateo se le antojaron las cruces carcomidas del cementerio de Purapel; a la derecha, de una honda quebrada, vestida de follajes opacos, quemados por el frío del invierno, bajaba un arroyo tumultuoso, arroyo regional hijo de vertientes desconocidas que cristaleaba entre los grandes peñascos, arrastrados en el álveo que él mismo formó.

On Carmen tomó la palabra, como si hablase a la tierra, sin dirigirse a Mateo:

—Esta viñita es una joya: on Bravo no sabe lo que tiene. ¡Viera cómo se llena de uvas pa febrero, y lo dulces que son... Lo menos cuarenta arrobas se cosechan. Y el vino tiene muy buen precio, don. Lo que hay es que no se puede vender en Loncomilla; porque la bodega de don Quijano qu'es l'única, quiere que se lo den de balde... y puesto allá... Ejese no más, señor; ya lo colocaremos en el tren; tengo un palanquero amigo que lo lleva pa Osorno y allá el vino es pan caliente; un barril dura pa too el año, como aquel qui'habla el cura Olguín e los tiempos el niño Dios...

—Las bodas de Caná, afirmó Mateo con cierto deseo de mostrar a on Carmen la superioridad de su educación...

—Eso mesmito, on Mateo... El casamiento e on Caña... ¿Qué tiempos, no? ¡No haber vivió en l'era e los milagros, no?

E impulsivamente agitó las riendas del alazán, haciéndolo atravesar el agua clara del estero; el caballo hizo ade-

mán de inclinarse sobre la corriente, pero on Carmen se lo impidió. Entraron por un sendero que atravesaba un renoval de espinos: a cada paso una tenca o un tordo, cuya mancha móvil transparentábase a través del ralo follaje, punteado de negro por las cápsulas secas, batía ruidosamente las alas; veíase la tierra rojiza, moteada con las píldoras negras del guano de las ovejas; luego sintióse el característico atropellamiento del rebaño con sus balidos entrecortados y la lana viva de las ovejas dejando vedijas al escurrirse por entre los matojos espinudos. Entre los vellones sucios y pesados albeaba el cuerpo limpio y fresco de algunos cabros.

On Carmen detuvo el caballo para no asustarlos, con ese respeto casi supersticioso del campesino ante los productos del campo, de los cuales vive y de los que espera tarde o temprano la fortuna.

—Esas son las ovejitas de Milla, observó.

Mateo, mudo, fruncido el ceño, sintió un estremecimiento al oír el nombre de la niña. Sin quererlo, un amargo presentimiento apretaba su corazón. ¿Sería, acaso, on Carmen el amante e Milla? ¿Pagaría la chica los favores del purapelino con esa moneda del cuerpo que en el campo no tiene importancia alguna?

—Pu'aquí debe andar el pastor, habló on Carmen.

Salieron a una esplanada donde ya verdeaba levemente un trigal; un camino carretero prolongaba su cinta arcillosa hasta terminar en una tranquera; en el tronco inclinado de un roble viejo, acurrucado como un montón de trapos, estaba el pequeño hermano de Milla, Quicho, con los ojos vivaces fijos en el amplio cielo de fines de invierno, cielo gris y quieto donde no había una mancha de nube.

—¿Qu'estay haciendo ei, cara e costra e maqui? saludó on Carmen.

El muchachito, sin inmutarse, contestó:

—¿Qué había de estar haciendo, es que? Mirando l'aguila y su pequeño brazo se levantó automáticamente hacia arriba, hacia la masa de Gupo, sobre cuya joroba pesada un puntito obscuro evolucionaba caprichosamente y dos puntitos más pequeños, encima siempre, parecían impedirle

el paso. Era como un lejano combate de aviones sobre el bosque virgen.

Mateo osó una observación:

—Esos serán aguiluchos, ¿no?

Una carcajada estentórea de on Carmen lo hizo palidecer. Corrigió en seguida:

—Esos son tiuques, ñor... No ejan pasar nunquita al águila p'al valle!

Quicho, hipnotizado, no apartaba los ojos de la lucha que se iba alejando cada vez más hacia los bosques de Gupo. Hacía imperceptibles movimientos con los hombros como ayudando a los pájaros del llano, que, turbados en su vida soñolienta sobre los espinos, a la espera del gusano que se retuerce en un poro de la tierra o de la lagartija policroma que se escurre entre las cortezas, perseguían al enemigo hasta en sus dominios de la selva.

On Carmen volvió a andar observando: ¡No ejís solas a las ovejas por mirar los pájaros! Haelas sestiar!

Pero Quicho, con el más soberano *desdén*, *ni* siquiera lo miró. Levantóse súbitamente sobre el tronco; se empinaba y movía los brazos al observar que uno de los tiuques planeaba hacia el bosque; concluyó por dejarse caer, con un salto, ágil como un vuelo, hacia la tierra.

—¡Lo mató, lo mató!

On Carmen intervino con otra carcajada:

—Bueno el hombre e campo éste! ¡El águila *no* mata nunca a los tiuques, don! Y on Varo ice que *ni* pelean; la siguen pa comerle los piojos.

El muchachito lo miraba con una curiosa desilusión; se había calmado de improviso:

—¿Ve que los piojos, es qué?

Mateo lo observaba con la misma curiosidad simpática de la mañana. Fuera exacto o no, el pequeño habitante de esos cerros miraba al águila como enemigo y a los tiuques flojos de los espinales como a compañeros; y al ver desaparecer a uno, siguiendo el vuelo planeado del águila, se lo imaginaba como un vecino asesinado en un salteo en defensa de los intereses comunes.

Esa lucha lejana, en el aire, infiltró en su espíritu un deseo de combate; algo como una alimaña zahareña se encogió

en su interior, un brusco e hipócrita movimiento de defensa que lo inclinó a disimular su pensar y a exagerar su ingenuidad mientras su cerebro vigilaba los menores movimientos como los ojos del águila las masas de verdura por donde ha palpitado la música de un aleteo.

Al salir al camino se encontraron con don Varo, que, al hombro la pala y la barreta, volvía a su rancho; era un hombre como de cincuenta años, con una cara enorme, hecha a machetazos en un tronco de espino, de dura corteza: una barba selvática, clara en las puntas, la agrandaba aún más. Tenía el aspecto tosco, desgarrado, de uno de esos soldados de Pedro de Valdivia hechos agricultores por las necesidades de la conquista; era alto, huesudo, de piernas chuecas y flojas. Al verse frente a on Carmen se sacó la chupalla con un movimiento torpe, esponjándose, una vez libertada de la presión del sombrero, una cabellera color de estopa que hacía su cabeza enorme como un zapallo.

—La vaquillona colorá se pasó p'al trigo de on Bravo... Tenís que encerrarla e ir a componer la cerca...

On Varo, sin levantar su vista del suelo, contestó como defendiendo a su bestia.

—Bueno, on Carmen... pero hay e icirle que la plaga e conejos es muy grandaza...

On Carmen quedó un momento pensativo ante esta noticia, sin que su cerebro de hombre de campo encontrara en ese instante el remedio.

—Mal haiga el bruto que se le ocurrió traer esos animales p'al valle.

Y sin despedirse de on Varo que fué levantando sus ojos muertos a medida que on Carmen se alejaba por el camino que sólo una cerca de ramas rojizas separaba de los terrenos cultivados, se adelantó a la tranquera, e inclinándose, corrió los tramos y dejó pasar a Mateo. Los perros flacos del rancho de don Juan Oro empezaron a ladrar apenas vieron a los jinetes. On Carmen gritó a un viejo de blanca cabeza que, a los ladridos, se asomaba a la puerta de su pobre vivienda:

—Venga a poner las trancas, on Juan.

A pesar de la frialdad del aire, el sol calentaba bastante; su luz pálida, desfalleciente, ponía un barniz de oro frío en

los árboles secos y en el follaje quemado de los bosquecillos de las quebradas: un leve hálito verdoso entre los terrones oscuros de los barbechos anunciaba la tibieza vernal, la primera vaharada fecunda en la tierra aterida por el invierno. En el camino, bajo un espino, una pierna en el burren chato de la gastada silla inglesa, esperaba el Oficial Civil de la Huerta, fumando un cigarrillo al cual dió las últimas chupetadas, cuando Mateo y on Carmen llegaron frente a él; alineó su caballo al lado del administrador de Millavoro sin hablar palabra.

A la clara luz del sol, Mateo apreciaba ahora la pobreza de la tierra. Ranchos sucios, pobrísimos; tierras quebradas, llenas de matorrales y de zarzas. Secos espinos retorcián sus copas exiguas de vez en cuando o los manojos verde claros de los romeros piches manchaban el siena sucio de la tierra sin cultivo. Por ningún lado veíanse pastizales ni vacunos, salvo los bueyes flacos de la carreta montañesa; la mancha lejana de los bosques, en los cerros que por todas partes rodeaban al valle, eran la única nota exuberante en la aridez de los desnivelados vallecitos.

En pocos minutos estuvieron en las afueras de la aldea: en las sucias techumbres, ennegrecidas por la intemperie también la primavera oculta había sonreído en vírgulas verdegay que salpicaban el verdín oscuro de la tejas; negros troncos de viejas vides se enroscaban por parrales astillados, a punto de caer, en los solares sin cerca que rodeaban las casuchas; alrededor de un horno de barro seco se desarrollaba la vida matinal de la casa; una mujer apaleaba ropa junto a una batea; el hombre componía la coyunda de un yugo, apoyado en el mismo horno; dos cerdos con una horquilla de madera en el testuz, hundían sus gordos jamones en el barro podrido de un aguazal donde se chapuzaban unos patos blancos. La aldea no era propiamente tal: era sencillamente una acumulación de ranchos, alrededor de una iglesia y de media docena de casonas de tiempos más prósperos. No traficaba un alma por las calles rayadas con las roderas profundas de las carretas como un camino. En el barro endurecido por las heladas de invierno se había extratificado la impresión partida de las pezuñas de los vacunos y el arco apenas insinuado de los cascos de

las cabalgaduras. A la vuelta de una esquina se encontraron con la plaza: un cuadrilátero sin jardines, cerrado por alambrados de púa. Algunos olmos, con su ramaje sin hojas, retorcieron sus gajos por encima de las casonas bajas, aplastadas, cuyos pesados techos terminaban en largas filas de pilares que parecían sostenerlos trabajosamente. Doblaron la esquina y el Oficial Civil se detuvo frente a una casa, en cuya puerta de madera vieja había una plancha azul, con un letrero blanco en relieve: Oficina del Registro Civil. Se apeó del caballo.

—Bueno, on Carmen, me largo a la casa de las «Bueyes Negros» en un ratito...

—Pero no ilate, señor. Oña Patricia tiene un guindao macanúo...

—Bueno el gallo ¿ya lo fué a escubrir? A usté no se le escapa ni'una.

—¿Qué no sabe, Cura Civil, que los gallinazos la huelen di'arriba? Y on Bravo me tiene por tal... Adiosito, entonces.

Sentía Mateo un malestar indecible, a cada momento más intenso, un desgano de la voluntad que desfallecía con una flacidez de trapo, sin que una sensación favorable la hiciese vivir, ponerse en movimiento. La aldehuela permanecía para él, hermética y terrible. A mediodía nadie transitaba por las calles, anchas como carreteras. En un extremo de la plaza estaba la parroquia de la villa: un frontón cuadrado de iglesia colonial, de anchas puertas de roble: un porche de ladrillos de pastelón extendía su plano rojizo delante del templo, levantado algunos centímetros sobre el nivel de la calle, a la que se bajaba por toscas gradas de piedra. Sobre la fachada erguía el retángulo de vieja madera cenicienta de un campanario, alrededor del cual las palomas tejían sus vuelos blancos.

On Carmen se detuvo precisamente en la puerta de una casa adosada a la parroquia. Explicó a Mateo que la noche anterior no había podido hablar con el cura, porque éste se hallaba acatarrado. Dejaron los caballos en la calle y on Carmen entró sin llamar, empujando una mampara con vidrios triangulares, rojos y azules: un huerto enorme se prolongaba hasta una muralla deshecha por las lluvias que se veía a través del varillaje de los durazneros, cuajados

de sus leves florecillas rosadas. De entre los árboles salía un concierto disparatado de trinos, gorjeos y vocalizaciones graves, como en un amanecer de la selva. Mateo entrevió numerosas jaulas colgadas de los troncos donde saltaban alocadamente jilgueros, lloicas y zorzales. Al revés de las otras casonas, la casa del cura tenía un largo corredor enladrillado en el interior en lugar de mostrarlo a la calle. Sentado a la orilla, en una tosca silla de campo, negreaba la sotana del cura Olgún; tenía un libro en la mano y en la otra una larga varilla de sauce cuyo objeto no se explicó Mateo en un principio; a sus pies, una vieja, en una criba colocada sobre las rodillas, limpiaba trigo, separándolo con portentosa agilidad de las piedrecillas que lo ensuciaban; oíase, como el girar de una manivela, el ruido de los granos zarandeados rápidamente.

Al sentir los pasos, el cura levantó la cabeza, que cubría un birrete sucio y sin borla y sonrió a on Carmen sin levantarse de su silla.

—Aquí está el señor Estuardo, el hijo de don Mateo, de Loncomilla.

Así había interpretado on Carmen Lobos el apellido de Mateo, por fingida ignorancia o por torpeza. El cura alargó la mano sin ponerse de pie, girando con la silla que crujió como si fuera a quebrarse; era una cara vulgar de chileno, de nariz picuda y ojos inexpresivos; veíase su corpulencia, la anchura de su pecho, a través de las sotanas sucias.

—Yo fui muy amigo de su padre (su voz era de un grave matiz eclesiástico, voz de sermón, de entonaciones profundas). Era muy buena per...

No alcanzó a terminar la palabra. Volvióse con todo su cuerpo, blandiendo el mimbre sobre una gallina que picoteaba el trigo limpio y que huyó, con loco estrépito de alas, al sentir el silbo del varillazo a dos centímetros de ella.

—Ah! hij'una, maldaosa (la voz había perdido por completo su gravedad de coro; era perfectamente chilena).

On Carmen estalló en carcajadas; y el cura respondió en la misma forma. Se puso de pie estirando los pliegues de su sotana envejecida; era tan alto como el administrador y a Mateo le produjo la impresión de un campesino disfrazado de cura.

—Si, pues mi señor don Carmen Lobos, aquí estaba leyendo a mi San Francisco... Hay que prepararse con tiempo... Ah! santo varón! que llamaba hermanos a las bestias... Hermano lobo, hermana hormiga...

—Y hermana gallina, completó don Carmen aludiendo al varillazo reciente.

Y sus corpachones macizos, bien cebados, se conmovieron con las risotadas gruesas, sin timbre, con que manifestaban su alegría animal las gentes del valle.

—Bueno el don Carmen éste...

—Bueno el curita éste...

Y los brazos macizos, peludos, se cruzaron en el aire al caer sobre los hombros respectivos, en señal de rústico afecto.

Ya calmado, el cura hizo traer sillas para los visitantes. Luego insinuó:

—Una copita de guarapo no vendría mal p'hacer la mañana, ¿no?

—Póngale que es di'uva, aceptó don Carmen usando su muletilla favorita para indicar que de las cosas buenas hay que abusar.

Estuvieron sólo un momento en el corredor de la casa parroquial, el momento necesario para ingerir media docena de copitas de un aguardiente áspero, que quemaba la garganta como un ácido. Una sorda irritación germinaba en el ánimo cansado de Mateo; irritación que se manifestaba con su absoluto silencio, temeroso de hacer una observación que hiciera estallar esa risa de hombre gordo que transformaba la cara vulgar de don Carmen y que no sabía por qué parecía que venía del estómago, de las copiosas digestiones lugareñas, del chancho con ají y de la carne salpimentada. Miraba el patio descuidado de la casa aldeana, las vides retorcidas de un parrón que culebreaban por entre viejos horcones sin labrar y el brocal de un pozo, en cuyo borde el agua vertía de un balde roto. El Cura y don Carmen hablaban animadamente, sin hacer caso de él: oía vagas alusiones a la campaña electoral, combinaciones edilicias que era necesario formar y hasta de unos bueyes desaparecidos de un fundo del valle (al hablar de esto bajaron la

voz) y que Mateo no pudo entender donde estaban. Por lógica asociación recordó la escritura que el amigo de su padre, don José Caralps, había redactado en Loncomilla. Tuvo la vaga impresión de una yunta de bueyes que no había visto por ninguna parte en el fundo y una vez más se dió cuenta que había llegado el momento de reavivar su muerta voluntad. Astutamente volvió la idea de hacerse el ingenuo, de simular ignorancia para sorprender el juego de esos aldeanos que veían en la aparente suavidad del joven una voluntad dócil que podían manejar a su antojo y en provecho suyo. No sería un instrumento de ellos. Pensó hacer sacar una copia de la escritura, estudiarla detenidamente, darse cuenta de sus derechos y de las cosas que debía exigir del administrador, quizá convencer al animoso payés, al cual su padre había sacado de apuros en otros tiempos que lo aleccionara en las faenas agrícolas, viniéndose algunos días al campo en el verano, y vivir solo, tranquilo, hecho un verdadero campesino, sin preocuparse de la vida animal de los aldeanos de la Huerta de Purapel.

En el fondo de estas reflexiones fijábase nítidamente, como una recompensa de su esfuerzo, la cara seria, de grandes ojos de Milla, la dureza firme de su cuerpo de campesina, el bulto leve de sus senos virginales que estremeció su sangre con un escalofrío sensual.

El cura y on Carmen se levantaron. On Carmen dijo:

—Bueno, entonces, on Primi, así ¿que no somos de allá?

—El cura, mirándolo con sus ojos fríos, las manos sobre la barriga en la clásica actitud clerical, rehusó calmadamente la comilona, recuperando en este instante su tono grave, beatífico:

—Otra vez será, on Carmen, otra vez será. Siento no acompañar al señor Elorduy...

Llegó con ellos hasta la puerta. Al despedirse, on Carmen recordó el incidente de la varilla y la gallina rapaz.

—Así no se matan las gallinas, on Primitivo.

Hacia el ademán cómico de retorcerles el pescuezo. Estallaron de nuevo las risotadas; esta vez tuvieron eco: una aldeana que pasaba con una batea de trigo en la cabeza, se unió al coro de carcajadas por el solo hecho de oirlas. Cayeron los brazos de nuevo sobre los hombros y de nuevo

dijeron, como una exteriorización articulada del gesto afectuoso:

—Bueno el curita, éste...

—Bueno el don Carmen, éste...

Cuando estuvieron montados, on Carmen creyó necesaria una semblanza del cura Olguín, su gran amigo.

—Es muy liberalazo el cura éste, on Mateo. Si le estorban las sotanas se las arremanga y topea de lo lindo y guarea una cueca. El dicen que fué el que inventó eso de en San Francisco es permitido el pellizco... porque ha de saber qu'esta villa se mienta así: San Francisco de Purapel; la fiesta es muy nombrá por aquí... es un dieciocho chico... Viera, no más... ¿En estos campos parece que nu'hubiera gente, no? Yo no sé dí'onde diablos se junta tanta... es una tupición... cómo llegan del Sauzal, de Cauquenes, de Nirivilo, del mismo Loncomilla... Brotan como hormigas (on Carmen demostraba gráficamente con los dedos la multitud que llegaba a la fiesta). Y no se crea, ññor... Habla la mar de bien... en el sermón de San Francisco y cuando hay misiones. De improviso soltó al aire el jó jó áspero de su risa. Algo muy divertido había pasado por su cerebro:

—Fíjese, dijo. Lí'ha dao por los pájaros. Ahí tiene un celemin de bichos raros, lechuzas, tencas, lloicas, tordos, cernícalos, ¿qué sé yo? ¡No se fijó en la gritería, p'al lao el huerto!

Mateo asintió con la cabeza, sin hablar.

—Unos jotes grandazos lo siguen por toas partes, cuando salé a una confesión. El los llama: ¡Pepito! ¡Pepito! ¡y los jotes comienzan a revoletear que es un gusto por encima e la cabeza. ¡Es muy divertido el hombre, mire!

Doblaron una esquina hacia el cementerio. On Carmen interrumpió su narración para reirse de un muchachito descalzo y de cabeza negra, de erizados cabellos, que los observaba a unos pasos. Clavó las espuelas y torciendo el busto hacia el cuello del caballo, lo azuzó con gritos extraños, como alaridos: Ah! juí, juí, juí, juí, juí. El chiquillo escapó desatentado. On Carmen detuvo el caballo con un ágil tirón de la mano:

—¡Buena rienda el colorao, no? Y agregó en seguida:

—Es Chilo, el hermano de las Bueyes Negros. Lo mandan de loro...

Y haciéndolo dar una rápida vuelta, lo paró frente a una casita de aldea, hecha a la diablo, de alero caído y paredes sin revoque que mostraban las junturas viejas de los adobes; veíase la madera rojiza, apenas cepillada, de los postigos de las ventanas, por los huecos donde debieron ponerse los vidrios.

Al desmontarse apareció en la puerta un nuevo purapelino: era un hombre de estatura mediana, pero de nervuda complexión; llevaba una manta de Castilla doblada en las haldas sobre el hombro y botas sucias; sus manotas demasiado grandes, rayadas por el relieve de las venas, se movían con gestos tan acompasados que daban la impresión de que el dueño apenas tenía fuerzas para gobernarlas; de su cara huesosa de aldeano, quemada por el sol, salían unos bigotazos enormes, del color de las barbas de los choclos viejos. Adelantó su manaza de antropoide con un gran gesto cordial y sin motivo ninguno, sólo por el placer de verse después de muchos días, estallaron en grandes risotadas: jé, jé, jé, chorreaba on Carmen; el hombre de los bigotazos respondía con juá, juá broncos, como gritos de tutas selváticas.

—Y dí'onde sale el señor Comandante?

—Bah, señor. ¿Qué está ciego? Persiguiendo cuatreros pu'allá por Callivoro...

—Gato que pescan aquí, si sale, sale sin uñas...

Se rieron nuevamente y a Mateo le pareció que aludían a él en ese gato al cual le cortaban las uñas en el cuartel de policía.

—Pero entremos que la cazuela se enfría y oña Tencha se enoja...

Con gran asombro de Mateo, on Carmen tomó las riendas del caballo y entró con él al interior. Sus fuertes cascos golpearon sonoramente el entablado. Y tras la cola nerviosa del alazán, que golpeaba las grupas llenas de moscas entró Mateo. Sentíase malhumorado y nervioso; a cada movimiento brusco del cuerpo advertía el dolor de los brazos y de los muslos, molidos con la caminata reciente. Y

luego aquellos aldeanos toscos, groseros, que no entendía. De buena gana se hubiera vuelto atrás en ese instante. La vida del poblacho, en Loncomilla, a pesar de su aburrimiento le parecía mucho más soportable. Decididamente no se acostumbraría nunca. Se acordó de Milla: hubiera corrido al corredorcito de la escuela; allí, sentado tranquilamente, oyendo la voz grave, con entonaciones casi rudas de la maestra y los grititos agrios, de maqui crecido a la sombra, de la tortolita prisionera habría soñado, habría hecho adelantar el tiempo, de acuerdo con sus deseos, en la fuga sin tropiezos de la fantasía; y de su corazón, entorpecido por las nuevas sensaciones, brotó una vaharada tibia de ternura que nubló sus ojos con un velo húmedo: Zurzulita, Zurzulita, musitó cariciosamente su deseo. Una voz de mujer, melosa, insinuante, se dirigía a él.

—Pase, señor, pase no más.

La que hablaba era una mujer madura ya, de vigorosa contextura; ese tipo recio de hembra varonil que es muy común en los campos de Chile; el cuerpo era algo plebeyo, de caderas demasiado gruesas y de senos rebosantes; pero en la garganta maciza, casi atlética, asentábase una cabeza de líneas purísimas, de tipo romano, con una nariz voluntariosa y unos ojos de un gris azulado que no tenían feminidad alguna. Miraban, pudiera decirse, hombrunamente. Un gesto agresivo, malhumorado endurecía el semblante; una masa de cabellos rojos le daba un curioso aspecto. La piel, de un rosa suave, transparente, parecía reflejar el resplandor dorado de la cabellera. Mateo tuvo el vago recuerdo de haberla visto antes. Por un instante casi cogió la idea, pero la voz de on Carmen, instalado ya en el corredor en un cumplido sillón de tosco lingue, brillante a fuerza de uso, que lo invitaba a beber una mistela hecha como con mano de ángel, apartó para siempre esa analogía lejana.

—Venga, señor, no se m'eche p'atrás... Hay que acostumbrarse a la vía e campo... Venga a probar el licorcito éste que el cura Olguín dice que es néctar divino... Chupa, conforta y aprieta...

El Comandante intervino, con su voz cavernosa y lenta:

—Oña Tencha tiene tantas clases e' mistela que nu'a nació el que las haya probao toas sin curarse...

Oña Tencha se sonrió levemente, satisfecha de este cumplido ante el forastero a quien sus ojos fríos examinaban con curiosidad impertinente. Sin decir nada entró a una pieza cercana y volvió a los pocos segundos, en la mano una botella que limpiaba con un delantal y en la que brillaba un líquido transparente, de suaves tintes terrosos. Vació el licor en varias tacitas desorejadas, diciendo gravemente:

—De nueces.

On Carmen y el Comandante las vaciaron de un trago, chasqueando afectadamente la lengua:

—De mano de ángel, señor, de mano de ángel... El cura no se turba nunquita... ¿No es cierto, Tenchita?

La recia hembra contestó secamente, reteniendo en las manos la botella.

—Yo no sé de cosas de cura... Pregúntele a las niñas e on Bravo que arreglan el altar los domingos.

El Comandante soltó una carcajada tan voluminosa que un perrillo que se apelotonaba entre los pies de los asistentes, empezó a ladrar enfurecido. Observó luego:

—Abuse no más, comaire, que está en su casa.

On Carmen no perdió su aplomo:

—¿Buen dar oña Tencha? ¡Ya se fué a enojar! Si es broma no más! ¡Ni que le hubieran dicho que la mistela tenía gusto a poco!

El Oficial, que representaba a las mil maravillas su papel de parásito de aldea, sonreía a su tacita, aprobando con movimientos de cabeza las gracias de los que consideraba sus protectores. Las palabras salían hábilmente, en el momento oportuno, para halagar a on Carmen que le había conseguido el puesto:

—Señorita Hortensia ¿pero no ve que on Carmen le hace bromas porque la estima?

La mujer, cuyo ceño se había endurecido, se alejó del corredor sin contestar. Por el otro extremo apareció una vieja enteca, con una mano debajo del delantal como si quisiera indicar a los huéspedes que estaba ocupada en servirles y no podía dejar esa prenda de mujer hacendosa. Su rostro cetrino estaba cruzado por innumerables tracitos oscuros, como una manzana que se le ha recogido la piel. On Carmen se levantó con su habitual gesto de alegría:

—¿Cómo le va, pues, ña Patricia? ¿qué tiempo hacía que no la veida?

—No sería porque me había cambiao e casa, contestó la vieja con esa voz dura, angulosa, de las campesinas.

—Cómo le va on Filidor, agregó dirigiéndose al Comandante.

Este no se había levantado tan cordialmente como el administrador al ver a la anciana; y on Carmen como para impedir alguna escena molesta, presentó al señor Estuardo según su manera de interpretar el apellido *rúo* de Mateo.

—¿Y las flores, ña Patricia? ¿Cómo están esas flores?

Todo aquel conjunto de arrugas pareció vivir al sonreirse la vieja, cuando le recordaron sus flores. Miró hacia el jardincillo rústico, de alta empalizada, que el invierno había devastado; sólo las cabecitas blancas o jaspeadas de algunos clavelitos se asomaban por entre el enredijo plomizo de sus tallos flácidos y carcomidos por las heladas.

—No es tiempo toavía, pa diciembre, on Carmen.

Volvió nuevamente Hortensia. Llenó las tacitas con el contenido de otra botella, diciendo:

—De guinda...

Y esta vez el licorcillo tenía un vago tinte de arrebol, un rosado transparente y suave como el buche de las lloicas viejas.

On Carmen la miró risueño:

—¿E le jué el enojo, ya?

La mujerona sonrió; y a Mateo le pareció su sonrisa lo único verdaderamente femenino de la aldeana; su rostro pareció animarse al mostrar la blancura brillante de la dentadura; perder el duro gesto de crueldad que lo enfriaba; algo así como el aroma azucarado que suaviza el espinudo rosetón de las pullas de los cerros.

—Es que usted es tan embromisto, on Carmen. Hace explosión por cualquier na...

Las mistelas que, en un principio le habían parecido tan picantes y ásperas como el aguardiente del cura, le comunicaban ahora a Mateo un grato calorcillo de vida. Sentía la combustión de su sangre en las mejillas y una animación creciente que la sonrisa de la señorita Espejo hacía más agradable y sus ojos audaces que lo miraban provocativos,

diciendo claro lo que pensaban, sin la coquetería artificiosa de las ciudades; y en este hálito de vida, risueño, dulce, se fundieron su timidez y sus temores. El campo cobró un suave colorido, un soplo de paz pareció desprenderse del huerto gris y del jardincillo en que las clavellinas estarían mezcladas no lo ponía en duda, con rojos cardenales, olorosas mentillas y aristocráticas varas de San José; era, sin duda, amable la sonrisa rosada que ya cubría como un polvo de aurora las varillas rígidas de los durazneros de la virgen; tan amable por lo menos como la sonrisa de Tencha Espejo, la hembra varonil que en los monótonos días lugareños destila aromáticas mistelas con zumo de flores y de frutas silvestres. El recuerdo de Milla se borró por esta vez. Una audacia súbita le desató la lengua: quería asombrar también con su hombría a aquellos campesinos que lo miraban como un caballerito enclenque, incapaz de nada. El asombro, en la cara de on Carmen, fué grande cuando pidió que le repitieran de la de guindas y aun agregó con gran empaque: En Villa Alegre he bebido veinte clases distintas.

Después no recuerda casi nada. Vagamente, ve desfilar licores de muchos matices, verdes como hojas nuevas las mistelas de apio y de mentilla silvestre, oscuras las de máqui y de zarzamora, rosadas las de guindas y cerezas; luego el almuerzo copioso, pesado, con olor a ají y a grasa; y la francachela en una sala amplia, con estera, que apagaba los pasos de los bailarines y una voz aguda que, en un arpa extraordinariamente chillona, cantaba coplas que eran coreadas con grandes ¡huifas! por on Carmen Lobos, presa de un caricaturesco paroxismo. Ve que la hermosa hembra se ha sentado a su lado, que se arrima a su hombro y que familiarmente apoya en él su cabeza llameante y cálida. Luego, recuerda que se despiden, que la tarde, fresca, oliente a yerbas, a cosas claras y húmedas, se desvanece suavemente sobre los tejados oscuros de las casonas aldeanas; y la voz insinuante, melosa, que le murmura al oído, confidencialmente, brillantes como ascuas los ojos grises, al mismo tiempo que le entrega un ramo de clavellinas, empapadas en agua, con un agrio olor a limones verdes:

—Vuelva a buscarme en anca, a la oración.

Y él, valentón, capaz de prometerlo todo en un instante:

—Cómo no, cómo no... Vuelvo al tiro...

Después, todo se envuelve en una bruma espesa, donde su conciencia no penetra: leves rasgaduras de recuerdo, que saltan alocadamente en su cabeza palpitante como si el corazón se hubiera trasladado arriba, al hueco del cráneo en lugar del pensamiento. La figura de Milla, en el corredor de la escuela, hierática como una esfinge; la carilla perpleja de Quicho arreando la vaca pelirroja, una cama que cruje y una larga, angustiosa caída en un vacío negro donde se oyen carcajadas estruendosas, tintineo de arpa y tableteo de guitarras; el olor penetrante, dulce como miel salvaje, de las mistelas servidas por la mano regordeta de una mujer que es un haz de llamas y que lo invita a dar un paseo en anca a la oración.

V

SAMUELON

Mateo se despertó tarde al día siguiente, con una desagradable sensación de suciedad en todo el cuerpo, la lengua estrapajosa y amarga; la sangre en ondas espesas martilleábale desagradablemente las sienas. Lo habían arrojado vestido en el mismo cuarto en que durmió la noche anterior.

Reinaba afuera un gran silencio: sentíase el cacareo de algunas gallinas, al pie de la ventana; y el siseo de voces que conversaban más lejos. Empezó a ver claro a medida que se desperezaba. Esto ha sido una perfecta borrachera, se sorprendió en voz alta. Sintió rojas sus mejillas al pensar que la señorita Ludomilia, pudo verlo en ese estado. Su despertar en Millavoro, al segundo día, era muy distinto. No le movió el deseo de asomarse a la ventana y ver de nuevo el cuadro matinal del día anterior. Recordó el paseo por el fundo, aquel cura chabacano que espantaba sus gallinas a varillazos, los bigotazos amarillos del Comandante y on Casimiro Meza, tendido en el suelo, durmiendo en una charca bermeja su espesa mona de alcohólico y la sonrisa blanca de la hembra de las mistelas, famosas en la aldea. Pensó en su nueva vida, en la manera de librarse de la tutela de on Carmen Lobos, cuya rapiña mal disimulada

por sus dicharachos graciosos y sus amabilidades, veía claramente. Comprendió, por último, que no era el momento oportuno de ir a Loncomilla en busca de una copia de la escritura ni de pedir nuevos consejos a don José Caralps; era necesario percatarse astutamente de lo que había en el fundo y sorprender después a don Carmen con el conocimiento minucioso de su existencia; era preciso conocer, primero, las faenas del campo, el valor real de la tierra y de los elementos que necesitaba para que su cultivo diera provecho; recordó, con un estremecimiento, que después de la vendimia debía entregar mil pesos a don Juan de Dios Bravo y esto durante tres años; después el fundo le pertenecía.

Al salir afuera lo sorprendió un cuadro singular: on Carmen estaba sentado en el corredor de la vieja casa del fundo; un caserón rectangular que tenía corredores alrededor de sus costados: los viejos pilastrones carcomidos e impasibles que sostienen durante medio siglo la techumbre terrosa, donde viven los murciélagos, exhalaciones de la sombra dormida en los resquicios, tienen ya la familiaridad de viejos inquilinos del fundo; la parte trasera de la casa parece incrustada en el cerro y la fachada que da al camino se asienta sobre un zócalo de piedra que lo mantiene horizontal en el desnivel del faldeo. On Carmen parecía despachar un asunto importante tras la mesita en que se había sentado y sobre la cual, sujeta con cuatro pedruscos, amarilleaba la hoja sucia de una escritura notarial. Hablaba animadamente con un campesino parado delante de él: huesudo, de miembros desproporcionados, era muy semejante a on Varo en el oro tostado de los pelos de la barba y en el gris desvaído de los ojos; una pequeña manta de bordes desflocados, que apenas tapaba las espaldas, hacía aparecer sus piernas, metidas en pantalones de sucias rodilleras, de una longitud desmesurada.

Los tipos del valle, ya lo había notado Mateo, eran de elevada estatura y a pesar de su quemada epidermis, de ojos claros y cabellos levemente dorados. Le sorprendía no encontrar el rostro cobrizo, de cansada expresión, que entristece a los campesinos del valle central. On Carmen, on Varo, Milla, el Comandante de Policía, Hortensia Espejo, el campesino que estaba en ese instante frente a la mesita,

parecían ejemplares de una raza especial que hubiera crecido y prosperado al abrigo de las rinconadas boscosas, de los bajos húmedos que guardan el oro del sol; habían perdido sin duda, algo de la raza originaria, los aventureros que en busca de oro se establecieron en el valle en los tiempos posteriores a la conquista, pero tomaron algo de la sustancia concentrada de las parras de rulo, de la aspereza de los quiscos espinudos, o de la astucia egoísta de los zorros ladrones y a veces también la escamita de oro que un rayo de sol descubre en el lecho blanco de los pantanos y arroyuelos. Choco, el perro de la casa, dormitaba bajo la sombra blanca del cerezo; unos chanchos se mordisqueaban con agudos chillidos, frente a la barraca que servía de cocina envuelta en una humareda azulada que se perdía en el aire; de la casita de la escuela salía el murmullo de los muchachos en clase.

On Carmen no pareció advertir la presencia de Mateo, pero éste avanzó hacia él, saludándolo. Contestó con un movimiento distraído; su voz burlona llegaba clara a los oídos del joven.

—La ley lo ice claro, on Wence: Oña Inomisa Abarzúa testó sola; y usté puee meterle pleito a los hereeros. Ud. representa a su señora, que es tan hereera como los hermanos. Vamos a ver. On Carmen, cogió el papel grasiento que se enrolló entre sus dedos torpes; leyó en voz alta:

Una higuera.....	10 reales.
Un peral moto.....	8 »
Un sauce.....	2 centavos
Una piedra de moler.....	10 reales

No se parten los herederos, del rancho, porque no saben cuantos palos y tejas hay en él.»—Bueno, on Wence: ¿Ud. qué reclama?

Una rara agitación cobraron los dedos curtidos, gruesos y manchados como cóguiles en sazón, al agarrarse a los bordes de una chupallita deformada y tiesa.

—Yo no reclamo d'eso; pero l'hijuela que a mí me dieron está llena e zarzamora y el estero que pasa por ei la llena e pieiras en el invierno.

Esto lo había dicho tímidamente; pero de pronto su rostro se animó, y expresó con brusquedad:

—Es lo que yo digo; por qué a las señoras mujeres no se las mejora y se las eja botás como ojotas viejas, si me aguantan la comparanza.

On Carmen se levantó, entonces, para terminar la entrevista.

—Claro, que se la agunto, on Wence. ¿Pa qué nos tranquilamos, no?

—Ei es, pus, eñor.

Mateo sonreíase al ver la gravedad con que on Carmen dilucidaba el pequeño litigio de campo que se le venía a consultar.

—Bueno, on Wence: hay que presentar un escrito, pa que se le dé una compensación en plata, porque l'hijuela es de las malas... ¿Nu'es la tierra ques'ta pal'lao de Pura-pel, al Sur?

—La mesma, on Carmen; colinda con el fundo de on Meza.

—Bueno, entonces, vení mañana pa notificar a las partes... on Cachi lo escribirá en el civil...

El hombre volvió nuevamente a agitar sus dedos hinchados y tiesos; por último, se decidió, entregando a on Carmen un pañuelo de yerbas, lleno de huevos:

On Carmen lo tomó, llamando, al mismo tiempo, a la vieja que trajinaba incansablemente en los alrededores de la ramada donde hervía el almuerzo. Protestó con tono zumbón:

—Muchas consultas, on Wence y pocos huevos...

Sonrióse el hombre sin turbarse:

—Otra vez será on Carmen... las gallinas no ponen...

On Carmen insistió:

—¿No tenís un cuerecito e cordero?...

—No, on Carmen, no he matao ninguna oveja; pero la diligenciaré por ei... dijo on Wence metiendo en una bolsa su escritura y bajando a grandes zancadas las piedras que servían de escalinata al caserón.

On Carmen, radiante, se volvió entonces a Mateo: estaba satisfecho de que le hubieran oído su sentencia.

—¿Cómo ha amanecido, señor? ¿Le gustó la fiestecita? Buena-mozona la Tencha, ¿no? Y parece que le picó l'araña!

Y está libre ahora, amigo. Pero Ud. no entendió la indireuta amigo... Aquí las mujeres son como hombres... Cuando les gusta un gallo lo convidan al tiro a andar en anca, pero Ud. s'hizo el leso... Mire, iñor, no s'iande con paraúras con las huertanas que son capaces e too...

Al oír estas palabras, Mateo concibió una sospecha que luego se fué intensificando. No le cabía duda que el almuerzo en la aldea había sido premeditado y que la súbita afición de la aldeana era una lección aprendida. ¿Qué perseguía con esto el astuto campesino? Mateo lo veía claro; primeramente lo alejaba de Milla por la cual tenía on Carmen un interés visible; por lo menos posesionábase de la casa como el propio dueño; la presencia continua de un hombre joven era un peligro constante. A él le debía Milla la escuela y on Carmen, para esa gente sencilla, continuaba siendo el patrón, dispensador de todos los beneficios; a él se dirigían; y on Carmen, aficionando al joven a la jarana y a la remolienda, podría obrar a su antojo en el pequeño fundo.

Comprendió que había caído en las garras del Alcalde Bravo y de su administrador; y que, aislado y solo, sin conocimiento alguno de agricultura, había hecho un pésimo negocio; la parte más sólida de su herencia, esos pagarés de don Juan de Dios, se desvanecían ante su determinación, aguijoneado por el deseo de resolver cuanto antes el enigma del mañana. El campo no haría variar su suerte; lo presentía. El paso del pueblo a la campiña era como el alivio momentáneo del enfermo cuando cambia de posición.

Su amor propio lo sostuvo. Con una sonrisa inofensiva, contestó:

—¿Si, don Carmen? ¿Pero así de golpe y porrazo, sin más ni más?

On Carmen hizo un gesto cómico:

—Y pa qué tantas palabras, ¿iñor? Si eso es lo que se busca, no hay más... Pa eso son dueñas de su cuerpo. El cura Olguín tiene un verso relindo, señor:

A mi no me manda medio,
ni me gobierna cuartillo,
este cuerpo yo lo mando
y ha de ser lo que yo digo.

Una ráfaga de viento agitó la blanca floración del cerezo: algunos pétalos cayeron al suelo. El Choco, que dormía debajo, al sentirlos sobre su piel se levantó de golpe.

Era un perro original: un tronco de terranova sobre cuatro patitas endebles de quiltro; recordaba una extraña cópula, por carencia de hembra, entre un perrazo en celo y una quiltreja; tenía un excelente humor: el trocito de cola a que debía su nombre, giraba nervioso sobre su base apenas se acercaba a alguna persona de la casa.

Oíase el murmullo atiplado de los chicos que en la sala de clase recitaban las vocales en coro; de pronto se produjo un silencio; luego, ruido de niños que se ponen de pie y como una bandada de jilgueros, sorprendida en un trigal, se desparramaron por la mancha roja del camino que la luz blanca del sol destacaba crudamente.

Eran veinte o treinta muchachitos, la mayoría con ese rubio tostado del campo, mal envueltos en trajecitos de casineta ploma: algunos con mantitas cortas hechas de ponchos viejos de los padres, que les daban un aspecto cómico de huasitos en miniatura. Ninguno llevaba zapatos. Al enfrentar la carretera, el grupo se detuvo para rodear a un hombre que se acercaba a las casas y que al verlos, se pegó atemorizado a la cerca del camino. La gritería aumentó de pronto, alrededor del extraño. Quicho, que se había quedado en el corredor de la escuela, corrió hacia allá, a una indicación de Milla que miraba con áspero ceño el grupo bullicioso de los chicos, alrededor del campesino.

On Carmen divertíase a más y mejor con el miedo de aquel hombre haraposo que, una vez libre de los niños que lo tironeaban, permanecía adherido a la cerca en la actitud encogida del que resiste un chubasco. Mateo tuvo en ese instante una idea malévola: germinó en su espíritu el deseo de molestar a don Carmen. Atravesó el patio para saludar a Milla; y conversar con ella con ademanes familiares y confianzudos.

Estaba bellísima, el rostro moreno suavemente sonrosado con la luz del sol, frunciendo el ceño donde se juntaban los arcos finamente dibujados de las cejas. Su vergüenza de la víspera había desaparecido: emborracharse parecía ser,

por lo demás, una cualidad del hombre en aquella vida primitiva.

—¿Quién es, señorita Milla?

—Es Samuelón, el tonto, que viene todos los días a buscar su galleta. Se la doy para que me cuide a la Calambrienta, la yegua de mi madre.

Libre ya de la amenaza de las piedras infantiles el imbécil se acercaba hasta el corredor: era una cabezota enorme; una masa de barro oscuro de colgantes pliegues, en que un profano hubiera tenido la intención de modelar la cara humana; la viruela había agujereado despiadadamente la cara, dándole la apariencia blanducha de una esponja; producía la impresión de que tocándola con el dedo se iba a hundir; un bosque de pelos tiesos, opacos de caspa, asomaba por entre las orejas, despegadas del cráneo; el resto del cuerpo apenas cubierto con harapos sebosos, no tenía importancia; se evaporaba ante la macrocefalia del cretino.

Se acercó hasta Milla. De sus labios gruesos, de una humedad de carne desollejada, salía un gruñido monótono, casi inarticulado; alargaba una manaza tiesa, negra; las uñas, desmesuradamente crecidas, tenían una opacidad de garras.

Milla entró al comedor dándole al cretino una torta morena de sustanciosa miga que en el campo llaman *galleta*. Samuelón empezó a morder el centeno ansiosamente, con un apetito de bestia.

On Carmen, crónica pintoresca del valle, dió a Mateo noticias del cretino.

—Es de familia muy buena el tontito, ñor... Las malas lenguas icen que es hermano del cura Olguín... pero ni por pienso... Es la mesma cara e on Samuel Meza, que murió en la costa... Le gustaba el trago como diablo al hombre... Fíjese, ñor, era dueño de todo el valle casi... Terrenos muy viejazos... que no valían na, porque la plata era escasona. On Samuel que era un hombre grandazo, bien amigo e la jarana, como toa la gente e por aquí, ñor... llegaba a un rancho y pedía chicha. Espués de tomársela le icía a la gente: Tómate una cuaira e tierra. ¿Onde on Samuel? Pal lao el cerro, niña... Bueno, on Samuel. Y su

palabra era respetá como escritura, iñor. Lo que hay es que como no hicieron escrituras, too el valle sería del inocente... Ya ve, pues, señor...

Mateo lo miró engullirse vorazmente el último mendrugo.

Este ejemplar degenerado de la fuerte raza, vuelto a una desastrosa animalidad, lo hizo pensar en el antecesor, el hombre hidalguesco que había cedido sus tierras por litros de chicha; y que no había dejado más rastro de él que la leyenda de sus prodigalidades y aquel idiota, engendrado durante una borrachera en cualquier rancho, que vagaba por los campos como perro sin dueño, y era, sin embargo, su legítimo poseedor. On Carmen había encontrado ya la manera de pasar entretenido la mañana. Lo invitaba al centro del patio, con un gesto imperativo:

—Hace peliar a los toros, pa que vea el señor!

Toda la casa se fué reuniendo alrededor del idiota: en las caras se veía esa expectación risueña con que la gente del pueblo observa las representaciones de los circos.

En el medio del patio, colgantes sus enormes brazos, tenía el aspecto de un orangután vestido de harapos.

—Anda, ho, mancorná al Manqui con el Trapi!

Se escapó un gruñido de sus fauces rojas; sus ojos brillantes, sin mirada, tenían esa expresión de angustia del animal que sufre, del perro herido que agoniza en un rincón de los campos, bajo la soledad indiferente de la naturaleza. A una señal del administrador la hija de la cocinera trajo una botella de chicha y un vaso.

Al verla, Samuelón se hincó inmediatamente de rodillas.

—Es infalible, observó on Carmen.

Por su garganta salió un cavernoso bramido de toro; sus uñas escarbaron con furia la tierra, echando un puñado de polvo hacia atrás; luego un segundo bramido contestó al primero y la otra mano escarbó la tierra en la misma forma.

—Es'es el Trapi, observó on Carmen... Ya se van acercando.

Los pulgares deformes, semejantes a raíces de robles, se separaban con extraña vida del resto de la mano; colocados a cierta distancia representaban a los dos toros que medían sus fuerzas antes de cruzar sus testas enfurecidas.

Los rugidos se hicieron más airados, más apremiantes.

La lucha que reproducían sus dedos también lo enfurecía; gotas de sudor resbalaban por los pliegues duros de la piel; una saliva espumosa barnizaba sus labios. Por fin se efectuó el encuentro: los pulgares, llenos de tierra, se arañaron despiadadamente entre bramidos salvajes. Los toros chocaban sus cuernos en algún lejano vallecito de montaña de sus antepasados, por la dirección de la manada, por el orgullo bravío del macho; lucha desconocida y terrible que se incrustó para siempre en el cerebro infantil del idiota, sin que ninguna otra idea viniera a disputarle su dominio.

Los rostros observaban ansiosos la pelea; hipnotizado Quicho como al mirar la lucha del águila y los tiuques sobre los cerros; indiferente on Carmen, con el rostro hinchado de risa despreciativa; roja la cara de Milla cuyos ojos se habían endurecido repentinamente con una expresión cruel; *Choco*, intrigado por el movimiento, las risas y los rugidos, aulló levantando su hocico a lo alto.

El idiota se levantó, por último, lleno de tierra; a través de los jirones sucios de su camisa el pecho anhelaba cansado; sus ojos turbios se fijaban de soslayo en don Carmen. Este preguntó:

—¿Quién ganó ahora, ho?

—Trapi, Trapi, gruñó el idiota.

On Carmen insistió burlón:

—Pero siempre gana el mismo, ñor! ¡Qué gane también el toro nuevo!

Samuelón no pareció oírlo. Dos o tres palabras gangosas resbalaron con ruido bronco por su áspero gaznate.

La sirviente le pasó un vaso de chicha, a una señal de on Carmen.

El cretino absorbió como un esponja los vasos; el líquido gorgoriteaba como agua que hierve al pasar al estómago, hinchadas las venas del cuello.

A una pregunta de Mateo, el administrador respondió risueño:

—Ice qu'el Trapi se la gana porque es toro viejo, más mañoso... El otro es toruno no más... pa mí qu'es la mano derecha la que gana.

En ese instante apareció el viejo en el pasadizo de la escuela: movía airado su palo. El ruido debió atraerlo hacia

el lugar de la escena. Bajaba tanteando el camino, hacia el patio.

—Ya'sta ahí ese huacho maldecío! ¿Qué venís hacer a mi casa condenao?

Se aproximaba a él con matemática seguridad; y su palo, al cual se aferraba el manojito de nervios de la mano, describía en el aire molinetes fantásticos. El idiota se alejaba hacia el cerezo, volviendo la cabeza en la actitud de un perro acorralado. La voz gastada, deshecha del viejo, gemía débilmente, a medida que el cansancio apaciguaba su cólera:

—Huacho maldecío! Huacho maldecío!

Milla intervino.

—Pero, papá, si viene a buscar su galleta. Fué para que viera don Mateo.

Don Carmen observó con tono burlón:

—¿Y di ónde le sale tanta pica, ñor? Si era por juar, no más.

—Parece mentira, on Carmen, un hombre serio... un hombre serio...

—Ejese é cosas, ñor!... ¡Ve! Si no se molesta a naiden, ñor!

El anciano no respondió. Apoyado siempre en su bastón, volvió a subir dificultosamente a la escuela. Samuelón, poco a poco se acercaba de nuevo al patio. La vieja, seguida del perro, llevaba la olla humeante del almuerzo al comedor. Milla invitó a Mateo y a don Carmen desde la puerta de la casita.

El joven no se explicó en ese instante la súbita cólera del viejo hacia el vagabundo; no se la explicó sino mucho más tarde, al conocer los antecedentes de su vida. Se manifestaba en forma de odio el dolor de su fortuna deshecha y de su salud perdida. Tuvo un hermano idiota que vagó también por los caminos y vivió de la benevolencia hospitalaria de los campesinos, sin que él lo recogiese en su casa floreciente. Como un vaho acre de superstición atribuía su desgracia a un castigo del cielo. Vivía del trabajo de la hija y de los favores de on Carmen Lobos; y su acritud de ex-hombre, de venido a menos, la descargaba sobre el idiota que en sus pulgares monstruosos llevaba vivo un retazo de la vida salvaje de los campos, como conservan las ramas

de los robles viejos la huella de los huracanes: eran los vendidos despojados, los verdaderos dueños de las inmensas haciendas cedidas por el rey al capitán de milicias, su antecesor común, en cuyos rincones nacieron y murieron generaciones de vacunos bravíos de los cuales sus poseedores no tuvieron noticias.

VI

ZURZULITAS

Durante el almuerzo su ánimo se va transformando lentamente. Sus cavilaciones se disuelven en la familiaridad de la hora: los ojos de Milla se fijan de pronto sobre él y aunque quiere sostener la mirada siéntese presa de una gran turbación. En los instantes en que ella hace los platos, preocupada sólo de acondicionar las presas de cordero en el espeso caldo dorado, Mateo la observa: la mira de perfil y en esta forma no la encuentra bonita; la nariz resulta arqueada, dominadora, como la de Hortensia Espejo, aunque la barbilla aguda trace una armoniosa línea hasta el nacimiento de la garganta; lo que turba dulcemente sus sentidos es la frescura del cutis moreno, las curvas llenas y redondas del pecho y la amplitud de las caderas que prometen, en su juventud en agraz, una mujer tentadora; hay algo de provocativo en la humedad saludable de los ojos y en el blanco de la dentadura, que atrae al macho, hace nacer en él anhelos de posesión y pasiones primitivas, aunque ella no lo advierta. Asómbrase de la facilidad con que olvida sus preocupaciones; entretenido en este cálido cruzarse de los ojos ha dejado pasar el tiempo, sin importarle el mañana. Su temperamento ligero pasa rozando las dificultades, sin penetrarlas nunca; se deja arrastrar por el beleño suave del momento actual, los ojos de Milla y el calor que el vinillo fuerte de rulo hace correr por sus venas. La vida es de nuevo amable; on Carmen muestra ahora sólo el aspecto sim-

pático de su temperamento, la bonhomía burlona de sus dicharachos huasos.

Se sientan un instante en el comedor de la escuela: la luz blanca de la siesta hace brillar la floración del cerezo con resplandores dorados; el *Choco* ha vuelto a recostarse bajo su sombra perfumada; las paletas carnosas de unos tunales verdean a la orilla de la cocina, recortándose en el fondo obscuro de las ramas secas. En los pilares del corredor, un leve matiz verde claro insinúa las yemas en los retorcidos vástagos de una enredadera de hortensias; la zurzulita colgada del pilar da picotazos torpes en el cartón blanquecino que cubre el fondo de la jaula. Contento, desembarazado de preocupaciones y suspicacias, Mateo paladea esa suave quietud campesina en su interior; siéntese niño, lleno de una liviana alegría de vivir; en estas circunstancias es cuando se halla mejor; continúa siendo, a pesar de su cuerpo fuerte, un niño grande. On Carmen conversa animadamente con el ciego. Milla trajina en el comedorcito, quitando los trastos del almuerzo.

Se acerca a la jaula para ver de cerca a la tortolita de las montañas. Pone el dedo entre los torcidos colihues sin que el pájaro se mueva; su pupila vidriosa, bruñida como agua que duerme entre sombras, parece inmovilizada por el estupor; su pequeño buche liso, del color de las brumas de otoño, se hincha como un pequeño seno de mujer agitada; siente que un impulso se desborda de él, un deseo de tomarla entre sus manos y acariciar la seda tornasolada de su plumaje. Se ríe de esta ternura insólita, lacrimosa, que lo invade con frecuencia.

Al mirarla de perfil, a un movimiento torpe de sus patitas bermejas, la encuentra fea, con su piquillo retorcido como un zarcillo de viña, la cabecita baja y los ojos asustados; se siente alegre nuevamente porque le recuerda la tortolita de perfil, la observación que ha hecho durante el almuerzo en Milla; hasta en eso se parecen, piensa risueño.

Hay, sin duda, algo de huraño y suave al mismo tiempo, en la preceptorita rural, como en la tortolita de las umbrías

Quicho atraviesa el patio hacia el bosque que empieza un poco más allá de las casas del fundo; el *Choco* lo sigue dando pequeños saltos con sus deplorables piernas enanas;

más atrás, Samuelón mueve torpemente sus piernas que una extraña tara nativa sujeta en las rodillas. Siente el deseo de correr por el bosque, de aspirar el perfume frío de los follajes que se esponjan al calor de la primavera, bronceándose con suavidades de terciopelo. Se dirige a on Carmen:

—¡Mire, on Carmen, si no me necesita hoy, iría con el chico a dar una vuelta por el bosque!

—Y en qué topa, ñor? yo tengo que echarle un vistazo a mi viña de la Puntilla... Aquí no hay que hacer...

Mateo mira hacia el camino por donde han desaparecido Quicho, Samuelón y el perro...

—Pero ya están lejos...!

On Carmen lanzó su carcajada reglamentaria:

—No, señor, que no lo ve allí mismo, ¿ebajo el cerezo?

Por más que Mateo fija los ojos en la cerca, de donde sale el delgado tronco, no divisa a nadie. Piensa un instante en que éste se quiere burlar de él; pero on Carmen baja al patio, coge una piedra y la tira sobre la copa florida del árbol; al ruido de la hojarasca removida Quicho asoma su cabeza por la cerca.

—¿No le ije?

Se dirige al niño con tono zumbón:

—¿Qu'estay haciendo, ey? Apostara qu'estay aguaitando un ñfo e diucas?

—¿Que no 'stá viendo qu'es un picaflor, es qué?

El *es qué* es subrayado, acto continuo, con una nueva risotada, que en don Carmen son más numerosas que las palabras mismas.

—Vení p'acá... Vay a acompañar al señor al monte...

El niño se acerca, seguido por el perro. Mateo explica, entonces:

—Bah! yo creí que iba pa'l bosque.

—Nu'iba na pa'llá yo! Di la vuelta pa entrar a la chacra.

Milla aparece en el corredor. Enterada de la conversación, observa:

—Quicho es muy baquiano...

Mateo, obsequioso, vuelve a justificarse:

—Yo creía que iba al bosque... pero Ud. lo puede necesitar.

La linda boca fresca se abre como una rosa, en una sonrisa blanca:

—No, eñor, on Juan Oro qu'estaba enfermo vino hoy... él llevó las ovejas pa'l monte... Le voy a preparar algo... y agregó con su voz bronceada, varonil, de tinte penetrante:

—El fresquito da mucha hambre, señor!

On Carmen asiente:

—Ey ta el huevo, no lo pisen... La suerte e los jóvenes, por la maire...

Y de sus ademanes chabacanos, de sus ojos verdosos, brota un ardor indomitable de macho en celo, que sigue al cuerpo de Milla, envolviéndolo, penetrándolo, con un voraz impulso, apenas dominado. Mateo observa con alivio que no hay nada entre ellos: sólo la cercanía, por los favores conseguidos, lo hace aparecer con ese aspecto de familiaridad; y su instinto de macho, dormido en la inacción, se despierta en él violentamente; la imagina asediada por on Carmen y jura protegerla. Une el rencor que ya tiene al administrador por su doblez en lo que se refiere al fundo con su amor propio de macho. Se propone librar de esas manos serviles el tesoro de su cuerpo, la miel cálida de esa boca virgen. Y Mateo, en lo hondo de su instinto masculino, cree que será él el elegido; esta confianza ciega, que no se apoya sino en la amabilidad de la niña, hace nacer en su voluntad nuevas energías, una oleada de entusiasmo ardoroso pone simpática atracción en su sonrisa y aterciopelados tonos en la voz aunque pronuncie las palabras más vulgares; y esto que atrae a Milla, que la hace levantar inconscientemente los ojos y fijarlos en el joven cosquillea en don Carmen el espíritu burlón que no es otra cosa, en el fondo, que el disimulo de su temor, la certeza de que este intruso que on Juan de Dios Bravo y él tomaron por un habieca, se ha interpuesto en su vida y le preocupa de veras. Por él se le aleja Mllavoro que don Juan de Dios le había cedido ya, al morir el padre de Mateo y ahora Milla comparte con un extraño las amabilidades que antes eran sólo para él. Se propone apartarlo de la casa, aprovechándose del ciego. Un joven no puede vivir en el mismo techo de una niña. La gente es muy mal hablada. Traerá un carpintero de la Huerta para que arregle las piezas de la vieja casa del fundo.

Y ante esta solución que desata el nudo tan fácilmente, su cara resplandece. Milla entrega a Quicho el canastito en el que sobresale el gollete de una botella. El *Choco* mueve su colita blanca con una ligereza vertiginosa; y *Corbata*, la perra de la casa, a cierta distancia siempre, mira con sus ojos turbios y enconados: es un animal de pelaje oscuro y lustroso; a una mancha blanca que tiene más abajo de la garganta debe su nombre. Tiene, al revés de *Choco*, hábitos de vagabundez y desaparece de la casa por tres o cuatro días.

On Carmen, solícito, con suficiencias de baqueano, le indica a Mateo el aspecto más bonito del monte. Milla lo interrumpe.

—Pero, on Carmen, por ese camino se mete el caballero por el pajonal. Mire, agregó con imperio, alargando su mano hacia los cerros. Subiendo por el monte se llega a aquel filo y di'ay se ve la Huerta y el río Purapel. . .

La voz cascada del viejo hace volver la cabeza a todos:

—Esa es la parte bonita. . . ey tá la vertiente del oro, es qué.

On Carmen alegre, se encoge de hombros:

—Bah! Pa qui hablo más. ¡Ya me rocharon! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Esa es la suerte del pobre!

Parten por fin: al entrar al bosquecillo que comienza en las mismas casas del fundo, tiene Mateo la intención de mirar hacia el corredor. Siente en sus espaldas la mirada burlona del campesino y la sonrisa de Milla; aún resuena ese *di'ay* en sus oídos, barbarismo que, envuelto en la entonación melodiosa de su voz, cobra un encanto original; es como esos lunares que embellecen aún más el rostro de algunas mujeres. Van orillando la quebrada en que el bosque se aprieta, bañadas sus raíces en el agua del esterillo que desciende de los cerros: un chorro de agua limpia que en los claros del bosque recobra su sonora alegría; pero en los oquedales tupidos y negros no forma ruido, ahogándose entre las raíces fangosas, en el mantillo donde fermenta el moho del bosque, para salir de nuevo, destilado, puro, en las cercanías de la casa entre la raigambre centenaria de unas pataguas que inclinan sobre el remanso su fronda de un sano verdor oscuro. Quichó se mete, sin vacilaciones,

en el corazón del monte, seguido primeramente por los dos perros; la perra se detiene a corta distancia de la casa, mira un instante y se vuelve como si pensase que no vale la pena seguir adelante por las sobras que deberá compartir con el *Choco*. Quicho corre ágilmente, quebrando las varillas secas de enredaderas muertas o separando los látigos dorados de los colihues que defienden testarudamente la selva, volviendo a la mata con un silbido colérico.

La frialdad del aire de fines de invierno es allí penetrante: un hálito húmedo, casi malsano, se desprende de los charcos de las lluvias; los troncos están recogidos, manchados de chorreaduras viscosas y las hojas descoloridas, sin savia, se abarquillan como alas de pajarillos muertos.

En el silencio se oye, a intervalos regulares, el tututú de las tutas, única voz de las umbrías. Mateo, cada vez que siente el grito del pájaro, especie de risa desabrida, se detiene para escuchar el estremecimiento que conmueve el aire que impregnan las húmedas exhalaciones vegetales. No han cruzado una palabra ni se miran. Mateo lo ve siempre adelante; él no hace sino seguirlo. El invierno no ha hecho cambiar gran cosa a los árboles; todos son de hoja perenne; y sólo se ve la estación en los hilos retorcidos de las trepadoras que cuelgan de los brazos de litres o maquis, cada uno con una gama distinta de verde; verde oscuro y frío el de los litres; y verde claro de hoja nueva, el de los maquis.

Por encima de los árboles tiembla la claridad blanca del sol; una faja de luz llega a veces, a través de las ramas, hasta los charcos oscuros por donde pasa el arroyo, soñoliento, como una culebrilla inmovilizada por el frío.

Mateo se siente aburrido; pero no se atreve a hacerle ninguna observación al muchacho al verlo tan decidido, tan seguro. A veces tiene que correr para alcanzarlo, porque, al encontrarse con alguna rama a la altura de su cabeza, se pesca de ella y balanceándose elásticamente un segundo en el aire, salva algún aguazal disimulado bajo una capa de hojas quemadas por el hielo.

A veces el perro, cuyas patitas endebles son infatigables, persigue por entre las matas a una pollita de monte cuyo tec-tec se confunde con el crujido de las astillas quebradas; Mateo no ha visto sino el óvalo oscuro de su cuerpo co-

riendo por entre los vástagos terrosos de las matas que se enroscan en los troncos de los árboles.

Mateo hubiera querido divisar en la montaña a la zurzulita, la tórtola del valle, verla en su misma cuna, libre, gozosa, y no en la jaulita de colihue para adorno de las viviendas; oír el arrullo con que se enamoran en la soledad de los bosques, en los rincones ocultos donde no llega la pupila penetrante del peuco o del aguilucho.

También se traga esta vez la pregunta que sale a flor de labios. Se halla de pronto fuera del bosque y a media falda del cerro. Divisa a Quicho sentado en una piedra. Apenas lo ve salir de la maraña, coge el canastillo y echa a andar de nuevo. Mateo lo detiene, y lo invita a descansar.

Se asombra al notar que el monte por donde han subido sin notarlo no es sino una faja de árboles muy angosta que rellena el cañadón en que se filtra la única venilla de agua de los alrededores. A él le pareció, sin embargo, sentir la sensación de la selva. Es un amontonamiento de copas obscuras, encrespadas, que descende desde arriba, donde la vegetación centenaria se apelotona en grandes masas de un verde confuso, el verdor opaco de los bosques antes de la llegada de la primavera; uno que otro esqueleto de árbol viejo blanquea en la espesura o el mástil terroso de un roble que aun no ha hojecido; es una corriente de ondas alborotadas que baja de la cuchilla prolongando la selva virgen en pleno valle. Han subido ya considerablemente: un viento helado, empapado en follajes húmedos, comienza rumorear en los oídos su áspera canción; el trémolo de escondidas vertientes, la sinfonía de los follajes, el maullar de las huiñas, el balido de los venados, el jú-jú crepuscular de las lechuzas; a veces arrastra olores confusos de ciénagas en que la tierra se pudre, el almizcle de los agrios cardos agrestes, el alma ruidosa y odorante del bosque recogido en su sueño invernal como una fiera en las quiebras de las viejas còrdilleras, las raíces hundidas en el fango y las cúspides envueltas en azulosa bruma.

Se miran un segundo asombrados del silencio; luego se sonríen; en los ojitos claros del niño tiembla su almita zahareña e ingenua de pájaro. Mateo inicia la conversación con una pregunta:

—¿Y que se hizo Samuelón? ¿No venía con Ud.? El niño toma inmediatamente la expresión seria que caracteriza a los campesinos cuando responden. Contesta con ese tono indolente y cantado del campo:

—No venía ná conmigo...

Señala con el dedito negro hacia la tupida fronda de los bosques; y agrega:

—Por ey ha di' andar... Le gusta andar solo, como los zorros, es que... con la Calambrienta si qui'anda... ella lo sigue cuando lo ve... Icen que está encantao... Los perros no le lairan; icen que entiende el lenguaje de los animales... Saca fuego a repo, con dos palitos, cuando hace frío. Si no es na muy tonto, es qué...

Mateo se sonríe al mirar su cara inocente; las cosas maravillosas de los cerros han germinado, como en terreno propio, en su almita virgen. Como vuelve otra vez el silencio, Mateo pregunta de nuevo:

—¿Por aquí no hay zurzulitas?

—Hay pocazas... Las caza el águila, pero se ven cuando hay cachañas... Al águila le gustan más, porque son más carnuítas, es qué...

Se para de improviso. Allí va una, grita con voz apremiante.. Mateo ve atravesar, con un vuelo bajo, intermitente como un pestañeo, a la pequeña avecita de la región. Mancha un segundo el cielo claro y se pierde en el matorral de la otra quebrada, paralela a la que acaban de atravesar.

Mateo lo invita con entusiasmo de niño:

—¿Sigámosla?

El pequeño no oye más; coge el canasto y atraviesa corriendo la esplanada en declive que separa las dos quiebras del cerro. Mateo lo sigue más atrás.

En pocos minutos están en el otro matorral: vuelve a oírse el gargarismo de las tutas bajo la hojarasca y súbitamente, en el gajo de un hualle cuyas recias fibras echan ya una suave pelusilla verdosa, se apela-tona como en la jaula, la pequeña tórtola, de móvil cabecita y de azoradas pupilas. Al sentir el ruido de los pasos en las quebradizas hojas invernales, vuelve de nuevo hacia el interior del bosquecillo.

—Pero son muy lobas! replicó Mateo, desalentado.

—No son na lobas; al principio no más; después se aguachan; andan por toas partes...

Mateo oye con placer la palabreja rústica que indica la masedumbre de la zurzulita; vuelve a pensar en Milla; aparece ruda, arisca, en un principio; pero después... Se ríe fuerte, porque se dice mentalmente ¿se aguachará también? El niño lo mira con el rabillo del ojo; una astuta chispa de desconfianza se esconde bajo las pestañas.

Quicho que ha seguido el vuelo ruidoso de la tórtola, explica:

—Antes había muchazas... Bajaban pa las casas, cuando las trillas... pero ya nu' hay...

Vuelven a salir del bosquecillo. Ascienden por la falda suave, esponjosa, ligeramente tamizada con una gramilla reciente:

El pequeño, desde que lo vió reirse, parece rehuir su compañía. Avanza rápidamente adelante sin esperarlo. Su temperamento primitivo no ve sino dos aspectos de las cosas: el bueno y el malo, lo gracioso y lo serio; esta falta de términos medios lo ha vuelto suspicaz, huraño, desconfiado; sus respuestas interrogativas, que no dicen nada, son seguramente un ardid instintivo, muy frecuente en el campo para barajar la burla y darse tiempo en la contestación.

Pero, poco a poco, el pequeñuelo va deponiendo su hurañez. Los accidentes de la ascensión los acercan sin que ellos lo noten. Más aún, cuando Mateo lo interroga sobre sus aficiones favoritas.

—¿Y aquí, no hay águilas?

—Ve que no! Pu allí hay muchas... pero más pa'riba... Vuelan muy altazo, y señala la curva del monte cuyo contorno azul se adhiere suavemente al fondo claro de una nube helada, extrañamente movil detrás del cerro.

Las pértigas duras de unos robles se dibujan en ella, desamparadas y secas. La primavera que ya sonríe en los frutales del valle y en las varillas de los sauces, no se atreve aún a insinuarse sobre los cerros, temerosa del viento y de las heladas.

—¿Y cómo es l'águila?

—Es grande (Quicho abre los bracitos para indicar el tamaño) y castellanita, como chircán. Se para en los riscos

como aquel trutro viejo... Muestra un trozo de cardo seco que, sobre un peñasco, produce la impresión de un ave que descansa.

—Se pone a aletear encima de los árboles y se eja quier como pieira... lueítito se eleva con una cachaña y se la come en el nioo... Hay otras blanquitas... Se interrumpe súbitamente; sus ojos están fijos en *dirección* al bosque, en los troncos inmóviles de los árboles.

Anda algunos pasos y se detiene en actitud de escuchar. Coge una piedra que lanza a lo espeso de los matorrales; se vuelve luego hacia Mateo. Este le pregunta; la respuesta está ya en los labios ingenuos.

—Es un zorro... ¡Quién sabe si será el que le robó la moñúa a Milla! Y mirando de nuevo a los árboles añade: ¡Contra na se esconde! Hey de pillarlo no más!

Y Mateo siente también violenta cólera contra el mero-deador nocturno que ha robado una gallina a la linda preceptorita que, sin ella sospecharlo es el alma de aquel rincón abrupto, agua de vertiente en el páramo de las tierras secas de Purapel.

Los senderos del bosque son cada vez más estrechos; las pendientes más ásperas. Mateo comienza a jadear, a detenerse a cada instante; y por último, ya no puede avanzar. Llama a Quicho y fraternalmente le confiesa que está cansado. El hielo se rompe y el alma buena del chico se abre francamente. Al pie de un gran peñasco, que líquenes viejos cubren de costras sucias, se sientan un instante: las ramas exiguas de un maitén medio seco salen por entre las junturas de las piedras, el valle se abre amplio, cerrado hacia todos lados por las murallas azules de la cordillera de la costa. En la nota de tierra sucia de la llanura, las casas no se ven, confundidas con el suelo; sólo la pirámide de enorme base de Name, con su cumbre arrebozada de nubes oscuras, se destaca un poco más sobre el amontonamiento de disparejo contorno de los cerros.

No hay en la llanura monótona el espejo de un lago ni la cinta clara de un río. Los arroyos que bajan de los cerros no se juntan amistosamente para formar una corriente: se pierden, probablemente en la sed de la tierra, antes de acercarse el término de su carrera.

El río Purapel, una lenta vena de agua que corre por un lecho blanco, pone en la mancha parda de la tierra su álveo claro, como una enorme herida.

En el cielo pálido, sin profundidad, cubierto por una niebla fija que parece una trasudación de él mismo, evolucionan unos jotes que, a veces con sus alas rígidas se ven iluminados de sol y a veces se funden en el aire.

Comen con mucho apetito la carne fría que Milla ha puesto en el canasto. Mateo examina al niño para ver si nota en sus rasgos los de Milla o los del ciego. El ciego se aleja de esta comparación. Nada hay de aquella cara inexpresiva de rasgos borrosos en los muchachos. Tal vez, la madre. Le pregunta a Quicho repentinamente:

—¿Tú no tienes mamá?

El muchacho se refugia en su característico gesto defensivo:

—¿Cómo no había de tener es qué?

Pero al notar la sorpresa de Mateo su tono cambia. Se hace suave, deferente; casi triste.

—No conocí na, a mi mama yo!

—¿Murió hace mucho tiempo?

—Muchazo. Mi hermanita estaba del porte mío, es que! Murió e la viruela. Murieron muchos aquí y en la Huerta. Tuavía hay un hoyo onde enterraban los apes-
taos...

Mateo pregunta por agua. Quicho señala con el dedo hacia el bosque que negrea a unos pasos.

—Más p'arribita, doblando aquel montecito de litros hay un vertiente güenaza: Caa vez que sube Milla al cerro va a tomar agua.

Mateo sueña puerilmente, con el corazón rebosante. En su alma, inclinada a la ternura, Milla se idealiza, toma caracteres de heroína novelesca. ¿También Milla ha besado esa boquita fresca de la selva?

De buena gana querría Mateo poner su boca en el espejo del manantial, aunque el agua no fuese la misma y no quedase allí rastro de su boca.

—¿Vamos? propone.

Se internan de nuevo en el bosque. Mas esta vez entran en una selva que nadie ha tocado; los árboles son grandes,

desarrollados, y las quilas desnudas, sin ese verdor del verano, se enredan extrañamente a los troncos: siéntese un siseo plateado que se percibe distintamente bajo la bóveda agujereada de la fronda; ni sordina de insectos entre las hojas, ni aleteo de pájaros en las umbrías; el bosque duerme aún, goteante y húmedo, sin darse cuenta que la primavera ha vuelto a la tierra con sus alas manchadas de verdores alegres y el tibio aliento de sus pulmones. El ruidecillo del manantial se oye clarísimo, gorgoriteo de plata que resuena como un cristal al caer en su propia espuma; es sólo una pupila incolora que se desborda suavemente y corre por las raíces descubiertas de una patagua. Mateo aparta las hojas que han caído en su superficie y se tiende para beber; el agua es helada como de nieve, casi dura; retira la boca varias veces; a un movimiento de las hojas ve en el espejo pulido la cara del *Choco*, con sus ojillos juguetones; allí, en aquel rincón, ha estado Milla muchas veces. Como él, tal vez se tendió para beber; pero no; ella traería el vasito de cuerno que ha visto en el salón de la casa; ella también ha perfumado el bosque con su presencia. Adonde va encuentra su recuerdo. Ha avanzado tanto en su corazón este sentimiento de ternura que empieza ya a sentir ese miedo del que está próximo a enamorarse; el pavor huraño que se reconcentra en sí mismo al encontrarse frente al objeto amado y que se desespera y llora cuando se aleja.

Al levantarse, está solo en el oquedal. Quicho ha desaparecido y con él, el perro. El canastito, con una servilleta rosada está colgado de una rama baja. Experimenta una extraña emoción al sentir la vida del bosque a su alrededor. A una ráfaga de viento los follajes se mueven, con tiesos cabeceos, sin armonía alguna; no con la sinfonía de rumores de la primavera, sino con un tableteo semejante al de las hojas secas; se estremece, volviéndose bruscamente, al oír a sus espaldas el ruido característico de las ramas apartadas al paso de una persona o animal, que vuelven sonoramente a su posición primitiva; la cara de mono de Samuelón, áspera como la punta de un cardo, se asoma entre las ramas; da un grito y el cretino se oculta entre las hojas. Luego se tranquiliza al recordar que el idiota vaga por los montes co-

mo en su propia casa. Vuelve a sentir el rumor de la fronda removida; y el chillido afónico de un pájaro herido.

Quicho aparece, sujetando con sus dos manos una tortolita, cuyos pequeños ojos vítreos, orlados de violeta han adquirido por el pavor una fijeza extraña. El *Choco* se relame moviendo su colita con impetuosa furia.

—¿Y cómo la cazó?

—Taba ey, solita... Le tiré una pieira y le pegué en un ala...

Mateo alarga las manos para cogerla y el ala se abre como un pequeño abanico de varillas transparentes; el miedo ha cambiado el plumón sedoso, de color de hojas secas, en un corazoncito tembloroso. Se imagina que tiene por un momento en sus manos el corazón de Milla.

Insinúa con suavidad:

—¿Quiere que la lleve yo?

El chico, pensando que el joven la quiere para él, musita sin soltarla, bajos los ojos:

—Es pa Milla. Quiere tener una parejita.

—Claro... para ella... Yo la llevo para que tú lleves el canasto.

Coloca con cuidado el ala rota en posición de descanso; y sujeta la tortolilla con su mano suavemente empuñada. Baján apresuradamente; con ansias de mostrar el avecita. La vuelta es alegre, entre risas; Mateo experimenta una embriaguez sana con el aliento de los árboles que comunican algo del oxígeno que hierve en su savia a los que por un momento viven junto a ellos. Al divisar las casas, poco antes de entrar en las veredas del bosque, el sol llamea tras las masas de nubes, color de trapos sucios, detenidas encima del cerro Name; sus bordes están inflamados con una orla de oro sangriento.

Al llegar a las casas, Milla, envuelta en su pañuelo de lana, permanece como la primera noche de su llegada al campo, inmóvil entre dos pilares, al borde del corredor. Mateo se entera que don Carmen Lobos no está en el fundo: se alegra inusitadamente de la ausencia del Administrador de Millavoro.

Ante la presencia de la niña vuelve a experimentar una emoción muy suave, la sangre corre tan acompasada, tan

armoniosa por las venas, que la alegría de amar se hace visible e imperiosa. Le parece, por curiosa ilusión, que la tortolita que aún sujeta entre las manos tibias con su calor se ha acurrucado en su corazón y que reparte por sus venas, removidas por el aire de los cerros, la virginidad su sangre cálida.

Alarga las dos manos hacia Milla...

—Le traigo otra zurzulita... que casó Quicho, agrega después de una pausa. Quisiera que la niña creyese que él la ha cazado; pero no se atreve a mentir delante del niño.

Quicho dice bajito:

—Tiene l'alita rota...

Y la niña baja presurosa del corredor. Toma con dulzura delicada el pajarito de manos de Mateo. Su voz se ha hecho amorosa, dulce, maternal. Pasa su mano por la cabecita redonda, que se hunde en el cuello como un resorte a cada presión de las yemas; el pájaro permanece extrañamente quieto, acostumbrado ya a su nueva situación; sus ojitos giran bajo la sombra gris del párpado a medio cerrar; en ellos se prende como una chispita brillante la luz moribunda del crepúsculo. Como jirones de papeles chamuscados revolotean los murciélagos sobre el viejo tejado del caserón.

La niña corre a lavar el alita rota de la zurzulita. A Mateo, inmóvil a la orilla del corredor, le parece que al depositar el pájaro en las manos de Milla le entrega su propio corazón; en la sombra invernal que empapa en su negror líquido el rincón de montaña, Mateo ve que florecen los cielos, con millones de pálidas corolas de plata, cuya luz, como un aroma lejano, llega hasta su sangre que corre en oleadas ardientes y donde se generan vagos deseos y aspiraciones sin sentido.

VII

MILLA

X La primavera se ha acentuado esta vez abiertamente; de la tierra, a través de las yerbas y de los árboles, brota como el aliento de una boca inmensa la verdura risueña: verdor alegre que sonríe en las laderas, en los trigales, en las chacras de los bajos húmedos, en los follajes rizados de los bosques de las quebradas. Los arroyos se desbordan en sus torrenteras pedregosas y un azul dorado y líquido empapa la atmósfera, que ha absorbido las nieblas invernales; ¡qué fresco es el vientecito que baja de los cerros, levemente perfumado con mieles silvestres; embriaga como un viejo vino soleado, enloqueciendo a las mariposas que se duermen en las corolas recién abiertas de culenes y yerbamotas e hincha de suspiros el corazón de Milla que, a la aurora, abre la ventana que da al cerro; al pie de esa ventanita se alinean las toscas vasijas de barro donde abren sus cálices las clavequinas y amapolas; este es su jardín; en el pequeño cuadrado que encierra una empalizada de viejos tablones, hay cajones medio podridos y en el barro húmedo, resedas fragantes y cardenales purpúreos, rojos y blanquecinos; un rosal silvestre se agarra a una tabla; en sus hojitas de un verde oscuro, apuntan ya los corales de sus pequeños botones; pero el jardincillo, a esta hora, es una joya deslumbrante que guarda algo de la humedad estrellada de la noche en el aljófar que brilla al sol; es una joya viva que acaricia la carita de Milla con una bocanada de aromas frescos y almizclados.

Llega a sus oídos la voz ronca de on Varo que ha venido a ayudar en la esquila y la risa infantil de Quicho, seguramente porque se le ha escapado una oveja; el corral está detrás de la casa y se advierte el galope sordo del rebaño asustado que hace resonar la tierra apisonada con sus móviles pezuñitas hendidas.

Los cerros que cierran el horizonte están patinados de oro; sus laderas peladas han florecido con millones de pequeñas campánulas y florecillas de cálices minúsculos; el cielo dilata por encima de las cuchillas, su azul aterciopelado y profundo.

Frente a la casa negrea la techumbre vieja de un galpón de dos aguas donde se guardan los lagares y vasijas de vendimiar. Una lloica parada en el canto de una teja, desgrana el chorrito fresco de sus trinos; la aurora ha prendido en su buche un arrebol, aun empapado en la humedad del alba de la tierra chilena.

Milla está alegre; sin embargo, a menudo, se lleva las manos al pecho que se levanta, a cada suspiro, como si el corazón se hubiese agrandado y quisiese salirse de su calabozo. ¿Hay también allí una corola que se esponja, que el sol se obstina en abrir y colorear con insistencias de macho? Vuelve a su cuartito, decidida a salir al campo. Arregla antes con cuidado los útiles de su tocador campesino; en el vaso azul, rameado de oro, que le ha regalado on Carmen, coloca el viejo cepillo de dientes que empapó de agua fresca la boca roja, donde platea el blanco sonreír de la salud; más allá, sobre la escobilla, la peinetà que se enreda en las espesas hebras de su pelo, ligeramente dorado; en cada una de estas cosas pone ahora un mayor cuidado; un enternecimiento sin motivo, semejante al que siente cuando se confiesa los Domingos, le quema los párpados; se imagina que las cosas son menos ásperas; que se enternecen también como ella, con suaves languideces.

Sale al patizuelo. La esquila de la pobre majada de la casa debe estar ya a punto de terminarse; en la pirca del corral, on Varo explica algo al ciego Aravena, cuya vieja manta, a la cual el uso ha dado una personalidad propia, se destaca como un manchón lacio, del color del pasto ressequido en el aire claro. Es una pena en su alegría matutina.

Siente profunda lástima por el viejo a quien la vida dió un zarpazo traidor; lo ve dominador, montado en su caballo tordillo, con una manta muy semejante a esa, pero que no cuelga como un trapo de los hombros, la musculatura hinchada de vida la anima con movimientos amplios y rudos. Lo ve contemplar desde la falda del cerro la extensión de sus potreros y de sus viñas. El ciego atraviesa el patio, después de oír la explicación de on Varo, el inquilino más antiguo del fundo. Milla lo sigue con la vista. Sabe que va a su ocupación habitual, a uno de los corredores de la casa vieja donde fabrica sus cacharros de greda que vende en Purapel; el producto lo guarda avaramente debajo de la estera de su pieza, es una manía que se ha enquistado en su cerebro, quiere recuperar ese pedazo de tierra que recibió por su mujer y donde nacieron los pequeños. On Carmen no lo contradice, sabe que ese dinero no se juntará nunca; un miedo súbito detiene esta onda de alegría que hace correr su sangre, que la embellece con simpática expresión como la felpa que suaviza la pulpa de las cerezas. Aparece en su imaginación la figura de on Carmen Lobos que ha hecho construir la escuela y le ha regalado las ovejas que su padre considera como último resto de su patrimonio. Sabe perfectamente que el día tendrá que llegar, antes no lo temía, ya se había habituado a ello. En Purapel, las cosas se estilan de ese modo; se está como en los tiempos de la América de la conquista; allí todo queda oculto, todo se muere al pie de los cerros que lo aíslan de la civilización, el crimen o las acciones meritorias. Del rancho de podrida paja al hoyo de tierra gredosa que abre con una pala brillante el tuerto Meza, sacristan y sepulturero a la vez. ¿Entre el rancho lleno de luz y la fosa obscura? La vida animal, dura y bravía sobre la tierra que el lavador de oro de la colonia esterilizó para siempre con su pala fatal. Milla recuerda, esta vez vivamente, su estadía en la Escuela Normal de Talca; hubieran querido volver allá, pero también estos terrones tienen atractivos, también sus poros negros echan un brote verde o una florecilla olorosa. Sabe perfectamente que el día tendrá que llegar; es la ley ineludible de la costumbre: todas sus amigas, Hortensia Espejo y su hermana Lucha, moza del Comandante de Policía; todas tienen un hijo o dos de

padres distintos; todas beben hasta emborracharse; antes no lo temía, pero ahora...

En la quinchá del corralito, perezosamente apoyado en el borde, está Mateo Elorduy; mira con mucho interés el desordenado galope de las ovejas que se deslizan, rozando la empalizada, como una onda de un blanco sucio sobre la que sobresale la hélice obscura y torcida de una cornamenta de macho. On Varo, parado a la orilla de la quinchá, corta la compacta corriente, coge a una oveja por el cuello y la lleva maneada de las cuatro patas hacia el centro del corral. La vieja Pascuala, concienzuda esquiladora, las despoja de sus vellones sucios con unas grandes tijeras que echan chispas al herirlas el sol y suenan con un incesante cliqueteo; el montón de lana colocado a sulado semueve, a un soplo de aire, como si estuviera vivo.

Millá se detiene de pronto al ver a Mateo; su cara, donde han florecido dos cardenales, se vuelve rápida hacia un lado como si le preocupara hondamente la operación de Gumí, la hija de la Pascuala, que mete los vellones en sacos viejos o los gruñidos rabiosos de la *Corbata* que mordisquea una punta de oreja de cordero; pero en sus ojos se ha quedado la silueta del joven, apoyado en la quinchá, con el sombrero de paño echado sobre la frente; pasan a saltos, como vuelos de perdices sorprendidas en el trigo, sensaciones imprecisas; debe estar enojado, porque se le trasladó a la casa vieja.

¿Qué le importará a on Carmen si él no está en el fundo que el otro duerma en la escuela? Tiene bonitos ojos y una cara triste, apunta un duendecillo retozón que se acurruca en los pliegues de su alma de muchacha; y dibuja una sonrisa de nieve en la rosa de su boca; pero este panorama riente se obscurece de pronto; una nube ha ocultado el sol, los pliegues de la cara vuelven a su posición natural como borra la grisalla de la nube el verdor de los árboles. On Carmen le tiene fastidio al joven, no cabe duda! ¿qué viene a hacer Mateo a Millavoro, si on Carmen lo acaba de conocer? ¿Por qué lo acompaña a todas partes solícitamente y Mateo habla del fundo como si le perteneciese? Hay un misterio que ella no penetra, pero en el cual presiente que algo se genera en su contra; luego, todo se desvanece: la mañana es clara, el ardor de las mejillas ha desaparecido y el balido de las

ovejas al cortarles la punta de la oreja, la marca del fundo, tiene una doliente quejumbre; vuelve su cara disimuladamente hacia Mateo y se encuentra con los ojos del joven clavados en ella; él la saluda amablemente y ella, al cabo de un momento, se da cuenta que no le ha contestado. Esto la llena de amargura, casi asoman lágrimas a sus ojos.

Estalla una carcajada en el corral; una oveja ya trasquilada da un topón a on Varo que lo hace tambalear, risotada bendita que impide ver su turbación y que vuelve su espíritu al estado normal. Ya la esquila está muy avanzada, sólo quedan muy pocas ovejas que conserven sus terrosos vellones; la mayoría tiritan, pegadas a la quinchá seca, palpitantes y despavoridas; se ven los torpes trasquilones; y a veces, una araña roja marca un pinchazo de la tijera en la carne rosada. En la olla de tres patas que tiene a su lado ña Pascuala, están los lóbulos sangrientos de las ovejas que, atravesadas en un palo, se asarán a mediodía en el fogón; es el pago, más unos litros de vino, de la mísera esquila. Y está abierta la puerta del corralito; el grupo deplorable de las ovejas sin lana se amontona como una mancha de carne desollejada y luego se desborda hacia fuera; la perra negra muestra sus colmillos de chacal al Choco que se ha acercado a ella haciendo girar el cabo tieso de su cola. Se retira con un gesto filosófico, como dando a entender que es estúpido no gozar de la vida en la tristeza de la tierra, cuando son los únicos perros del fundo.

Milla, temblorosa, siente una voz a sus espaldas; es una voz tímida, velada:

—¿Cómo ha amanecido, señorita Milla?

Se produce un silencio: dos corazones laten con tanto ímpetu que los dos se imaginan que el ruido llena el campo como un trueno; otra voz velada, tímida, responde:

—Muy bien, don Mateo.

El hielo se rompe, el latir se va acompasando poco a poco: una corriente se establece, armoniosa. Las palabras son vulgares, pero la voz adquiere un raro timbre, un timbre apasionado y comunicativo.

—¿Ya hace mucho calor, no?

—Sí, hace mucho... Estamos a fines de Octubre.

—¿On Carmen no ha venío?

—Nó, está en Nírivilo, en la esquila de las ovejas de Juan de Dios Bravo.

Mateo sonríe alegremente, la ausencia de on Carmen Lobos lo pone de buen humor, como si lo salvase de un peligro, la niña sonríe también porque el joven ha sonreído.

Se miran un instante; los dos están inquietos, embarazados. Debe haber transcurrido mucho tiempo, porque de improviso se dan cuenta que están solos: la Pascuala se pierde con su olleta llena de orejas, seguida por los dos perros, en la boca humosa de su cocina; se oye, entre los matojos de romerillos, el jío, jío, jío con que Quicho ayuda a on Juan Oro a arrear el rebaño sin lana.

Milla se azora, mira hacia todos lados:

—Tengo que prepararle el ulpo a mi padre, dice por fin, ya tendrá hambre el pobre. Está alto el sol!

Mateo mira hacia arriba: alto está el sol! Su luz pura, espejeante, se derrama en la campiña, hermosea las tierras áridas, esponja los follajes y enciende una chispa de fuego creador en los cuerpos ágiles de los pájaros: ¡alto está el sol!

Mateo siente que algo va a estallar dentro de él; el corazón golpea tan fuerte que parece llenar todo su cuerpo.

La niña ha echado a andar sin mirarlo. Su voz sale estrangulada, casi afónica...

—Milla, dice:

Ella se detiene; y él se decide:

—Yo la quiero a Ud., la adoro, Milla...

La niña apresura el paso, sin responder; casi corre. Mateo la sigue a grandes zancadas, repitiendo torpemente las únicas palabras que se le ocurren: Yo la quiero, Milla.

Llegan hasta el corredor de la casa, ella no lo ha mirado aún. Mateo la ve subir atolondrada la escalinata; y ya se relaja su voluntad vencida, sin esperanza, cuando la niña se vuelve, rojos los cardenales de sus mejillas, llenos de chispas sus dos ojos verdes un dedo sobre los labios, blanqueados por la sonrisa.

—Chit... Yo también. No se lo diga a nadie.

Y corre hasta el pasadizo, móvil, flexible, se detiene en el interior, oculta por el contramarco de la puerta; vuelve

a ponerse el dedo en los labios. Mateo cree aún escuchar el ruego infantil: No se lo diga a nadie!...

¿Qué música es esa que suena a su alrededor, cálida, sensual, apasionadamente amorosa? Zurrúu, zurrúu... ¿Es su propio corazón el que susurra, saturado de acres soplos de vida? Tarda mucho en darse cuenta que las tortolitas esponjan sus plumas grises en la jaula de colihue; estallan casi, inflamadas con la semilla de primavera que quema su sangre virgen... Zurrúu, zurrúu.

Un gran suspiro desahoga su pecho; mira hacia la puerta de la escuela, por donde la silueta amada ha desaparecido; la vida vuelve a ser una escala que conduce al cielo, toda palpitante de séricas alas angélicas, donde las contrariedades no asoman sus ásperas greñas de demonios; en el aire fresco se oye la algarabía de los chicos que llegan a la escuela, sus cabecitas morenas asoman ya en el arranque del camino que conduce a los campos de Millavoro, a la soledad de la campiña dorada de sol.

VIII

EL CIEGO DE MILLAVORO

Mateo Elorduy dejábase llevar por esta vida ociosa de la campiña, como antes en el pueblo; pero ahora algo llenaba el vacío de sus sentimientos; no eran los días grises de la aldea, aburridos como un largo bostezo; el sueño no se pegaba en los párpados hastiados; los ojos se abrían alegres a la luz. Al salir al patio encontraría a Milla en su ventana, regando las macetas y cajones de su jardincillo; su tristeza y su alegría dependían de los gestos de la niña; si ella tardaba en mirarle, el corazón se oscurecía; si ella sonreía entre sus flores, saltaba loco y juguetón. Lleno de optimismo vivía el momento presente sin pensar en nada más. Había olvidado sus recelos y sus temores. Casi agradecía a don Carmen Lobos el que se ocupase de todo, sin preguntárselo a él ni darle cuenta alguna de lo que hacía en el campo. Quizá lo juzgó entonces con precipitación, desesperado con el cansancio del viaje y lo que él creía la hostilidad del ambiente campesino; sin embargo, por qué lo había predispuesto en contra del ciego y lo había hecho salir del cuartito que ocupó en la escuela antes que el albañil de Purapel viniese a arreglar la casa vieja?

Echó con disgusto una mirada por el cuarto enladrillado en cuyas juntas culebreaban largos rosarios de hormigas y por las paredes disparejas que cubrían viejas litografías de revistas inglesas, llegadas quién sabe cómo a aquel rincón y pegadas por su antecesor en el fundo, antes de la edi-

ficación de la escuelita; su catre navegaba en aquel páramo frío; no había allí más mobiliario que su viejo baúl de colegial donde aun rojeaba una etiqueta de equipaje. Se necesitaba ser un huaso bruto para molestarlo en esa forma odiosa; pero no conseguirá su objeto, pensaba: la niña me quiere y me la llevaré a Loncomilla. Se daba cuenta que no sería nunca un agricultor; no le disgustaba el campo, pero sus faenas no lo atraían, no lo sacaban de su apático enervamiento; las observaba como un visitante y entreveía en las cosechas, en los mil detalles de la vida rústica, engorrosas dificultades que nunca podría vencer, que sólo llegaban a conocer los que habían convivido con ellas durante años, en contacto directo con todos los accidentes del campo. En el puebló podría reabrir el negocio de la ágencia, sentíase más cerca de él, pensaba firmemente que llegaría a dominarlo mejor, por lo que a veces recordaba haber visto ejecutar a su padre.

Levantóse apresuradamente, porque ya era tarde. No perdería por nada sus conversaciones matinales con Milla, que a esta hora regaba su jardín; ni el ulpo de sabrosa harina que ella misma le servía en el comedorcito de la escuela que se cambiaba después en sala de clase. Esta mañana pensaba hablarla del porvenir; sentíase lleno de generosas ideas. Ensayaba con tono convincente lo que le diría, cuando se encontrase frente a ella:—Milla, Ud. debe renunciar a la Escuela. Ella abriría los ojos verdes con un gesto de asombro. Continuaría, seguro del efecto; yo le dejo el fundo a su padre; on Carmen le puede ayudar a él como me ayuda a mí, hasta que crezca Quicho que será un administrador magnífico. Quicho estará presente y al oirlo creerá que es una broma; y sin mirar, musitará por lo bajo— ¿ve que administrador, es qué? Asustóse de la carcajada que espontáneamente se escapó de su garganta, mientras se peinaba en un espejo sin azogue, apoyado en el marco de la ventana.

Milla regaba ya su jardincito, cuando Mateo salió al patio. Se acercó lentamente hasta allí, sin que la niña lo advirtiese; el pequeño cuadro era como una enorme maceta, esponjada y húmeda; la carne perfumada de las flores estallaba casi con la expansión de la savia, y la niña, con sus brazos desnudos, arremangados hasta el codo, con su blu-

sita blanca de escotado cuello, parecía también una flor carnosa, saturada de sabrosos jugos y picantes aromas.

—Buenos días, dijo Mateo.

—Buenos días, contestó ella sin' levantar' la cabeza.

—¿Parece que hay más claveles, no?

—Sí, anoche se han abierto dos más, rosados. Ya están brotando las maravillas... Crecen así, tan altas, salen por encima de la tapia...

La niña levantaba los brazos, y en esa actitud, su cuerpo esbelto, de firme modelado, adquiría un encanto armonioso y elegante.

Mateo se inclinaba para ver, en la tierra ennegrecida por el riego, las vírgulas verde claras del brote.

Hubo un silencio largo; sentíase el ruidecillo leve del manojito de hilos de agua de la regadera en la piel fresca y lustrosa, los corales del rosal silvestre, apretados como botones de sangre obscura, enrojecían los delgados vástagos y la hojarasca menuda y opaca.

Milla detuvo, de pronto, su operación. Miró a Mateo con sus ojos sanos, ingenuos; en su mano morena temblaba la regadera goteante...

—Don Mateo, tenía que decirle...

Pero el joven alegre, excitado por el aroma acre que salía del jardincillo, por los brazos carnosos, por la frescura cálida de su juventud, no paró mientes en el tono grave de la niña. La interrumpió, sonriendo:

—¿Por qué, don Mateo?

Ella perpleja:

—¿Cómo, entonces?

—Mateo a secas... ¿Qué no me quiere, Milla?

—Sí... pero... tenía que decirle...

Tampoco pudo completar su frase esta vez. Quicho llegaba corriendo hasta el jardín, rojo, con un huevito en la mano:

—Oye, Milla, la pollita castellana... la hija de la moñúa... lo puso...

Y Milla, infantil, olvidada de todo, sopesaba el pequeño óvalo transparente, de ese rosado poroso de carne de los huevos recién puestos.

Mateo, contagiado, observó:

—Pero qué chiquito!

Quicho y Milla a coro le respondían, con esa seguridad de los campos en esta clase de cosas:

—Los primeros son siempre chiquitos!

Milla preguntó al niño donde lo había encontrado; era preciso conocer el nidal de la pollita para que los perros o los zorros no se comieran los huevos.

—Pa'llacito e las tunas, ebajo e la zarzamora... señalaba el niño, alargando los labios.

La niña fruncía el ceño, concentrando su recuerdo. No recordaba cuál era la pollita castellana; había muchas de ese matiz entre las que vagaban por los alrededores de la escuela y tentaban al zorro que, aun en pleno día, mero-deaba por las cercanías de la casa.

Quicho daba más detalles:

—Es el hijo e la moñúa poneora, que se comió el zorro cuantúa... tiene plumitas en la cabeza...

Pero la niña quería verla. Envió al muchacho en busca de maíz; y echó a andar sin invitar a Mateo; éste, entristecido súbitamente por el olvido, apenas dominó su turbación con una broma:

—¿Y a mí no me convida a ver la pollita castellana?

La niña tomó una expresión de angustia que asombró a Mateo.

—Sí, sí... pero, despacito, que no lo vea mi padre...

Mateo divisó al viejo en el corredor que daba al cerro, pasando sus dedos sarmentosos sobre la greda oscura amontonada cerca de él; tenía un raro aspecto de viejo cacique, al lado de los ventrudos tinajones tumbados en un rincón. A lo largo de la pared había un viejo roble hueco que servía de comedero a los caballos y bueyes en el invierno. Algunas gallinas se habían subido sobre él y picoteaban los restos de paja que aún persistían en las astillas. Sujeto el delantal hinchado de granos por uno de los picos, Milla llamaba al loco mundo de las gallinas con un tiqui tiqui atiplado y sostenido que a Mateo le sonaba como un canto; muy luego las gallinas chilenas, pesadas y rechonchas, alborotaron alrededor de ellos, picoteando el suelo punteado de oro glotonamente. Sólo un gallo enorme, colorado y rollizo como un huaso comilón, miraba indignado, balancean-

do los discos rojos de sus mollejas, esta operación cotidiana que desorganizaba su pacífico imperio; pero luego pareció recapacitar y trotó hacia el tumulto pedigüño de las gallinas; precisamente a su lado, como una favorita reciente, estaba la primeriza que Milla quería reconocer; fué imposible pillarla; se escabullía entre los brazos de Quicho y, por último, logró escapar hacia el campo. Volvieron por el otro lado, para que el ciego, a quien Milla huía, no los advirtiese. Milla mostró a Mateo el abra de la Puntilla donde moría en una línea azul, suavemente prolongada, la cadena de cerros que empezaba en Gupo y donde nacía otra serie de escarpas que subían hasta el cerro Name.

—Esa es la Puntilla (Su rostro se había animado con un resplandor rosado). Yo no había ido nunca para allá. Estaba acostumbrada a estos cerros que lo tapan todo. Fuimos en el verano a unas trillas. Viera qué asombro cuando ví el clarito. Se veía un campo largo, largo... y allá lejazo, unos cerritos azules y unas nubes blancas, las mismas que yo creía que estaban encima de Gupo... ¡Qué ganas me dieron de irme por allí... hasta que fuí... (Tuvo un gesto triste)... pero volví,...

Mateo la escuchaba con ternura creciente. Sentía un loco deseo de acariciarla como a una niñita, pasando los dedos por su cara y por sus cabellos que, a la luz, parecía que flameaban en los extremos. Contestó suavemente:

—Lo haremos de nuevo, Milla...

Y no dijo más. Las palabras se amontonaron confusas, enredadas en las sensaciones, sin salir a los labios. Su emoción se redujo a mover los hombros bajo la ropa como si el calor lo molestase. Hubiera querido ver también aquel valle que se abría más allá de Purapel, la ventanita por donde Milla se había dado cuenta que el verdadero mundo era el que empezaba tras de la modorra pesada de los cerros; él era también, así lo pensaba, como el abra de la Puntilla en su corazón, él la libraría de aquellos huasos que le cerraban el mundo del amor.

Resonó la voz del ciego, quejumbrosa, pueril.

—Milla, Milla!...

La niña, asustada, lo detenía como si Mateo fuese a seguirla.

—¡Quédese, por Dios!

Mateo, sin comprender, respondía:

—Pero si no me muevo!...

Y al mismo tiempo que Milla contestaba a su padre: Ya voy, papá, le decía con voz apremiante.

—Yo le explicaré después...

Mateo observó la escena desde los tunales. Miraba curiosamente las callanas, cántaros y ollas que el ciego acababa de moldear y que secaban su barro obscuro a la sombra húmeda de aquel rincón y la que bruñía en ese instante con una piedra lisa. La Pascuala amontonaba bostas y sarmientos, procurando que nunca faltase el calor al secadero donde se enrojecía la alfarería rústica del ciego, cántaros para las destiladeras lugareñas en que el agua se purifica como en la criba de un manantial. Había una rara armonía entre esos montones de gredas oscuras que hacía traer de una quebrada, con agua sólo en el invierno, y el color del alfarero, cuyas manos rígidas como palpos de camarones, se hundían amasando la arcilla, quitándole el aire, una y otra vez; y las manos combadas, en un gesto curioso, atraían la masa como si ésta le obedeciese. Torpemente tanteaban sus manos el grosor de las paredes de una olla de redondas asas o la callana rojiza, aún con la huella de la yema de sus dedos en el interior, donde se doraría el coín para la harina cotidiana, callanita que él había visto en la cocina, murmujeando con un ruido no más fuerte que los élitros de un grillo, al sentarse sobre las brasas y que Milla había curado con sus propias manos.

Milla esperaba delante de su padre, retorciendo uno de los picos de su delantalcito blanco; su actitud era de embarazo y de modestia resignada; oculto tras la pala de una tuna, podía oír muy bien la conversación. Su corazón latía apresuradamente; las palabras indecisas de Milla, su angustia al atravesar el patio, se le habían clavado como puñales en el corazón. Le dolía esa desconfianza grosera que lo rodeaba, cuando él creía hablar con el alma en los labios, henchido de buenas intenciones y generosos proyectos.

La voz del ciego interrogaba desde sus cacharros:

—¿Regaron la chacra, m'hija?

—Sí, padre; Quicho la regó di'albita.

—¿No se ha enfermao ninguna de las ovejas esquilás?

—Ninguna, padre...

—¿Trajo la carreta on Varo pa llevar la lana?

—No, padre; la trae hoy, porque se le enmontañó uno de los bueyes... Salieron a campearlo esta mañana...

—Hay que darle harina y charqui al viejo... No l'olvides, m'hija!

—Si le doy, padre... Harina queda. Hay que comprar más trigo...

Las manos del ciego se agitaron esta vez con histérico temblequeo, llenas del barro negro de la greda; su voz asmática, colérica, parecía próxima al llanto.

—¿Ya se acabó el trigo? ¿Se acabó el saco que trajo on Carmen? Y trataba de levantarse de su piso de paja, inútilmente.

Milla explicó con dureza:

—He tenido que hacer más pan con la llegada del caballero de Loncomilla...

El ciego se irguió esta vez; su espalda encorvada se fué enderezando lentamente; los trocitos de arcilla que aun tenía en los dedos saltaron lejos con los movimientos rígidos de los brazos; uno de ellos se pegó en la blusita blanca de Milla...

—¿Qué viene a hacer aquí ese intruso! ¡Pa qué lo trae on Carmen a Millavoro! ¿Le dijiste que no podía comer en la escuela? ¡Apuesto que nó... Yo no sé, m'hija... Tú lo defiendes...

La niña callaba, bajos los ojos:

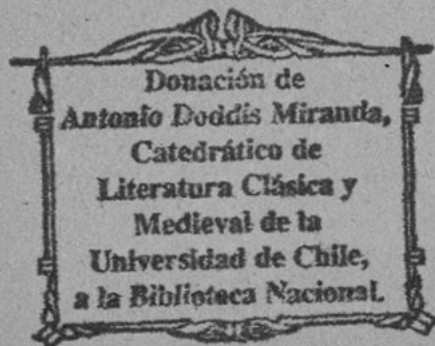
—No me atrevo, padre... No se por qué se le ha ocurrido eso a on Carmen. ¿Para qué lo trajo, entonces?

Mateo no oyó más; una gran tristeza había obscurecido su alegría matinal. Hubiera querido coger un caballo e irse a Loncomilla para terminar de una vez por todas con la tortura que en ese instante preciso lo hacía desgraciado. ¿Por qué se había interpuesto en su vida ese huaso estúpido? Saltando la cerca, dió la vuelta por detrás de la escuela para que nadie lo viese entrar a su cuarto; allí se sentó en la cama. No pensaba en nada, ni nada claro llegaba a su cerebro, sentía sólo un círculo de plomo que apretaba su cabeza y parecía reducirla a una cosa pequeña, liviana, sin

peso casi. Se levantó, de pronto, mirando hacia las paredes pintarrajeadas del cuarto, le pareció que en ella alguien le *sonreía*; se dió cuenta que era el retrato de una princesa de Sajonia, escapada con un violinista, que destacaba su cabeza mofletuda de molinera alemana en una página de revista; este pequeño detalle lo tranquilizó, sintióse mejor, más bueno, más confortado después de esa crisis.

Le interesó una araña que pateaba desesperadamente, colgada de un hilillo que parecía hecho de aire azul, de aire de montaña, al iluminarlo la luz que entraba por el chasis suelto de la ventana. Dió un manotón al vacío y dejó a la arañita en el suelo; la vió correr por los ladrillos y desaparecer de pronto entre los arabescos movibles de las hormigas entregadas a su labor sempiterna.

Volvió a sentarse en el lecho; era necesario tomar una determinación. On Carmen Lobos había ya mostrado, bajo su aparente bonachonería, su garra de ave de rapiña, de jote insaciable; era necesario poner las cosas en claro de una vez y hacer que el ciego comprendiese que el dueño de Millavoro era él; y que a él le debería en adelante su bienestar. Le produjo profunda lástima la mentira en que vivía, y se le apareció, con sus manos hundidas en la grēda, entre sus cacharros y los tinajones coloniales, como la imagen de aquellas tierras secas, estériles y duras, pero donde a veces brotaban flores de ardiente savia y pintadas corolas.



IX

LA CALAMBRIENTA Y SAMUELON

Hacía una semana que Mateo almorzaba y comía en su cuarto. Servíale la Gumersinda, la hija de la Pascuala, una muchachota tosca, que no podía articular tres palabras seguidas, con grandes zuecos que Mateo oía desde que atravesaban el umbral de la puerta de la escuela. Terminó por habituarse a estas comidas solitarias; desde su mesita, la misma que le servía a on Carmen para administrar su justicia primitiva, veía un trozo de paisaje recortado por el marco de la puerta; el único sauce del fundo llenaba la parte superior del cuadro con sus cabeceos lánguidos; el resto era un trozo de tierra, blanca de sol, donde a veces venía a picotear una gallina. Ahora se oía el murmullo suave, glutinoso, del hilillo de agua que bajaba de Gupo, mayor desde principios de octubre donde crecían las chinitas de redondas corolas amarillas y los tallos modestos de las mentas y yerbamotas; veía a Milla por las mañanas y las tardes y esto compensaba su aislamiento el resto del día; más bien se alegraba del cambio; en el comedorcito de la escuela, limitábase a mirarla, porque, a la cabecera de la mesa, sentado en su vieja silla de patrón, tartamudeaba el ciego su salmodia de enfermo, egoísta y fastidiosa; junto al jardincillo, en las tardes frescas, olientes a plantas recién regadas, se prolongaba la charla ingenua y saltarina, en que sus almas se iban penetrando poco a poco, confundiéndose en un anhelo cada vez más preciso, alegres hasta las lágrimas cuan-

do sus anhelos coincidían y retrayéndose noblemente, si sus ideas en el azar de las palabras, eran contradictorias. La afinidad electiva, de que habla Goethe, tejía sus redes invisibles haciéndoles creer que habían nacido el uno para el otro como la chinita del estero cuyo tallo minúsculo se dobla al peso del moscardón silvestre.

Todos los días veían juntos los brotes verdeclaros de las maravillas en la tierra removida; se complacía en pensar que su amor iba naciendo junto con las flores campesinas, a medida que avanzaba la primavera y se aproximaba el verano. Le había comunicado sus proyectos para el porvenir y Milla sin contestarle, bajó la cabeza. Le insinuó la idea de fijar una cantidad mensual por la comida que se le daba y evitar así los rezongos seniles del ciego, pero supo con asombro que on Carmen había enviado de Purapel un nuevo saco de trigo como una compensación por el mayor gasto que originara el huésped. Es curioso, pensaba Mateo. ¿Cuáles serán sus móviles? ¿por qué si teme mi intimidad con la niña, no define claramente la situación de ella? Sus reflexiones no avanzaban mucho en este terreno; el recuerdo de Milla, el olor de las flores, la tibieza suave del campo eran un delicioso beleño, reconfortante como un sorbo de agua fresca; sin embargo, veía bien que, si deseaba una solución rápida, era necesario un viaje a Loncomilla, a casa de su tutor. Sólo allí podía encontrar un sano consejo y una orientación definitiva. Pensaba después, para afirmarse más en su proyecto, que debía comprar un caballo en la feria de Loncomilla, pues el pingo del fundo, un caballejo lerdo y peludo, nunca estaba a mano, ocupado por don Varo o don Juan Oro en sus menesteres cotidianos.

Una mañana se encontró sin tabaco; él mismo ensilló el caballo que pastaba en la falda del cerro para ir a Purapel; al montar sintió un escalofrío. Aunque la mañanita era luminosa, una humedad transparente, donde hormigueaban enjambres de mosquitos, flotaba en el aire; entró para colocar sobre la montura su manta de castilla. Tenía la vaga decisión de seguir hasta Loncomilla si su ingénito desaliento no lo hacía retroceder. Iba a poner el pie en el estribo cuando un espectáculo insólito lo detuvo. Quicho, la vieja Pascuala, su hija; una vieja de un rancho vecino, cuya espalda era

una curva perfecta, que venía a buscar la ropa sucia de la casa, los perros del fundo, esperaban, la risa en los labios algo que debía llegar hasta las casas. Mateo supuso que sería nuevamente Samuelón. Por el sendero que desembocaba en el patio apareció la ruina de un caballo, de ese indefinible color de los paños negros desteñidos por el sol. Avanzaba paso a paso. Cada cierto tiempo una de sus patas traseras se alargaba rígidamente como si diese una cox, pero algo inusitado quitaba elasticidad a los tendones y quebraba el impulso en el aire con una contracción ridícula de los corvejones. Cada movimiento era saludado con risas en el patio. Su flacura era lamentable; la piel, a veces sin pelo, daba la impresión de envolver burdamente la armazón de huesos; en los costados, a cada flexión de los músculos, desfilaban las costillas con un movimiento rítmico que parecía dar a la pelambre revuelta un viso de oro; el hocico de colgante bello, se inclinaba a la tierra babeando; mortecino era el mirar de las pupilas; el animal bajaba de vez en cuando los párpados, presa de una incontenible modorra; en las lacras sanguinolentas del lomo revoloteaban bordoneando pesadamente moscas ahitas que la habían acompañado probablemente todo el camino.

Se oyó la voz de Quicho que llamaba:

—Milla, Milla, ¡La Calambrienta! Va a llover!

Mateo soltó la rienda del caballo y se acercó a la niña:

—¿Qué le parece, Milla? Dice que va a llover...

La niña lo miraba a los ojos sonriendo; parecía asombrada que el joven dudase de ese barómetro de huesos y de piel roñosa. Luego dió explicaciones con superioridad de conocedora:

—No se crea... Cuando las bestias se acercan a las casas es que va a llover...

Se acercó al animal que se había colocado, como en busca de un amigo, al lado del caballo de Mateo...

—Esta es l'amiga de Samuelón... Raro que nu'haya venío con ella... Andan siembre juntos en el monte...

Agregó en seguida, con expresión compasiva:

—¡Pobre Calambrienta! Tiene lo menos cuarenta años... Yo la conozco desde qu'era chiquichicha. No era tan fea,

mire... Era llenita de anca y muy tranqueaora... Mi mamá iba sempre con ella a la fiesta de San Francisco, en la Huerta. Le daban unos calambres a cada rato... Mire, así como ese...

La niña mostraba a la yegua que estiraba una de sus patas, dilatando las narices como si súbita corriente eléctrica pasase por sus nervios envejecidos. El caballo dió un respingo, asustado de los resoplidos que acompañaban a la operación característica.

—Por eso le pusieron *La Calambrienta*. Se pierde en el monte una pila e días. Come pastito en los caminos y no es dañina como los otros caballos de por aquí. Cuando llueve baja como ahora. Samuelón la defiende de los perros de on Rulo y de los jotes del cura... Una vez la defendió de un león que apareció por el lao de Gupo... Aquí tiene la señal de las garras... ¿No ve?

Y avanzaba para mostrar a Mateo, en los encuentros, la huella de las uñas del león, varias desgarraduras negras, sin pelo, semejantes a esas marcas torpes de los campos. Mateo se imaginó al animal despavorido, en la soledad de la selva, y al puma que se aferraba a los pobres huesos, abandonando su presa a la llegada de Samuelón ¿Qué extraño lazo de afecto se había establecido entre la bestia miserable y el idiota, vuelto a la animalidad? Haraposos, barnizados de mugre, los vió atravesando los caminos rojos y polvorientos, semejantes a los arbolillos raquíticos que se adherían, sin embargo, con potente vitalidad a las tierras sin jugo, imagen del futuro del valle si la vida civilizada no traía a los pedruscos secos una corriente regeneradora.

Mateo subió a su caballo y movió las riendas para salir al patio. Milla lo miró un instante con fijeza y el joven creyó advertir en sus ojos esa humedad de emoción que enternece a los enamorados, que buscan en todos los accidentes de la vida, motivos para esteriorizar el sentimentalismo que desborda en ellos. Preguntó, por fin:

—¿Se va Ud. a Purapel?

—Sí, Milla; no sé si alcance hasta Loncomilla... Debo arreglar mis asuntos definitivamente... Para lo que Ud. sabe...

—¡Cuidado! Si es cierto... No lo vaya a pillar la lluvia... Aquí llueve fuertazo, añadió en forma de amigable consejo.

La niña llevaba un clavel en la blusa alba, que parecía transparentar la carne fresca; por primera vez notó Mateo que unos aros largos, de color celeste temblaban en los lóbulos de las orejas. Estuvo tentado de pedirle la flor, pero como todos estaban pendientes de ellos, se despidió sencillamente:

—¿Hasta luegoito, no?

Al salir al campo se estremeció de frío. Sacó la manta de la silla y se la colocó sobre las espaldas. Pensó risueño:

—¡Sería cómico que lloviese!

Un tumulto de sensaciones raras lo invadieron. Estaba en ese instante del amor en que la incertidumbre provoca dolorosos estados de alma, angustiosas inquietudes; sentíase molesto; la silla era dura, áspero el paso del caballo, desagradable el vientecillo que sonajeaba en los oídos con un susurro de follaje. Detuvo al caballo y miró hacia atrás; sólo el tejadillo de la casa se divisaba por encima del bosquecillo que daba al rincón estéril la apariencia de la abundancia, del humus generoso de las tierras regadas. Ante sus ojos desfilaron rosarios de claveles rojos. Un gesto de disgusto torció sus labios. Agitó la rienda y galopó durante varios minutos por el plan. Miraba sin encono ni placer el campo reverdecido; ese paisaje era para él como el rostro de una persona a la cual se deja sin emoción ninguna. En poco tiempo más ya no lo vería; divisó la mancha verde de un trigal montañés, en la falda de una ladera, cercana al rancho de on Varo, uno de los medieros de la heredad; el recuerdo que la mitad de ese triguito le pertenecía tranquilizó su ánimo. Hay que defenderlos, pensó; y clavó las espuelas al caballo para llegar cuanto antes al pueblo.

Una ráfaga más fuerte de viento agitó las copas de los espinos y de los romerillos que manchaban, con pelotones de un verde desteñido la tierra blancuzca; vellones livianos pasaban velozmente desflocándose desde el cono de Name a la joroba de Gupo, como si los dos cerros se entretuviesen en arrojar copos de nubes; el aire se hizo más helado. En un segundo el cielo se tornó blanco, luego gris; el verdor primaveral de matices dorados, tomó una tonalidad de una

crudeza chillona; una bandada de chiriguas trazó una curva parpadeante y ruidosa sobre su cabeza; gotas pesadas mojaron el camino; se hicieron más leves en seguida y se enredaron unas con otras para tejer la trama del chubasco que llenó el ambiente de un ruidecillo seco y de un grato oír a tierra mojada. Al sofrenar el caballo frente al rancho de on Varo, el agua corría por la frisa de su poncho y golpeaba con papiroles secos el ala del sombrero de paño. Sentíase bien; el agua sedosa, inofensiva, lo había calmado de sus inquietudes enervantes; era agradable el olor de los árboles mojados y aun del pelaje del caballo, cuyo sudor blanquecino lavaba el agua.

Al entrar al patizuelo advirtió a Samuelón debajo de la higuera sin hojas; mugía de vez en cuando levantando la cabeza como un toro en el potrero; estaba apoyado en sus largos brazos, en la actitud de un mono que huye por la tierra; y parecía tirar débilmente de una cuerda que Mateo no veía; el agua de la lluvia corría por su espalda descubierta y empapaba sus harapos; su cabezota peluda negreaba sobre los hombros. Los hijos de on Varo, los quiltros orejudos y ladradores formaban ruidosa bulla a su alrededor, acercándose y alejándose hacia el rancho. También los chicos se aprovechaban, en esta mañana de lluvia, del bufón de los campos; era para ellos un juguete vivo este hombre que se creía un toro amarrado, el Manqui o el Trapi indistintamente. Un muchachón alto, con su buen poncho de castilla y un cigarrillo en los labios, acompañaba en sus risas a los chiquillos, parado bajo la ramada de la cocina. La calavera de caballo, colgada del tijeral, también reía con su larga dentadura amarillenta, donde temblaban gotas de agua; la boca abierta de un pequeño horno ponía en la media tinta de la ramada su vibrante tono rojizo. Amarró el caballo cerca del muchachón sin que éste pareciera darse cuenta de su presencia; seguía riendo con su risa sanota y fresca de hombre fuerte; una mujer que lavaba platos en el interior, tal vez la hija de on Varo, no se movió ni al sentir los sacudimientos de la cabalgadura que se desprendía del agua detenida en su pelambre. Lo irritó esto profundamente. Se le ocurría que todos esos campesinos estaban aleccionados por don Carmen para que no le obedeciesen; hubiera que-

rido gritarles que él era el dueño del fundo y a él no más tenían que acatar como patrón, pero como siempre, esos impulsos se generaban a un acceso de ira interior y se desvanecían ahí mismo, sin exteriorizarse. Se acercó hacia Samuelón; su ansia de cariño, su deseo de ser generoso, de emplear en alguien esa ternura bondadosa que sentía desbordar de su corazón y que frente a Milla no se atrevía a formular, las emplearía en el idiota cuya suerte le conmovía hondamente. Estaba sujeto con un hilo, apenas visible, a un clavo mohoso incrustado en la higuera; el tonto no se movía, sin embargo.

Al verlo llegar los muchachos se desbandaron y los perrillos empezaron a ladrar, refugiados en la cocina. Al no oír la algazara a su alrededor, el tonto levantó su cabezota y dejó de mugir. Iba a hacerlo levantarse, cuando una voz que reconoció al instante, del interior de la choza, lo llamó:

—¿Cómo está, señor? Acérquese, mire qu'esta agüita es traicionera...

Mateo saludó a la señorita Hortensia Espejo, de Purapel, la niña de las mistelas, que envuelta en un rebozo granate, cuidadosamente peinada la cabellera roja, le sonreía desde la puerta del rancho.

La vergüenza detuvo su impulso generoso; sintió que enrojecía al recordar la escena de la aldea y la invitación de la purapelina que él no había entendido; sintió en sus oídos la voz de on Carmen, entre irónica y bonachona: *Ejese e paraúras, iñor, con las huertinas...*

Se acercó turbado a saludarla; notó que unos aros largos, de una piedra celeste, enteramente iguales a los que había visto en Milla en la mañana, temblaban en las orejas de la mujerona. Una gargantilla de corales falsos daba varias vueltas a su robusto cuello. Ella alargaba la mano sin esperar las palabras del joven:

—Iba a llevarle unas florcitas a Milla y un recado del cura, cuando me pescó la lluvia ¿Y Ud. que hace? No volvió más por allá... Ni que lo hubieran corrió con los perros...

—No, señorita, no he tenido tiempo, arreglando mis cosas en el fundo... Hoy es la primera vez que salgo... Iba en busca de tabaco...

Del interior del rancho, enteramente negro, salió la tos ahogada de un niño; luego su llanto lastimero; una mujer alta, huesuda, de ojos claros, se asomó a la puerta y gritó hacia la cocina, con esa voz de enojo apremiante de la gente del campo; una hilera de dientes blancos e intactos, salidos hacia afuera, le daban la apariencia de una risa continua, visibles aún cerrada la boca.

—Orfilia!

—¿Qué, mamá?

—Tré la leche pa Pituto...

Los chicos volvieron a gritar otra vez al rededor del idiota. Ahora lo piconeaban con un palo; el muchachón se reía a carcajadas. Mateo miraba irritado la escena; un nuevo chubasco volvió a sonajear sobre el techo, rayando con su trama opaca la atmósfera gris.

—¡Qué brutos! murmuró en voz baja.

La aldeana lo miró con asombro.

—Si es muy divertido, mire... Lo sujetan con un hilo del cogote y se cree que es un lazo... Piensa qu'es un toro amarrao... ¿No lo ha visto cuando los hace peliar?

Y como hiciese ademán de llamar al joven que estaba más allá, la interrumpió suavemente:

—No se moleste, señorita... Si ya lo he visto en Milla-voro el otro día...

Pero sintió que algo extraño se removía en su interior, algo que él deseaba, pero que se moría a menudo, marchitándose y que, al aparecer, lo renovaba, lo ennoblecía, hacía sentir la vida, el deseo de acometer empresas heroicas y románticas. Corrió a la higuera y rompió el hilo, empujando a Samuelón hacia la cocina. Los chiquillos huyeron despavoridos y los quiltros alborotaron con sus ladridos como si hubiera sobrevenido algo insólito y terrible; la voz aguda de la mujer de on Varo chillaba desafortadamente palabras que Mateo no entendió; el campesino joven fruncía malhumorado su entrecejo y hasta el mismo idiota lo miraba con desconfianza, chorreando el agua por sus mejillas como si fuesen lágrimas, pero Mateo sentíase aliviado. Le pareció por un instante, que hacía algo más que librar al idiota de su engaño ingenuo, le pareció que se libertaba a sí mismo de un finísimo contacto y que dominaba, por su

acción generosa, a aquellos seres instintivos para quienes la miseria era un espectáculo y el dolor humano una entretención. Hubiera querido que Milla estuviese presente; pero la sonrisa fresca, sensual de la niña de las mistelas era ya un pago no despreciable.

Al volver al rancho, el campesino joven echó a andar hacia el camino. Mateo lo miró alejarse pausadamente; era uno de los pocos hombres jóvenes que había en el campo; los demás emigraban hacia otros parajes más fértiles o hacia el Mineral del Teniente que pagaba salarios fabulosos, para esta gente nutrida de harina tostada en los inviernos y de uva y queso de cabra en los veranos. Tenía una bonita cabeza de héroe de la Independencia: nariz aguileña y barba crespada, apenas insinuada bajo las mandíbulas. Tencha Espejo lo llamó de pronto:

—Norberto, no se le olvíe el toronjil cuyano...

Se volvió a medias, contestando:

—No, misiá Hortensia...

Mateo pensó, por un momento, si también el muchachón *habría sido invitado por la recia hembra a andar en anca*, y esta idea lo puso de buen humor.

La lluvia primaveral había pasado; los árboles goteaban, como saboreando la tibia frescura de la agüita; el trigo que se divisaba tras de la higuera y el pasto de los bajos, brillaban a los rayos húmedos del sol como si el aire claro se hubiera cristalizado en su verde superficie.

La aldeana lo miraba risueña, asombrada, pero con la misma audacia provocativa de aquella tarde de Purapel; había en el rostro del joven una expresión suave de simpatía que siempre enternecía a las mujeres, sobre todo si son varoniles y rudas, que Mateo no sospechaba en él. Habló afectuosamente al joven:

—Ud. ya no irá a Purapel, ¿no? Podemos volver juntos a Millavoro... Mi yegüita está ensillada ahí detrás...

Estuvo a punto de no aceptar; pero recordó que había que *ejarse de paraúras con las huertinas*, como decía on Carmen. Había que neutralizar las intenciones del administrador y aprovecharse del efecto que había causado en la niña; y sobre la sinceridad del cual en este momento estaba seguro. Ya explicaría a Milla que no alcanzó hasta el

pueblo a causa de los caminos que la lluvia habría puesto intransitables. Aceptó cortesmente:

—Con mucho gusto, señorita Hortensia. Celebro haberla encontrado, porque no me olvido de las atenciones que me hicieron en su casa... Pensaba ir personalmente a Pu-rapel...

—En ofrecer no hay engaño, señor... contestó risueña; agregó maliciosamente:

—Ya se sabe que estará entretenido en Millavoro...

Mateo se estremeció al oír una alusión tan directa; pensaba que nada podría trascender hasta el pueblo, sin sospechar que la malicia lugareña ocupa toda su aguda facultad de observación en sorprender esas miserias que los nivela a todos y justifica en unos la maldad de los otros.

Disimuló, fingiendo no comprender el alcance de la broma:

—Sí, en efecto. Como no he estado nunca en el campo necesito practicar, enterarme de la época de la siembra, de las cosas del campo, en una palabra...

En el instante de subir al caballo la mujer de on Varo apareció en la puerta; oíase de nuevo la tos asfixiante del niño en el interior del rancho oscuro.

—Quería pedirle un favor, misiá Hortensia, por vía suya... Mi niño, Pituto, tiene una tos que se pone morao; no se le quita con naíta... Ud. qu'es tan prolija sabrá algún remedio...

Hortensia recomendó entonces con gran seguridad:

—Nu'es na, oña Agustina... Es la tos de los niños. Chilo la tuvo cuantuá... Con pañitos calientes y mostaza se le quita...

Mateo miraba hacia el fondo negro del cuarto para ver al chiquitín; percibió el respaldar de un catre de madera y la mancha sucia de un poncho sobre él; y cerca de la puerta, la figura inmóvil, arrugada de una vieja que hacía bailar un huso que giraba envuelto en un polvo opaco, mientras sus dedos huesosos, secos, torcían hábilmente la hebra de lana.

Tranquearon largo rato por el camino húmedo, sin hablar. La atmósfera era aún más clara, remojada por el chubasco que había deshecho los nubarrones y enjugaba la sequedad pedregosa de la tierra; cada rama que rozaban involunta-

riamente, vertía sobre el camino gotas pesadas como pulidos diamantes. Oíase, dulcemente prolongado, el canto del único arroyo de la heredad al que la lluvia primaveral había vuelto más bullicioso.

Mateo observaba de reojo a la aldeana que afirmaba sin embarazo alguno, sus macizas caderas en la vieja silla; su carne fresca, de una rosa magnífico, que la luz clara hacía dorado, aplastaba el débil espinazo de la yeguita, de ancas angulosas y de remos delgados como un potrillo; un sombrero de paja, aplastado sobre las orejas ocultaba la cabellera; en el estribo, semejante a una babucha sin taco, se perdía la punta de un zapatito de charol, pequeñito, que hacía contraste con el recio arranque de pantorrilla, visible entre los pliegues de su vestido oscuro; el mismo que existía entre la mano, de dedos puntiagudos y el brazo mórbido, terso, reciamente modelado. Llevaba un canastito de claveles, cardenales y jacintos celestes, del mismo matiz que sus temblequeantes caravanas. Mateo se lo pidió galantemente y la atención pareció agradarle a la dama. Entregóselo, acercando su yegüita al caballo del joven; sus pupilas verdes, de húmeda frescura, miraban audazmente, sin pudor alguno. Mateo volvió a pensar en el convite de la aldea, al anca del caballo. Fué ella quien inició la conversación.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo por Millavoro, señor Elorduy?

Mateo escuchó con agrado el tratamiento que le hacía más hombre, le daba una personalidad que su espíritu débil buscaba a cada rato en los demás para convencerse que representaba algo en el mundo.

—Compré el fundo para dedicarme al campo, señorita Hortensia.

Ella lo miró esta vez con ruda fijeza; había en su mirada fría, acerada, una interrogación muda que Mateo comprendió perfectamente; tiró de un modo brusco la rienda de la yegua y dijo con tono airado:

—¿Y como on Carmen Lobos li'anda iciendo a toos que el fundo es de él, que se lo compró hace tiempo a on Bravo?

Aunque Mateo esperaba esta respuesta, la certeza de las malas intenciones del cacique de Purapel le produjeron una

una viva irritación; después reflexionó: ¿No sería Hortensia Espejo un espía del administrador? ¿Por qué no aparecía entonces por el fundo desde la semana anterior? La aldeana venía seguramente a enterarse si la orden de alejar de la casa de la escuela al intruso se había cumplido y si en Millavoro las cosas habían cambiado o seguían como antes.

Respondió sonriendo:

—¡Tal vez on Carmen lo ha dicho en broma! ¡Cómo no habla nunca en serio!

Ella detuvo la yegüita, irritada. Sus ojos verdes brillaban con inusitada indignación; y Mateo comprendió que en sus palabras vibraba en ese instante la sinceridad:

—¿Pero no ve que quieren enyugarlo, señor?

Sonrióse al pronunciar estas palabras, con esa sonrisa magnética, de sana frescura, que la hacía otra. Mateo experimentó sin molestia el suave dominio de ese carácter férreo, el encanto casi paternal de sus consejos, dichos en el rudo y gráfico lenguaje campesino; su espíritu bamboleante, siempre ávido de afecto, no necesitaba más para entregarse:

—Disculpe la palabra, señor... Se me salió... Lo único que le digo es que esa gente tiene malazo genio... Ud. es muy distinto... no conoce el campo... no es lo mismo que ellos... Bien sé me hacía que era éste otro enjuague de on Carmen que tiene ya muchas a la cuenta... En Purapel ya nadie le acepta sus regalos... Le dió por mandar canastitos de higos y aentro una culebra... Mire que será mal intencionao, ¿no?

Mateo la escuchaba silencioso, fruncido el ceño. Parecía por momentos que el aldeano asomaba en una vuelta del camino, tras una mata de litre o de boldo, con su manta baya y su risa burlona. El no podría nunca luchar con esos hombres que habían hecho del robo y del caudillaje su única ley. Yo no debí meterme en esta historia, se decía amargamente, y ahora lo voy a perder todo por precipitado. Contestó a la niña para darse valor el mismo:

—Yo tengo la escritura de venta en Loncomilla. A buscarla iba justamente, pero esta lluvia me aguó el viaje... Yo se la mostraré para que se convenza... On Juan de Dios Bravo le debía un dinero a mi padre y por él me cedió Millavoro... Lo creía un hombre honrado...

La niña lo miró con simpatía. Su tono era otra vez sereno.

—Así lo suponía, señor... Estos son capaces de todo... hasta de matar... Como ellos no lo hacen... On Carmen trabaja combinao con un bandido de allá arriba, un tal on Juan Rulo... que ha estao tres veces en la cárcel por robo de animales... Los esconden en esos riscos y ya no hay cristiano que los halle... Les borran la marca yo no sé cómo y no hay quien conozca su animal... Toos revueltos los llevan después pa la feria... Así dicen que se compró on Carmen la tierra e la Puntilla, que es lo mejor que hay por aquí...

En el aire claro sintióse la voz de un hombre que azuzaba unos bueyes; luego, los golpes secos de las ruedas en las piedras del camino. Apareció una carreta montañesa frente a ellos: una carretita minúscula, tosca y simple, quinchada con ramas verdes y repleta hasta el tope de carbón; un hombre de espesa barba negra, que invadía las mejillas, la conducía sentado, con las piernas cruzadas en el pértigo. Clavó a los bueyes, pequeñitos y astudos para darles paso, con un ¡Tesa! cordillera! rabioso y gutural. Atravesó casi al trote y sin levantar los ojos desconfiados, casi ocultos bajo las alas de su viejo sombrero de paño.

—¡Adiós, on Juan, saludó Hortensia Espejo.

El carretero no contestó el saludo. Mateo volvióse curiosamente para ver al aliado de on Carmen; pero ya la carreta se perdía tras los arbolillos de la carretera; alcanzó a advertir, sin embargo, una escena curiosa, rápida, casi instantánea; de entre unos matorrales surgió la figura harapienta de Samuelón, que había seguido a los jinetes y la picana de on Juan Rulo que se alargó como una lanza, alcanzando al tonto en la espalda descubierta que se tiñó con una estria roja. Resonó, al mismo tiempo, una carcajada primitiva como un grito de animal en la atmósfera cristalina; el bote de las pesadas ruedas de roble sobre los pedruscos silíceos se fué perdiendo poco a poco. Samuelón, quejándose con gruñidos, encogido el hombro, acercábase al caballo de Mateo, como en demanda de auxilio. La niña lo alejó con un grito autoritario, pero el idiota, trotando a cierta distancia, ya no se separó de ellos durante el camino.

—Este va detrás de la yegua, explicó en seguida, sin manifestar compasión por el picanazo cruel que había arrancado una túrdiga sanguinolenta en la carne del paria. Venía con él por el camino y lo pescaron los chiquillos de on Varo... La yegua es una manca viejaza, más que él mismo... Yo no sé por qué no la matan... ¿Pa qué servirá eso, digo yo? Es muy divertido, mire, verlos juntos...

Mirábalo Mateo trotar en la tierra fangosa donde chispeaba el sol y donde sus pies, de dedos abiertos, en forma de abanico, producían un raro chapoteo; era curioso el odio de los campesinos hacia el paria, hacia el vencido que aceptaba, sin embargo, el mal tratamiento con una pasividad de esclavo, de bestia domesticada. No podía apartar de su memoria, ante aquella espalda renegrida que sangraba, el brazo traidor y mal intencionado, la barba negra y opaca como el carbón de su carreta y el rebrilleo de los ojos malévolos disimulados bajo el ala húmeda de su sombrero.

Verbosa, la niña daba noticias de Samuelón:

—Icen qu'este tonto tiene el secreto del oro. El cura ice qu'está escrito en un papel de la parroquia. El cerro Gupo está a firmao en cuatro pilares de oro... El secreto lo ejó, es que, un cacique qu'había pu'aquí... Un inocente nació y criaio en Purapel, tiene que revelar el lugar donde está el oro...

—En ese caso debieran tratarlo mejor, observó Mateo riendo.

Contestó gravemente la niña, sin darse cuenta de la enormidad de lo que afirmaba:

—Es qu'el hechizo no sale entonces... Hay que matar al diablo que'está metío en él... Icen que clavándole con alfileres en todo el cuerpo se mata el embrujamiento...

Era el medio día cuando llegaron a las casas; apenas entraron al sendero que conducía a la escuela, Samuelón se adelantó en un extraño trote de costado.

El aire empapado de agua fulgía como un cristal lavado; las masas verdinegras de los bosques humeaban como en un roce lejano. Bajo la copa del cerezo, el suelo estaba punteado de blanco con los pétalos desprendidos por el chubasco del carpelo hinchado ya con los jugos de la fruta.

El Choco se adelantaba amistoso, moviendo su colita;

La *Corbata*, echada bajo el corredor del caserón viejo, gruñía sordamente; en su hocico oscuro los dientes mal humorados trazaban una línea blanca.

Cordial y risueña (era un aspecto que Mateo desconocía), Milla se acercaba hasta la yegüita, saludando a su amiga de Purapel. En el corredor entregó ésta el canastito de flores que fué recibido con grandes demostraciones de admiración y agradecimiento. Sentíase extrañamente turbado al verlas juntas por primera vez; exuberante, en plena madurez, Hortensia Espejo; fina, elástica, suavemente insinuada la mujer en Milla. La niña sabrá ya lo de la invitación al anca (On Carmen se habría encargado, seguramente, de comunicárselo) y ésto lo desconsolaba, pero en su rostro no vió sino alegría por la visita inesperada. Cuando se instalaron en el corredor, en sillas de paja, ella le preguntó sencillamente, sin aludir al viaje a Loncomilla:

—¿Y Ud. no se mojó?

La pregunta era familiar, sin importancia; pero Mateo notó en el tono de la voz algo cálido, cariñoso, que llenó de suavidades amables su ánimo inseguro.

—Un poco... Llegué pronto al rancho e on Varo, donde me encontré con la señorita...

Al mirarla, vió de pronto asomada a sus pupilas las bes-tezuela del valle, la huiña de ojos metálicos que la volvía cruel y malévola; la misma que advirtió fugazmente en don Juan Rulo y que hacía antipáticos a on Carmen y al Comandante de Policía. Comprendió que esa mujer se iba a interponer entre él y Milla en adelante; algo instintivo e inasible que estremeció sus nervios, le mostró el porvenir, el aislamiento, el hielo de la soledad, quien sabe si la tristeza de una fosa, al pie de los ásperos cerros; pero algo superior lo empujaba; era tan agradable el cuerpo de Milla, tan incitante la curva del seno virgen, tan provocativo el tono caliente de su garganta morena, insinuada en el ángulo de la blusita blanca.

Imaginaba luego la risita burlona de la aldeana cuando viese que se marchaba a su cuarto; una oleada de vergüenza subió a sus mejillas; él debía evitar ese bochorno y demostrar a la señorita Espejo que no tenía interés alguno en almorzar en la escuela. Se le ocurrió un medio de improviso;

volver de nuevo a la Huerta, so pretexto de buscar tabaco; y cuando las dos se dirigieron al jardincillo a inspeccionar las flores, montó a caballo. Pensaba comprar un poco de charqui y harina en un rancho cualquiera y comérselo como un pastor, en algún rincón de montaña. Al doblar el bosquecillo que ocultaba las casas, se detuvo un segundo; por el camino, casi confundido con la nota sucia de la tierra fangosa, marchaba paso a paso Samuelón, devorando su galleta; tras él la yegua, cuya silueta angulosa se destacaba crudamente en el aire lleno de luz. Se perdieron pronto, en una arruga del quebrado terreno, en dirección de los bosques. En la calma húmeda de alguna umbría, en el corazón de las viejas selvas indígenas, donde sólo viven los pudúes timoratos y saltan las huiñas por entre las ramas, se aislaban de los hombres los parias del bosque, unidos en la común desgracia.

Desanimado, lleno de angustiosa desazón, ebrio de afecto, sin saber lo que hacía volvió de nuevo hacia las casas. Me encerraré en mi cuarto, pensó, dormiré para calmarme; pero al entrar al patio la voz de Milla, bronceada, argentina, que lo llamaba sin miedo alguno, lo sorprendió gratamente. Al divisarlo, le dijo:

—¿Adónde se había ido? ¡Sólo lo esperábamos a Ud. para almorzar!

Se bajó precipitadamente, emocionado, feliz de nuevo, al ver que el conflicto que se le había aparecido tan grave lo solucionaba la zurzulita con tanta espontaneidad y afecto. Oyó aún su voz, al llevar el caballo al potrero del cerro:

—Gumi, trae unos ajicitos del huerto...

Cuando subía la escalinata, en la mano de la muchachona amarilleaba un manojo de ajíes, los primeros del año, que le evocaron la sabrosa substancia de la cazuela chilena, cocida en la olla de greda que las manos del ciego moldearon con el barro rojo de las cañadas.

X

LUZ DE LUNA

Algunos días después el ciego de Millavoro tuvo un violento ataque de parálisis, la hemiplegia ató la lengua del anciano y apagó aún más la luz opaca de sus muertas pupilas. Milla no se separó de la cabecera del enfermo; sus entrevistas eran más rápidas ahora y el recuerdo molesto del paralítico se interponía entre ellos, reteniendo los impulsos de su juventud.

Los días pasaban sin que Mateo se resolviese a hacer su viaje a Loncomilla. La ausencia de on Carmen que en un principio despertó su desconfianza, lo tranquilizaba ahora. El aire puro, la vibración saludable de su sangre enamorada, la alimentación nutrida y vigorosa habían desarrollado su cuerpo, y Mateo advertía los golpes fuertes, agresivos, de su sangre renovada; sentía una pueril vanidad al mirar sus anchas espaldas y el cuello firme y sólido; el elástico vigor de sus músculos sanos. Sólo la voluntad flojeaba aún, ahogada por el hábito. Advertía que sus accesos de enternecimiento, de conmiseración por sí mismo eran más rápidos, más fugaces; sus ojos llenos de nuevas sensaciones, se fijaban audazmente en todas las cosas. El campo despertaba en él al hombre; y el sólo hecho de sentirse vivir lo hacía feliz ¿acaso el hálito de lucha que brotaba de la tierra y se mecía en el aire, el despiadado predominio del fuerte se había incorporado también a la circulación de su vida?

La primavera estaba ya en su etapa más esplendorosa:

en algunas semanas más se efectuarían los exámenes y en la escuelita rural, como en una jaula sin pájaros, no resonaría el bullicio matinal de los chiquitines campesinos; se perderían en los montes pastoreando los cabros o escondidos en las cepas de los viñedos, ahuyentarían a los perros golosos o las bandadas de voraces tordos.

Las noches cortas, tibias, eran sólo un adormecimiento momentáneo de la luz, que volvía a la pocas horas a iluminar la gloria de su obra en las tierras rojas y en los riscales grises. Ya no quedaban flores en el cerezo y en su lugar rojeaban las esferitas sangrientas de la fruta; las blancas mariposas, pestañeando en el ambiente cristalino y dorado, eran como el alma de las flores muertas, almas vagabundas y esclavas del viento que olvidaron para siempre el origen de su vida. Los tábanos de alas de mica y las abejas silvestres hacían sonar sus flautines rústicos llenos de aire sonoro y perfumado.

Como un trémolo de cristal cantaba el arroyo bajo las pesadas trenzas del sauce; y la *Corbata*, con gran asombro del *Choco*, cerrado el estuche hosco de sus colmillos, se tendía a su lado, palpitante y sumisa!...

¡Claras noches de luna, en que el aire enloquecía casi, impregnado del aroma espeso de los ñipas y del liviano y fresco de los culenes, remanso de azulada quietud, donde fermentaban los árboles y las hierbas, bajo el hormigueo de las estrellas lejanas, desahogándose de su exceso de vida!

En los rincones oscuros, en los herbazales húmedos, titilaba la llamita azul de las candelillas, como salpicaduras de esa silenciosa nevada que caía de los cielos; y el *bee* bravío de los cabros, encerrados en su corral, llenaba la noche de ásperos deseos y de indefinibles dulzuras!

A Mateo le era imposible dormir en estas noches cálidas; vagaba por el campo, subía a los cerros, dormidos bajo la noche y miraba el valle que, a la luz de la luna, aparecía como una tierra maravillosa y deslumbradora; esperaba que el chonchón de la cocina se apagase y que las voces de la Pascuala y de la Gumersinda, que charlaban antes de dormirse, no turbasen el silencio de las casitas, acurrucadas en la falda de los cerros. Entonces bajaba cautelosamente, una extraña excitación le hacía bailar el corazón en el pecho, a

medida que se iba acercando al jardincillo de Milla que, en la penumbra lunar, apenas visibles las corolas, era como una fuente de perfumes revueltos, casi desvanecedores, en la que predominaba el almizcle agrio de los cardenales. Milla había colocado desde el mes pasado la jaulita de las tórtolas en el contramarco de su ventana; y excitadas por el aire tibio, hinchados los plumajes, el arrullo dilatábase en la claridad lunar, infatigable y sensual.

Una noche, la ventanita se abrió y la cara de Milla puso una nota blanca en la sombra del fondo; Mateo, instintivamente, se ocultó detrás de la empalizada. Sentíase molesto de su espionaje. En realidad no se daba cuenta de su acción, pero ahora temía erguirse repentinamente y asustar a la niña. La vió pasarse la mano por la frente con un gesto angustioso; luego un suspiro se escapó de su pecho. Esta vez comprendió que su presencia era esperada; que la misma congoja que lo hacía vagar por el campo, afiebrado y enloquecido, la hacía a ella abrir la ventana y respirar la frescura perfumada que salía de su jardincito. Recordó que éste tenía una puertecita de ramas en la parte trasera; y deslizándose por las disparejas tablas, penetró en el jardín. La niña no se movió de la ventana ni pareció advertir su presencia. Mateo, confuso, puso las manos sobre los maceteros y unas gotitas frescas corrieron por su brazo; una sonrisa inmóvil animaba el rostro de la niña; un suave fulgor salía de sus ojos.

—Milla, murmuró Mateo.

La niña se puso un dedo en los labios y se inclinó hacia él. Sus palabras salieron como un susurro de su boca:

—No podía más en la pieza; no sé que tengo... Siento un bochorno...

Mateo explicó también:

—Yo lo mismo... e ingenuamente agregó:

—Es el calor tal vez...

—Tal vez, asintió ella como un eco.

Callaron luego, mirándose fijamente. El silencio lo llenó de nuevo el rumor de la noche de luna. Oían los latidos de sus corazones como una música inquietante y deliciosa; y les parecía la voz de la tierra, la lenta germinación de las

flores cuyos aromas se mezclaban en el aire lunado, cuyas almas viajaban en las alas silenciosas de las mariposas nocturnas; sentían estremecerse sus carnes; un magnético poder, al cual no podían substraerse, los hizo acercarse, sus manos ardían al cogerse con movimientos torpes y sus bocas confundieron ávidamente sus alientos, y el rumor de esas dos almas unidas fué un rumor mas en la noche fecunda.

Una tos seca, cascada, rasgó la suave quietud. Milla se desprendió suavemente de los brazos de Mateo.

—Mi padre me llama, dijo únicamente.

Llevaba una luz en su corazón, luz de luna que maceraba su carne de virgen hasta hacerla suave y lechosa como pulpa de flores; en sus ojos verdes temblaba una humedad ardiente.

Mateo permaneció un instante en el jardín, hipnotizado; una alegría tumultuosa lo hacía liviano, lo rejuvenecía en ese momento; sintió de pronto una oleada fría que venía del cerro; la luz de la luna se hizo más gris.

Al salir del jardín, aspiró ámpliamente el aire nocturno, perfumado de menta y de culén; la luna se hundía en la ola inmóvil de los cerros lejanos, y en el negror azulado de la tierra parpadearon como pupilas enamoradas las luciérnagas vagabundas.

En la obscuridad, oyóse el murmullo del viento que movía el flexible follaje del sauce; las tórtolas habían callado en su jaulita de colihue; pero el *bee* de los cabros en celo continuaba en el corralillo bañado de sombras; y a intervalos el trémolo de arroyo en viaje a las quebradas de los bajos.

XI

CÓGUILLES DE MAQUI

El ciego Aravena pudo levantarse algunos días después. Mateo lo vió en las claras mañanas, sentado en su viejo sillón, tomando el solcito fresco que se filtraba a través de la verde cortina de las hortensias del corredor; pero Milla se escabullía; divisaba a veces su silueta fugaz en el jardín, sin volver nunca la cara hacia el caserón, donde podía encontrarlo; y él mismo advertía también que no la buscaba con la paciente insistencia de antes. Oculto tras el ángulo de una puerta, donde no pudiese ser visto por ella, se gozaba en contemplar el cuerpo adorable, las vírgenes caderas y los altos pechos que producían en él una turbación ardorosa. Sin embargo, no se inquietaba ahora; estaba seguro de su dominio. Había sentido aquella noche, al rozarse su carne ardiente con la suya, que la mujer le pertenecía, que aquella sangre que en saludables latidos sonrosaba su piel buscaba la suya, inconsciente y vencida. Una sonrisa vanidosa florecía entonces en sus labios. Recordaba sin saber por qué a on Carmen. Mal negocio para él, decía se malignamente; pero, al mismo tiempo, y no sin temor, representábase la lucha que debía estallar irremisiblemente cuando el administrador volviese a Millavoro. Había que defender a la zurzulita de la garra de los peucós del valle. Decidió, una vez por todas, el viaje a Loncomilla que definiría su porvenir y el de la niña. Había que presentar argumentos sólidos, inapelables, a aquel tinterillo de los cam-

pos que no reconocía más argumento que las rudimentarias sentencias, siempre de acuerdo con su voluntad rapaz, que había extraído de su astucia ingénita, explotando la estupidez de los campesinos.

Sentíase pletórico de vida, lleno de una alegría desbordante, que lo impulsaba a correr por los cerros en compañía de Quicho con el cual había llegado a ser un camarada y un amigo. Todo aquello que su falta de intimidad con Milla le impedía comunicarle, se lo confiaba a Quicho en la seguridad de que éste, aguijoneado por la niña, lo contaría con todos sus detalles. El pequeño sentía por él, también, un vivo reconocimiento; lo consideraba casi de su misma edad, al notarlo interesado por los zorros y las águilas y por las consejas maravillosas que flotaban como la niebla en todos los rincones del campo. No era, como don Carmen, traicionero y burlón. El pequeño deponía delante de él toda su astuta desconfianza de campesino y se mostraba transparente y limpio como un manantial de montaña.

Sentíase ya el calor de fines de primavera. La nota verde de los campos empezaba a cubrirse de una leve capa de oro, el oro cálido del verano; se hinchaban los carpelos de guindas y perales y en las frondas y en los aleros escuchábase el agrio piar de los pájaros nuevos; por arte de milagro el verde oscuro de los bosques se aclaraba y el matiz duro y opaco del invierno cambiábase en una tonalidad aterciopelada y lustrosa, suave crespón de lanas nuevas que borra-ba las asperezas de los cerros, sus jorobas grises o sus salientes agudas cortando en una curva deliciosa, prolongada con la delicadeza de una cadera femenina, la claridad lejana.

Sin embargo, el recato de Milla comenzaba a impacientarlo. No se tranquilizaba sino al divisarla en sus faenas diarias, pero herido en su amor propio masculino fingía no interesarse por ella. Se iba con el niño al amanecer, siguiendo el lento andorreo de las ovejas y cabros, porque el viejo pueta don Juan Oro había caído de nuevo con un ataque reumático y Quicho hacía las veces de pastor. La cercanía del niño calmaba su inquietud, pues a través de sus palabras rudas e incoherentes imaginábase que era la zurzulita la que lo arrullaba. Una mañana, sin sospecharlo, se

emboscaron, buscando un cabrito perdido; y al apartar las ramas para buscar el sendero donde pastaba el resto del rebaño, se hallaron en medio de un calvero, sombreado por altos robles de hojosas copas; perdido entre los árboles negreaba la techumbre de paja de un rancho que parecía abandonado; sin embargo, en un corralillo, cerca de la vivienda, balaban unos cabros; un cernícalo picoteaba la cabeza roja de un conejo descuerado: Mateo se entretuvo en mirar la cómica actitud que producía en el suelo el pájaro de rapiña que desplegadas las recias alas, era de una belleza majestuosa y zahareña.

Quicho lo hizo volver a la hojarasca, tirándolo brusca-mente de la chaqueta:

—Vámonos, vámonos... Mire qu'ei vive on Rulo, que tiene pauto con el diablo...

—Y cómo sabes tú que tiene pacto con el diablo...

—¿Cómo había de saber, es qué? Los perros no lairan cuando se roba las ovejas ajenas... Ta haciendo carbón en aquel montecito...

Una humareda perezosa azuleaba, en efecto, entre el follaje esponjado y sonoro de los hualles, a corta distancia.

Y mientras volvían al claro de la selva, donde estaba el rebaño, por otro sendero más emboscado aún, Mateo recordó la barba negra del cuatrero, amigo del administrador, y los ojos arteros y fríos avizorando, disimulados por el ala del sombrero.

Tendíase otras veces bajo las copas frescas de los robles, donde sesteaban los zorzales que de vez en cuando lanzaban su pío almibarado y melódico; por primera vez había visto las orejitas inquietas de un conejo entre la hojarasca de los matorrales y su hociquito tembloroso olfateando quién sabe qué peligro en las alas del viento que venía de la selva. Se había acostumbrado también a las ausencias de Quicho, atraído por algún fenómeno de la vida del bosque, tal vez el zorro que había condenado a muerte, el que mató a la moñúa ponedora o una huiña que se había puesto al alcance de su honda.

En una de estas ocasiones trajo en sus manos un puñado de cápsulas verdosas, rechonchas e hinchadas como monstruosos gusanos, que entregó a Mateo:

—Son cóguiles, dijo alegremente, excitado por el descubrimiento.

Y como Mateo los observase y los diese vuelta entre sus dedos, indeciso, mostró la blancura de sus dientecitos en una sonrisa, diciendo:

—¿Entonces que no los conoce, es qué?

Mateo confesó sinceramente su ignorancia:

—Te juro, hombre... Primera vez que los veo...

Gravemente tomó uno y lo apretó por la parte menos gruesa; se desprendió por el otro extremo un amasijo de granitos pardos, envueltos en una goma viscosa que el niño chupó con deleite. Dijo, tal vez para justificar su glotonería:

—A Milla le gustan muchazo...

Y bastó ésto para que Mateo repitiese torpemente la operación y chupase los dulces granitos, impregnados de un penetrante aroma de resinas.

Quicho le explicaba ahora, contento y satisfecho:

—Nu'están muy dulces toavía; hasta Enero... Entonces son como azúcar. Hay que saberlos buscar... Los de litre son amargazos y duele la guata... Los de maqui son los buenos...

Cuando volvieron a las casas esa tarde, Quicho corrió hacia Milla, sacando los frutos de su bolsillo:

—Milla, cóguiles.

Y ella, como el niño, experimentó una gran alegría, tomando ávidamente las cápsulas verdes del boqui.

—¡De veras! ¡Tan luego!

Había despachurado ya uno entre sus deditos largos y morenos, en la misma forma que Quicho, pero se detuvo:

—¿No serán de litre, Quicho?

El niño volvió a explicar:

—Son del maqui de la quebrá... el mesmo del año pasao...

Y con una glotonería de chiquilla sana y contenta de vivir, empezó a chupar la goma dulce y aromática de los cóguiles, la misma que llena el buche de las zurzulitas de montaña.

Mateo permanecía mudo, a dos pasos de distancia en la espera de una palabra afectuosa. La niña pareció darse cuenta de su presencia, al cabo de algunos segundos y le alargó su manecita para que tomara las frutas.

Un segundo Mateo pensó rechazarlo, dando a entender que estaba enfadado, pero era tan dulce, tan ingenua la actitud de Milla, con el brazo estendido y con la huella de los cóguiles en los labios.

—Bueno, dijo, cogiendo uno, para no decirle que nó nunca, porque yo comí muchos en el cerro...

Y la miraba fija, intensamente a los ojos; quería expresarle que su corazón rebosaba de ternura y que la preguntaba una vez más si ya no lo había olvidado; un leve rosor coloreó sus mejillas, embelleciéndola. Disimuló su turbación dirigiéndose a Quicho, al mismo tiempo que sus dedos nerviosos reventaban las hinchadas frutas. Limpióse precipitadamente con el delantal.

—Hay que ir a buscarlas, si no, se las comen los chiquillos de On Rulo. Mañana mismo, ¿no?

Mateo sintió una aguda emoción al oirla; el corazón le golpea sin piedad el pecho; luego se apacigua y sonríe; una chispa maligna se enciende en sus pupilas; había soñado tantas veces con hablarla a solas entre los árboles! En un principio hubiera querido hacerse el enconradizo, espiándola en el instante de salir; pero luego recapacita: hay que ser sincero.

Insinúa débilmente, seguro de la respuesta de la niña:

—¿Y a mí no me convida a los cóguiles?

—Están agrios todavía...

—Los prueba Ud. antes y se ponen dulces...

—Yo no tengo azúcar en la boca...

—No tendrá azúcar... pero es dulce...

Se cruzan las frases ingenuas y torpes, pero las anima un soplo cálido y embellecedor, como las moscas vulgares que un rayo de sol cambia en alados diamantes.

La chica recuerda el beso de la noche de luna; y es tal su vergüenza que todos los cóguiles caen de sus manos, sus brazos se inmovilizan pegados al vestido. Mateo solícito los recoge y la mira de reojo; está linda la muchacha petrificada por el bochorno. Nota, por primera vez, al mirarla desde abajo que el óvalo del rostro se alarga delicadamente hacia la barbilla, suavemente hendida en un hoyuelo diminuto, en un contorno tan puro como el arco de la luna nueva; las cejas son negras como sombra de boldo.

—¿Voy, no? Tengo que decirle muchas cosas.

Ha vuelto la cara hacia otro lado; Mateo espera. Por fin, dice, con voz opaca y entrecortada:

—Se va primero por la otra quebrada, entonces...

Mateo siente el malévolo deseo de prolongar el rubor de la niña:

—¿Por donde?

Su brazo se alarga, mostrando, por encima de las casas, la sombra oscura de los bosques, al pie de los cerros:

—Por allá...

Y como en el día de la esquila se aleja rápidamente hacia las casas, sin mirar hacia atrás.

El día siguiente fué Domingo. A la una de la tarde ensilló Mateo su caballo astutamente y cuando vió al viejo, sentado en el corredor, habló en voz alta con la Pascuala que limpiaba sus cacharros en la puerta de su barraca, indicándola que iba a Purapel y que si venía el peón, encargado de podar la viña le señalase ella misma su tarea. Anduvo un corto trecho por el camino y entrando por un potrero abierto, subió al cerro y desde allí oteó la casa hasta que vió salir a Milla, seguida por Quicho que llevaba el canasto de las provisiones. Iba con un trajecito claro, cuya blancura se destacaba risueñamente en el verdor dorado de los campos; marchaba ágilmente y como las protagonistas de las pastorelas, llevaba en la mano un sombrerito con bridas y se detenía de vez en cuando para inclinarse sobre el camino. Seguramente a coger alguna de esas florecillas de vivos colores conquie las yerbas del campo manifiestan su personalidad en la primavera. Pronto se perdió en el bosque y Mateo, inmóvil en el altillo, conservó durante mucho rato la visión agradable del vestidito blanco en el verdor de la campiña; una opresión angustiosa que venía de dentro y que aplastaba los párpados como la caricia suave de una mano, lo hizo recogerse en sí mismo y oír la música de su cuerpo, la armoniosa canción que su sangre joven entonaba acompasadamente en las arterias elásticas y vibrantes de vida. Ascendió luego por el repecho, orillan-

do el bosque que crecía en la otra quebrada. A media falda se bajó del caballo y lo amarró en el tronco fino de un ave-llano.

Subió de nuevo hasta llegar a la salida del bosque, por donde debía aparecer Milla.

Minutos después, percibió el crujimiento de las hojas secas y asomó Quicho, apartando las guías de las quilas que rayaban el hueco oscuro de la entrada, con sus vástagos dorados y flexibles; y luego Milla, sonrosada la carita por el esfuerzo de la caminata; unos lirios silvestres estrellaban su pecho con sus rojos pétalos puntiagudos.

Al verlo tuvo un movimiento de viva sorpresa que a Mateo le disgustó:

—Ah, señor Mateo ¿Andaba Ud. también por aquí?

¿Ud. andaba también por aquí? ¿señor Mateo? ¿A qué venía esta comedia? ¿Bastaban acaso algunos minutos para que la mujer lo olvidase todo? ¡Y él, que atesoraba ardorosamente fidelidad inquebrantable y rendida sumisión!

Sintió nacer dentro de sí una curiosa reacción de disimulo. La hembra debía estar desde este momento en peligro inminente, por que el macho, favorecido por la soledad del bosque, cobarde y cruel, se armaba con su potencia más temible: la acechanza hipócrita. El hombre ya no pediría nada, porque todo lo iba a tomar en el momento propicio. La fuente de ternura que brotaba en él al recuerdo de la niña, habíase secado de pronto; mirábala como una presa a la cual no hay que tener compasión.

Marcharon silenciosos largo rato. La niña con la vista baja, las curvas pestañas sombreando la piel tostada de las mejillas. Mateo la observaba ahora con una impaciente mezcla de hostilidad y de deseo ¡Qué fresca se adivina la carne bajo el traje claro y leve, la carnosa y palpitante tersura del seno, el vello del bracito torneado, la línea deliciosa del hombro uniéndose al cuello en un ángulo suavemente hendido, la masa densa del cabello trigüeño que se desordena en ricitos claros debajo del sombrero de tostada paja!

Mateo siente una garra crisparse en su interior, una oleada de sangre que llega casi al desvanecimiento. En aquel instante no existe sino aquel armonioso conjunto de gracia y de salud; por él lo daría todo, aun la vida, en un arrebató de ciega animalidad.

Quicho, que se ha adelantado un trecho, se acerca jadeante:

—Hay que entrar por aquí... está más seco... Pu'allá son quilantares no más...

Milla se introduce muy alegre en el senderito señalado por su hermano.

El bosque ha cambiado por completo: al gotear silencioso y al acre olor de las resinas en fermentación ha sustituido la frescura oxigenada del follaje renovado. Las faldas gredosas están cubiertas con los abanicos verdes de los helechos arborescentes y entre sus varillas tiesas, dobladas en la punta, surge el penacho plateado de un canelo nuevo y las hojas de notros y avellanos, arrayanes y hualles, hinchadas de savia; a cada ráfaga de viento una escala rumorosa recorre la fronda que tamiza temblequeando el polvo de oro del sol primaveral. Se oye siempre la carcajada acuosa de las tutas en la frescura de las umbrías; y ahora, en el aire, de un verdor soleado y armonioso, que absorbe todos los sonidos, el martilleo isócrono de un carpintero en los robles secos anima con una nota humana la huraña soledad de la selva. El sendero se enmaraña más y más entre muros, crespos de verdura. Milla se adelanta febrilmente, medio inclinada, como si huyera de un peligro. Y Mateo, disgustado, rabioso, la sigue paso a paso, presa de rara turbación.

En los momentos en que se paraba para apartar una rama, oía, con un golpeteo seco, el latir de su corazón. El bosque se ensombrecía, se enredaba con las trepadoras colgantes y con la trama espinosa de la quila que tapaba los huecos de las sombrías pataguas, plateadas ahora con los millones de campanillas de su floración que parecían repicar a un tiempo cuando un soplo de aire estremecía los ramares. Milla se detuvo de improviso inquieta; en su carita asustada rojeaban dos rosas ardientes; sus ojos giraban medrosos en todos sentidos:

—¡Dios mío! ¡Este no es el camino! ¿Qué se habrá hecho Quicho?

Mateo respondió despreocupadamente, para infundirle confianza:

—No tenga miedo... Debe andar por ahí... Descansemos un rato ¿Quiere?

Veíanse en los claros, grandes troncos con enormes boquerones de bordes cenicientos; junto a los árboles, la zanja de una carbonera recordaba una enorme fosa abandonada.

Dándose aire con su sombrero, Milla se tranquilizó poco a poco, hasta sonreír amablemente a Mateo. Ambos, silenciosos, sintieron muy pronto el alma del bosque; un hilo de agua entonaba al escurrirse entre piedras musgosas o papiroteando los duros cúchillos de los helechos su canción sorda a veces; a veces cantante que dominaba la tuta, cada cierto tiempo, con su carcajada estrepitosa y húmeda, como una boca llena de agua.

Mateo se aventuró a tomarle una mano que ardía y palpitaba como el buche de un pájaro:

—Milla, mi querida Milla... No sabe Ud. cuanto desca-ba hablarla así, a solas... Decirle lo que la quiero...

La niña tenía obstinadamente fijos los ojos en la móvil cortina de verdura que, frente a ella, siseaba suavemente; a veces las alas de un pájaro que golpeaba las hojas, en un brusco vuelo de una rama a otra, estremecía la fronda nueva. La mano de Milla temblaba en las de Mateo, con rápidos escalofríos; las rosas de sangre persistían en sus mejillas; una extraña inmovilidad hacía profundo el oro claro de sus ojos. De pronto púsose de pie de un golpe y corrió hacia los árboles. Mateo la siguió mecánicamente. Desde ese minuto todos sus movimientos fueron extrañamente armónicos, parecieron obedecer a un secreto mandato. Al pie del tronco muerto pronunció dos palabras banales:—Mire, ahí hay cóguiles! Quería volver a lo normal, alejar un peligro que adivinaba cercano, sin conseguirlo. Efectivamente, el racimo de cápsulas colgaba de un gajo de maqui, pero casi en el cogollo del árbol. Intentó torpemente subirse al grueso madero, tendido al pie, para alcanzarlas, rehusando con irreflexiva precipitación la ayuda de Mateo. Asentó su pie izquierdo en una de las astilladas grietas del tronco y el esfuerzo dejó ver, entre el blancor de la enagueta almidonada,

su pantorrilla derecha, fina, de mórbido dibujo. Al levantar sus manos para coger los cóguiles, las manos del macho la apresaron sorpresivamente por la cintura; ella no opuso resistencia como si presintiese el instante; una flojedad indomitable dobló sus piernas y sin defensa ya, vencida por la fuerza masculina, se fué deslizando como una masa inerte por la lisura del tronco hasta que las bocas se buscaron torpemente y se mordieron con tan insensible furia que parecían más bien dos enemigos encarnizados que luchasen: un dulce gemido animaba la sonrisa que se había inmobilizado en el rostro, lleno, sin embargo, de una dicha inefable, detenida en los ojos extrañamente abiertos. Sus dedos crispados se retorcían entre los cabellos de Mateo o se aferraban ciegos a la madera del tronco en el que su carne herida se aplastaba sin compasión.

Predominó de pronto vencedora la risa del arroyo como el trémolo de una flauta oculta en el corazón del bosque. Mateo, de pie, reflejaba en sus ojos cansados una satisfacción vanidosa. No miraba a la niña, que permanecía inmóvil, aun arrimada al tronco, como si el resorte de la vida se hubiera paralizado, las manos trémulas en su carita adolorida.

Mateo fijaba la vista en lo alto, en la copa de las pataguas por donde tembló un ángulo de cielo entre las hojas doradas de sol, que se apartaron bailoteando a un soplo de aire que rozaba la superficie del bosque; allí se perfiló un segundo el óvalo ceniciento de un aguilucho que, con sus agudas alas clavadas en el aire, cerníase sobre los árboles, para borrarase apenas las hojas revolucionadas por el viento reconstituyeron la temblorosa bóveda de verdura. Avergonzóse, por último, de su fría vanidad y tiernamente, alargados los brazos en un gesto protector, se acercó a su amada; pero Milla lo rechazó, volviendo la cara bruscamente; su voz, al hablar, se extranguló en un sollozo colérico:

—Déjeme, déjeme. No me mire!

Y como si de improviso se hubiera despertado el pudor ingenuo de la virgen violada, corrió hacia afuera, enloquecida, con tal ligereza que Mateo quedó muy pronto solo en el bosque, indeciso y avergonzado, prendida en los ojos la visión del vestidito blanco, ajado y roto, desapareciendo entre

las ramas de los árboles. Llamó con voz suplicante: ¡Milla! ¡Milla!, pero los sonidos se ahogaron sin eco alguno en las murallas de verdura que lo rodeaban por todas partes.

En sus mismas espaldas, crujieron las hojas podridas del calvero, a la presión de unos pasos y el roce sonoro de las ramas al abrirse, reciamente empujadas, pero por más que fijó los ojos, amenazadores y desconfiados, en el negror inmóvil de los matorrales nada pudo advertir. Será un venado pensó, siguiendo su camino hacia la entrada del bosque. Al ruido de sus pasos, se ocultó rápidamente, tras el mástil gris de un roble seco, un carpintero de roja cresta.

Avizoró desesperado la ladera, erizada de quiscos y rome-rillos. Por ningún lado destacábase la blanca silueta de su vestido; la niebla que los rayos del sol traspasaban como flotantes telas de araña, hacía acercarse los límites del valle amurallado entre sus colinas azules que se estompaban con suaves contornos en el pálido raso del cielo.

Ni siquiera se veían, al término de la ladera, entre las franjas oscuras de las boscosas quebradas, las paredes de las casas de Millavoro. Echó a correr hacia abajo, torturado y rabioso, para ahogar esa súplica llorosa con que la virginidad ultrajada protestaba del macho: Déjeme! ¡No me mire! Se detuvo un momento; el corazón golpeaba el pecho con ásperos martillazos; un sudor pegajoso le cosquilleaba desagradablemente la piel de las mejillas; descendía el viente-cillo del cerro lleno de la respiración fresca de la selva. Una sonrisa se dibujó en su rostro descompuesto ¿Por qué venía de pronto a su ánimo enfermo la calma, la segura confianza en el porvenir, como si nada hubiese ocurrido?

Volvió a bajar; ahora, lentamente. Recordaba la verde quietud de las pupilas, en cuyo éxtasis entrevió el follaje estremecido en las cimas del bosque y el ansia de la boquita que bebía, sin embargo, su aliento de fuego con dolorosa e insaciable complacencia.

Mateo no miró ya hacia atrás; llenos los ojos de visiones alegres y preso en los oídos, junto con el rumor del bosque, el gemir de la hembra vencida y satisfecha; no oyó ni vió la grotesca facha del cretino que observaba su descenso, alborozado, moviendo sus largos brazos oscuros que semejabán a la distancia la horqueta de un roble viejo, pesadamente agitada por el viento de las cumbres.

XII

MATEO

Mateo no vió esa tarde a Milla ni tampoco los días que siguieron. La niña no asomaba por ninguna parte, a pesar de que él la espiaba por la ventanita entrecerrada de su habitación. Se aburrió, por último, de su espionaje pueril. A esa embriaguez de vanidad que hinchaba su pecho y lo hacía canturrear ebrio de alegría de vivir, había sustituido un sentimiento de compasión, ardoroso y tierno por la niña, que veía llorosa y deshecha, corriendo por la falda del cerro, al aire el ajado vestidito blanco de las primeras horas de la tarde. Culpábase ingenuamente, no sin cierta vanidad, de la desgracia de Milla y hubiera querido reparar su mal sobre la marcha.

Tendido en su camastro campesino, fumando cigarrillos, los recuerdos y las reflexiones cruzábanse desordenadas y abundantes sin que nada preciso llegase a su cerebro; y en este semí letargo, su vida era hacia atrás una niebla borrosa y hacia adelante un camino gris, incierto e interminable; sólo Milla era una nota risueña en esta soledad y a ella se aferraba su espíritu tenazmente.

Y en esta zozobra que no lo dejaba quieto un instante, yendo de la cama a la puerta y de la puerta al corredor, sentía a veces un enternecimiento compasivo por la niña y otras la culpaba de no traer el auxilio de su presencia a la tribulación de su alma. Si ella estuviese allí, contenta, risueña, el problema sería claro, no habría enigmas que resol-

ver; pero ella es falsa, vanidosa como todas las mujeres. Creerá que su amor es un dón del cielo y en lugar de sostener al hombre en sus desalientos, querrá que la adoren como a una santa, sin compartir dolores ni aliviar desesperanzas. Y justificaba, entonces, apretando los puños, su violencia del bosque, aunque al recuerdo de aquella piel áspera y ardiente de campesina, amorosamente pegada a la suya, toda su tortura se fundiese en un ansia embriagadora de volverla a ver, de oír su voz, de mirar el misterio profundo, dormido en el agua verdosa de sus ojos y en la ola palpitante de su pecho virgen.

Había un hechizo misterioso en la libertad con que la niña obedecía a su instinto, una depravación inocente y cálida de flor abierta, bajo la luz de siestas luminosas, a la semilla vagabunda y anónima de la fecundación, que despertaba en su alma toda su nobleza y sus vigores varoniles. La comparaba, generosamente impúdica, a las señoritas de pueblo que ofrecen la boca una vez que han cambiado los anillos y anticipan, como en una transacción comercial, una parte de sus encantos, después del matrimonio religioso. El nada había ofrecido y ella, sin embargo, lo había dado todo... gustosamente. Sentíase ligado a ella, obscuramente, por toda la vida. No había llorado ni había exigido desconsolada la reparación del pecado original. Baja la vista, sólo un pudor rudo vibraba en sus palabras memorables: ¡Déjeme! ¡No me mire! y en su loca carrera por la falda de la montaña.

Tomó una determinación, por último. Escribió en un papelito una serie de frases apremiantes, doloridas, en que la rogaba que lo perdonase, que iría al día siguiente a Loncomilla para arreglar sus asuntos y volvería a buscarla. Había en esto último una solapada intención de conmovérla; y todo su vengativo encono se deshizo ante la visión de esperanza que le traería la respuesta. Al salir al patio estaba satisfecho de sí mismo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes un procedimiento tan sencillo?

Esperaba encontrarse con Quicho, pero no lo divisó por ninguna parte. Supuso que habría subido al monte con las ovejas y ascendió, siguiendo el hilillo de agua que bajaba de

Gupo; en sus márgenes húmedas habían brotado dos franjas de verdura, clara y perfumada: yerbamotas y mentillas de savia tan suave y penetrante que el correr del agua parecía tener su olor. Florecía la montaña en esta mañana radiante, oliente a culenes frescos y a ñipas azucaradas.

No encontró a Quicho y bajó de nuevo: notó un movimiento inusitado en las sala de clase de la escuela; las voces chillonas de los niños entonaban coros pedagógicos. Recordó que Milla le había anunciado las próximas fiestas de la repartición de premios y las pruebas finales del año escolar. La imagen de on Carmen pasó por su cerebro en ese instante; luego el cura, el Comandante y la aldea entera. Ellos eran los examinadores de la escolita rural; el día de la fiesta, frente a la cazuela humeante, sus caras mofletudas de aldeanos rodearían a la niña que, excitada, roja por el vino que se la habría hecho beber, sonreiría amable a todas las bromas de los convidados y protectores. Su corazón se apretó con angustia; su ánimo desfallecía, como en los comienzos de un síncope, al pensar en esta lucha primitiva en defensa de la hembra, que él no se había imaginado nunca. Siente el escalofrío del miedo; todavía es tiempo de volverse atrás y huir cobardemente. ¿Para qué pensar más en aquel rincón ignorado donde la vida se apoza, pudriéndose, como en una ciénaga?

Los niños salían tumultuosamente de la sala de clase. Un instante se perfiló la silueta de Milla en la puerta, para desaparecer en seguida, seguramente al divisarlo. ¿Para qué pensar más en Milla, una vez que había conseguido su objeto? ¿A qué crearse cadenas para el futuro incierto?

Algo se ha endurecido en su corazón, porque ahora siente el morbosos impulso de ver a la niña, de observar en su rostro los vestigios de aquel momento fugaz de la montaña, el rastro que su orgullo de macho creía haber dejado para siempre en su virginidad rota.

Quicho se acercó en ese instante impensadamente a él, persiguiendo a un chico que se le escondía entre los tunales. Mateo lo llamó entregándole el papelito. Lo vió atravesar el patio y entrar en la escuela; y súbitamente avergonzado, se metió en su cuarto y espío, temblando, que el niño volviese con la respuesta. Pasó un largo rato en que su invo-

luntaria inmovilidad le hizo sentir la vida a su alrededor; una laucha roía infatigable los guardapolvos carcomidos; en el aire claro, las golondrinas anidadas en los viejos aleros, dibujaban las curvas quebradas de sus vuelos; el *Choco*, apoyado en sus torcidos brazuelos, seguía perplejo el incansable voltejeo de sus alas oscuras.

Quicho atravesó corriendo el espacio que separaba las dos casas y Mateo, sin contener su emoción, se adelantó hacia el corredor; sus dedos se retorcían impacientes:

—¿Qué dijo Milla?

—Me dijo que si iba a Loncomilla volviese para la fiesta de la escuela.

—¿Y nada más?

En su voz temblaba el desaliento.

—Nada más: Ah! Me dijo también que le entregara esto...

Y alargaba un paquetito que Mateo desenvolvió febrilmente, apenas Quicho bajó al patio. Eran dos panecillos de dulce, de dorada corteza, en cuya superficie distinguió, hecha con el tenedor, una burda M. Comprendió conmovido la intención de Milla. De los panecillos que se fabricaban para repartirlos a los niños en la fiesta, ella con sus propios dedos, había escogido esos dos al sacarlos del horno y se los enviaba como una respuesta a su billete. La confianza volvía de nuevo a acurrucarse, querendona y vencida, en su corazón. Estiró los brazos, en un elástico desperezo, contento de la vida. Es agradable amar, cantaba su sangre joven, aun cuando el desaliento esté a dos pasos de la alegría.

—Ahora a Loncomilla, se dijo en voz alta; y salió hacia el cerro en busca del caballejo que pensaba cambiar en la feria del pueblo.

Marchóse a Loncomilla esa misma tarde. El campo había perdido ya para él el encanto del primer tiempo: ya no se admiraba ante los trigales que, en las faldas de los cerros, ostentaban el oro verdoso de las matas crecidas; ni se embriagaba con la greguería de los pájaros que comían insaciablemente las semillas de los arbustos serranos, pájaros orondos, contentos de vivir, que animaban la fronda nueva con su píar huidizo y dulzón y con la elástica sonoridad de

sus vuelos. Mala o buena, agradable o triste, su nueva vida tenía por lo menos un objeto: Milla. Ella lo quería; no le cabía duda. Y si la suerte lo apartaba de su camino, quedábale el recuerdo de ser el primero que había despertado el secreto de la vida en la inocencia de su virginidad. Un día era suficiente para despachar sus negocios. Le hablaría con entera franqueza a su tutor, confesándole su amor por Milla y el abandono definitivo de sus proyectos agrícolas. Le cedería al ciego la pequeña heredad de Millavoro y él reabrirla la agencia de su padre; un dulce sobresalto nervioso recorría sus miembros, al recordar la vieja casa que no veía hacía ya varios meses. Su nueva vida empezaría allí y esta vez la soledad de las habitaciones la llenaría la pequeña Milla, la zurzulita amorosa que de su jaula de colihue de la montaña pasaría a la vida ciudadana, en el caserón tradicional. Dió una gran vuelta por el costado poniente de la aldea, para no ser visto por ningún purapelino. Cuando estuvo en la mitad de la empinada cuesta de Purapel miró la aldea, cuyos tejados rojizos salían de las masas oscuras del follaje de los huertos reverdecidos; distinguió de pronto el rectángulo del cementerio en el extremo del caserío; la luz blanca del sol no le permitió distinguir las cruces carcomidas ni las rejas pintadas de blanco de las sepulturas de vecinos pudientes; en la puerta oscura que daba al camino veíase un tumulto de campesinos que esperaban, probablemente, al sepulturero. Los ponchos chillones de los huasos y los mantos negros de las mujeres destacábanse crudamente en la tonalidad amarillenta de la tierra, que la luz del sol tornaba clara; todos aquellos huasos incoloros le parecieron a on Carmen que se multiplicaban diabólicamente en cada caballo y en cada manta campesina. La puerta debió abrirse de pronto (Mateo no pudo darse cuenta de ello) porque la muchedumbre desapareció del camino, donde una nube de polvo blanquecino flotó un momento con la pesadez de una humareda.

Empezó a ascender rápidamente, para distinguir cuanto antes la amplia perspectiva del valle central con su muralla de cordilleras azules, envueltas en nubes blancas en el fondo, y la serena corriente de los ríos entre sementeras verdequeantes; dejaba gozosamente atrás la sequedad monótona del valle y la mancha desolada del pequeño cementerio donde

terminaban su vida estéril los ancianos de ojos claros, ladrones de ovejas y las viejecitas de cara apergaminada que tejen, a la puerta de los ranchos, los vellones robados. Allí si que había paz entre ellos; no turbaban su sueño ásperas disputas ni mezquinas envidias. Como en un campo abandonado, sobre los mal apisonados montones de las sepulturas que modelan el tosco ataúd, en un largo viso aterciopelado ondulaba la teatina sus dóciles agujas de oro. Un viento de cumbre, helado, silbante, movía los arbustos de la orilla del camino y traía en sus alas el aroma azucarado de las ñipas ocultas en los matorrales.

Al bajar hacia el valle, de entre unos quiscos, surgió el vuelo sonoro de una bandada de tórtolas que trazaron una nota cenicienta en el cielo claro, chispeante de sol; y Mateo, de pie en los estribos del caballejo, tuvo la aparición como un buen augurio, porque le pareció, como en el cuento de las tres toronjas, oído a la Pascuala, que el espíritu de Milla, hecho zurzulita lo guiaba para salvarlo de todos los peligros.

Galopó por la planicie sin miedo al viento que doblaba el ala de su sombrero y alborotaba la chasquilla del caballo: era necesario apresurarse para librar a la niña de la influencia del cura aldeano y de la protección interesada y malsana de su rival, el toro viejo de los riscales.

XIII

LA FIESTA DE LA ESCUELA

Mateo no pudo notar, al salir de Millavoro, que una carita anhelosa seguía la marcha de su caballo, oculta por la cortina de gasa de la ventanita de los cardenales.

Cuando el jinete desapareció en el bosquecillo, ahogado por espesa zarzamora, que ocultaba el camino, Milla permaneció largo rato pensativa. Arrepentíase ahora de haberlo dejado marcharse; pero un indomitable pudor la hacía ocultarse a la vista de Mateo. Sin embargo, la niña pura, ingenua, había desaparecido aquella tarde de primavera en la fronda rumorosa del oquedal, como se deshojan las corolas apenas madura el fruto. Ahora comprendía hondamente el secreto de las cosas; el vuelo precipitado de las parejas de pajarillos y el balido agrio de los cabros en las noches tibias; nacía, en la volubilidad alocada de la virgen, la pasión invariable, segura de la mujer.

Sentíase dulcemente esclava del que había despertado en ella un alma nueva; y ruborosa, recogida en sí misma, huía al hombre que amaba como temiendo descubrir su deseo de acercarse a él. Mateo empezó a vivir ahora una nueva vida en su corazón; un Mateo enaltecido, lleno de excelencias, en que hasta su agresividad masculina se convertía en una nueva cualidad.

Su imagen llenaba todos los minutos de su vida como una obsesión. Escribía involuntariamente Mateo en todas partes y hasta en el tic-tac del despertador de su cuarto, su atención hiperestesiada creía que articulaba las sílabas del

nombre: Ma-te-o Ma-te-o en la soledad de sus insomnios. Sentía otras veces la angustia dolorosa de perderlo; y entonces ante las páginas de los cuadernos llenos de los palotes temblones de los niños, su mano se detenía de improviso, presa de inexplicable sobresalto. Habría corrido nuevamente en su busca, si el billete de Mateo no llegase en el momento preciso.

Reconfortada, contenta después de esa tarde, empezó los preparativos para los exámenes. Sabía por el cura que el visitador de escuelas del departamento vendría ese día, invitado por on Carmen Lobos. Febrilmente forraba con diarios viejos los cuadernos de ejercicios y escribía con grandes aparatos caligráficos, los nombres de los niños. Ensayaba los coros de vacaciones en la pequeña esplanada, al pie de los cerros cuyos viejos cimientos sonreían una vez más, al influjo tibio de la primavera, con millones de cálices anónimos y multicolores.

Y cuando los niños regresaban en la tarde a sus ranchos lejanos; y ella se sentaba en el comedor de la escuela, los murciélagos cruzaban por encima de los tejados oscuros sus vuelos silenciosos; en el interior de la casa, tosía el ciego revolviéndose en su lecho; a través de las tablas de la barraca rojeaba la fogata de la Pascuala y en el cielo lejano y sereno, plateaban las limpias estrellas primaverales.

Y su cabecita reflexiva de campesina se imponía entonces, sobre el tumulto de sus visiones. Aparecía el recuerdo de on Carmen; y dábase cuenta que el administrador de Millavoro arrasaría cruelmente con todo, al enterarse de su caída; una sombra de espanto pasaba entonces por su pensamiento. No se arrepentía, sin embargo, de haber seguido ciegamente el mandato de su instinto. Como todas las mujeres del valle, Milla no se había librado de este impudor inconsciente. El matrimonio no era un medio de vida; en la calma sedentaria de los cerros las bodas se efectuaban casi siempre después de la posesión y cuando los misioneros franciscanos se acercaban a la aldea en las primaveras, llamados por algún hacendado, para santificar las uniones que ya la naturaleza había efectuado en la alegría chabacana de las trillas o en las borracheras trágicas de los velorios.

Y cuando la Pascuala salía de su barraca con la sopera

humeante, precedida por Quicho o por la Gumersinda que llevaban el chonchón, coronado de nerviosas alas de zancudos, Milla estaba convencida de que era necesario fingir ante on Carmen, que había conseguido la escuela y los ayudaba generosamente en los momentos difíciles; por lo demás ¿quién era, al fin, el dueño de Millavoro? Y en su naturaleza instintiva, el amor y el interés revoloteaban indecisos como dos pájaros separados de la bandada, al caer la noche.

A las nueve de la mañana llegó on Carmen a Millavoro, acompañado del visitador de las escuelas del departamento, don Felipe Astudillo: era un hombrecito cuadrado como un araucano. Mientras permaneció en el caballejo, que le facilitó on Carmen, su actitud fué humildosa, deplorable, con sus piernás cortas y gruesas, mal envueltas en viejos pantalones con rodilleras y rígidamente alargadas hacia la cabeza del caballo; pero una vez que puso el tosco zapato en tierra y divisó el óvalo de latón, de un verde amarillento, con el escudo nacional chillonamente pintado en rojo y azul, su cuerpo se esponjó con visible vanidad, irguiéndose su cabezota de indio. Juzgó necesario, para dignificar más la importancia de su cargo, saludar apenas a la maestra inclinando ligeramente la cabeza. Las manos de Milla bailaban nerviosas sobre la gasa de su vestidito blanco; su garganta mórbida movíase con suave ondulación; y en los pardos ojos brillaba una chispa de humedad. A cada pregunta del visitador, un estremecimiento imperceptible recorría su cuerpo:

—¿Ud. es interina, señorita, no?

Su voz, velada por la emoción, contestaba apenas:

—Sí, señor...

Y el indio, envalentonado por el efecto que producía en la niña, continuaba:

—Ah! bien; pero creo mi deber advertirle que en la Inspección se hila ahora muy delgado. El inspector ha resuelto obrar sin contemplaciones, en su patriótico deseo de dar a la instrucción primaria el papel que le corresponde en el país...

Milla, casi llorando, replicaba...

—Sí, señor, se hace lo que se puede...

—¿Quiere que visitemos la escuela? ¡Hay que preocuparse mucho del aula, del ambiente que rodea al educando!

On Carmen había escuchado risueño el diálogo entre Milla y don Felipe Astudillo. Creyó llegado el momento de intervenir:

—Ejese e visitas, amigazo! Vamos a tomar un trago aquí afuera, que está lindazo!

El preceptor no quiso bajarse de su cátedra en la cual parecía sentirse muy a gusto:

—¡Yo no bebo nunca, señor!

Pero on Carmen no era hombre que se diese por vencido. Respondió con una de sus salidas habituales:

—No tomaré, . . . pero en canasta!

Y como don Felipe Astudillo insistiese aún, agregó cogiéndolo del brazo:

—Si no tenemos tiempo, señor. . . Allí vienen las señoritas Espejo, en carreta con el cura. Haga sacar el vinito blanco, qu'es mellicero como dice on Primitivo, señorita Directora.

Y había tanta sorna en la expresión de estas frases, dichas en la chabacana bonhomía huasa, que don Felipe Astudillo, visitador de las escuelas del departamento, renunció a su caro visiteo a las aulas modelos de que había oído hablar en una conferencia pedagógica.

El vinillo que hirvió en las copas era, por lo demás, realmente agradable, con un delicioso sabor a uvas blancas, cortadas antes de la salida del sol, y de un color semejante al resplandor dorado que lustraba los campos en ese momento y hacía resaltar los ojos asombrados de las maravillas en el jardincito de Milla. Don Felipe Astudillo ahogó su personalidad de pedagogo ante el oloroso licor de la Huerta de muy buena gana; pudiera decirse, más bien, que la dobló cuidadosamente, como un documento preciado, para ostentarla en un instante más propicio.

Y cuando apareció el ciego en la puerta, todo él perdido en la vieja hilaza de su manta, el señor Astudillo, flexible, obsequioso, le ofreció su silla y lo felicitó por las condiciones pedagógicas en que su hija mantenía la escuela.

Amontonábase ya una veintena de muchachitos, con sus pequeños trajes lavados especialmente para la fiesta; algunos con pañuelos al cuello y con zapatos duros, que los hacían

aparecer como los monigotes de barro de la alfarería campesina. La mayoría estaban descalzos o con ojotas, las pupilas ingenuas iluminadas por la excitación del instante. Los había de todos los tipos: cobrizos como indios, de facciones hombrunas; caritas morenas, de rasgos delicados como los de Quicho; predominaba el color blanco, quemado por la intemperie, de nariz aguileña y ojos grises. El roble originario había persistido, con la altiva horqueta de su rama en los retoños desprendidos de él y brotados entre las piedras de los cerros o en las vegas de las rinconadas bravías. Avanzaban, pasito a paso, con timideces de pajarillos, hasta la escuela y esperaban solamente, mirándola de reojo, que Milla los hiciese sentarse en los bancos alineados sobre el enladrillado del corredor.

Se oyó el chirriar de una carreta montañesa; y todos se reunieron en un extremo para ver la llegada de los invitados. Apareció primero Samuelón, precediendo a su chirrido agrio; agitaba sus brazos peludos con su alegría de costumbre; luego la carreta entoldada de blanco que se detuvo casi en el filo del corredor. Por la parte delantera, asomó la cara rasurada de don Primitivo, saludando confianzadamente a sus amigos, al mismo tiempo que sus largas piernas, enredadas en la sotana, tanteaban torpemente el suelo. On Carmen sintetizó el sentir de los demás con una broma que estalló con la alegría de un cohete, sonora y chispeante:

—Los jotes no pueden andar en tierra, on Primi. . .

Y ante el éxito de su ocurrencia, agregó, a guisa de explicación:

—Por encima de los cerros andan requetebién,olorozando carnecita; pero abajo es una compasión, señor. . .

El cura reía más que los otros con las ocurrencias de su compadre; y mientras ayudaba a la señorita Espejo, que bajaba de la carreta con una guitarra embanderada, contestó:

—Los zorros, en cambio, no pueen volar.

—Si, pues, señor, contestaba on Carmen seriamente, hay más lugar donde esconderse entre las matas. . .

Habían venido, además de la señorita Hortensia, su madre, y otra de las niñas, la Emita, *Humita* la llamaba on Carmen; y andaba a cada instante buscándole la amarra

con gran contento de la niña: era una chicuela regordeta, de gruesas pantorrillas y prominentes pechos; una carota tosca, de ojos inexpresivos, a flor de piel y con una nariz ñata que era su desesperación, a pesar de que esperaba siempre que hiciese más bulto, pues, según oña Patricia, *la nariz era la presa que más crecía*: su cuerpo plebeyo hacía un vivo contraste con la finura escepcional de su hermana mayor.

Adelantáronse solícitas hacia Milla, besándola con grandes muestras de cariño. Al cabo de algunos minutos, la vieja insistía en ver el pequeño jardín; sus ojos bonachones se iban tras el verdor coloreado que se entreveía a través de las tablas medio juntas del cercado.

—On Carmen me ha noticiado de unos claveles jaspiaos y unos salta ojos, de un color tan lindo que Ud. tiene ¿Me dará unas patillitas, no?

Y Milla, iluminada por la inquietud febril de la fiesta, la invitaba a pasar:—Como no, doña Patricia, como no, todo lo que quiera.

Hortensia quedóse en el corredor con los caballeros. Sentábase muy bien entre hombres. Bebía como ellos y jugaba a los naipes con el mismo entusiasmo. Terminaron por sentarse en una mesita, que cubrieron con una carpeta granate y el cura extrajo del amplio bolsillo sesgado de su sotana un naipe español, usado y seboso; no alcanzó, sin embargo, a barajar las cartas. Milla, que había dejado en el jardín a doña Patricia y a su hija, interrumpió la operación, llenando la mesa de cuadernos. El cura, haciendo sonar los pintarrajeados naipes entre sus gruesos pulgares, miraba a la niña, risueño:

—Vamos a ver esas prolijidades, Millita, vamos a ver...

Y on Carmen, que no perdía ocasión de colocar una broma a expensas del cura, aludía al fracaso de la partida:

—Ud. está fallo de toos los palos on Primi, por lo que veo...

El cura no contestó la broma de su compadre. Miraba codiciosamente a Milla y sus gruesos labios sensuales se humedecían imperceptiblemente. Su mirada era de ávida admiración como la de on Carmen; en cambio, Hortensia Espejo, que no veía fijarse en ella esas miradas mudas de los machos, la observaba duramente, con un gestecillo desde-

ñoso en su boca voluntariosa. Milla concluyó por darse cuenta de la fijeza penetrante de sus ojos; y mucho más cuando ella, sonriente, le preguntó por Mateo.

Su rostro se coloreó de un rojo de fuego, al responder.

—Se fué a Loncomilla hace varios días...

Con su trajecito fresco de gasa que delineaba la gracia esbelta de su busto, estaba encantadora: una animación temblorosa abrillantaba la dulzura de su mirada parda y aunque toscamente aderezado, el oro suave de sus trenzas, apretadas sobre la nuca con un peinetón de piedras falsas, tenía *no se qué armoniosa gama de matices con la piel dorada* que la emoción del instante tocaba suavemente de rosa.

Y esta atracción de simpatía que todos experimentaban, al sentir cerca de ellos su juventud risueña, se hacía visible en el idiota que rondaba a su alrededor, señalando, estendido el cobrizo brazo, con un gesto vago en el que nadie reparó, la mancha bronceada de los bosques, que decoraba en el fondo del cielo, el letargo de los montes bajo el sol.

Sólo Milla y Hortensia comprendieron el ademán de Samuelón, al mostrar la montaña, en el que había, seguro, un recuerdo que lo alborozaba groseramente. Milla sintió que su corazón se paralizaba al comprender esa alusión que, sin embargo, era enteramente clara sólo para ella; se tranquilizó al observar que nadie parecía darse cuenta: pero no advirtió que los ojos penetrantes de Hortensia Espejo la seguían ansiosamente, la despojaban de sus frescas ropas de primavera, para descubrir, en su cuerpo de virgen, la huella inconfundible de las caricias varoniles pero todos sus ademanes eran espontáneos, elásticos, llenos de gracia. Sus labios se torcieron en una mueca irónica. Hortensia no la perdonaba su juventud y el haber escapado a la ley fatal de la comarca; pensaba con verdadero impudor: *¿con qué derecho es inocente?* La extrañaba que on Carmen no hubiese hecho con ella lo que con las demás muchachas que habían sido sus queridas ¿acaso pensará casarse? Y al detenerse en esta posibilidad sentía que la rabia clavaba sus dientecllos agudos en su corazón: por ella, en tiempos mejores, no había hecho lo que con Milla ¡La había dejado, sencillamente, un buen día por una de sus hermanas, sin más explicaciones! Y ahora se llevaba el amor del forastero

que había rechazado su convite aquella tarde: el *panizo* como le había dicho on Carmen, del cual iban a sacar provecho todos en la aldea. On Carmen había pintado al pueblerito como un tonto al cual se podía engañar fácilmente; y ella se había sorprendido al verlo fuerte, hermoso, con una sonrisa afable y tal dulzura en los ojos que al mirar sentíase la suavidad de una caricia. Se había dado cuenta que el *intruso* era un hombre bueno; y al verlo indefenso y confiado entre los purapelinos, había querido salvarlo, atraerlo a su casa; una dulzura maternal y copiosa, que nunca experimentó, ablandaba su corazón empedernido. ¡Y esa rotosa que vivía de limosna se lo quitaba! Su odio se hizo acre, feroz; no apagaba, sin embargo la actividad, llena de recursos, de su cerebro. Sonrió diabólicamente a una idea que iluminó sus ojos; era preciso hacer que los celos prendiesen en la pachorra de on Carmen que esperaba, como los zorros del bosque, que la fruta se cayese de madura; lo demás se resolvía solo.

Lo buscó un segundo, sin encontrarlo.

Milla invitó a los convidados después del pequeño examen en el corredor de la escuela, a oír el coro de vacaciones ensayado para finalizar la fiesta. Los niños se formaban ya en la falda del cerro, cuando todos llegaron allí. Sus cabezitas mal cuidadas y sus chaquetillas de casineta, desteñidas por las coladas, apenas prendidas en las sisas de las mangas, no les daban un aspecto muy armonioso: inmóviles, sin alegría, miraban asustados a los concurrentes que, de pie, sólo esperaban el término del coro para almorzar; una seriedad precoz envaraba los músculos de sus caritas. Todos parecían miniaturas de hombres grandes, huasitos de barro que el sol hubiera secado; no, niños.

Sus vocecitas se elevaron, sin embargo, frescas, llenas de sol y de aroma campesino, a una señal de Milla que levantó su mano derecha como una batuta; había una curiosa confusión entre sus voces apagadas por el aire libre y el suspiro huidizo de la brisa mañanera que subía del valle, bañado de sol.

Llegaron los bellos días
de felices vacaciones,
¡ con risas y alegrías
a mi tierra volveré.

Los chiquitines, cogidos de las manos, comenzaron a correr alrededor de la maestra; saltos bruscos, sin gracia alguna que se apagaban en la blandura de la yerba; pero los ojos se animaban; un rosor de alegría cubría las carillas tostadas.

Delante del grupo, formado por on Carmen, el cura y la señora, don Felipe Astudillo, que había desdoblado nuevamente su personalidad de representante pedagógico, observaba complacido esa limosna de alegría que el estado hacía llegar hasta los campos.

Las laderas deliciosas
que sombrean los espinos,
las quebradas rumorosas
volveré yo a recorrer.

Cantaban ahora las voces más cálidas, pisoteando las cabezuelas azules, rojas o violetas que asomaban, por encima de la afelpada alfombra de la grama nueva, sus corolas modestas.

El cura Olguín, las manos en sus amplios bolsillos, se inclinaba con obsequiosidad de conquistador hacia la Humita, que sonreía a un lugar indeterminado de un modo vago y absorto. Hortensia hablaba animadamente con don Carmen que la escuchaba perplejo, rascándose el triángulo de su barba; la vieja cabeceaba, hecha un montón de arrugas; y Samuelón, dando saltos estrafalarios, corría fuera del círculo, presa de una grotesca alegría de indio.

Bajaré por el ribazo
a bañar mi cuerpo al río,
y luchando brazo a brazo
la otra orilla he de ganar.

El corro de niños se detuvo a una señal de Milla; y se desparramaron luego por entre las matas de arbustos nuevos que manchaban a trechos la esplanada. Algunos perseguían al idiota que corría *difícilmente*, con la apariencia de tener los muslos atados con una cuerda.

Milla, ruborizada, risueña, recibía las felicitaciones del visitador de escuelas. Precediendo a los convidados los in-

vitaba a beber una copita de mistela, antes del almuerzo de reglamento, en el saloncito de la escuela. On Carmen se había quedado un segundo en la barraca de la Pascuala, so pretexto de bromear con ellas; y momentos más tarde, la Gumersinda, con sus zuecos de madera y su pañuelo al hombro, salía de las casas en dirección a los campos. Al mismo tiempo, Samuelón volvía de los cerros, asomando su cabezota desconfiada detrás de cada accidente del terreno.

Parada en el filo del corredor, Milla repartía a sus discípulos los panecillos de dulce, confeccionados para la fiesta. Los tenía en su delantal esponjados y abundantes, como cuando daba de comer al gallinero; y también como las aves alborotadoras, los chiquillos se apretaban a sus pies, bulangueros y locos.

Se alejaron saludando a la maestra hasta el año siguiente; y ella, entristecida, los vió perderse muy pronto tras las zarzas amontonadas a la orilla del camino. Sintióse sola súbitamente. Como nunca, pensó en esa extraña configuración del terreno donde la casa se asentaba, oculta a las miradas de todos. El que se acercaba por el campo no la veía, sino cuando estaba en el mismo corredor. Recordó a Mateo, cuando le dijo que era como una jaula colgada del cerro en el que vivía prisionera la zurzulita. Sintió que la angustia subía por su pecho como una ola amarga. ¿Qué sería de ella cuando se encontrase sola con on Carmen en la casa? ¿Porqué no había llegado Mateo como le había prometido?

Era un temor punzante el que traspasaba su pecho, a la idea de que el tonto pudiese descubrir su secreto. Samuelón sabía algo, no había duda; una onda de fuego quemaba sus mejillas al pensar en la escena del bosque, que los ojos del vagabundo habían presenciado en un rincón bravío de la montaña.

Sintió un gruñido extraño a sus pies: era Samuelón que pedía también su parte y el Choco que movía incansablemente su colita, pasando la lengua por su hocico húmedo. Samuelón señalaba al bosque, que el sol de mediodía impedía ver. Y turbada aún ante la evocación repentina de aquella siesta dolorosa y ardiente, llena de tristes presentimientos, vació con un movimiento maquinal el resto de los pa-

necillos dorados al pie del tonto, soltando la punta del delantal.

La voz de on Carmen llamó, desde el interior.

—Señorita Milla, señorita Milla; venga a oír la tonada.

Pasóse los dedos por los párpados que palpitaban como dos mariposas cogidas de las alas, dió un tirón al nudo corredizo del delantal, arrojándolo sobre la mesa y entró a la casa.

Oyóse el puntear monótono de una guitarra; Samuelón y el *Choco* terminaban vorazmente con los últimos men-
drugos; la *Corbata* gruñía desde la puerta de la barraca.

En el cielo vibrante de luz, palpitó el vuelo blanco de un aguilucho que se perdió en el monte; una tenca tequeteó un segundo, moviendo el pequeño abanico tieso de su colita en la copa verde del sauce.

A las dos de la tarde terminó el copioso almuerzo campesino, rociado con el vinillo blanco que se guardaba en las bodegas; vino sabroso de las tierras secas que lleva en su jugo el oro almibarado de las uvas soleadas. El administrador de Millavoro preciábase de fabricar el caldo más rico del lugar en los majuelos en declive de la viña de secano y todos lo paladeaban con ese respeto casi litúrgico de los campesinos por los buenos productos de la tierra.

A esa hora estaban todos un poco alegres: las risotadas apopléticas a cada chascarrillo de on Carmen o del Cura, eran la nota predominante. Al sentarse a la mesa, habían llegado el Comandante de Policía y el Oficial Civil, de modo que todos los compinches del poblacho se habían juntado alrededor del vinillo añejo y de la pitanza. Milla era una excepción en aquel grupo de gentes toscas que, sin embargo, eran de su raza. ¡Quién sabe qué lejano entronque europeo había revivido, después de muchas generaciones, en el óvalo delicado de su cara y en la parda sombra de sus ojos! También había bebido un poco, coloreándose sus mejillas, incitada por Hortensia que llenaba constantemente su copa, halagándola, como una celestina, con zalameras palabras. Cada vez que la niña llevaba el vaso a los labios, on Carmen, con gran bulla, invitaba a beber a todos los comensales; era la forma maquiavélica de su seducción. Iba derecho a su objeto y en esto no tomaba para nada en

cuenta el parecer de la hembra. Le bastaba con formular su deseo, para que éste llegase a su realización. Levantábase de su asiento, rojas las redondas mejillas, relucientes los ojillos, para felicitar a la *digna directora de Millavero* que había confeccionado un verdadero almuerzo de la Huerta, donde, según don Casimiro Meza, había que *resistir o reventar*: Cazuela sustanciosa, de caldo oscuro y espeso, que se puede cortar con el dedo; rico costillar de cordero, que rezuma sabroso jugo sobre el plato y el pudín campesino, hecho del mismo estómago del cordero, tan bien aderezado con pimienta y comino que se deshace en la boca como una mantequilla; era la tierra misma la que saboreaban todos en ese instante con sus fuertes mandíbulas de hombres primitivos.

El Cura se levantó también para felicitarla; una chispa alegre brillaba en el fondo de sus ojos y a cada instante, los labios se arriscaban para mostrar los dientes amarillos en una sonrisa histérica que era como una fermentación del vino bebido. Escondía, en sus palabras, que relataban el pasado de la región, su admiración por la hija del ciego Aravena.

—La señorita Ludomilia Aravena es descendiente de uno de los fundadores de Purapel, el capitán don José de Aravena que llegó al valle, al mando de una tropa, a mediados del siglo XVII. Lo he visto en unos papeles viejos de la parroquia: era un caballero muy cristiano (su tono se alargó al pronunciar estas palabras de un modo solemne y beatífico). A su muerte, a lomo de mula se llevaron cargas de plata dos de los hijos que iban a estudiar a Santiago, uno para cura y el otro para abogado. Junto con los padrecitos que levantaron la iglesia, acabaron con la reducción del cacique Gupo, que estaba al pie del monte, aquí donde nosotros nos hallamos.

El cura mostraba el filo de montaña que, como un muro azul, dormía arrebujaado en gasas perlíneas, en la luz vibrante de la siesta. Y todos, medio borrachos, exaltada la fantasía, evocaron ese amanecer lejano del siglo XVII en que en la cima coronada de selvas vírgenes, aparecieron los capacetes de acero y los espadones en cruz y las sotanas, ceñidas con blancos cordones, de los barbudos franciscanos; evocaron los conos oscuros de las rucas, y frente

a una de ellas la cabeza del cacique Gupo, rojeando con el trarilonco de plumas de lloica. Sentíanse descendientes de aquellos soldados, ávidos de oro y de groseros apetitos, cuyo germen de rapiña persistía en todos ellos, más o menos disimulado por la sombra de vida civilizada que llegaba tardíamente al valle.

—Todos estos regueros que bajaban del monte, seguía contando el cura, tenían oro; y los soldados lo lavaban, ayudados por las indias, mientras los sacerdotes pedían a Dios para que la codicia no los apartase del camino del bien.

—Ei es, compaire, interrumpió estentóreamente on Carmen, más vale arriar que no llevar la carga.

El Cura prosiguió, una vez aquietado el coro de carcajadas de los comensales.

—Por ahí están los zanjones, donde limpiaban el oro. Oro que era como ninguno de puro, pero se acabó luego, porque el cacique se murió con el secreto. Los soldados se quedaron en el valle, junto con los padres que fundaron la iglesia y se hicieron agricultores... Oro queda poco... apenas una pepita (el Cura se sonrió mirando a Milla, antes de lanzar su ocurrencia; el vino bazuqueó dentro de la copa). La señorita Milla...

Los circunstantes palmotearon con entusiasmo al oír esta ingeniosa alusión del cura de Purapel. On Carmen se levanto con una copa llena hacia el Cura:

—Ei te quiero ver escopeta mal cargá. ¡Tome un trago, compaire!...

Sólo en los momentos solemnes salía a luz este compadrazgo entre ambos; compadrazgo de los tiempos mozos que subsistía en forma de afecto, porque el ahijado de agua y óleo, como decía on Carmen, era ya un puñado de huesitos blancos en un rincón del cementerio aldeano.

El Cura impuso nuevamente silencio para concluir:

—Por eso, señorita Milla, Ud. es de aquí, como la menti-lla de los esteros que no puede vivir sino a la orillita del agua y si la cambian de tierra, no brota... Ud. tiene que quedarse en Millavoro; si no, le viene la mala...

Milla sobresaltóse al oír estas palabras que parecían una alusión; sentía palpar sus sienes acaloradamente y una congoja inaguantable oprimía su corazón. Pasaba,

como una amenaza, por su cerebro, la vaga sombra de un arrepentimiento. Mateo se alejaba en este momento, perdía casi sus rasgos personales. Sentíase bien, a pesar de todo, entre estos hombres que la admiraban, sentíase dominadora. Se adormecía dulcemente, sin lucha casi, semi cerrados los párpados; el secreto de su caída debía conservarlo a toda costa.

Al verla cabecear suavemente, on Carmen y Hortensia cambiaron una rápida mirada, como dos peucos que se cruzan en la persecución de la presa.

El ciego, sentado a la cabecera, dormita; su cara arrugada y rojiza se pega pesadamente al pecho. El bullicio lo ha adormecido y de sus bronquios enfermos se escapa un leve ronquido; sus manos flacas, salpicadas de pecas oscuras, descansan una sobre otra en la cacha de su viejo palo de guindo.

Invitó entonces el Cura a la partidita interrumpida. Se levantaron pesadamente, aflojándose las trabillas de los pantalones, para sentarse a la fresca sombra del corredor.

A través de la cortina de la enredadera, sentíase la siesta blanca que aplastaba los cerros bajo su lluvia cegadora: en el aire cálido (era la primera tarde de verdadero calor en Millavoro) las abejas pasaban zumbando; una libélula golpeaba sus alas de cristal contra las paredes del corredor, donde las avispas de alas negras habían construido su vivienda, semejante a un pelotoncito de barro oscuro arrojado sobre el barro más claro de la muralla.

El visitador se había despedido hacía un momento. Debía seguir viaje a Nirivilo a inspeccionar las escuelas rurales de la región. Hasta el instante de poner su pie en el estribo del caballo había conservado su empaque de representante fiscal, pero apenas su corpachón cuadrado se equilibró en la silla, repleta de arrugados pellejos de cordero, su cara se torció con un gesto doloroso; venían a su memoria, posiblemente, los machucones con que laceraba su cuerpo de jinete inexperto la aspereza trotinante del pingo serrano.

Vino Hortensia, llamada por don Carmen para ocupar en la brisca el lugar del visitador. Al sentarse, sus miradas se cruzaron de nuevo enigmáticamente.

—¿Cómo sigue, Millita?

Pregunta on Carmen, masticando el cigarrillo de hoja, los ojos fijos en los naipes que, a guisa de abanico, sostiene entre el pulgar y el índice.

—Se recostó un rato.

—Eso es el sol, afirma sentenciosamente el Cura.

—Apunte veinte de copa, señor, ordena el Comandante...

On Casimiro ronca en la mesa del comedor, apoyada en los brazos casi inertes su cara de borracho. La Pascuala ronda gruñendo a su alrededor, porque no puede limpiar el hule en esa parte; son para ella una obsesión esas migas que aparecen por debajo de las mangas del alcohólico.

El Cura se levantó de improviso, tirando las cartas:

—Bah! ¡No juego más! ¡No me acompaña hoy la suerte! ¡Y esta compañera tampoco me ayudaj! ¡Entrega las brisacas que es un gusto!

El Comandante de Policía, que era un hombre silencioso, observó con su voz bronca como un trueno:

—Malo p'al juego, guenazo p'al amor!

On Carmen celebra con una carcajada que retiene bruscamente. Recuerda que no debe embromar a Hortensia que lo ha mirado con dura reconvención; pero ésta no perdona estas alusiones a su pasado tan fácilmente. Contesta con un leve matíz irónico, mirando a on Carmen, aunque se refiera a las palabras del Comandante:

—Afortunado, pero por fuerza. ¡Qué gracia tiene, no?

Para estos casos, el Cura tiene siempre una respuesta demolidora. Abusa del latín del seminario que aun le queda adherido en las células cerebrales:

—Quandoque bonus dormitat Homerus!

On Carmen se levanta con fingida indignación;

—Hágale un parao, padre cura. ¡Sírvase hablar en cristiano, cuando hay señoras delante!

El Cura explica riendo:

—Qué no siempre lo acompaña la suerte a uno!

Y como no da señales de querer seguir el juego, estirando sus grandes brazos en un gesto de desperezo, el Comandante insiste:

—Siéntese, on Primi. Se puede desquitar...

El Cura da vueltas sus inmensos bolsillos: caen al suelo pelusas grises y polvillo de tabaco.

—Si'acabó, señor. No tengo chapa...

El Comandante replica:

—Le quea el de las misas, on Primi... Debe haber hartazo en l'alcanfía.

El Cura, aun vueltos los forros de los bolsillos, finge una gran indignación:

—¿Qué no sabís, hereje, qu'esa plata es sagrada?

Y sin esperar la réplica de sus amigos bajó del corredor, volviendo los bolsillos a su lugar respectivo. De pronto hace visera con las manos para observar el camino de la montaña que blanquea a trechos, cortado por los grupos de árboles del bosque; un jinete aparece y desaparece entre los follajes; llama a on Carmen:

—Oiga, compadre... Venga, venga... Mire. ¿Qué no es on Juan Rulo aquel? ¡A qué bajará el peuco éste p'al llano!

Todos se acercan a mirar. El Comandante confirma, entonces:

—El mesmo es... ¿Si habrá echao el ojo a algún corde-rito de on Arellano?

—No, señor, replica el Cura, descoso de tomar la revancha... Pa eso baja e noche: éste es algún negocio del compadre on Carmen...

Por el rostro del administrador ha pasado una sombra; un rictus colérico deforma su cara, de ordinario jovial. Luego se serena, a una mirada de Hortensia. Vuelve a recobrar su natural bonachón y francote:

—¡Irá pa Purapel a comprar vino, señor! ¡Este camino es más corto qu'el del puelche... Harto mal hablao el compaire!

Pero el Cura no está dispuesto a perder las ventajas ganadas:

—Cuando tanto se rasca es que le pica!

Aparece en ese instante on Casimiro Meza en la puerta del corredor; y todos olvidan a on Juan Rulo. Se le recibe con grandes exclamaciones:

—¿Ya se le pasó el mareo?

—Este on Casimiro es como esponja, de esas de guagua!

—Toa la familia tiene el mesmo lema: el primero soste-nío y los demás tupíos.

—A on Meza no se le conoce fin!

El borracho contesta a estas bromas plácidamente con una sonrisa cínica y desdentada, que deja ver sus en-cías bermejas con la huella negra de las caries:

—El mosto viejo le quita al hombre lo lesa!

Un dulce crepúsculo dorado se arremansa en el valle, fundiendo en un solo manchón oscuro la gama de matices verdes del bosque, cuando la carreta es enganchada de nuevo. La fiesta seguirá en casas de las señoritas Espejo, que ya se preparan a cantar canciones en el camino al pueblo, aprovechando el arco de luna que platea sobre los cerros

Hipócritamente, Hortensia invita a Milla desde la carreta. Milla mueve negativamente la cabeza: está pálida, ojerosa, el reverso de la mañana. On Carmen insiste:

—¡Yo mesmo la vengo a ejar, Millita!

El Cura observa, parado junto al toldo blanco de la carreta:

—En eso sí que nu'es huertana la niña. ¡No se ha visto una purapelina que no le guste la cueca y el canto!

La niña sonríe débilmente: una expresión de angustia se refleja en su rostro descompuesto. La carreta se pone en marcha, por fin. Su chirrido agrio persiste largo rato en la paz de la noche que platea el polvo suave de las estrellas; el arco de plata del creciente inclina una de sus puntas hacia el bosque; frente a sus ojos pasa el soplo negro de un murciélago; un grillo, no sabe dónde, estridula a largos intervalos. El viejo carraspea en el interior de la casita.

XIV

EL RAPTO

Milla permaneció aún un rato más en el corredor. Sentía un profundo malestar, y el airecillo fresco que, sin mover los árboles, impregnaba la atmósfera, iba poco a poco calmando su excitación nerviosa. No pensaba en nada, sin embargo; su espíritu fatigado se adormecía en una especie de modorra. Dejábase llevar sencillamente; era como una masa sin voluntad que respiraba ávidamente, animalmente, el aliento de la noche cercana.

El ladrido de la *Corbata* quebró con brusca alarma los cristales húmedos del aire; el ladrido más atiplado del *Choco* le hizo coro a los pocos segundos.

Milla sobresaltóse. La más profunda obscuridad la rodeaba. Miró hacia la barraca y le extrañó no percibir ni el llamear de la hoguera cotidiana, ni el chonchón de parafina, ni aun el trajín de la Pascuala y de la Gumi a estas horas, en los alrededores de la cocina.

Llamó en voz alta: Pascuala, Pascuala!, pero su voz se perdió en el aire sin recibir contestación; alarmada entró al comedorcito a encender la lámpara de parafina e ir hacia la barraca. Tranquilizóse al pensar que las mujeres se habrían quedado dormidas; tal vez bebieron más que de costumbre. Tuvo la idea de despertar a Quicho que descansaba en el suelo, sobre unos pellejos, pero se arrepintió. El pobre se levantaba tan temprano para llevar las ovejas al cerro! Volvió a salir al corredor, dejando abierta la puerta del comedorcito; la lámpara de blanca pantalla,

proyectaba un cono de sombra amarillenta que barnizaba los ladrillos del comedor y se disolvía en la sombra, más allá de los pilares.

Al bajar las piedras que servían de escalinata, sintió un gruñido en la sombra; paróse sobresaltada; en la faja de luz dibujóse la silueta grotesca del tonto; sus ojos mortecinos, que cubría una humedad viscosa, brillaban de un modo extraño. A su lado el *Choco*, al reclamo de la luz, movía su colita y gemía suavemente.

Tranquilizada ya, creyó comprender que Samuelón tenía hambre. Volvió a subir al comedor y le entregó una galleta; pero éste la daba vuelta entre sus dedos torpes, sin llevársela a la boca.

Su gruñido afónico tenía un tono raro, apremiante, en el que se advertía el desesperado esfuerzo por articular algo que no podía expresar. Se le imaginó que el tonto deseaba comer y complaciente (sentíase buena en ese instante), volvió a llamar:

—Pascuala, Pascuala!

Por segunda vez la voz se perdió en la serenidad de la noche; el *jui jui* de una lechuza pasó por encima de los techos en marcha hacia el monte: en el cielo flotaba una ligera niebla aperlada; posiblemente el trozo de luna que se hundía en los cerros, dejaba en pos de sí ese polvo de plata.

Se decidió, por último, a atravesar el patio; pero el idiota, con su trote saltarín y trabado bailaba por delante, cerrándole el paso.

—Déjame pasar, hombre, decía la niña sin enojo.

Aunque avanzó unos pasos, el tonto no se apartó de ella; la galleta parecía un disco blanco moviéndose sobre sus greñas oscuras; frente a la bodega, donde se estompaban como misteriosas moles de sombra los tinajones, sintió ruido. La *Corbata*, al mismo tiempo, gruñó mal humorada cerca de la barraca. Milla llamó esta vez a la *Gumersinda* con voz temblorosa:

—Gumi, Gu...

Pero no alcanzó a pronunciar la última sílaba del nombre. Sintió que un trapo pesado y áspero envolvía su cabeza; y que dos brazos nervudos la levantaban en vilo, mientras una cuerda se enrollaba en sus tobillos; percibió el rozar de ojotas en la arenilla del suelo; poco después el

tintineo de la cocoja de un freno, de un caballo que esperaba, posiblemente, atado a un árbol.

Oía confusamente, como si estuviera muy lejos, el ladrido de los perros; y el gruñido del tonto que se cambió bruscamente en un aullido doloroso, tal vez al apartarlo de un puntapié alguno de los raptores. La áspera frisa de la manta, casi pegada a su cara, medio la asfixiaba; movióse un poco y sintió que la dura cabeza del avío penetraba su carne. Los brazos fuertes que la sujetaban en la cruz del caballo, se aflojaron dejándola más libre. Asombrábase de su tranquilidad, de la calma que sustituía ahora a su angustia anterior; cerró los ojos de pronto; una ola sensual recorrió su cuerpo, acelerando el latir de su sangre, al contacto de aquellos brazos que la oprimían y rozaban sus senos vibrantes, en el compás de la marcha.

Una voz malhumorada, en la que reconoció la del viejo inquilino de Millavoro, on Varo, la hizo prestar atento oído:

—Y por'onde nos vamos, on Juan?

Se estremeció al oír este nombre; el que la llevaba sobre su caballo era el cuatrero del cerro, on Juan Rulo, el cómplice de on Carmen Lobos. Comprendió perfectamente hacia donde la conducían; era el procedimiento del valle. Se asombró igualmente de su conformidad, de su resignación ante el hecho consumado. Sólo temía la cólera del administrador cuando se enterase de que otro la había precedido en su cariño. Para ella, Mateo había huido cobardemente, por miedo a on Carmen: el dueño de Millavoro, ahora lo veía claro, seguía siendo on Carmen Lobos.

Como el cuatrero no respondiese, on Varo volvió a insistir con tono agrio:

—¿Qué no mi'ha oyío, ñor?

Con el mismo tono respondió el otro lacónicamente:

—Por la Puntilla!

Sintió una tirantez desagradable en los tobillos: el correón con que la habían atado ceñía la piel rudamente. Se formuló en su cabeza la idea de pedirle a on Juan Rulo que la desatara; pero no dijo una palabra. Abiertos los ojos, trataba de ver la cara del bandido o la de su compañero, sin poderlas distinguir: una penumbra gris desdibujaba las cosas sin precisar los detalles; sólo veía el balanceo del pes-

cuezo del caballo y el nervioso amusgamiento de sus orejas; a veces sentíase el siseo de la fronda y ya se había borrado para sus oídos la sensación áspera y cortante de los cascos sin herrar en la tierra del camino.

—Esta vuelta es muy largaza! Cortémosle por este barranco!

Ella se había hecho también la pregunta: ¿Por qué no la llevaban directamente al pueblo? ¿Acaso on Carmen quería guardarla como la Ema Espejo en su casa de la Puntilla?

On Juan Rulo no respondió.

On Varo detuvo a los pocos segundos su caballo:

—Aquí es, dijo, como si el silencio del cuatrero hubiese sido una respuesta afirmativa.

Pero el otro, mudo, siguió su camino como si nada hubiera oído. Milla sintió sólo el aceleramiento de la marcha, al rozar las espuelas los ijares del caballo. Volvió a reinar un profundo silencio; se oyó en la noche el canto de un arroyo, perdido entre el boscaje, como en sordina; uno de los caballos estornudó ruidosamente.

Un leve estremecimiento recorrió, de pronto, a on Juan. Milla que se adormecía, notó que los brazos se aflojaban. Detuvo al caballo. On Varo también lo sofrenó al mismo tiempo.

—Oyó on Varo?

—Parece un galope, afirmó el otro.

Milla no percibió nada, sin embargo. El ruidecillo del arroyo se había fundido en la noche. Estaba más claro ahora; el arco de la luna en su estrecha curva hacia el sur-este, iluminaba el bosque; los renovales de roble eran columnas de sombra, levemente plateados en los bordes. El *cho cho* de alarma de un chuncho pasó por entre las ramas; ahora se oyó, claramente, el galopar de un caballo, galope precipitado, casi una carrera. On Rulo tomó inmediatamente una resolución.

Ordenó imperativamente a su compañero:

—Ud. se quea aquí, como que no quiere la cosa. Ese no es el galope del manco alazán que montaba on Carmen hoy...

On Varo se acercó a la orilla de los árboles. A los pocos minutos volvió a caminar. El galope era cada vez más

distinto. Al oír el jadeo del caballo, el viejo se fingió borracho; empezó a balancearse en la silla, haciendo tranquear su cabalgadura caprichosamente. Quería dar tiempo a on Rulo para que tomase ventaja. De vez en cuando, entonaba entre dientes, trozos de cuecas:

Treinta días tiene el mes,
siete días la semana
y la mujer nueve mañas, huifaaa...

El jinete sofrenó impetuosamente su caballo, delante del viejo.

Este se enderezó en los estribos haciendo retroceder hábilmente su cabalgadura, para esquivar el choque.

On Varo reconoció a Mateo, el amigo de on Carmen, como lo llamaban los inquilinos.

Su actitud era decisiva; en su mano empuñaba como cualquier campesino, la penca trenzada:

—Y Milla, viejo sinvergüenza, dónde está?

—Yo no sé na, ñor... Pu'aquí no se ha visto rastro... Yo andaba campiendo un vacuno que se me enmontañó...

—¿Y por qué te hacías el borracho, entonces?

Su voz era colérica, agresiva. Se calmó, de pronto:

—Mira, explicó; el fundo es mío... Traigo los poderes en el bolsillo... Si no me das noticias te echo mañana mismo del rancho.

El viejo ladino comprendió que era la verdad. A él le convenía no moverse del fundo, ni perder su chacra. On Carmen no podía saber si él había guiado al joven para que librase a Milla.

Recomendó respetuosamente:

—Allí va no más, patroncito. Trajínale por los matorrales... Cuidao con el viejo zorro...

Mateo clavó las espuelas al sudado caballo que, en la penumbra, apareció overo, con franjas jabonosas en los ijares y en las tablas del pescuezo.

On Varo, tranquilamente, encendió un cigarrillo de hoja que iluminó su cara astuta, volvió grupas y galopó otra vez hacia el llano.

Corrió furiosamente un cuarto de hora y paró de nuevo el caballo con violenta sofrenada. Comprendió que on Rulo

debía haberse salido del camino para esconderse en alguna umbría o en alguna quebradura del terreno accidentado.

En la honda quietud, sedosa y profunda, donde la media luz dibujaba sombras angustiadoras, alerteó el *cho-cho* de un chuncho. El pájaro nocturno había volado al sentir en las ramas algún ruido inusitado. Empuñó fuertemente la penca endurecida y metió con resolución el caballo entre las quilas y vástagos de parásitas. Su nuevo caballo, adquirido a un amigo en el pueblo, poco habituado a los bosques, se detenía a cada instante. Mateo lo clavaba sin piedad: desembocó en un calvero. La sombra se arremansaba bajo los árboles, espesa, de un denso negror; resonó de pronto, el estornudo de un caballo a su derecha. Impetuoso, se lanzó sobre él con la penca en la mano; gritó con voz entera:

—Deja a la niña... y sal al camino, viejo bandido...

Sintió que el cuerpo se deslizaba a la tierra; pero no se bajó del caballo, sino cuando las ramas dejaron de crujir.

La voz de la niña resonó sin miedo:

—Me han maniado estos brutos...

Mateo bajóse, entonces, y desató a tientas las correas. Milla murmuró casi alegre:

—Pero si estoy tullida!

Y se apoyaba confiadamente en el joven, sin miedo alguno; casi alegre de esta aventura que ya creía sin remedio. Mateo había crecido más que nunca en su concepto. Su volubilidad femenina borraba, sin remordimiento, todo lo pasado; no era un cobarde. Entonces él era y no on Carmen el dueño de Millavoro; y se pegaba a él, mimosa, vibrante, viviendo en el minuto presente, sin pasado y sin porvenir.

Milla se ha sentado en la silla; y Mateo lleva el caballo de las riendas, a manera de espolique. Marchan silenciosos. La luna se ha ocultado por completo y envuelve al bosque una niebla de sombra, leve, liviana, que se estremece vivamente cuando un soplo de aire, suave como una respiración, recorre las copas negras de los árboles. Las gotitas cárdenas de las luciérnagas rayan la sombra, delante de las patas del caballo, como si fuesen salpicaduras de las estrellas,

cristalinas y húmedas, que rebotasen en las piedras del sendero sin deshacerse.

Mateo da un traspies, en el disparejo terreno.

—Mateo, dice la niña, suba al anca; para allá el camino es bueno.

Duda un momento; luego acepta.

Las manos ardientes de ella empujan su brazo para ayudarlo a subir al caballo. Tímidamente, se apoya en la cintura de la niña; luego la oprime sin disimulo; siente en el dorso de la mano la presión tibia de los pechos. El cuerpo de la niña, como una boca ciega, se adapta al suyo; y este contacto es tan dulce, tan nuevo para ellos, que la noche desaparece un instante con su temblor de estrellas y luciérnagas noctívagas; el mundo de sus cuerpos estremecidos y ávidos es mudo y oscuro, pero hondamente delicioso como una caída suave e interminable en el vacío.

Mateo cuenta a la niña por qué ha llegado a Millavoro después de la fiesta; ha traído consigo una copia de la escritura que lo acredita como dueño del fundo; el juez, que es amigo del tutor, lo ayudará, si lo molestan; él no venía en són de pelea; confiaba en la honradez del administrador de Millavoro; pero ahora las cosas han cambiado; ese huaso cuatrero no se burlará de mí, agrega con decisión.

La niña, sin saber por qué, se siente herida por estas palabras. Lo defiende tímidamente:

—Si no es tan malo; a nosotros nos ha protegido, Mateo.

—Porque la descaba a Ud., replica Mateo, vivamente. Ya ve lo que ha hecho...

Y apasionado, verboso, le confiesa su deseo de librarla de aquella prisión, llevársela a Loncomilla, a la casa paterna, lejos de la traición de los amigos del valle: ella le escucha interesada, pero fría. En el fondo, aquello le parece desconocido y lejano; sonríe sin contestar; pero la visión de una nueva vida no se estaciona mucho tiempo en su cabecita tranquila, limitada; tal vez su imaginación termina en las montañas azules que cierran la hondonada; el abra de la Puntilla está cubierta de nieblas como de costumbre.

Pregunta, (parece no haber oído las palabras de Mateo), cómo se dió cuenta de que la habían llevado del fundo; Mateo la mira un instante desconcertado; pero su ternura

es tan ardorosa, tan juvenil, que toda sombra se funde en el fuego que brota de su corazón.

—La Pascuala estaba amarrada en la cocina. A la otra no la ví... Samuelón fué el que me señaló el camino... con gestos, tirándome de las riendas del caballo... ¡Pobre Samuelón! Si no hubiera sido por él a estas horas la zurzulita no vendría conmigo!

La niña guarda silencio de nuevo; luego observa con un dejo de encono, duro y desagradable:

—No sé, pero ese tonto ha visto algo. Estuve lo más acholada en la tarde! No hacía más que mostrarme el cerro!

Esta vez Mateo siente un profundo disgusto. ¿Por qué la zurzulita hablaba en esa forma? No contesta; pero algo amargo y angustiador fermenta allí adentro.

La niña advierte ese silencio; los brazos del joven continúan en su cintura, pero su presión no es tan tierna, tan amorosa: una sombra se ha interpuesto entre ellos.

Pregunta con dulzura; su voz tiene un matiz amable, conmovedor, como si se hubiera dado cuenta de la rudeza de sus palabras anteriores.

—¿Por qué me dice zurzulita?

El joven con tono velado, evasivo, responde apenas:

—No sé... porque sí.

Se oye el ladrido brusco de la *Corbata* y el agudo del *Choco*. Están ya frente a las casas. Milla, serenamente, detiene al caballo; Mateo se baja de un salto, para ayudar a la niña, pero ésta va ya andando hacia la entrada. Por encima de las zarzas, el chonchón, que debe estar en el corredor, ensucia la sombra con aletazos lívidos, temblantes.

Lleva, pensativo, el caballo de las riendas hacia el patio. Siéntese amargado, triste. ¿Por qué Milla es tan variable, tan fría? ¿Entonces no basta que haya sido suya para que lo quiera? Desganado, amarra el caballo del pilar. Sólo desea descansar, tenderse en la cama; sacude con rabia sus brazos, como si algo le impidiese moverse y respirar; en la puerta de su cuarto un cuerpo tropieza con sus piernas. Salta hacia atrás; pero se tranquiliza al reconocer el gruñido de Samuelón que murmura sus palabras habituales:

—El Manqui, el Manqui!

Raspó un fósforo y encendió la lámpara de parafina, cuya llama oscilante humeó por encima del tubo, encaño-

nado como el borde de una empanada campesina; en el cuadro negro de la puerta destacábase la silueta contrahecha y horrible del paria de los cerros; de sus labios gruesos y rojos salía el nombre del toro nuevo: el Manqui, el Manqui.

Por primera vez la idea se detuvo un segundo en el cerebro de Mateo. ¿Por qué el tonto le había mostrado el camino del bosque gruñendo el *Trapi, el Trapi*, al verlo llegar? ¿Tendría razón Milla al decirle que el tonto le señalaba los cerros con grotesco alborozo, como si estuviere enterado de algo? ¿Qué drama había venteado su instinto agudizado de bestia en el aire quieto del rincón de montaña, que él reducía a la pelea de los toros bravíos, disputándose el dominio de alguna vaquilla esquiva, en los pastosos calveros de lejanos bosques?

Mateo vió alzarse delante de él la figura ventruda de on Carmen Lobos, los pantalones arrugados sobre la bota de alto tacón, roja de rabia la cara tostada por el aire y por el viento; el toro-viejo venía a pedirle cuentas, cínico y burlón, sobre su alazán de hinchadas grupas y fieros ojos.

—Entra, le dijo a Samuelón, tirándole una frazada que sacó de su cama.

El tonto la cogió, y enredándose en ella, se arrastró al otro extremo del cuarto, tendiéndose en los ladrillos.

Reinaba afuera un silencio espeso, imperturbable. *Huac-huac* ladró un zorro casi en la misma puerta. Samuelón levantó su cabezota greñuda, con el azoramiento de una bestia selvática que ventea un peligro; un zancudo, cuyas alas se chamuscaron en la llama de la lámpara, resbaló por el vidrio del tubo y aleteó agonizante sobre el diario que cubría la mesita.

XV

EL MANQUI Y EL TRAPI

A la mañana siguiente, acompañado de on Casimiro Meza y de un aldeano de estrafalario aspecto (parecía un muchacho raquítrico envejecido de golpe), se presentó on Carmen Lobos en Millavoro. Mateo sintió el ruido de los caballos que on Varo retenía de las riendas y se asomó a la ventanita que daba al patio. Una insolencia provocativa desprendíase de todos sus movimientos y gestos: el tono chillón de su voz, sus fuertes taconazos en los ladrillos, sus palabras groseras. El rapto lo había sacado de quicio y estaba dispuesto a todo. No sin temor, Mateo se puso su chaqueta y echó el revólver en el bolsillo. Se decidió a esperar en su cuarto el resultado de la visita, inspeccionando desde la ventana; aunque su corazón latía apresuradamente, su ánimo era entero, tranquilo. Como el toro viejo, el toro joven estaba dispuesto a luchar por el predominio hasta la muerte.

Se sonrió, al divisar en su caballo, el aspecto cariacontecido de on Varo que echaba miradas rápidas hacia el corredor de la casa vieja. Comprendió que lo habían traído a la fuerza y a guisa de escudero. Era un nuevo detalle de la ceremonia; vió que on Carmen invitaba a sus compañeros a subir al corredor. El campesino había querido hacer solemne esta visita mañanera, en que probaría a sus compinches que era el dueño de la región. Como nadie se asomara a la puerta de la casa, gritó con sorda cólera:

—¿Qué no hay nadie aquí, por la...?

Quicho asomó la cabeza por el pasadizo al oír la voz autoritaria del cacique de Purapel. Este lo cogió del cuello de la chaquetilla, zamarreándolo bruscamente:

—¿Dónde está tu hermana?

—Allí... adentro... se está vistiendo...

El acompañante delgaducho, mal envuelto en un viejísimo chaqué, balbuceaba tímidamente:

—Calma, mi señor on Carmen, calma.

Los labios cónicos del borracho temblaban imperceptiblemente con una mueca irónica.

On Carmen soltó al niño que bajó al patio arreglándose la chaqueta estrujada; allí volvió la cabeza; sus ojitos pardos chispeaban humedecidos; sus mejillas ardían.

En ese instante apareció Milla en la puerta. Había salido apresuradamente al oír los gritos coléricos del administrador; la mata dorada de su pelo, caída sobre las espaldas; en la mano un peinecito blanco que conservaba entre sus dientes hilillos tenues, hebras del espeso vellón de oro de su pelo. Detrás de ella se dibujó la silueta deplorable del viejo, tanteando el aire con su palo, a modo de un tentáculo.

—¿Qué hay, on Carmen?

La voz de la niña era serena; sus claros ojos no denotaban miedo ni sorpresa.

—¿Qué hay? Eso lo dirás tú, en seguida.

Al mismo tiempo apretaba el fresco brazo, adivinado a través de la manga de la blusa blanca, sacudiéndola brutalmente.

Una ola de rabia animal, agria, indomitable, sacudió los nervios de Mateo. De una carrera estuvo en el corredor. Con un vigoroso empujón apartó a on Carmen y lo hizo tambalearse. Este, perplejo, titubeó un segundo,

—¿Qué te has imaginado, huaso inmundo? Aquí no vienes a hacer lo que se te antoje...

Pero el administrador se rehizo. Sin hablar palabra se sacó la manta, de franjas granates; luego su sombrero y se los entregó al oficial civil; ponía un cómico aparato en esta operación. Parecía decir: ya verán lo que le va a pasar al pije éste!

Desprendióse de los puños, abotonados en forma de cilindro y se subió las mangas de su chaqueta huasa hasta

los codos. Sólo entonces se dirigió a Mateo; en su voz temblaba una ira mortal, mal contenida.

—Ya te hay de ver, huacho aparecido, hijo di'una...

Mateo habíase sacado ya, con un movimiento rápido, la chaqueta tirándola al suelo. Milla intentó intervenir, pero no se le hizo caso; el ciego, arrastrando los pies, movía su palo sin acertar a explicarse lo que pasaba; todos, incluso Quicho, tenían en los ojos esa fijeza hipnótica, voluptuosa, de las gentes del campo, cuando van a presenciar una lucha entre dos hombres que se odian y se encuentran, al fin, frente a frente. Samuelón, en el filo del corredor, reía babeando.

Aunque de igual estatura, on Carmen daba la impresión de mayor corpulencia; frente a él, el joven aparecía casi delgado, pero sus brazos eran más largos y más recias sus manos.

Atacó con ímpetu, haciendo retroceder a su rival hacia la pared, sin tocarlo, sin embargo. Se vió inmediatamente la ventaja. Los brazos cortos, demasiados carnosos del huaso, obedecían mal, no alcanzaban a Mateo. On Carmen jadeaba ya en los comienzos de la lucha y la curva hinchada de su vientre, donde bailoteaba su cadena pretenciosa de huaso rico, se inflaba pesadamente como la panza de un buey cansado.

Milla no se movía; su mano nerviosa sujetaba la manta del ciego que presentía una tragedia, balbuceando, en un lastimoso lloriqueo, palabras incoherentes. En los labios de la niña se había detenido una sonrisa fría y cruel.

Samuelón, excitado por la pelea, hacía bramar los toros en el suelo del patio; en su caballo soñoliento, on Varo se había convertido en estatua.

Un sol de oro iluminaba el campo; la lloica auroral voló asustada hacia el monte sin desgranar el chorro de su pastorela matinal; una bandada de tordos puso un brochazo negro en el cielo azul.

Mateo atacaba a cada instante con mayor ímpetu; era uno de esos temperamentos apáticos que tienen, de improviso, arrebatos temibles. Sílabas trucas, envueltas en temblores de rabia, salían de sus labios apretados.

—Huaso ladrón...ahora me las pagas todas...¿El fundito, no? Yo te voy hacer, fundito...

On Carmen no hacía sino defenderse. Sus piernas se movían torpemente, dejando sus altos tacones claveteados, a cada empuje del cuerpo, pequeñas rodela más claras en los ladrillos del corredor.

Por dos veces el hombrecillo del chaqué alargó tímidamente su cara obsequiosa de parásito.

—Señores, tengan la bondad...

Los combatientes no lo oían. Mateo arrinconaba ahora a on Carmen en un extremo del corredor. Un hilo de sangre manchó un instante su boca de gruesos labios sensuales; espesas gotas de sudor resbalaron pesadamente por la rojez lustrosa de sus carrillos. Un inesperado bofetón en el pecho lo hizo perder el equilibrio; se doblaron sus piernas y cayó sentado, en una posición ridícula.

El tonto sudoroso y lleno de tierra, babeaba alborozado:

—Ahora el *Manqui*, ahora el *Manqui*.

Mateo se limpió el sudor con el revés de la mano, después de buscar inútilmente el pañuelo con sus dedos entorpecidos y congestionados por los golpes.

On Carmen se paró ayudado por Casimiro Meza. No decía una palabra. Se puso calmosamente su manta y los puños; y luego su sombrero, sin mirar a nadie.

La sonrisa de Milla se había dulcificado; la mata espesa de su pelo dorado desparramóse descuidadamente por los hombros; y en sus mejillas, de adorable contorno, vibraba un temblor rosado. El ciego parecía presa de una crisis de epilepsia; gemía apoyado en su palo que bailaba, golpeando el suelo, como si a través de las manos se le hubiera comunicado su temblor. On Carmen lo apostrofó con rabia:

—Cállese, señor...! Hasta cuando lagrimea.

Bajó en seguida los peldaños de piedra, sin despedirse. Samuelón, al tenerlo cerca, aceleró sus gritos salvajes:

—Ahora el *Manqui*; ahora el *Manqui*...

El campesino lo amenazó furioso.

—Espérate, tonto animal. Ya te arreglaré yo...

Reconcentraba todo su despecho de vencido en el idiota. Posiblemente adivinaba que él había sido el que guió a Mateo en la ruta del bosque.

On Varo, reviviendo súbitamente a la vista del patrón,

se apresuró a bajarse del caballo y a poner las riendas en las otras cabalgaduras.

Cuando ya iba on Carmen a ponerse en marcha, bien acomodado en su ancha montura de hacendado pudiente, se acercó Mateo hasta las mismas riendas del caballo:

—Oiga, señor, aun no hemos terminado!

On Carmen hizo ademán de clavar el caballo, diciendo:

—Nada tengo que oír!

Pero Mateo lo sujetó de las riendas, con gesto rápido:

—Tendrá que oírme! ordenó.

Sacó unos oficios del bolsillo interior de su chaqueta; habló apresuradamente, con áspera excitación, deseoso de terminar una vez por todas:

—Esta es la escritura de compraventa del fundo. Ya lo notificaré a Ud. el juez Gutiérrez... El fundo debe tener 50 ovejas, 4 yuntas de bueyes, viña, trigo, etc. Ud. debe saberlo, ya que es el apoderado de don Juan de Dios.

Por los ojos del campesino pasó primero un destello de resignada renuncia; luego una chispa roja de rabia vengativa; por último, un gesto desdeñoso:

—¿Y qué le digo yo, señor? On Varo se lo entregará todo.

Y clavando espuelas se alejó de Millavoro, seguido por las miserables cabalgaduras de sus amigos, como un león por dos perrillos hambrientos.

Al volver al corredor, Milla y el ciego habían entrado ya a la casa. Mateo se detuvo entonces y volvió hacia el caserón. Sentíase tranquilo, satisfecho de sí mismo; por fin se había librado y para siempre de la malévola influencia del campesino y había librado a Milla que ahora (así lo pensaba él) no tendría escrúpulos en aceptar su amor.

Estaba ya en su cuarto, cuando sintió de nuevo el tranco de un caballo. Era on Varo que volvía. Se apeó, maneando su tordillo, y se acercó parsimoniosamente a la casa. Al frente de Mateo se sacó su chupalla y jugando con el barbijo de ella, dijo:

—Aquí estoy, señor... On Carmen me ijo que volviera.

—Muy bien, pues, don Varo. ¿Y esos bueyes?

—Los tengo ocupados en el acarreo.

—¿Y las ovejas?

—Están juntas con las del ciego...

Mateo hizo un gesto de cansancio. Todo esto lo aburría terriblemente. No tenía interés alguno para él.

—Bueno, entonces, concluyó. ¿Puede venir mañana para que arreglemos las condiciones en que Ud. se va a quedar?

—Si, señor, cómo no.

Lo vió montar de nuevo en su tordillo.

La mañana de primavera, traspasada de luz, penetraba el aire con su quietud cristalina y sonora. Con estrepitosos cacareos anunciaban las gallinas al aire puro, al padre sol, la blanca alegría de sus entrañas: en los matorrales, en los huecos de las zarzas, blanqueaban los nidos; un pavo arrastraba con ruido hueco el abanico de sus alas hinchadas; las maravillas aspiran la luz tibia, nunca satisfechas, abiertas sus corolas de oro.

Sus ojos fijáronse de nuevo en la casita de paredes ásperas y sucias; todo lo que le importaba en el mundo, la jaula, colgada de los montes, donde vivía la zurzulita de montaña. No podría decirse si el brillo de sus ojos era de cansancio o amargura.

XVI

LA NOCHE

El verde frescor de las hoyadas y las faldas de los viejos cerros, los trigales y las chacras perdían poco a poco su alegre tono de primavera; una leve nota de oro se iba acentuando en su verdegay a medida que los rayos del sol enderezaban sus flechas sobre la tierra. El sonreír policromo de los maitenes y pataguas, malvillas y saltaojos se apagaba en grises pelusas: el oro verdoso de los comienzos del verano prevalecía como una nota dominante. Los retorcidos sarmientos de las viñas sentían correr, al pie de las escarpas, borbotones de savia por sus vástagos peludos; tardíamente llegaba para ellos la primavera en pleno verano; un sobre-haz verdeclaro envolvía las ásperas fibras de las vides. Caíanse de los nidos los pájaros nuevos y el águila no tenía para qué bajar de la selva al llano en demanda del alimento; confundidas en la densa fronda de los robles pululan, en agria chilladiza, las cachañas de blanco pico retorcido; en el esqueleto de los árboles viejos sangra el quintral que bebe las últimas gotas de savia que circulan por las venas requebrajadas; en las huertas de los bajos abren las maravillas sus grandes ojos asombrados.

Mateo había dado un vistazo al campo en compañía de on Varo. Convinieron en que el viejo campesino admi-

nistrase el fundo hasta finalizar la vendimia. Ha pedido, hipócritamente, derecho a una carbonera en el bosque y la mitad de la cosecha. Mateo ha accedido sin discutir. El viejo explica que el patroncito no tiene por qué molestarle: él ha podado y azufrado la viña; el pequeño trigal está un poco ralo; pero nada puede hacerse; el terreno, en la cercanía de los cerros es muy disparejo a causa de las lluvias que bajan de las cumbres. Sin embargo, no hay que fiarse. A un viejo se le antojó sembrar en la cumbrecita (on Varo muestra un contrafuerte que se prolonga hasta el camino mismo) y en el verano las espigas salieron *macollas*. Mateo pregunta qué significa eso:

—La tupición de espigas en un cadejo... explica el viejo.

On Varo se ha vuelto parlanchín y obsequioso. Se ve que la alegría logra animar los trazos desmesurados de sus facciones: cree haber hecho un buen negocio con la llegada de este patrón nuevo, que ignora las faenas campesinas. On Bravo, el dueño, no ha venido nunca por Millavoro, informa. Todos pensaban que la propiedad era de on Carmen. El ciego Aravena era antes el dueño de toos los cerros, menos el cerrito de on Juan Rulo. Pero tenía malaza cabeza el pobre ¡la difunta doña Ludomira era la que apuntalaba la casa!

Mateo, que le ha oído distraído se interesa de pronto:

—¿Siempre ha vivido aquí la señorita Milla?

—No, ñor, cuando a on Aravena le dió el ataque, aquí mesmo, en las casas viejas, ella estaba en Villa Alegre, es que... Después se levantó la escuela...

Mateo se detiene de pronto. Quiere volver de nuevo a las casas. No acepta la invitación de on Varo para contar el ganado. Otro día, será. El agricultor tuerce las bridas a la izquierda y se mete entre los matorrales hacia el cerro. Quiere campiar su buey, el eterno buey enmontañado de on Varo.

Mateo lo oye canturrear con desentonado acento. Su voz tiene no sé qué de parecido con el chillar de los pájaros y con el susurro de las hojas de los arbolillos del bosque.

¿Por qué Milla no ha vuelto a asomarse al corredor? ¿Aun no ha hecho lo suficiente para conquistarla? Sin embargo, todo se lo ha ofrecido. Cree haber obrado como nadie

en su defensa. Algo que no comprende su ingenuidad, la entrega generosa de todos sus sentimientos pone un punto negro en el porvenir; siente de pronto un furioso deseo de verla, de bañar el ardor de sus ojos en el agua aquietadora de los suyos donde ve temblar el follaje estremecido. Su indiferencia, a pesar de lo sucedido, le comunica un encanto nuevo y doloroso. Galopa largo rato, bajo el rayo del sol que ya da a los campos la soledad luminosa de los mediodías estivales; no hay en la tierra un rastro de ala ni en los follajes agobiados un aliento de brisa. En las casas no había nadie; ni los perros, sesteando en algún escondrijo sombrío, anunciaban con ladridos la llegada del forastero; bajo el guindo se guarecían las gallinas con sus alas flojas, entreabierto el pico; la soledad de las casas campesinas, a esta hora llena de luz, en que los seres y las cosas recogen sus sombras como tentáculos es de una profunda desolación. Parece que un hálito mortífero hubiera contaminado el aire inmovilizando de súbito la vida en el mismo punto donde la encontró. Sólo los jotes planean en las altas capas de aire donde reina una eterna frescura.

Mateo, descontento y aburrido, se tendió en la cama de su cuarto; y adormilado por la siesta, fueron afiebradas sensaciones las que desfilaron por su cerebro excitado. La tarde del bosque aparecía de pronto con todos sus detalles ardientes: la pantorrilla sólida, emergiendo del encaje de la enagua, la dura macicez de los pechos erectos y el aroma del cuerpo sano, el trasudor de la carne limpia, exhalándose tibio por la boquita entreabierta. Se sentó desazonado en el borde del catre. Tuvo el pensamiento de ir en busca de Milla y de tener con ella una explicación. Luego, desistió. Hablaré con ella al anoecer, decidió, por último.

La tarde había refrescado mucho; corría un vientecillo que, al pasar por la chacra, arrastraba húmedos olores de tierra recién regada; todo aparecía ahora más libre, más desahogado. El campo tenía una amplia respiración de descanso, después de haber soportado la violenta caricia del sol. Aquel rinconcito fresco lo atrajo por primera vez; saltó la cerca y se metió por entre las cañas sonoras del maíz cuyas grandes hojas, de barnizado verdor se inclinaban a tierra; por entre ellas asomaba el rollo tunicado de las ma-

zorcas; en un camellón torcido corría un hilo de agua como una culebrilla sorprendida, recogiendo al pasar, pajitas insignificantes; el tallito verde de un chamico, con su blanca corola plegada como las alas de una mariposa detenida en una flor, tiembla azorado ante este torrente que pone en peligro el terroncito donde le tocó nacer.

Más allá del maizal, la tierra está alfombrada del verdor plateado de las rastreras por donde asoman el lomo lagarteadado de una sandía o las caras mofletudas y rojas de los tomates. El raso lustroso de las cebollas barniza el bancal del extremo o los capis hinchados manchan con su pincelada rojiza el verdor polvoriento del porotal.

Atravesó la huerta. Quería llegar a la colinita frontera que ya amarilleaba, antes que la luz desapareciese, para ver las casas desde allí; pero tuvo que retroceder; pesados insectos que zumbaban sordamente chocaban contra su cara; eran innumerables; salían de un romero pichi, atraídos por el rezumo capitoso de su corteza; su ramazón raquílica veíase cuajada de sus élitros cafées, arrugada la gasa de sus alas bajo el lustre brillante de su coraza bifurcada; eran esos donjuanes miopes que se queman en las rojas lenguas de los candiles de las cocinas de campo.

Renunció a su paseo y volvió a las casas. Ya era casi de noche; todo se ahogaba como un pastel semiborrado en una grisalla oscura. Sólo las jorobas de los cerros entenebrecían la sábana clara del cielo, donde parpadeaban las pupilas plateadas de las primeras estrellas. Sentóse silenciosamente en el filo del corredor de la escuela; sus ojos apenas veían los objetos, pero su corazón escuchaba palpitante y ansioso; todos los ruidos de la casa le hacían estremecer; pero sólo uno que otro tosido del ciego llegaba hasta él. Sobre su cabeza sintió el arrullo de las tórtolas con sus cabecitas hundidas en la curva clara del buche: el *zurruu zurruu* sedoso y monótono hinchó sus corazón con una ola cálida de recuerdos; así su apasionada ternura confundíase con el runruneo de las zurzulitas, en una invocación muda y latente. Volvióse de pronto, poniéndose de pie; una sombra clara movió las gasas crepusculares amontonadas en el corredor; su instinto no lo engañó: ella era la que se acercaba despacito.

—Milla, dijo únicamente.

Pero en su voz anhelosa y quebrada, estaba todo lo que pedía su cariño, el ansia angustiosa de la aproximación, el reproche del amor herido. La había cogido por el talle, y apretándola contra su cuerpo; cubría su cara de besos. Ella no lo rechazaba, doblada la cintura hacia atrás en el eterno escorzo femenino.

Balbuceaba sólo:

—No, no... ¡Qué pueden vernos!

Y él, ciego, entorpecido, contestaba estúpidamente:

—¡No importa!

La hizo prometer que iría en la noche a su cuarto; que deseaba hablarla a solas del porvenir de todos; ella concluyó por desprenderse del estrecho abrazo, sofocada y vibrante; como la hembra de las primeras edades del mundo instintivamente provocaba al macho para hacer su ataque más violento.

Mateó atravesó el patio. Raspó un fósforo para entrar a su pieza. La *Corbata* gruñó al advertir la llamita fija que horadó un segundo con su lengua azul la masa densa, casi sólida de la noche sin luna. Ni un soplo de aire aligeraba esas capas tenebrosas en que todo se ahogaba; arriba solamente estrellaba la sombra con un suave hormigueo.

Comió distraído, nervioso, sorprendiéndose a veces con las pupilas fijas en la llama lívida de la lámpara que terminaba en un humillo incoloro y mal oliente. Salió una vez más al corredor. Nada se veía. La noche había puesto un muro de ébano en la misma habitación; sin embargo, un murmullo vago, tembloroso, aéreo, flotaba en el aire; aliento de la tierra recogida después de la germinación de las noches de luna; las ranas croadoras no elevaban a las estrellas sus gárgaras cristalinas; sentíase el ruido claro de los dientes de alguno de los perros del fundo royendo un hueso, cerca de la barraca, por cuyas junturas llameaba la luz del fogón encendido.

Apoyado en uno de los pilares chupó con ansia su cigarrillo hasta quemarse los dedos. Sentía una vez más esa soledad nocturna de los campos que atemoriza y desconcierta al que no ha nacido en ellos. Experimentaba la sensación de estar aislado en los cerros y este miedo mezclá-

base con la incertidumbre de la espera. De la escuelita, disuelta casi en la noche, no llegaba rumor alguno de vida. ¿Se habrá acostado sencillamente sin acordarse para nada de mí? ¿Vendrá o no vendrá?

Tiró despedido la colilla. Su vida había tomado un rumbo tan inesperado. ¡Nunca se imaginó, en la inercia de su existencia poblana, que una preceptorita campesina llenase todo su ser, se convirtiese en la única aspiración de su vida. Al entrar de nuevo a su cuarto la esperanza renació. Apagó la lámpara y abrió la ventana en cuyo cuadrado palpitó un retazo de noche estrellada.

Sentóse en la cama y esperó, inmóvil, tembloroso, sobresaltándose al menor ruido: el crugido de las litografías que el calor despegaba de las paredes o un zancudo que, entrando por la ventana, tropezaba en la lámpara adquirían un extraordinario sentido para sus nervios hiperestesiados.

Se oye el rozamiento apenas perceptible de un pie desnudo en los ladrillos. Se yergue, con ágil precipitación: es Milla, adivina su corazón. El bienestar que recorre sus nervios es tan vivo que lo desvanece como un viejo vino generoso; la puerta gira dulcemente: hay en el ambiente del cuarto la revelación de un perfume nuevo, de una tibieza inusitada; sus narices abiertas lo respiran con ansia.

Sus brazos se han abierto elásticos y se han vuelto a cerrar estrechando el cuerpo de Milla, suavemente húmedo en las axilas, a través de la ropa ligera; sus respiraciones mezcladas son como dos corrientes armoniosas y eternas, fundidas para siempre, en el azar de la vida y de la fuerza juvenil.

En el pedazo de noche, recortado por el marco de la ventana, una estrella cambia de sitio, dejando un reguero plateado como si, enloquecida de pronto, buscase en la soledad del espacio un alma hermana con la cual fundirse y desaparecer en el vacío.

XVII

LA SEQUÍA

Desde esa noche una ansia inagotable de goce los unió: rodaban los días rojos y sofocantes en espera de la sombra protectora y muda. Si tropezaban casualmente, en el diario trajín de la casa, sus ojos afiebrados se buscaban infatigables, y ante el recuerdo de las noches ardientes permanecían un segundo paralizados, muerto el pensamiento y el corazón palpitante. Una languidez indomitable se apoderaba de ellos cuando se separaban, como si una parte de su ser orgánico los abandonase. Cerca el uno del otro, revivían de nuevo; un flúido misterioso y superior a la voluntad, los hacía vibrar apenas los cuerpos se tocaban y las bocas se confundían con ciego impulso.

Milla adquirió un extraño atractivo. Afinóse su cuerpo, su pecho se hizo más amplio, como una fruta que madura; en los ojos pardos, sombreados por el arco azulado de las ojeras, brillaba una fiebre obscura como el reflejo de un remanso en la noche; sus gestos eran lentos y su sonrisa profunda; una simpatía armoniosa, desprendíase de ella como el perfume de las flores.

Mateo vivía como en sueños. El mundo exterior había desaparecido por completo para él. En balde se presentaba on Varo por las mañanas a anunciarle que los regueros estaban secos o que una oveja había muerto de insolación. Hacía un gesto como diciéndole: ¿Y a mí qué me importa? y on Varo se iba perplejo, rascándose sus greñas casposas,

ante este agricultor extraño al cual no le importaban las ovejas muertas y los regueros sin agua.

El verano cambió el aspecto de los campos. No se veía una nota verde, sino en los montes lejanos y en las parras que ya se habían cubierto con su fresco ropaje festoneado, protector de los racimos en agraz; el oro maduro de las teatinas y de los trigos, dominaba en las colinas y altozanos, en las vegas y en los valles.

El sauce se moría de sed, con sus largas varillas amarillentas, en el fango del reguerillo vacío.

La luz blanca del sol cegaba casi, y en el aire, empañado como un viejo cristal, reinaba un estupor impresionante. Los pájaros se guarecían en lo más hondo de las umbrías vírgenes. En el bochorno de las siestas, el tac-tac de una destiladera que la Pascuala desenterraba en los veranos, ponía la única nota de frescura.

Los días que siguieron fueron despiadados. Nadie se aventuraba, en las horas sestivales, a salirse del abrigo de las casas; el campo daba la impresión de estar deshabitado. El sol parecía haberse acercado a la tierra de tal modo, que la había encendido como un montón de paja; ni una yerba crecía ahora en los cerros. La tierra arcillosa, rojiza y pelada, mostraba al aire su desnudez, rajándose en grietas rojizas como úlceras. A veces un viento tibio, como vaho de agua hirviendo, movía una columna de polvo, que daba vida un momento, torbellineando, al amarillo páramo de la campiña.

Los boldos que salpicaban las laderas o crecían a la orilla de las carreteras, retorciéndose como ante la cercanía de una hoguera; sus hojitas lustrosas y aromáticas se abarquillaban quebrándose como si fueran de vidrio. Secáronse todos los charcos, entre viscosidades verdosas; y el estero que baja de la montaña fué disminuyendo poco a poco su caudal hasta que su álveo quedó seco; pedruscos blancos y rojizos, calcinados por el sol y caprichosamente revueltos, evocaban la dispersa osamenta de un monstruo prehistórico que una catástrofe hubiera dejado al descubierto.

El cielo inmóvil, de un gris de acero, casi sólido, enlútabase a veces con el vuelo lento de los jotes congregados para comerse los perros y los animales que se morían de sed en los rincones del valle y cuyos cadáveres se podrían, *sin que nadie los moviese del sitio donde agonizaron.*

Sobre los cerros, al mediodía, el aire hervía en una vibración continua de átomos chispeantes; era como una llovizna despaciosa de gotas cristalinas que vertiese del sol; y las pequeñas langostas que se desprendían del suelo con un elástico impulso, encendidas las alas al atravesar la luz, parecían gotas de sol que rebotasen en la tierra y se apagarán después.

Mateo veía sucederse sin término estos días de fuego. Un aburrimiento negro, pesado, gravitaba sobre sus sentidos agotados. Ya no espiaba a Milla como en los primeros tiempos; notaba un encogimiento de hastío cuando en el bochorno de las noches, la puerta crujía y la niña se acostaba a su lado, el cuerpo *encendido en una llama ardiente.*

Durante las largas siestas, permanecía completamente solo. Quicho había ido a casa de un padrino suyo, más allá de la Puntilla; y no atreviéndose a salir de las casas, esperaba los soplos de aire que bajaban de la montaña de tarde en tarde, o bebía con fruición un vaso del agua de la destiladora que guardaba en sus cristales purificados un poco de frescura.

Ni un rumor turbaba esas siestas blancas e implacables: el sauce se retorció anquilosado en su agonía; sus varillas se inclinaban hasta el último resto de agua pútrida, donde *se moría una ranita* que en las noches dejaba oír unos *cua cua* espaciados y agónicos; un barril viejo desarmábase con ruido seco, dejando escurrirse los aros orinosos; *en el jardincillo de Milla*, las orondas maravillas habían perdido su corona de oro y la bolsa negra de las semillas hacía inclinarse sus tallos sin savia, *fuera de la empalizada.* A veces, la mortecina cara de la Pascuala levantaba al cielo con un gesto de machi, sus brazos descarnados, doliéndose de los pollitos muertos de sed y colgaba su ingenuo ex-voto, un rosario de cáscaras de huevo, unidas por un hilo, en el ventanuco de la barraca para librar las crías restantes del peligro de la sequía!

Una tarde un poco menos calurosa, Mateo se metió en el bosque: encontró rincones sombríos, donde aun gotaba con glutinosa lentitud un hilo de agua. Sentíase, a pesar de la densidad del follaje, la fermentación de la tierra: un áspero olor a tanino, entre las raíces, atraía zancudos ávidos, apenas visibles, que clavaban sus trompetillas como alfileres. A veces una huiña saltaba, con un largo maullido, de una rama a otra y Mateo alcanzaba a notar sus ojos brillantes y el flexible tronco enflaquecido. En el bosque no había pájaros; ni los teques correteaban por el piso hojoso de la selva con su cloqueo de gallina, ni las tutas alegraban las umbrías con sus risotadas extravagantes, ni los carpinteros claveteaban los troncos viejos en busca de larvas. Los pájaros bulliciosos de la primavera parecían haber muerto de improviso como si un veneno hubiera contaminado el aire del bosque. La selva agonizaba también; no se movía ni una hoja: a veces una rama muerta, desgajada con un corto crujido del árbol, hundía el follaje reseco que vibraba un instante y el silencio volvía, inmutable, aplastante, enorme.

Un día notó Mateo extraños ruidos en la selva. Había entrado al bosque más temprano y se internó hasta el corazón de la montaña; eran graznidos de pájaros, aletazos secos, un bordoneo continuo y sordo lo que llegaba hasta él, atenuado por la cortina de los ramajes. Anduvo unos minutos en esa dirección: ahora fué un olor terrible, la tuforada fétida de la carne que se pudre lo que lo detuvo, apretando las narices; avanzó con precaución, apartando las ramas; en un claro, que la luz roja del sol llenaba de alegría, hervía una ola negra de alas lustrosas, donde culebreaban, extrañamente movibles, cogotes rojizos y sucios. Disputábanse a picotazos rabiosos, dando saltos estraños, equilibrados en las penas desteñidas de sus alas a medio abrir, cuando se atragantaban con un trozo de carne que no les cabía en el gástrico; a veces la ola se rarificaba, al volar algunos a los árboles cercanos a engullirse su ración; entonces veíase la curva hinchada del vientre de un caballo y las cuatro patas tiesas en el aire. Mateo reconoció a la Calambrienta, la vieja yegua vagabunda.

De pronto, entre aleteos ruidosos, los jotes se desbanda-

ron dejando la carroña aislada en el calvero. La *Corbata*, inyectados los ojos y blanqueante el estuche de los dientes, gruñía persiguiendo a los que trotaban aún para tomar el vuelo. Volvió luego al cadáver y echándose hacia atrás, apoyada en sus patas traseras, sacó una larga lonja de carne que empezó a devorar ansiosamente; levantó su cabeza, que el hambre hacía feroz, a un ruido de ramas agitadas; gruñó malhumorada. Mateo vio aparecer, por el extremo opuesto a Samuelón, casi desnudo; hacía muchos días que el idiota no se acercaba a Millavoro; su pecho recio brillaba como el de un negro y su barba hirsuta formaba en el cuello una mancha oscura. Empuñaba un palo corto en la garra potente de su mano. Miráronse gruñendo. Samuelón enarboló el palo y lanzó un grito estrangulado que hizo moverse a los jotes que, como centinelas, observaban parados en los avellanos. La *Corbata* huyó con el rabo entre las piernas.

Samuelón se movía alrededor de la carroña infecta con un gemido continuo y lastimero. A cada movimiento del idiota, grandes moscas verdes revoloteaban zumbando por encima de su cabeza; de improviso se detuvo y corrió hacia los árboles; a la orilla del bosque, una penca en la mano, montado en su caballo mulato, estaba on Juan Rulo. Al verlo, Mateo sintió un estremecimiento. On Rulo avizoró un momento la hojarasca con sus pupilas agudas y crueles, clavó las espuelas a su manco crinado y atravesó el calvero lanzando gritos montaraces, como aullidos de huiñas en celo, en persecución del idiota a quien aborrecía por el solo hecho de sentirse más fuerte.

Los jotes, con metálico zumbido de alas, volvieron a caer de nuevo sobre el cadáver cuyos dientes amarillos parecían reír sarcásticamente; arrancaban un trozo y volaban a los avellanos, pero eran tantos que siempre la ola negra y rumorosa cubría el cuerpo de la Calambrienta.

Sentado en el borde del corredor, on Varo esperaba a Mateo. Apenas divisó al joven se puso de pie.

—¿Qué hay, on Varo?

El viejo habló con acento cansado y quejumbroso:

—Malas noticias, patrón. Si esta seca sigue, las chacras se pudren. Los trigos aguantan... estos trigos de cerro tan hechos ya... La viña también precisa agua pa qu'el hollejito estire... Las ovejas nu'hacen más que tuzar los espinos di'hambre. E lo llevan tendías con la lengua ajuera... L'agua de la quebrá se secó... y el pozo tá lleno e barro. Ni harina quea ya... Si es mucho, señor. Nunca se había visto tanta pobreza por estos campos...

Mateo notó en él, no un impulso compasivo ante aquella miseria, sino asco ante la inclemencia de la tierra y de las gentes que, sin embargo, la soportaban; experimentó agudamente el deseo egoísta de volar cuanto antes, de vivir en lugares más risueños y menos crueles.

—Y lo pior es que comienzan los salteos. Andan por ei lo mismos, unos bribones que bajan del Empedrado y Nirivilo. Comen de lo mejor, andan en buenos caballos, con espuelas de plata y la gente se muere di'hambre. Como son amigos de... Mejor no igo, na, señor; no se puede ni' hablar...

On Varo echó una mirada de soslayo a su alrededor como si temiese haber entregado un secreto en que su vida peligraba.

—Ayer no más saltieron a on Pezoa, p'al lao e Callivoro... y luego vendrán pu'aquí

Mateo se estremeció al oír la noticia de esta banda, tolerada por los prohombres de la aldea, que vivía del pillaje y del robo, probablemente en medias con los mandones de Purapel. ¡Y luego vendrán pu'aquí! ¡Qué fácilmente podrían sorprenderlo un día cualquiera, a la hora del alba, antes del primer diucazo como acostumbran los salteadores. Evocaba los ponchos negros de los bandidos acercándose a las casas, a esa hora indecisa en que todo se ve, pero nada se distingue! Vió la barba negra y los ojos aviesos de don Juan Rulo que debía odiarlo por el fracaso del rapto de Milla y se vió atravesado por una puñalada, al pie de los corretores, sin que nadie se atreviese a moverlo del sitio en que cayó por temor de las represalias de la banda! Una cruz de roble y un ataúd de lingue en el pequeño cementerio de Purapel! Un sudor frío empapó su frente. Hay que irse luego, pensó para sí!

Milla apareció en la puerta de la casa. Dió las buenas tardes a on Varo, preguntándole por los niños. En la media luz del rojo crepúsculo, rastro del incendio del día, su silueta tenía un gesto de cansancio que conmovió a Mateo; una languidez que alargaba su figura como una flor que comienza a ajarse. Mateo recordó a las maravillas del cercado, doblándose al peso de sus flores cargadas de semillas. ¿Acaso, Milla? Nació en él una ternura compasiva. No, no podía moverse sin llevarla del campo. Era su deber. Un cierto orgullo de macho vencedor recorrió sus nervios debilitados, reanimándolos.

On Varo respondió a la pregunta de Milla:

—No pasa d'esta noche. Ta morao el pobre... Se apestó con esa tos tan grandaza, misiá Ludomira.

Mateo interrogó:

—¿El niño suyo, on Varo?

—Sí, patrón, el que vió su mercé cuantuá... Venía pa que me valiera unos pesos... ¿Y misiá Ludomira, no tendrá un vasito de leche? En Purapel no se merece.

—La vaca está en los huesos, on Varo... No da ni medio litro e leche. Le voy a dar unas hojitas de ñanco, que le hace muy bien a los niños, para el empacho...

—Dios se lo pague, misiá Ludomira.

Aprovechóse de la entrada de Milla en la casa, para interrogar al viejo:

—¿No ha visto a on Carmen, on Varo?

El viejo contestó sin levantar la cabeza; posiblemente atravesó su cerebro el recuerdo de la noche del rapto y la pelea del día siguiente.

—No se le ha visto, ni por Purapel... Pa mi qu'está en Sauzal, en lo de on Juan de Dios...

Y agregó en seguida, en tercera persona, como para alejar toda responsabilidad:

—Al que se ha visto dos veces, cerca e las casas es el viejo Rulo. En nada bueno anda el peuco ese pu'aquí...

Mateo calló astutamente que había visto al cuatrero esa misma tarde en la montaña: ¿En qué andaría el peuco por los alrededores del fundo, como decía on Varo? ¿Tendría una consigna de on Carmen que cumplir?

Otra vez un escalofrío miedoso apretó su corazón: ¡Qué

bien estaría, si no hubiese venido al campo, en su casa de Loncomilla, donde no existen campesinos ladrones ni las gentes andan armadas por las calles!

Volvió Milla con las yerbitas secas en la mano; Mateo no pudo reprimir un impulso de odio y de antipatía momentánea; si ella no hubiera estado en el fundo, él habría vuelto muy luego al pueblo. La culpaba, con ciega injusticia, de todo lo que pudiera sucederle en el futuro

—Qué se mejore el niño, on Varo!

—Muchas gracias, patrón...

—Los niños tienen la vida muy dura, on Varo... Seguramente sanará.

—Dios le oiga, misiá Ludomira.

Las paredes de la casa emitían calor como una hornalla; en el abismo negro del cielo las estrellas hormigueaban con resplandores rojizos; la destiladera silabeaba su fresco soliloquio en la olla de greda.

Permanecieron sin hablarse, fundidos en la sombra; Milla en el corredor; Mateo en el suelo: un suspiro escapóse del pecho de la niña.

Sin saber por qué, también Mateo sintió un gran alivio. Asombróse él mismo de la naturalidad de sus palabras:

—¿Sabe que la Calambrienta se murió?

La niña guardó silencio un segundo. Pasó entre ellos esa sombra medrosa de la muerte, de lo que ha vivido junto a nosotros y ya no se verá más.

—¡Pobre Calambrienta! dijo, por fin.

Y Mateo, sin remediarlo, sintió una vez más esa compasiva ternura que había experimentado al morir su padre; y es que los animales que, en las ciudades son anónimos e impersonales, en la campiña adquieren un alma casi humana. ¡Ya no vagaría por los calveros y por los caminos masticando las yerbas succulentas que, sin embargo, no hinchaban su duras carnes de animal trabajado, no detendría sus míseros remos anquilosados al oír los gritos de su compañero de infortunio, volviendo su cabeza triste de animal enfermo; bajo el aleteo sordo de los jotes, iría

desapareciendo su carne deshecha; alrededor de sus huesos blancos crecería la yerba de muchas primaveras; su calavera, de sombrías cuencas, la llevaría posiblemente on Rulo al tijeral de su rancho para defenderlo del maleficio de los chunchos agoreros.

Como un móvil borrón de sombra, se deslizó la perra del fundo, la *Corbata*, frente a ellos. Mateo la espantó con rabia, arrojándole un pedrusco; veía blanquear su hocico inmundo de chacal, masticando la carne podrida, entre el trote de los jotes asustados.

Explicó a Milla por qué había arrojado la piedra. Ella, indignada, pronunció con asco:

—Animal cochino! Tiene la costumbre!

Y luego en uno de esos cambios que desconcertaban a Mateo, agregó:

—Pobre *Corbata*! Tiene tan poco que comer en el fundo!

Y el joven, asombrado se dió cuenta por primera vez del alma del valle de Millavoro: todos, animales y hombres, jotes y aldeanos, mostraban sus dientes implacables de fieras, sin moral y sin compasión; prevalecía siempre la fuerza astuta como única ley; el *Trapi* mañero, que Samuelón llevaba impreso en su tosca mano simbólica vencía eternamente, en la manada salvaje, sobre el *Manqui* inesperto, sobre el débil, sobre el bueno, sobre el que guardaba en el alma soñadora el arrullo de las zurzulitas ariscas e inconscientes.

XVIII

EL VELORIO

Una mañana, al día subsiguiente, lo despertó muy temprano una conversación monótona entre un hombre y una mujer al pie de su ventana, en el patio. Le pareció que la oía primero en sueños y luego los voces rudas se fueron precisando. Eran on Varo y la Pascuala que platicaban esperando que los patrones se levantaran. No comprendió palabra del largo diálogo, pero supuso que el chico de on Varo se había muerto; había algo de monótono lamento en la voz del hombre y algo de consuelo monótono en la voz de la mujer.

Se levantó rápidamente y salió afuera. El viejo sacábase ya torpemente la chupalla.

—¿Qué hay on Varo?

—Se murió Pituto anoche, patrón, y hay que velarlo.

—Muy bien, ¿quieres más plata?

—No, patrón; quería una arrobita e vino...

Mateo se sonrió. No había pensado nunca que era dueño del vino blanco que había cosechado on Carmen en años anteriores.

—Está bien. ¿Y las llaves?

—Las tiene misiá Ludomira.

Acompañó a on Varo hasta la bodega: un grueso candado mohoso cerraba la enorme puerta que chirrió al girar en sus goznes ásperos. La negra soledad del bodegón pareció respirar un hálito fresco, impregnado del acre fermento de las borras adheridas al fondo de los enormes lagares soñolientos

y sucios; los pasos y las voces repercutían en su seno vacío con dulce y prolongada armonía. Al revés de la vieja casa, construída sobre un basamento de piedra, la bodega se hundía en la tierra y los ventanuelos del costado opuesto al portalón estaban al ras del suelo; a través de sus gruesos barrotes veíase la mancha rojiza del cerro que comenzaba allí mismo; de los rincones oscuros y en los cruces de las vigas desnudas, azuleaban espesas telarañas en cuyo centro se dibujaba el borrón geométrico de una araña de campo.

On Varo se dirigió sin vacilar a un rincón donde había una pipa, acostada sobre dos maderos; hábilmente manejó a goma y el chorro de vino dorado gorgoriteó en la damajuanana.

Milla esperaba en el corredor cuando salieron. On Varo se despidió:

—Lo esperamos, patrón, a la noche...

Mateo interrogó a Milla:

—¿Usted irá?

No había podido tutearla, en vista de la resistencia de la niña. A pesar de la cercanía en que vivían, a veces Mateo pensaba que eran extraños. Ella respondió:

—Hay que ir... No se puede dejar de acompañarlo cuando han perdido un niño.

Llamó a la Pascuala:

—¿No queda alguna florcita, Pascuala?

La vieja contestó consternada:

—Ni'unita, señorita, ni'unita.

Intervino entonces la Gumersinda:

—Pero en el monte hay siemprevivas... La corona se puede hacer de siemprevivas...

Mateo ofrecióse para buscarlas. Sintió alegría al hacer la sencilla operación. A pesar de que la idea de marcharse era en él cada vez más definida, advertía que cada rincón de bosque, cada pájaro, cada murmullo de viento tomaban para él ahora un sentido familiar e íntimo que nunca había experimentado. Notaba en el aire, esta mañana, una humedad inusitada; encontró muchas siemprevivas en los claros del bosque que salpicaban con sus gotitas celestes, rocío de cielo, las yerbas resequidas. De un viejo avellano, acribillado de esferitas rojas, salió el vuelo de una tenca:

la vió perderse con asombro. Hacía tanto tiempo que en los follajes empolvados no se oía la nota de unas alas. Alegre, se entretuvo en sacar con el manojo de siemprevivas una araña de cerro, de enormes patas peludas, que se obstinaba en subir por su pantalón.

Después de comida marcharon al rancho de on Varo, Milla, Mateo y la Gumersinda. La vieja se quedó al cuidado del ciego. La noche, lo hizo notar la Gumi, era menos ardiente que las anteriores.

—Pa mí que ya si'acabaron los días de calor.

—Dios te oiga, niña...

Un silencio pesado cerníase sobre los campos, sin olor de yerbas ni ruido de arroyos; un vago claror, que no era la penumbrosa luz estelar, envolvía a la tierra; en ese claror estompábase la masa confusa de los cerros; luego esta claridad aumentó y se hizo lívida: sombras terrosas flotaron por todas partes; la media luna, color de miel, asomó por la joroba de Gupo.

Milla no había hablado una palabra durante la caminata. No había querido aceptar el brazo de Mateo y marchaba sola. Mateo sentía su respiración anhelosa y su paso arrastrado. Llegaron a los ranchos. A través de la ramazón de colihue y barro filtrábase la luz rojiza de las velas; a la orilla, culebreaban las lenguas partidas de una fogata sobre la que hervía una olleta ahumada, con presas de cordero y papas; un grupo de viejas, con los mantos echados sobre la cabeza, fumaban cigarrillos de hoja de maíz alrededor de la hoguera; ninguna de ellas hablaba. Sus rostros cetrinos, tallados en viejas maderas indígenas, patinábanse con un brillo dorado cuando algún leño se inflamaba más que los otros para hundirse en la sombra espesa que empezaba más allá como un muro.

Parecía un conciliábulo de machis meditando sobre la enfermedad del cacique de la tribu. A veces, cuando las llamas se alargaban, envolviendo la olla borboteante, distinguíase el cuerpo desollado de un cordero colgado de un horcón de la ramada. On Varo se adelantó a los recién llegados

con un vasito, en el que el vino bazuqueaba a punto de caerse. Estaba ya completamente borracho: en sus ojos húmedos y brillantes percibíase la turbiedad de la embriaguez.

—Pasen a sentarse... Pase on Mateo... Austina, Austina, gritó de pronto...

De entre el grupo de mujeres, surgió la alta figura roja, envuelta en el manto, de la mujer de on Varo: su cara sollamada aparecía macerada por el llanto; su voz era llorona y quejumbrosa, al contar la muerte del angelito.

La voz de Milla resonó serena:

—Resignacion, oña Agustina... Dios se lo quiso llevar. ¿Lavaron ya al niño?

—Sí, misiá Ludomira.

—¿Rezaron el rosario?

—Sí, misiá Ludomira.

—Hay que rezarle otro al angelito.

La madre se inclinó hacia el grupo de viejas; y las mujeres se levantaron, tirando sus cigarrillos: echaron los mantos hacia la cara y la fila negra desapareció en la puerta iluminada del rancho; los óvalos fijos de las velas, envueltos en un vapor gris, se apagaron con la gente que penetró al interior. Oyóse clara la voz de Milla: ¡Dios te salve! y el mosconeó sordo de las campesinas que coreaban el rosario. Un grupo de hombres fumaba silencioso en la parte trasera del rancho: alguien carraspeó largo rato; a intervalos, los puntos rojos de los cigarrillos encendían la sombra; los caballos atados a la higuera, pateaban de vez en cuando o sacudían con ruido sus aperos aflojados. Apagóse el murmullo del rosario; se oyó, entonces, el rasgueo sordo de una guitarra y luego una voz de viejo que cantaba.

Mateo alcanzó a oír trozos de estrofas:

Madrecita, le suplico
que no se ponga a llorar.

Llegó hasta él un penetrante olor a incienso que le recordó la iglesia de Loncomilla; y el entierro de su padre a través de los caminos embarrados. La hoguera de hualles agonizaba cerca de la ramada y las sombras ahuyentadas volvían de nuevo a acercarse a los tizones rojos; la olla dejó de hervir nuevamente. Oyóse la voz, tras de un corto rasgueo:

Y yo me voy a rogar
por usted, madre querida.

Mateo entró entonces al rancho: una espesa nube le impidió ver de pronto. Su entrada no fué advertida. Las mujeres se habían hincado otra vez y un nuevo rosario comenzaba. El angelito estaba colocado en lo alto de un altar, hecho con mesas, cubiertas de sábanas almidonadas. Mateo no reconoció a Pituto: una gasa fileteada, especie de alba, cubría su cuerpo; toscas manchas de colorete enrojecían sus mejillas. El niño, sentado en una pequeña silla de brazos con sus puntiagudas alillas de papel plateado y una corona de flores artificiales en la cabeza, daba la impresión de estar entretenido y gozoso con la fiesta que se desarrollaba a sus pies. Parecía un idolillo católico que hubiera caído en manos de una tribu salvaje y lo adorase como un Dios; sobre la mesa, al pie de la silla, en un lebrillito de greda se quemaba el incienso, en sutiles espirales azulencas que impregnaban el rancho con su aroma de misa. Cuatro velas ardían, puestas sobre estacas hendidas en las puntas; unas crucecitas de madera verdosa, amarradas con huiras, colgaban de los pliegues del alba. Mateo notó, entre el blancor aereo de la gasa, una manita cerosa, exangüe, de uñas sucias, crispada como una garra, que evocaba intensamente la agonía infantil y que hacía un macabro contraste con la carita embadurnada de bermellón donde se había helado una sonrisa extraña.

El coro sordo del rosario calló por segunda vez. Oyóse el zumbido invisible de un zancudo; la mano de una vieja dió un manotón en el aire, cogió al zancudo por las alas y lo aplastó en uno de los horcones del rancho. La Agustina se levantó entonces, sacó una botella de mistela de un pequeño vasar y sirvió en un vasito un trago a un viejo de ojos grises y de barba blanca, entre cuyas piernas de labriego, terminadas en ojotas gastadas, descansaba el clavijero de una guitarra; era on Juan Oro, el pueta del valle de Purapel. Las mujeres se acomodaron para oír la corrida. Mateo se fijó en Milla en ese instante. Parecióle de pronto que se le revelaba una nueva Milla que él no había visto y lo asombraba profundamente. Con su rostro compunjado y los ojos velados por un éxtasis que en nada respondía a su estado de

ánimo, confundíase con el grupo de mantos anónimos que se agrupaban en aquel cuadrilátero de colihue y barro, aislado en las lomas estériles. La vió alejarse de su corazón en ese instante; palpó la realidad que se ofrecía a sus ojos. Nunca podría habituarse a aquel modo de vivir, a aquellas costumbres que eran toda la vida de ellos y para él no representaban absolutamente nada; él era, en ese grupo de seres humanos que despedían al angelito entre cantos y tragos de vino, un espectador pasivo, desligado, del que nadie se preocupaba. Un pavor oscuro ante el mañana oprimió su corazón. La voz gangosa del viejo pueta, resonó junto con el bordoneo de su vieja guitarra:

No me quea que pensar,
no sé como me lamente,
entre el agua y su corriente
se ven mis ojos llorar.

El viejo, hierático, impassible, como si representase el misterio de la muerte, la revelación supersticiosa de un más allá, volvía a apretar las clavijas de su guitarra y a hacer sonar las cuerdas bajas con sus dedos gruesos e hinchados. Mateo advirtió, a un costado del altar, en un rincón de sombra, a la abuela que en el verano hacía girar el huso, mientras los pequeños se entretenían en ver cómo la lluvia calaba a Samuelón, amarrado a la higuera. Seca como una momia, sueltos sobre su frente los mechones grises, parecía dormir; sus manos largas, de anquilosados dedos, se movían a veces con un temblor inseguro como si la voluntad helada no las alcanzase. Detrás de ella, fundíase en la sombra el bastidor donde se alineaba la trama de un poncho.

La voz cantó de nuevo, con tono quejumbroso:

Yo me llamaré dichoso;
y me sirvo de mi Dios;
y con un crecido llanto;
adiós, madrecita, adiós.

Un grito agudo, desafinado, primitivo como el de una bestia herida, conmovió el aire espeso; se deshizo luego en un so-

llozo ronco y convulsivo, cuando las comadres se precipitaron a consolar a la madre que lloraba, tapada con el manto. Las manos de la vieja, retorciéndose, se elevaron a la altura del corazón.

Mateo aprovechó la confusión para salir hacia afuera; la noche estaba fresca; el campo se extendía como una sábana negra, adormecida, donde no se distinguían montañas ni luces. Sobre ella, la negrura estrelleante del cielo. Se alejó algunos pasos del rancho; en un corralito quinchado sintió el movimiento característico de las ovejas al oír un ruido cualquiera; una luciérnaga trazó en el suelo una raya azul; luego vió muchas otras que moteaban la obscuridad con sus pupilas de un azul eléctrico, de tenues fulguraciones verdosas; la tierra estrelleaba como el cielo; era como la sábana quieta de un lago donde se espejaba el firmamento palpitante de astros.

Lejos del rancho y de la tragedia del velorio, sintióse muy bien. Por un momento, preguntóse que hacía allí, perdido en la noche. Costóle trabajo precisar que había venido con Milla, con su novia, al velorio de un hijo de su mayordomo. ¿Su novia? A sus espaldas se oyó un ruido de yerbas aplastadas, palabras incoherentes, musitadas en voz muy baja. No se movió ni vió a nadie; pero a dos pasos de él un jadeo cada vez más vivo le hizo comprender que, a pesar de la muerte, a pesar del hambre que asolaba los campos, el amor se escondía en una arruga de la montaña, en la tierra dura, siempre vencedor y siempre optimista.

Bajó con toda clase de precauciones hacia el rancho, para no turbar con la cercanía de otro ser humano el deliquio de la pareja.

Había llegado el momento de la pitanza; todos estaban sentados como derviches alrededor de la olleta humeante. Cada uno metía su cuchara de palo y sacaba una presa de cordero, rebosante de caldo. Nadie hablaba ahora; cumplían su tarea con esa gravedad de rito con que los campesinos ejecutan sus comilonas; sentíanse el ruido de las mandíbulas al mascar la carne o el sorbo del gazzate al tragarse el caldo demasiado caliente.

El cántaro de vino corrió por la fila; todos bebían largamente, limpiándose con el dorso de la mano. On Varo lo vió

de pie, apoyado en el horcón de la ramada; le llevó un plato rebosante; y Mateo comió con apetito; bebió del vinillo blanco de su bodega; y de pronto le pareció que todo se aclaraba, tornábase más fácil, como el alba que ya hacía pestañear a las estrellas y había apagado la linterna de las luciérnagas en la tierra.

Un hombre de elevada estatura roncaba afuera, con la cara vuelta hacia la tierra; sus ojotas sucias permanecían extrañamente inmóviles en las mismas espaldas de otro viejo que chupaba el hueso de su presa; una vieja bigotuda, desgredada como una furia, tarareaba cuecas golpeando sus manos descarnadas; de vez en cuando se interrumpía para gritar con su voz enronquecida por el vino:

—Rosa, Rosa. ¿Onde se habrá metido esta yegua chúcará?

Los viejos reían. Habían perdido su actitud compunjada y respetuosa; su alma primitiva se desbordaba ahora en sus observaciones obscenas. Mateo se dió cuenta que la hembra de la pareja amorosa era la hija de la vieja ebria.

—Habrá ido a comer *maqui* y a sacar *huira*...

Las carcajadas, sonoras, llenas, vibraron largamente en la noche callada.

—Si la tienen por despierta y cierra los ojos, que se joda... La vieja volvía a gritar con apremio pueril:

—Rosa, Rosa. Yegua chúcará! Yo ti'hay de ver no más. Una voz tímida, medrosa, se oyó detrás de la ramada:

—Pa qué me quiere, mamá?

Como la vieja no la oyese, un huaso se encargó de advertirla.

Era una chicuela de diez y ocho años, redondita, de pequeños ojos oscuros; el miedo los achica más y los deja reducidos a dos granitos de mora, negros y brillantes; una sonrisa forzada tuerce la boca grande, hacia un lado, mostrando la limpia dentadura; el pezon erecto ha roto la vieja blusa en la fuerza agresiva de la pubertad; en su pelo se ven clonquis que no ha podido desprender; una barba de trigo se ha pegado en la falda. Ella la ve de pronto y la retira con gesto

rápido. A pesar de su aspecto amedrentado, es una sana alegría la que se exhala de su cuerpo, alegría animal, de flor abierta, de agua que corre.

Los huasos ríen con maliciosa complacencia. Se ve que para ellos eso es una travesura sin importancia. La vieja siguió gimiendo, con su voz desagradable.

—¡Yegua chúcara, yegua chúcara!

—Ya llegó l'oveja perdía, ñora... No ladre más...

La vieja se da cuenta, por fin, y tambaleándose, se acerca a la muchacha; sus dedos crispados la pescan de la espesa cabellera y tiran con furia.

La chicuela gime, encendida su carita fresca, con pavor infantil:

—Mama, mama... No lu'ago más.

Los senitos redondos bailotean desesperadamente como si estuvieran vivos.

On Varo intervino conciliador, sujetando a la vieja.

—Ejela, ñora; estoy en mi casa... Yo mando aquí...

Otro le ofrece una copa de vino, que bebe de un golpe; se sienta, refunfuñando, y concluye por quedarse dormida, junto a los tizones: el vino blanco brilla entre los pelos del bigote. Un viejo observa:

—Cuando hay tanto monte en la loma, como será en la quebrá...

El coro de carcajadas resuena, de nuevo, lleno, sano, alegre.

La chicuela se aleja, implorando dulcemente el nombre del amado: —Norberto, Norberto! Hay en su reclamo un deseo de compasión, de reconfortamiento; el clac clac de sus zuecos suena en la tierra dura. Pero Norberto no responde. Ha huído seguramente con su egoísmo de macho, a campo traviesa. Mateo recuerda la esbelta figura del muchacho, parado bajo la ramada de la cocina, el único hombre joven que no ha emigrado del valle.

Y en el silencio que sigue, se eleva la voz sentenciosa de un viejo que parece referirse a la sementera de un amigo montañés:

—Si es puro trigo loro; d'ese chascúo que no sirve p'harina.

Las mujeres han vuelto nuevamente al rancho: es preciso renovar las velas y rezar los últimos rosarios. Los hombres han continuado junto a la hoguera; casi todos están borrachos. Ya no hablan a media voz para no despertar al angelito y aumentar el dolor de la madre. Gritan, cantan y riñen; el frío del alba cercana ha hecho que se renueve la fogata. Sus caras hirsutas aparecen diabólicamente iluminadas por los leños encendidos o gesticulan en la penumbra gris. Siéntese el redoble de las alas de un gallo y luego su diana estridente y gozosa. Empieza a correr un vientecillo fresco que hace que se golpeen entre sí las hojas tiesas de la higuera; en los tizones que rojean, chamuscan sus débiles alitas las hormigas blancas de los palos podridos que el calor ha hecho salir de sus agujeros. El mismo viejo de voz sentenciosa vuelve a hablar, como si entendiese el lenguaje de la tierra:

—Esto es lluvia, amigos.

Llega del rancho el ¡Dios te salve! agudo y el Ora pro nobis prolongado en un largo murmullo.

En los cerros resuena la voz de un borracho que se acerca cantando.

El mismo viejo de voz grave, observa:

—Ese es on Tello, si nu'es l'ánima.

El borracho está frente a ellos, equilibrándose en su caballo mandiano cuyos ijares sangran lastimosamente; en sus ojos redondos y brillantes hay un estupor latente. Siguiendo un aire de tonada, que se le ha pegado a la memoria, saluda a sus amigos:

—Buenas noches casa sola, buenas noches casa sola...

On Varo lo ayuda a descabargar; por un momento, los dos huasos se equilibran abrazados afectuosamente; el borracho es un viejo con cara de indio, de agudos pómulos de bronce; unos pelos entrecanos cuelgan de su barba, juntándose con los del bigote. Saluda a sus compañeros con tono de canto:

—Buenas noches, Tripa rota,
Buenas noches, on Cirilo;
y buenas noches, on Varo
el paire del angelito.

Se calló luego; el asombro se había pintado en su cara de bestia. Divisó a Mateo, sentado cerca de la ramada. Se fué acercando a él, medio enredado en sus espuelas; Mateo sintió desagradablemente en sus narices el tufo acre del vino ingerido.

—Este es el gallito que le quitó la polla al peuco de Puraapel? ¡Benaiga el gallo vivo!

Mateo lo miraba con el ceño fruncido, sin decir palabra. On Varo trató de llevarse al borracho, pero éste lo tranquilizó:

—Ejeme no más, ññor! Ejeme conocer al hombre aññiao. Y mirándolo, empezó a improvisar:

—Quiero contarles, señores,
lo que son las malas lenguas,
que si ven llegar a un joven
a casa e niñas solteras,
dicen las malas lenguas
ese ha de venir a verlas;
si acaso se le hace tarde
y no lo han visto pasar,
dicen las malas lenguas,
lo convían a alojar.

Mateo comprendió perfectamente la alusión a Milla; y no se irritó. Aquel viejo que a altas horas de la noche vagaba por los campos, alegrándolos con la chocarrería de sus payas, era una nota de rebelión y de alegría en medio de la pasividad de la gleba.

Botó su cigarrillo, y sin mirar a on Tello entró otra vez en el rancho. Estaba dispuesto a hablar con Milla y obligarla a volver a Millavoro; la falta de sueño le llenaba de bruma el cerebro.

Los últimos rosarios habían terminado. Entró muy a tiempo para presenciar una curiosa ceremonia: las campesinas se levantaban silenciosamente, por turno, y mojando una moneda con saliva la pegaban en la cara del angelito que aparecía cubierto de circulitos plateados. La última en acercarse fué Milla.

A la luz vacilante y amarillenta de las velas, con su manto

suelto sobre la cabeza, no se diferenciaba gran cosa de las campesinas que la rodeaban; la armonía de su cuerpo, de lindas curvas, había desaparecido; era sencillamente un conjunto más de instintos y supersticiones vagas que la mancha negra del manto albergaba; otro arbolito salido entre dos piedras, sin pasado y sin porvenir. Hizo como todas las demás; colocó un billete en los pliegues del alba, salpicado de hormigas blancas con las alas chamuscadas. Había que pagar en esta forma la sepultura del niño en el cementerio de Purapel.

¡Qué gran error había sido esta venida suya a Millavoro y esta unión irreflexiva que lo sujetaba a la tierra para siempre; y la visión repentina de un hijo suyo, encaramado en la sillita, con la embadurnada cara llena de cinco viejos y la orgía de huasos a su alrededor, oprimió su corazón con la acritud de una herida incurable!

Sucio, desteñido, desagradable como un viejo harapo abandonado en el campo, surgía el rancho en la bruma del amanecer; uno de los hijos mayores de on Varo sacaba el rebaño de ovejas negruzcas del pequeño corral. La muralla de cerros que rodeaba el valle trazaba en el cielo su perfil de un azul frío y borroso.

Los campesinos cabeceaban junto a los tizones apagados, perdidos en el borrón sucio de sus ponchos de castilla.

El resoplido prolongado de una lechuza y la mancha de su callado vuelo animó la quietud del aire donde se ahogaban las estrellas: en la higuera repiqueteó el primer diucazo: tichú, chíu, chíu, chirriiii...

Por la sábana del cielo, de un gris helado, empezaron a resbalar jirones de niebla, encima de los montes; luego se apelotonaron como un rebaño perseguido borrando el perfil de los cerros; el cono de Name se perdía entre espesas nubes inmóviles. El viejo sentencioso, el único que no se había emborrachado, levantó la cabeza perdida entre la chupalla y la manta y miró las masas de niebla en fuga hacia Gupo: era una cabeza de nobles líneas; la frente tostada y amplia se elevaba entre cejas espesas; una barba rizada enmarcaba sus facciones severas de hidalgo español; se puso de pie con

agilidad; y despertó a on Varo que dormitaba a su lado, sacudiéndolo rudamente por los hombros:

—Andele, on Varo; hay que llevarlo al tiro, que va a llover luego.

Las cabezas dormidas se irguieron, como si estuvieran sobre aviso, al oír la noticia; uno después de otro se fueron alineando a la puerta del rancho. El viejo completó su predicción:

—Cuando Gupo se pone tarro y Name se pone leva, ni Dios impide que llueva.

Estaba ya perfectamente claro: el rebaño de andariegos copos habíase detenido, condensándose en una neblina opaca que daba la impresión de haberse adherido a la atmósfera.

Sólo las que corrían en la cumbre de los cerros, entre las cúspides de los robles, seguían su carrera precipitada envolviendo la montaña. El alba parecía prolongarse indefinidamente: en la tierra amarilla, quebrada, polvorienta, diseñábase un gesto atónito, pasivo, desconcertante.

Oyóse la voz cansada de on Juan Oro, que cantaba la despedida:

De ver de que en este mundo
hoy soy, mañana no soy.

Sintióse murmullo de voces; luego un grito agudo que se prolongó largo rato.

On Juan Oro elevó la voz para terminar, con un ruidoso rasgueo de la guitarra:

¡Adiós, madrecita, adiós!

El viejo de rizada barba apareció con un cajoncito, embadurnado de pintura blanca. El viejo era el padrino del niño. Milla y otras mujeres sujetaban a la madre que pugnaba por salir. El paisaje gris y mudo se pobló en un segundo de mantas pintorescas y de mantos oscuros y fúnebres. La chiquilla de los ojitos de mora llevaba una pequeña cruz en la mano.

El padrino abrió la marcha, cabalgando en un caballejo bayo, de largas crines. Era el único de la comitiva, por ser el padrino, que iba a caballo. La fila abirragada de mujeres y de viejos lo siguió por la carretera gris.

A los pocos minutos, empezaron a caer pesados goterones que golpearon el suelo como salivazos; una bocanada de viento tibio levantó nubes de polvo, agitando las mantas y alzando las viejas polleras usadas de las mujeres; luego fué un repiqueteo sordo de pedruscos en la tierra dura, insensible, que no parecía comprender esta generosa dádiva del cielo. Las copas sórdidas de los árboles del camino se movían haciendo pequeñas reverencias como si saludasen la llegada del chubasco. El ruido de los goterones se apagó; parecieron subdividirse luego, uniéndose como largos rosarios que se enredaran en el aire, lleno de polvo, rebotando con un sonajeo cristalino.

Envueltos en la húmeda red, azotados por la ventisca, los acompañantes no se detuvieron en el camino; se apretaron en una masa confusa los ponchos y los mantos, los hombres y las mujeres; y trotaron incansablemente, camino del pequeño cementerio aldeano; una alegría salvaje resplandecía en sus semblantes; querían terminar cuanto antes el entierro y volar a sus ranchos, donde las chacritas ávidas beberían el agua tanto tiempo esperada. El caballejo trotinaba adelante, hundiendo sus cascos con infinito regalo en la tierra ahora blanda y húmeda, que desde hacía tanto tiempo quemaba sus deshechas pezuñas andariegas; entre las haldas del poncho del jinete asomaba la cabeza del pequeño ataúd, cuya pintura fresca se había corrido, manchando el pelaje mojado de blancas salpicaduras.

Y la madre, arrinconada en el rancho, junto al altarcito vacío, pensaba que el padrino no se preocuparía, en su deseo de llegar cuanto antes a su campo, de apisonar fuertemente la sepultura de Pituto para que su alma no penase, vagando por los rincones de Millavoro, hecha una candelilla misteriosa.

La fuerza del chubasco había disminuído. Ya no se sentía su redoble continuado en los terrenos pedregosos. La tierra, abiertos sus poros sedientos, no era ahora hostil: era blanda, sedosa, complaciente, como una amada satisfecha. La niebla corría de nuevo por entre las quebradas, ocultando aún el

horizonte entre sus pliegues movibles; la higuera, empapada de agua, goteaba por la punta de sus hojas.

Milla, demacrada, deshecha por el insomnio apareció en la puerta del rancho. Ella no advirtió el gesto de disgusto que torcía la boca de su novio que la esperaba, dormitando, sentado en una sillita, en la barraca.

Ella no comprendía los sutiles matices psicológicos: era buena o mala, según las circunstancias. Dejábase llevar, sencillamente, por su instinto como por una fuerza irresistible.

—Apenas escampe, nos vamos, avisó con gran naturalidad.

On Tello desperezábase en medio del barro; terminó por ponerse de pie con grandes dificultades.

Algunos tordos pasaron con su aleteo fluctuante hacia el cerro. La capa de nieblas se rompió en lo alto; entre ralas desflocaduras azuleó un retazo de cielo que volvió a ocultarse de nuevo; luego el desgarrón fué más allá; esta vez, un chorro de luz tembló por la abertura iluminando un trozo de tierra donde había un trigal. La niebla corría desesperadamente por los flancos de los cerros como en busca de un abra por donde escaparse.

Mateo entró al rancho para avisar a Milla. Esta había bajado las mesas que sirvieron para el velorio y las colocaba en su lugar. La mujer de On Varo dormía pesadamente en el catre de madera. La abuela seguía en el mismo sitio; sólo que las manos descansaban ahora sobre la sucia falda de franela y los párpados caídos sobre las mortecinas pupilas centenarias.

Marcharon sin hablar por el camino, cargados de sueño. Bajo el oro lavado, húmedo del sol se alborozaba la tierra. Fulgían con brillanteces renovadas los follajes de los árboles; el agua rodaba aún por sus hojas barnizadas; una lloica chirrió gozosa entre los abanicos verdes de un canelo; con rápidos aleteos pasaban, sobre sus cabezas, las tencas y zorzales; y a cada golpe de alas, las copas de boldos y romeros soltaban su carga de agua con el ruido seco de las frutas desprendidas de la rama. Los pájaros volvían de nuevo a la tierra, como si el agua y el sol los hubiesen resucitado con un mágico golpe en las alas.

Al llegar al estero, tuvieron que vadearlo por la cerca de madera: el agua bajaba del monte alborotada, envolviendo en blancos chorros los pedruscos calcinados y su corriente alegre, saludable, parecía cantar la resurrección de la tierra, muerta bajo el ardiente abrazo de la sequía.

Al llegar a las casas, Milla sufrió un síncope. Su rostro pálido, que a la luz rejuvenecida de la mañana apareció lleno de las pecas terrosas de la preñez, revelaba una angustia indecible; su boquita roja, mordida por los besos, aparecía descolorida, temblorosa con las bascas que venían de su vientre. Mateo, compadecido, henchido el corazón con una ternura nueva que se reveló en ese instante, la llevó en brazos el corto trecho que restaba aún para llegar a Millavoro. En el corredor, las zurzulitas susurraban incansables, moviendo las cortas alas.

El cielo parecía haberse alejado a una altura no conocida: una diafanidad cristalina vibraba en el aire empapado de agua; el húmedo verdor de las montañas se había alejado también al fondo del horizonte; unos vellones claros se escarmenaban en sutiles filamentos y se fundían en la profundidad azul de la nueva atmósfera.

XIX

ON JUAN RULO

Los chubascos refrescaron los días posteriores. Volvió el calor, pero ya no era la blanca inmovilidad de la luz y la nota cruda de las tierras escaldadas: una ligera frescura empapaba la atmósfera y se convertía en vientecillo sonoro al entrarse el sol. En las cimas chatas de las colinas y en las faldas de los cerros, en el interior de los bosques y en la orilla de las carreteras, los campesinos aventaban su trigo montañés, el trigo loro de largas barbillas de oro o el trigo vi-drio, generoso y blanco. A donde quiera que se mirase, veíase la silueta oscura del serrano y el lento escorzo de su cuerpo que lanzaba al aire con un armonioso movimiento de la hor-queta, la paletada de trigo que caía pesadamente al suelo y la mancha amarilla de la paja que palpitaba un segundo en el aire con un aleteo de oro.

Había vuelto para Mateo una tranquilidad serena. Un nuevo ataque del viejo de Millavoro recluía a Milla en la escuela y la veía pocas veces. La vida del alfarero de los ce-rros deshacíase día por día como un viejo árbol sin savia que empezó por no brotar en una primavera y terminó por secarse en un invierno: producto de muchas generaciones que vivieron en la hartura ociosa y cuya fuerza física concluía junto con su haber dilapidado; en un rincón del viejo caserón dormían sus cacharos color de ladrillo sin que sus dedos, envarados por la parálisis, pudiesen moldear la curva del vientre o el anillo tosco de sus asas. La tierra donde

paseó el orgullo pintoresco de sus ponchos y la resonante alegría de sus galopes, lo atraía ahora hosca y enigmática.

Había decidido marcharse de Millavoro después de las vendimias. No se le ocurría pensar que Milla se resistiese a acompañarlo. Y si alguna vez tuvo esta idea, se figuró que la niña, como las señoritas de pueblo que él conoció, no tenían más aspiración que el matrimonio. No dejaría escapar como las otras, al marido que le deparaba la suerte. Todas las mañanas acercábase al corredor de su casa, donde se amontonaban los sacos de trigo que le habían correspondido en la cosecha y con los cuales pagaría la cuota, que en Marzo debía cancelar a don Juan de Dios Bravo. Un mes más, el tiempo necesario para la vendimia y dejaría para siempre el rincón maldito donde la vida se estancaba como los charcos dejados por los chubascos. El largo período en que no se había tenido noticias del paradero de On Carmen Lobos lo tranquilizaba aun más. Nada tenía que temer del campesino, mientras subsistiese la protección del juez de Loncomilla, el viejo amigo de su padre, don Felipe Gutiérrez. Le parecía oír su voz afectuosa y la bonhomía paternal de sus palabras, al visitarlo en compañía de su tutor.

—Con una orden mía lo dejan para siempre en paz. Todos esos cuatrerros de Purapel son unos cobardes y en el juzgado hay una serie de procesos que se han dejado sin efecto por falta de pruebas convincentes. Avíseme si lo hostilizan.

El pequeño Quicho, tostado como una baya otoñal, llegaba de Nirivilo, de casa de sus padrinos. Trajo una piel de zorro, trofeo de sus andanzas por el cerro Name que había clavado en el corredor entre una ventana y la puerta del pasadizo, para impedir, lo aseguraba convencidamente, que los zorros de Millavoro se comiesen las gallinas en adelante. Y cuando Mateo, muy serio, aseguróle que no era ese el zorro que había muerto la moñúa ponedora, Quicho contestó con esa acritud inconsciente, en que había algo de desprecio, que ponía en sus respuestas:

—¿Y cómo sabe si es el padre, es qué?

Lo acompañó como siempre al cerro. El chico tuvo que hacerse cargo del rebaño apenas llegó, porque don Juan Oro andorreaba en esta época de trilla en trilla con su guitarra de sucio clavijero y carcomida caja. La alegría del próximo

viaje había cambiado el modo de ser de Mateo; no observaba ya con la misma curiosidad antigua los cerros hoscós, agazapados como bandidos, ni le interesaban los pájaros que el otoño atraía de nuevo a la selva. Un sutil vaho de indiferencia empañaba ahora su sensibilidad.

Era el tiempo en que las bayas empiezan a secarse, cubriéndose de una roja capa de orín; y en que en las copas de maitenes y litres, canelos y avellanos, se detienen las bandadas verdes de cachañas, aplastando el ramaje que parece haber echado, repentinamente, una prodigiosa fronda nueva. Con la llegada de los charlatanes loritos silvestres, la vida de la selva adquiría un aspecto extraño y primitivo. Todas las aves de presa, las águilas de pluma oscura o de pecho ceniciento, los cernícalos de rostro avieso y de barba temblorosa y los peucos de aguda cabeza rapaz, revoloteaban sobre las cúspides del bosque. Caían de pronto sobre los árboles, rompiendo como agudas espadas la masa verde; y las cotorras armaban tal alboroto que los millones de hojas del bosque parecían haber adquirido una garganta y gritaban a un tiempo con destemplada algarabía. Hasta el macho cabrío, impertérrito filósofo del rebaño, levantaba su barbuda cabeza de retorcidos cuernos en espiral, pegados a la oreja pequenuela, asustado por este diabólico bullicio que turbaba el silencio habitual de la selva.

Mateo no veía ya este mundo con las mismas pupilas. Anotaba con secreto gozo la árida sequedad de la tierra donde sólo brotaban quiscos repulsivos y yerbas de áspera corteza. Bromeaba con el chico para oírle responder en su peculiarísimo *es qué*, símbolo de toda la astucia montaraz de su almita casi salvaje; y el niño contestaba ahora con más rudeza aun, como si se diese cuenta que su amigo no lo interrogaba con la inocente bonachonería de otros tiempos:

—¿No te gustaría ser el dueño de Millavoro, Quicho?

—¿Por qué no me había de gustar, es qué?

Y después de un instante de pausa agregaba:

—Mío es. . . y de Milla, cuando mi taita muera.

Se persignó, con gran unción; Mateo vió revolotear sobre su carilla tostada los deditos negros mal cruzados.

—No lo permita Dios.

Arrepintiósse de golpe de su tono burlón. Sintió una profunda lástima por el ciego, que se moría con la ilusión de recuperar la tierra en la que dominó como señor, por el pequeño Quicho, por Milla, por el hijo suyo que germinaba también como una yerbita de los cerros o como uno de los pajarillos que pían en la horqueta de un árbol, al borde de los nidos. Y agudo, como la dolorosa espina que se entierra en la carne y se encona, se clavó en su memoria el verso del *pueta* del valle, al despedir el pequeño ataúd blanco del chico de on Varo:

De ver de que en este mundo,
hoy soy, mañana no soy...

Una amarga sombra de tristeza obscureció su alegría; se humedecieron sus ojos.

Desfilaron rápidamente por su cerebro los pobres campesinos alborozados con la lluvia veraniega, parloteando alrededor del cajoncito mal pintado que el agua desteñía poco a poco, el viejo de rizada barba, sobre su caballejo degenerado, la chiquilla de los senos duros y redondos, abandonada en brazos de su amante bajo las estrellas, la vieja ebria que la tironeaba sin piedad, la pobre Calambrienta pudriéndose en un claro de la selva, el cretino mudo y baldado que recorría los ranchos haciendo pelear a los toros alzados, el cuatrero solitario de los cerros, cruel y ladrón como un zorro bravío, la hembra impúdica que destilaba mistela en los ocios de la aldea, el Comandante de Policía que hacía suyos los robos que caían en sus manos: mundo gris, tan pasivo como los árboles del bosque, inmóvil, arraigado como ellos en las arrugas del accidentado terreno. ¡Qué honda tristeza flotaba en los caminos rojos, desfigurados por los relejes de las chillonas carretas, que también parecen haber degenerado, y que cruza la angulosa figura del caballito de cerro con su huaso triste y desconfiado encima de sus lomos! ¡Aldehuela ruin como un campamento minero donde el cura, el alcalde, el Comandante, ejercitan impunemente su rapiña secular, a costa del inquilino sin moral y sin fuerzas para rebelarse!

¿Acaso no era todo eso lo que vibraba en el verso de don

Juan Oro, dulce y resignado como la queja de un pájaro agonizante, ahogada en los ruidos del bosque?

Venía a su memoria el cementerio aldeano a donde llegaría aquella mañana de lluvia, mojadas sus ropitas a través de las tablas mal clavadas del ataúd, el cuerpecito del chiquillo, tan insignificante y perdido en la tierra que no dejarían sus huesitos entre los terrones mal apisonados más rastros que los que puede dejar la gotita azul o violeta de un garbancillo o yerbamota, aplastadas por la blanda pata de un zorro trasnochador!

El viejo rapsoda de los bautizos y de los velorios, de las trillas y de los matrimonios, On Juan Oro, había encontrado el remedio a su esclavitud negra, a la escasa luz que brotaba en sus cerebros cuando habían bebido el trago salvador! Ketazo de alma chilena, terroncito gris de tierra campesina, chillido huidizo de pájaro, sonrisa de china!

De ver de que en este mundo,
hoy soy, mañana no soy.

Un indomitable malestar apoderóse de pronto, de sus nervios: el deseo de huir lejos, abandonándolo todo, como si temiese contagiarse con esa pasividad sin remedio, se le presentó preciso, neto, terrible. Quería apagar andando esta obsesión que atravesaba dolorosamente su cerebro.

Dejó a Quicho que lo miraba asombrado gesticular; y bajó a las casas. El pequeño lo vió correr por el cerro y en sus ojillos zahareños se humedecía un piadoso dolor por el amigo de su hermana.

Mateo ensilló el caballo que mantenía atado frente a un fardo de pasto. El tordillo macizo y vivo iba tomando poco a poco el aspecto de las cabalgaduras del cerro; había perdido el elegante escarceo de su cabeza, que se inclinaba a la tierra, colgante el belfo; su tranco vivo y nervioso, era flojo y desasosegado. Lo ensilló para encaminarse al rancho de on Varo. Al subir, Milla atravesó con una taza humeante el patio, desde la barraca a la escuela. Tal vez alguna infusión de ñanco para el ciego, la panacea de Milla.

—¿Cómo sigue su papá, Milla?

—Lo mismo; no quiere moverse de su silla. Me ha pedido sus cacharros y les hace cariño como si fueran vivos...

Había una tristeza suave en sus palabras; sus grandes ojos cansados se velaron. Mateo advirtió que la niña había engruesado con esa gordura falsa de la mujer fecundada: su silueta armoniosa había desaparecido; sus líneas, de gráciles curvas, eran ahora redondas, pesadas, desagradables.

Un nudo apretó su garganta; interiormente conmovido por aquella mirada fija, terminó por decir:

—Yo iba a donde on Varo, para la compostura de los lagares. ¿Hasta luegoito, no?

—Hasta luegoito.

Milla subió la escalerita con su tisana humeante.

La tarde era clara, de fresca pureza el aire que se adormecía sin ruido en las quebradas y en las vegas; de algún rincón oculto por una escarpa más elevada llegaba el vocerío de una trilla tardía; y Mateo se representaba el pequeño montón de oro y el galope acompasado de las yeguas ariscas y crinudas, entre una nube de paja en suspensión. Véanse los rastros de las pequeñas sementeras cosechadas, con la silueta oscura de un caballo flaco o el manchón rojo de una vaca. El campo tenía una dulzura de convalecencia en estos días prolongados de fines de verano. Sólo las viñas alegraban la parda hosquedad de las colinas con el verdor exuberante de sus anchas hojas de lóbulos puntiagudos. Los sarmientos estaban cuajados de hojas que arrastraban el suelo, ocultando los retorcidos muñones de las cepas; en la verdosa masa negreaba ya el cono de apretados grumos de los pámpanos en agraz.

Al llegar a la cúspide de una pequeña joroba del terreno, sus dedos se paralizaron repentinamente entre las riendas: el corazón dióle un vuelco alocado. On Carmen, montado en su alazán de lustroso pelaje, salía del rancho de on Varo y, tranquilamente, se encaminaba hacia la carretera.

Se detuvo algunos minutos antes de volver a caminar. Le pareció, luego, que esta detención era muy parecida a un

sentimiento de miedo, y echó a andar de nuevo. ¿A qué habrá venido el gallinazo a Millavoro? Luego se tranquilizó pensando en algún negocio que aun quedaría sin ventilar con don Varo. Pensó interrogar a su mayordomo. El viejo no estaba en el rancho. Estaba en su chacra, en el bajo. Lo divisó, perdido entre las altas cañas de maíz, que crujían como rasos tersos a cada movimiento del campesino. La chacrita de on Varo tenía ese verdor penetrante de las plantas sanas; en aquella veguita no había hecho estragos la sequía. El viejo no levantó su cabezota rojiza y tosca al ver a Mateo.

—¿Que hay on Varo? ¿Por qué no ha ido por allá?

—Taba ocupao en arrancar este chamico que apesta la mata... Pensaba ir mañana, on Mateo.

Hubo una pausa. De entre unas matas de un verde untuoso se alzó el vuelo sonoro, y el silbido característico de una perdiz. El viejo la siguió con gesto iracundo:

—Por aquí ha de estar no más el nidal; luego l'hey de encontrar...

—¿Qué tal las uvas, on Varo? ¿Le ha echado un vistazo a la viña?

—Esta mañana anduve, no más. Tan pintonas tuavía; pero los racimos tan apretaazos... L'agua les ha venío bien....

El diálogo languideció de nuevo. A Mateo contrariábale puerilmente el tono de dominio que el viejo empleaba al hablar de una tierra que no le pertenecía. Por fin, Mateo interrogó bruscamente:

—De aquí salió on Carmen, ¿no?

El viejo, doblando una caña seca que tiró en un camellón respondió sin mirar:

—Sí, patrón!

Luego pareció decidirse ante el dilema abrumador que luchaba en su espíritu:

—En naa bueno anda, on Mateo, pu'aquí... Al viejo Rulo lo han visto los niños p'al lao del monte en la vertiente... Y cuando los jotes se juntan... es que hay carne muerta...

Se rascó la pelambre opaca y terrosa desesperadamente; y en la actitud embarazosa del que desea decir algo y no quiere largarlo por temor a comprometerse, agregó:

—Li'hay de icir que se murió otra oveja... Mal no tiene el ganao, pero tiene las señales del perro. Es un perro pinto enseña a morder la carne e Castilla... Yo no m'he atrevío a escuerarla... hasta hablar con su mercé...

Mateo comprendió que el viejo callaba algo que seguramente se relacionaba con él. La visita de on Carmen lo decía claro. Era evidente que el vengativo aldeano, acostumbrado a hacer su voluntad, a manejar los ranchos a su antojo no podía conformarse con su ignominiosa derrota, con la pérdida de la muchacha, que cuidaba para su regalo futuro, en la *época de los mostos nuevos*, como él decía, relamiéndose, al recordar sus orgías de la vendimia.

El viejo, apoyado en su azadón, habló ahora sinceramente:

—Continás que l'Austina oyó algo en la casa de oña Tenchá Espejo cuando le llevó unos huevitos por la coronita pa Pituto...

Y como se interrumpiese de pronto, temeroso de continuar el cuento, Mateo le animó:

—Hable, no más, on Varo... ¿Dijeron algo de mí?

—Sí, patrón... Icen que el amigo de su mercé n'uestá ya en Loncomilla... Icen que está el secretario, qu'es hermano el cura y muy cumpa con on Carmen... Y que ahora su mercé tendrá qu'irse...

En un principio, las palabras sonaron sin sentido alguno en sus oídos; luego fueron como zancudos molestos que se obstinan en picar; y al darse cuenta que estaba otra vez desamparado en el campo, una amarga desolación clavó sus garras en él; ahora se explicaba el viaje de on Carmen a Millavoro. ¿Que haría él, solo, sin protección alguna, en un campo alejado de toda población, donde todos encubrían los robos y los crímenes de sus vecinos y camaradas? Sin reparar en su estado de agitación, palabras aisladas se escaparon de sus labios e hicieron que la cara larga, desplomada del campesino se alargase más en su asombro. Volvió grupas para llegar cuanto antes a Millavoro; quería estar solo, en su cuarto, para reflexionar en lo que debía hacer; por el momento, un furor triste había sustituido a su estupor.

—No vaya mañana, on Varo... No hay para qué...

Su voz era seca e irritada. On Varo bajó la vista y largo

rato se oyó el choque sordo de la barreta en los migajones de la tierra húmeda.

En el camino detuvo su caballo. ¿Y si fuera a Purapel a desafiarlos? Una súbita audacia lo empujaba. Luego reflexionó: no tiene objeto. Recordó que los chicos de on Varo habían divisado a on Juan Rulo en el monte de la vertiente, un bosquecillo que se conservaba aún casi virgen en los terrenos cultivados. Hacia allá enderezó, con brusca decisión, las riendas de su caballo. Querría encontrarme con el bandido, decíase para darse ánimos. Se palpó de pronto, los bolsillos de la chaqueta. La pistola estaba allí. Metió la mano y la apretó nerviosamente. Volvió a pensar: ¡Ojalá lo encontrase! Recordaba la noche del rapto y el galope del cuatrero, apenas se vió libre en el camino.

Se había ocultado el sol: sobre Gupo unos largos estratos se arrebolaban suavemente; la bóveda era de un cristalino oriente nacarado; gasas azules envolvían los rincones del valle penumbrados por los cerros; llegaba a la entrada del bosquecillo donde nacía, según la tradición, una vertiente desconocida entre las raíces de los árboles que siempre estaban lozanos y verdes; retorcidas pataguas, de oscuros troncos, formaban la vanguardia del bosque; a su lado verdeaban los abanicos verdes de los renuevos de canelos: Mateo penetró en el estrecho sendero, sujetando la empuñadura de la pistola dentro del bolsillo; avizor el oído a cualquier ruido que le pareciese sospechoso; un pidén, en la desolación de un charco, despedía los arreboles con su chirrido melancólico, verdadera voz de la tarde en las selvas del terruño amado.

La tierra estaba fangosa; y las pezuñas herradas del caballo se escurrían a menudo en el lodo dejando una larga huella. Mateo notó que su caballo alargaba sus orejas nerviosas, sacudiendo el freno, como si espantara moscas. Sentíase un imperceptible ruido a la derecha, en un bosquecillo de peumos y raulíes, semejante al de un carpintero en un palo seco; detuvo el caballo y permaneció a la escucha: el espaciado isocronismo en los golpes le hizo comprender que no era el pájaro. ¿Quién cortará árboles a estas horas? ¿Será la hija de on Varo?

Se puso en marcha de nuevo. De improvisó el caballo

hinchó las narices y el relincho llenó la soledad de la selva de salvajes sonoridades. Otro relincho cercano contestó. El tordillo se paró en seco. Atado a un árbol, el caballejo de on Juan Rulo volvía la cabeza crinuda curiosamente. Los golpes cesaron acto continuo. Mateo apretó la pistola en la mano y esperó; pero las ramas de los árboles permanecieron inmóviles: en el interior de los matorrales las tutas carcajeaban de tiempo en tiempo. Decidióse a bajar; penetró en el bosquecillo mirando precavidamente en todas direcciones; pero sin hallar rastro alguno: dentro del bosque estaba casi oscuro; y temió un ataque por la espalda. Se hallaba en un claro de hojosos raulíes de tronco recto; al mirar hacia atrás vió blanquear la corteza plomiza de uno de ellos: allí estaba la muesca del hacha en la jugosa corteza rojiza y las astillas frescas al pie. El cuatrero surtiase de madera en el bosquecillo del fundo, aunque el cerro entero le perteneciese, por el gusto de destruir, de molestar al intruso, al enemigo; y de guardar avaramente el bosque que le pertenecía. El largo juiii aspirado de una lechuga puso un escalofrío en las sombras untuosas, pesadas que se amontonaban bajo las copas. Oyó el ruido de la coscoja de uno de los frenos; y súbitamente lo asaltó la idea de que el cuatrero se le había escapado. Corrió a la salida: on Juan Rulo montaba en su caballo, después de soltar al tordillo que, afortunadamente, desorientado en el bosque, se había detenido a algunos pasos y volvía la cabeza hacia ellos.

Mateo lo increpó ásperamente, apuntándole la pistola. El hombre se volvió sin hablar. Un encono brutal diluía en su mirada que tenía algo del azul blanquecino de la córnea; la barba negreaba, áspera y azulosa como el jugo del maqui maduro; sus piernas en paréntesis, por el hábito de andar a caballo, le daban un aspecto caricaturesco.

—¿Qué haces aquí, ladrón? Con qué derecho cortas los árboles?

El cuatrero no contestó una palabra, mirándolo con tal fijeza que Mateo se sintió incómodo y quiso terminar cuanto antes la escena.

—Si vuelvo a encontrarte, te meto un tiro donde pille, viejo ladrón...

Subió calmosamente en su pingo, sin mirar a Mateo y salió hacia el camino.

Este, excitado, nervioso, pero más tranquilo, galopó hacia Millavoro. Volvía a aparecérselle la grave noticia que cambiaba de golpe su situación en el campo: el juez Gutiérrez no estaba ya en Loncomilla. Esta sí que era fatalidad; sin embargo, la fecha de su partida se acercaba y todo terminaría de una vez.

Sobre la vieja cornisa del caserón revoloteaban, como silenciosos retazos carbonizados de un incendio, los murciélagos crepusculares. En el nácar del cielo se incrustó Sirio como un brillante de azulado oriente.

Algunos días después, llegó on Varo con el carpintero que debía ajustar las duelas resacas de los lagares. Dió noticias sobre las uvas:

—Güenas están las uvas, patrón... Hay uvas qu'es un gusto... Es sabío que l'uva de tierra colorá da un vino güenazo... Harto que m'ha costao cuidarlas. Toos los días tengo que tapar aujeros por ei...

Agregó después en tono confidencial, como para congraciarse con el patrón:

—Ayer en la mañana tuvo pu'allá oña Tencha a buscar cebollas. Le preguntó a l'Austina por misiá Ludomira...

Comprendía muy bien que la hermosa campesina era otro emisario de on Carmen; pero ahora no se intranquilizó por el cerco que poco a poco se iba estrechando alrededor suyo. Un optimismo risueño, junto con las tibias mañanas de otoño, volvía de nuevo a su ánimo. Estaba resuelto a hablar con Milla una vez más y a afrontar la situación como se presentara. Preguntó a on Varo que miraba hacía largo rato los troncos de los cerezos:

—¿Cuándo nos desocuparemos de la vendimia, on Varo?

—En quince días más, patrón, respondió sin apartar la vista de los cerezos y del sauce. Bajó luego al patio y se acercó a los árboles. Examinó cachazudamente la tierra y la corteza, próxima a las raíces. Se volvió hacia Mateo después de su investigación:

—¿Sabe, patrón? Li'han echao agua caliente al cerezo y al sauce...

Mateo lo miró sin comprender.

—¿Y qué, on Varo?

—Qu'el árbol se va a secar. Si lo hacen de puros maldáosos, no más. Es dañino como zorro viejo ese on Rulo.

Avanzó entonces hacia los tunales, cuyas paletas, semejantes a enormes hélices, se erguían por encima de las zarzamoras. Habló desde allí:

—¡L'echaron también a los tunales!

La vieja cocinera salió de su barraca al oír estas palabras. Hacía exagerados aspavientos y se lamentaba como ante una desgracia irreparable. Luego se unió a ella la masacotuda hija; los perros también se acercaron.

—Pura mala intención, no más, decía la vieja.

—Pura mala intención, no más! repetía la hija.

—¿Y cuándo ha sío si ni los perros han lairao? decía una.

—Parece cosa el diablo, continuaba la otra.

—A on Rulo los perros no le laíran, oña Pascuala, resumió on Varo.

Mateo miraba distraído la escena típica a la cual le hacían coro los carnosos cactus, cuyos tubérculos espinudos interrumpían el geométrico óvalo de las verdes palas; pensaba más bien: ¡Mientras se limiten a esto, todo está bueno! Ya pueden echar agua caliente en todas partes! ¿No dicen que la tierra es de ellos? Y sentía una pueril satisfacción al figurarse el asombro de los avaros campesinos cuando él abandonara el campo para no aparecer nunca!

On Varo se despidió con tono quejumbroso. Quería manifestar pesadumbre por esta desgracia que afligía a los frutales del fundo, a las guindas que sirven para los dulces y las sabrosas tunas, de tan alta estima, que figuran en los testamentos y en las compraventas, al lado del terreno y de los animales del fundo.

—¡Pura mala intención, no más!, murmuraba con gran lástima, muchísima más que cuando se le murió el niño.

Pero Mateo no lo oía. Pensaba que el momento de hablar con Milla había llegado. Salvada esta única dificultad, lo demás no le importaba. Podían concluir con la tierra y comerse las ovejas. Precisamente Milla apareció en el momento de salir on Varo. Aun continuaba la Pascuala examinando los tunales. Las lamentaciones parecían no terminar nunca. Milla, con esa curiosidad habitual en la vida del campo, por todo aquello que turba su monotonía, miraba hacia el

patio, lleno de sol, entornando los ojos: los volantes encarrujados de su blusa, movíalos el airecillo montañés:

—¿Qué hay, Pascuala?

Contestó Mateo desde el patio:

—Nada, que han echado agua caliente en los guindos y en los tunales...

—¿Pero quién?

—On Juan Rulo, el compinche de on Carmen...

Un relámpago pasó por el flúido verdoso de sus ojos que la penumbra de las ojeras sombreaba. La preñez no era visible aun; levantaba ligeramente por delante su vestido de algodón azul. Mateo notó en su voz una seguridad que no sospechaba; no era la chiquitina que huía atemorizada, una tarde de verano, incendiadas las mejillas y pudorosamente casta, las pestañas sobre sus ojos enrojecidos. Había un antipático gesto de desafío en toda su persona.

—No se deje atropellar, Mateo.... Si los deja de la mano, pasan por encima de usted...

Este consejo le extrañó mucho: y era lo menos que se esperaba de la niña en ese instante.

Contestó distraídamente, embargado en su propia reflexión:

—No creo que valga la pena tomar ninguna medida. ¿No le parece, Milla? Usted sabe que el fundo será de ustedes, de Quicho. Que él goce ya que el viejo no puede gozarlo...

Sentía una dulce complacencia al decir estas palabras, hasta un vago enternecimiento que ponía temblor de lágrimas en su voz. Esperaba la respuesta de Milla con ansia, el grato abandono de la mujer agradecida, pero se sobresaltó al oír una imprecación áspera y colérica:

—¡Quítate, bruto, ya me tienes borracha con tanta vuelta!

Samuelón que daba vueltas alrededor de Milla con cómica alegría, se detuvo y retrocedió amedrentado por el agrio rechazo. Mateo lo observó curiosamente. Hacía varios días que Samuelón andaba por las trillas, donde siempre pescaba un mendrugo y un trago de chicha. Sus harapos eran más sucios y rotos aun; dejaban libres los brazos robustos y los tobillos negros; sus ojotas producían en la tierra un áspero ruido al arrastrarse. Su instinto de bestia agradecida se alborozaba, con infantil curiosidad, de la preñez

de Milla. Entreteníale el amor humano como el de los pájaros o el de las huiñas de la selva. Mateo preguntó dulcemente, como para borrar ese sinsabor flotante que había dejado la escena, el recuerdo vivo de su amor.

—¿Qué contesta usted, Milla?

—¿A qué?

—Si nos vamos a Loncomilla, después de la vendimia.

Su rostro no se inmutó. Respondió con la mayor naturalidad:

—Falta mucho todavía... Mi padre está muy enfermo... El día menos pensado... Dios no lo quiera...

Un violento acceso de rabia lo hizo apretar sin piedad sus dedos en la palma cerrada. ¿Acaso debía permanecer más tiempo entre aquellos cerros odiosos, llenos de peligros para él porque a ella no le daba la gana de cambiar de sitio? Vefá claro que nada los unía; era indudable que el lazo de un hijo no era suficiente para que dos seres marchasen juntos por la vida.

¿Cuál sería su conducta? ¿No entendía Milla que él no podía permanecer más tiempo en Millavora sin peligro de su misma vida? Se encogió de hombros y respondió resignadamente:

—Usted sabrá, Milla.

Y no dijo nada más. Se calló otra vez el fondo íntimo de su pensamiento, el único deseo que lo llenaba en ese instante.

Ella se equivocó también sobre el estado de alma de su prometido. Creyó que sus palabras habían terminado con las indecisiones de su temperamento; y agregó, a guisa de consuelo, como para terminar de una vez un asunto que ya creía resuelto:

—Todo está en que usted se acostumbre, en hacer lo que hacen los demás... Defenderse, si a uno lo atacan...

Mateo la miró con loca irritación un momento, pero ella no advirtió esa mirada penetrante, desolada, acusadora. Sólo oyó sus palabras, sordas, espaciadas por la emoción; casi tristes:

—Tiene razón. Hay que defenderse!

Sus dudas se iban desvaneciendo poco a poco; una sutil rasgadura insinuábase en el fondo de su espíritu, como el comienzo de una liberación.

XX

UN TINTERILLO DE LOS CAMPOS

Bajo la fresca protección de las parras, que inclinaban hacia el suelo sus abanicos patinados de oro por el sol otoñal, pendían las racimos maduros, jugosos, como senos hinchados de leche. Sobre los granos redondos había una capita azulosa como si las albas hubieran lloviznado su polvo gris en la tersura mórbida de los racimos. La olorosa madurez de la viña atraía a los insectos que revoloteaban zumbando sobre las parras; en los arbolillos vigilaban tordos y zorzales; en medio de la ola de oro, el trapo sucio de un espantajo, que recordaba a Samuelón, movía al aire sus desflocados harapos.

La luz era suave, dorada, como si también el ambiente madurase, aromándose, en el sosiego de las noches lunadas, con el hálito azucarado de las resinas silvestres.

Eran los primeros días otoñales, cuando aun la bruma no amortaja las vegas y colinas en su marea blanca. En todos los ranchos se preparaban para la vendimia. La alegría del mosto nuevo haría mover la voluntad de vivir en el mundo anónimo de la campiña.

Mateo volvía a interesarse, ante la novedad de la faena, por las cosas campesinas. On Varo, extrañado de esta actividad, lo vio detenerse varios días junto al rancho para preguntarle sobre la próxima vendimia.

—Hay que esperar que l'uva maúre otro poco, patrón... si no, el vino sale mucre y se pica al tiro.

No había pensado más en su marcha, ni volvieron a repetirse los robos de ovejas ni apareció ante sus ojos, resbalando entre las sombras, la silueta odiosa de don Juan Rulo. La imaginación de sus enemigos se había agotado en el terreno de los ataques indirectos. Fué una tarde al pueblo en busca de cigarros. Pasó frente al cuartel de policía, una gran cuadra de paredes blanqueadas, donde había varios hombres con carabinas y ponchos de castilla. Al doblar hacia la plaza estallaron carcajadas. Volvió la cabeza con disimulo y se tranquilizó: los soldados aldeanos reíanse de una vieja loca que los amenazaba con su palo.

El campanario de la iglesia estaba en reparación. Los golpes de los martillos resonaban largamente en la paz serena de la tarde otoñal: sobre el halo oscuro de la campana blanqueaba la camisa del carpintero. A cada golpe de martillo las palomas emprendían miedosas el vuelo sin apartarse del tejado. Dormía la aldea como de costumbre, con sus largos corredores sombríos y monótonos; un viejo que le recordó al ciego de Millavero, sentado en un tablón de madera, apoyado en dos piedras, parecía mirar el lento dorarse de las acacias en la placeta aldeana y la aparición de las primeras bayas entre las hojas lánguidas, salpicadas de redondeles amarillos. ¡Qué bien simbolizaba la aldea aquel viejecillo inmóvil, dormitando bajo el techo de la destaralada casona, en una tarde de otoño!

La nota alegre de un vestido blanco, en medio de la plaza, lo hizo sonreír con placer; era un auténtico trajecito ciudadano, de gasa recién lavada. ¿Quién sería la niña? ¿Alguna chica pobre que veraneaba en la aldea? Recordó a Loncomilla; las discusiones con los amigos en la plaza del pueblo, las miradas de las jovencitas pescadas al pasar, engañando en este cruzarse continuo y ansioso el aburrimiento provinciano. ¡Aburrimiento, sí, pero que tenía en este instante todo el prestigio del recuerdo. Su pecho se hinchó nostálgicamente, respirando la frescura de la tarde otoñal que llovía su herrumbre dorada sobre el campo.

Por encima de la cerca de tablas de los ranchos de las afueras, salían hacia el camino las guías de las parras; en un huertecillo, un peral reseco parecía abrumado con el abrazo de las matas de zapallo que treparon invasoras por su tronco;

de las ramas colgaban ya las hinchadas calabazas grises como si fuesen un espúreo producto del árbol frutal; así lo decía el cogollo aun libre del árbol, agobiado y reseco.

La nota de oro del verano tostábase suavemente, con una tonalidad opaca de hoguera que se consume.

A la salida de la aldea, ya en el camino, topóse con un hombrecillo de aspecto extravagante que lo saludó como si lo conociera. Montaba en un caballito mulato de cabeza menuda que le recordó a la Calambrienta, con el belfo colgante y las quijadas salientes y agudas como cuchillos. Los aperos eran también originales: una vieja silla inglesa, sobre un saco destramado que hacía las veces de pellón y riendas de cordel. Por los estribos de madera, abiertos en la punta, asomaba un zapato estropeado.

El hombrecillo se puso al lado de Mateo, pero a corta distancia. Parecía con miedo de acercarse: echada hacia atrás el ala del sombrero de paño, daba la impresión de no caber en la cabeza, a causa de la enorme frente, llena de huesos protuberantes que absorbían por completo la cara rojiza, de piel agrietada; los ojillos grises tenían una vivacidad cínica, móviles y charlatanes. Se fué aproximando poco a poco, hasta preguntar con tono obsequioso:

—Supongo que para Millavoro, ¿no?

—Sí, señor, para Millavoro...

—Yo voy a la Puntilla... Tengo un asuntillo legal, una partición muy enredada de la sucesión Alegría... Si usted lo permite le haré compañía hasta las trancas...

Mateo asintió con la cabeza. Le agradaba oír la voz melosa, llena de modulaciones sibilantes del purapelino. Le recordaba a esos tipos anodinos que viven en los pueblos chicos, metidos en viejas casas y sin que se sepa de qué viven: casi siempre tienen la nariz roja y los dientes carcomidos y apartes que los envejecen antes de tiempo.

—A usted no se le ha visto nunca por la villa, señor... No debiera olvidarse que tiene amigos por allá...

Mateo lo miró con asombro; preguntó por fin:

—¿A qué amigos se refiere? ¡Si no conozco a nadie!

—Dispense, señor, el olvido involuntario... No me había presentado... Me llamo Juan de Dios Meza... y vivo para el Norte, cerca del cementerio... Tiene su casa, se-

ñor... cuando guste... Modesta, pero de corazón... Claro que a usted, caballero de pueblo, no le gustará ir a Purapel... *pa lo que tiene que ver...* Y luego allí la vida es imposible... desde que los pechoños se han pescao la municipalidad...

Se interrumpió bruscamente, dándose ridículos golpe-citos en la boca con la punta de los dedos, como arrepiñ-tiéndose de haber sido tan franco.

—¡Qué imprudente! ¿pero supongo que usted no será conservador?

Mateo lo miraba risueñamente, ageno a todas esas preocupaciones que se transparentaban a través de sus palabras.

—No me he metido nunca en política...

—Ya lo suponía, pero como sé que usted no es amigo de on Carmen, no puede ser pechoño... Lo hacía para no trillar sobre la paja...

Se rió complacido de su frase; y su risa afónica, de vibraciones sordas y cortitas, le dió a Mateo la impresión de que los sonidos se astillaban al pasar por entre sus dientes carcomidos.

—On Carmen Lobos es muy cumpa con el cura Olguín, y entre los dos hacen los tutes más tremendos para las elecciones... Los radicales nada podemos hacer... estamos en minoría. El director de la escuela, un joven muy instruído que es bachiller y nadie más... Un... no lo quiero nombrar *porque se me mancha la boca...* (Escupió al camino haciendo un gesto de asco) se vendió a los josefinos por una yunta e bueyes... Todos los pleitecitos que me caían me los daba on Felipe, el juez de Loncomilla que era correli-gionario... He tenío que abrir un despachito para vender yerba y pan que amasa mi pobre mujer, que nunca se había visto en una crujía semejante... Si no fuera por el padre de don Héctor, que me facilita unos corderitos de vez en cuando, no sé qué sería de nosotros, con el celemín de chiquillos que tenemos...

Se calló de improviso, soltando las riendas: un suspiro se escapó de su pecho.

—¡Si es mucho, señor! agregó con voz velada, taloneando apurado al caballito que aprovechó la distracción de su jinete para disminuir aún más su flojo tranco.

—¿Es efectivo entonces que don Felipe no está en Loncomilla?

—Muy cierto, por desgracia... Lo ascendieron a Chillán; mucho que lo merece, señor... Les ponía las peras a cuatro a estos bribones... ¿Lo conocía usted?

—Sí, lo conocía...

—Ahora andarán los diablos sueltos en el pueblo y en los campos, porque a éstos les gusta desgranar el choclo hasta la coronta. On Carmen es juez de subdelegación y también ejerce, pero no conoce el código ni por las tapas... pero el juez de ahora, que era el secretario, es pechoño y lo protegerá... Nadie va a estar seguro... será como antes... cuando soltaban a cualquier bandido, porque conchabiaba su libertad por el caballo y la montura... el caballo p'al Comandante y la silla p'al paco que lo dejó irse... Ahora el cura cambia la fiesta e San Francisco toos los años pa que junte con la vendimia y él pueda vender su vino al precio que se le antoje. ... Y mientras toos nos morimos de hambre, ellos remuelen tupío en la casa e las Espejo, onde alojan a las huasitas que traen engaños e los ranchos... Esto había parao con el juez Gutiérrez, pero ahora...

Mateo mirábalo compasivamente, con simpatía, al verlo tan ridículo con sus aperos improvisados y su cabezota de abultado frontal. Tuvo la intención de convidarlo a Milla-voro para sonsacarle datos sobre las gentes de la aldea y sondear su actual situación; pero se arrepintió pensando en Milla y en la vida solitaria y rara que se había creado y que el tinterillo campesino podía divulgar.

Distraído, no oía ya al aldeano leguleyo que taloneaba furiosamente su bestezuela para alcanzar al tordillo de Mateo que la cercanía de la querencia hacía tranquear ágilmente. Vibró, en la calma del atardecer otoñal, el chirrido agrio de una carreta que no concluía nunca de aparecer delante de ellos.

Se dibujó, por fin, en un recodo. Torcíanse las barandillas quinchadas con los sacos de trigo que la llenaban. Atado a la última de ellas, iba un pingo flaco, la bestezuela degenerada por la sequedad de la tierra que seguía con una resignación de esclavo la lenta marcha de los bueyes, no más grandes que vaquillas de año, babeando largos hilos visco-

sos. El obsequioso purapelino se detuvo a hablar con el carretero, un hombrón de barba rojiza que fumaba tendido sobre los sacos. Taloneó desesperado para recuperar el terreno perdido; su rostro, con el esfuerzo del trote, había tomado un tinte violeta que oscureció los costurones de su piel y la carnaza agujereada de su nariz de bebedor. Antes de llegar, ya sus palabras salían al alcance de Mateo, con un revoloteo alocado de mosquitos:

—Es de Nirivilo, p'al lao acá de Name (mostraba con la mano la joroba oscura del cerro tras la cual resplandecía el sol poniente). Es mediero de on Pancho Ruiz, un viejaño muy avarazo... Le icen el Tripa Rota porque no se llena con ná... Tiene la tupición de pleitos por pedazos de terreno que se ha robao... Cuentan por Purapel que cambió una noche el río pa robarle una lonja e vega a un compadre suyo...

Y lanzó muy contento una carcajada estentórea, descolorida, pero la misma del valle que Mateo conocía; un tiuque, parado en la garra de un espino, voló perezosamente hacia los potreros con su característico vuelo a ras de tierra: una bandada de chiriguas salió de un rastrojo y un temblor verdoso vibró un segundo al atravesar la faja casi horizontal del sol poniente.

Mateo, distraído, se dió cuenta que habían llegado, por el caballo que torció bruscamente hacia la izquierda del camino. El hombrecillo se adelantaba solícito a correr los tramos de la tranquera. Mateo protestó agradecido:

—No se moleste, señor... Se pueden correr sin bajarse. Y cuando el purapelino se despedía, sombrero en mano, le preguntó:

—¿Y la fiesta de San Francisco se hará cuándo?

—Vaya, señor, cuando el cura haya cosechado. ¿No, le digo?

Y ofreciéndole de nuevo su casa, taloneó su caballejo repetidas veces, azuzándolo con las riendas para ponerlo al trote.

De las colinas próximas, por donde subía la sombra azul, llegaba hasta la hondonada el grito espaciado y agreste de un pastor que bajaba su rebaño al corral; sobre los montes platearon algunas estrellas; un nubarrón blanco que aso-

maba un extremo en el ángulo de dos cerros, tornóse de un rosado vivo que se fué apagando como una brasa en la ceniza crepuscular.

Mateo galopó largo rato por el plan, sueltas las riendas del caballo, mecido por la frescura que venía de los bosques, donde la noche otoñal aguardaba agazapada para descender a los campos.

XXI

LA VENDIMIA

On Varo había reunido para la vendimia de Millavoro a todas sus amistades de la región. Las rinconadas y pequeños cajones situados al Sudeste de la aldea pertenecían a pequeños propietarios pobres que suplían con esta ayuda mutua la ausencia de brazos de la región: eran más o menos los mismos que asistieron al velorio de Pituto, a fines del verano.

Al iniciarse el alba empezaron a llegar al patio. Sentábanse silenciosamente en el canto del corredor y en las canastas vendimiadoras, colocadas boca abajo cerca de la bodega: envueltos en la grisalla malva del amanecer aparecían como bultos informes, apelmazados, pelotones de sombra azulosa. No se veían sus caras ni se movían como si la hora misteriosa los hubiera paralizado; a veces el chirrido rojo de un cigarro de hoja de maíz indicaba la presencia de un viejo o de una anciana.

Era una alba helada, neblinosa, que persistía sobre el campo, engañando a las mismas diucas que aun dormían apelonadas en los árboles del monte; a veces sentíase la coscoja de un freno y el golpe seco de los cascos en el terreno pedregoso: era un huaso que llegaba con su mujer o su hija al anca. Se oía un murmullo de risas ahogadas y observaciones chuscas, al dirigir un saludo equivocado:

—Es que las noches están oscuras y las velas caras...

—Propongo que son cincuenta esos que vienen ahí...

—Ese es on Cachi Salazar si n'ues l'ánima...

—¿Y cómo queó la comaire?

—Lo mesmo no más: no puede ni moverse del dolor a los huesos...

Oyóse el *hu-huac hu-huac* de un zorro, en la hondonada; el Choco ladró asustado por esa bulla inusitada que no comprendía en el silencio habitual de las mañanas de Millavoro.

Una voz, maliciosamente, observó:

—Ese ya vendimió ya...

Y las risas sonaron con un agradable desconcierto, las cascadas de los viejos y las atipladas de las muchachas: una diuca rompió la sombra gris con su rosario de notitas claras; desde los árboles contestaron otras con un frescor de bosque al amanecer; una carreta traída la noche anterior para la vendimia se estompó en el aire gris, apoyada en su pértigo, con un aspecto triste y soñoliento; luego la joroba del horno y por último el ramaje del guindo envuelto en su hojarasca ya marchita. La aurora se inició friolenta y descolorida; una caparazón de escarcha parecía enfriar al sol rojizo que se levantaba entre nieblas inmóviles.

Con la luz, los cuerpos se erguían, parecían adquirir vida y movimiento; formáronse grupos de huasos en que las mantas rojas o cafées formaban raros contrastes con la negrura de los ponchos. Esperaban la llegada del mayor-domo para acercarse a la viña: la chica castigada por su madre la noche del velorio estaba sentada en una canasta bajo el techo de la bodega; a su lado, apoyado en un pilar, fumaba negligentemente Norberto, su novio, el mejor zarandero de la región. La naturaleza los había casado aquella noche de verano, en la cálida protección de su seno y los demás acataban esta santa decisión de la vida.

Otras mujeres conversaban en la puerta aun cerrada de la bodega, junto a los viejos tinajones coloniales.

Todo aquel mundo se agitó, confundiéndose abigarradamente, al aparecer on Varo, en compañía del viejo ain-diado, su compadre y amigo don Tello, el rapsoda alegre de la comarca. On Varo movíase torpemente, sin gracia alguna, deseoso de dar ejemplo de actividad a los vendimiadores; este papel de jefe le satisfacía a ojos vistas;

gustábale hacer de patrón, de dirigir faenas que se creía el único capaz de llevar a cabo.

—Espercudirse, niños, espercudirse antes que se levante el patrón; pa la viña lueguitito, antes que se la coman los zorros y las perdices...

Adelante las *muchachas* y las *viejas*; y más atrás los hombres, la caravana desfiló en el camino endurecido por la escarcha; un frío penetrante, que se metía por las narices como un vinagre demasiado fuerte, los hacía moverse ágilmente. Poco después se uncieron los bueyes a la carreta que traería las canastas llenas de uva a la bodega; y dando tumbos en los baches del camino, bajó la ladera hasta la viña.

Se abrieron las viejas puertas de la bodega; los grandes lagares se estomparon en el claro obscuro del interior. On Varo había dejado dos hombres en las casas, además del zarandero; uno para que descargase las uvas de la carreta y el otro para que las vaciase en las zarandas del lagar. Norberto limpiaba ya en el patio la trabazón de colihues recios sobre la cual se *espachurrarían* los azucarados racimos maduros: era el más experto zarandero de Purapel, y en la época de las vendimias se le llamaba a todos los campos. Canturreaba en voz baja fregoteando con cuidado las gruesas varillas de oro, cruzadas en forma de quinchá; pronunciábanse firmemente sus espaldas cuadradas y la musculatura vigorosa de los brazos arremangados: era el tipo del verdadero roto chileno, sin mezcla de *araucano*, con su nariz de águila, vagamente árabe.

Cuando Mateo se levantó, la primera carreta cargada de uva llegaba a la bodega. El sol de otoño, pálido, débil, luchaba en vano con las nieblas frías y con la *vidriosa* sábana de escarcha que cubría la tierra. Sentíase bien, bajo el abrigo de su poncho frisudo y pesado. On Varo se acercó a él, a darle cuenta de las disposiciones tomadas:

—Con dos carretas tenemos de más patrón. Mientras cargan una en la viña, la otra ha llegado aquí...

Mateo se acercaba a los canastones de color tostado

donde se apretaba la uva oscura, espolvoreada de bruma otoñal, de cielo gris empapado de claridades aéreas: un aroma de saludable frescura desprendíase de la hinchada carne de los racimos.

El carretero hacía retroceder los bueyes con tezas estentóreos para acercar la parte trasera de la carreta a la puerta de la bodega. Uno de los hombres vació las canastas en la zarama, colocada sobre la embocadura de uno de los lagares, cuyos colihues se doblaron al peso de las uvas. Norberto, arremangados los pantalones hasta los muslos, subióse por una escalerilla de mano hasta el borde del lagar aferrándose a unos alambres colgados en la viguetería llena de sucias telarañas y hundió sus pies desnudos en la negra capa de racimos; sus tendones férreos marcábanse en relieve sobre la oscura piel. Sus pies resbalaron sobre la viscosa ganga de uvas reventadas con un movimiento acompasado; luego este movimiento se aceleró con un rápido zapateo; un fuerte aroma de miel salía de los racimos espachurrados; un caldo espeso empezó a sonajear en el vientre vacío de la enorme pipa.

La cara del muchacho permanecía impassible, levemente lustrosa con el trasudor de la piel; el tronco inmóvil. Parecía que toda su voluntad residiese en las piernas, en los pies de abiertos dedos por donde se escurría un líquido espeso y oscuro; una costra morada cubría las pantorrillas. Medio envuelto en el penumbroso claro oscuro; la parte superior del cuerpo bañada en una faja de luz pálida que se desparramaba como un abanico, colocada a través de los barrotes de una ventanilla del fondo, comunicaba a aquella operación la gravedad de un rito religioso, el bailable grotesco de un indio que pide a los dioses la derrota del enemigo o el agua para su magüey en ruina; era agradable el olor azucarado que brotaba de la melaza amarillenta de las uvas deshechas.

On Varo, que palpaba los racimos con sus dedos tiesos y cariñosos, tuvo una observación de vendimiador experimentado:

—Estos diablos m'están cortando racimos verdone. Hay qu'ir pa la viña...

Mateo alcanzó a oírlo. Le entró un súbito antojo de ver

la viña que, invadida por los vendimiadores, estaría animada y pintoresca. Ofrecióse él para vigilar la corta de las uvas.

Milla no se había asomado aún al patio. La Pascuala había ya caldeado el horno y el pan se tostaba en el cálido agujero. Ahora, en una gran olleta de tres pies, preparaba la cazuela para los vendimiadores.

Al salir al camino, alcanzó a divisar la carreta que bajaba una vez más a la viña. Quicho se había aferrado con el brazo a una de las barandillas y con la mano libre sostenía un largo racimo al que daba mordiscos ávidos.

El sol calentaba ahora algo más; la niebla se fundía en el aire y el paisaje cubierto hasta muy poco de una pruina azulosa como la epidermis de los vírgenes racimos, tomaba el tinte cálido, dulce, de la madurez otoñal.

En las cercanías de los ranchos veíanse los descampados rojizos donde se habían hecho las trillas y las cañas quebradas de los maizales sin mazorcas con sus grandes hojas quemadas y lacias. Sólo las montañas perennemente verdes de los bosques chilenos de la costa y la nota amarilla de los viñedos, recordaban la juventud de la tierra, el tiempo de las floraciones vernales.

Inclinadas sobre la verde sombra de las dentadas hojas, veíanse las espaldas de las mujeres y el movimiento mecánico del hombro al cortar los racimos que arrojaban en una de las canastas. A veces una muchacha se erguía para des-perezar su recio tronco cansado y una chaqueta roja, moteada con redondeles blancos o una azul desteñida por las coladas, manchaban un segundo, con sus crudos colores, sobre el verdor iluminado de las cepas, el fondo pardo de la escarpa que tajaba el cielo en una línea casi recta; una alegría chabacana, que estallaba en gruesas risotadas al menor incidente flotaba sobre la faena rústica: una perdíz que sale silbando de entre los hondos surcos y asusta a una chiquilla o una culebra que se desanilla al sentir en su cuerpo helado el contacto de unas manos tibias. Mateo baja del caballo y entra en la viña para comunicar la recomendación del mayordomo. Una muchachita de cabeza rubia, de un óvalo perfecto, acusa a otra morena, redondita,

que se vuelve avergonzada tapándose la cara con la punta del pañuelo rojo, atado a su cabeza:

—Esta dejó que Samuelón la ayudara...

La cabezota diabólica se asomó por entre unas parras.

—Manqui, Manqui, gruñe sin moverse.

Comprende que lo han amarrado un poco por entretenimiento, por chacota y otro poco por verse libres de él. Pregunta, sin embargo. Las chiquillas doblan el tronco riéndose y no responden.

A cinco metros explica una voz de viejo, bronca y ceceosa (es un campesino alto, huesudo: una nariz picuda se aplasta sobre la ancha boca desdentada).

—Al tonto le gustan las uvas maúras...

En el aire claro resuenan risas ahogadas; el viejo vuelve a hablar:

—Le dió por aguaitarlas por el declive y pellizcarles las piernas a la pasá...

Mateo siente un extraño sacudimiento sexual, ve a las muchachas dar grititos histéricos y corretear al tonto por entre las parras que crujen como recias telas rasgadas, complacerse en arrinconarlo, palpar con avidez su carne indefensa de ingenuo y amarrarlo luego, suspirando satisfechas, desahogadas de la ráfaga sensual que parece flotar como un flúido apenas los hombres están cerca de las mujeres; inclinadas de nuevo sobre las parras sólo se siente el leve crujido de las tijeras al cortar el pezón que sujeta el racimo a la cepa.

El sol no es ya tan inofensivo ni de un color tan rojo; el sudor empieza a barnizar los brazos mórbidos de las mujeres y las frentes cobrizas de los hombres; por el cielo claro, que se dilata encima de la escarpa, resbalan nubes blancas, luminosas, que parecen en viaje a los cerros más lejanos; en la embocadura del valle, hacia la costa, se ven otros copos inmóviles. Chirría la carreta, cargada de uvas, al subir la cuesta de Millavoro.

En la verde mancha de la viña ya no se ven las siluetas oscuras de los vendimiadores; sólo el espantajo, que ise parece a Samuelón, mueve sus andrajos al soplo del leve vientecillo montañés; hombres y mujeres descansan un momento tendidos bajo las parras; la carreta acaba de salir;

la otra no asoma aún en el declive. El aire vibra suavemente sobre los matorrales; al pie de los cerros un aguilucho planea más arriba, sobre el rancho del viejo Rulo; unos quiscos, que se juntan como los dedos de una mano crispada, señalan pesadamente el cielo; como una calvicie de la montaña amarillea el manchón opaco de un rastrojo.

Mateo siente su soledad agudamente, como una vieja herida que aun no se hubiera cicatrizado: ahí está la herida precisamente, herida incurable de hastío, de desorientamiento, de inadaptación.

Se oyen las risotadas burdas de las mujeres: posiblemente es la mano de un macho que se ha estirado a mansalva, entre las túnicas de las hojas; sobre ellos debe negrear algún racimo de la fruta del bien y del mal, con sus grumos hinchados y olorosos como pezones vírgenes.

Mateo piensa por primera vez en su próximo viaje: hay una alegría ligeramente amarga en esta decisión que ha tomado. La imaginación lo aparta, con mil revuelos caprichosos, de su problema actual; construye a su antojo un camino nuevo en que no hay dificultades, en que los hombres no son hipócritas ni sonríen amablemente para ocultar una acechanza; la vida es un suave sendero que no tiene más obstáculos que recorrerlo; pero de improviso vuelve la fantasía al punto de partida; él ha contraído una obligación indisoluble en Millavoro y debe cumplirla. Milla tendrá que ser su mujer. Y cada vez que esta idea se posa en su cerebro, un dulce sentimiento de consuelo lo vigoriza, lo levanta, aunque sepa que una frase, un gesto o una noticia que se relacione con la aldea vuelva a sumirlo en angustiosa indecisión.

El viento se ha detenido a descansar en esta hora meridiana; no se mueve una hoja y las nubes, sorprendidas en su viaje, parecen fondeadas en el océano claro de la atmósfera. Balanceándose en los hombros de los campesinos, baja la olleta humeante que trae la cazuela para los vendimiadores; bajan rápidamente, porque saben que se les espera; un revuelo de risas estremece la frescura de las parras.

Mateo se decide a volver a Millavoro. En el momento de tomar su caballo, al costado de la viña, surge de entre las parras la muchachita rubia; sus mejillas tostadas están

rojas, pero un rojo lustroso de frutas maduras, de piel barnizada de manzanas silvestres; los pies quebrajados y duros asoman por la boca abierta de los zuecos de charol nuevo; sujeta con las manos un lebrillito de greda oscuro en el que amarillea el oro cálido del mote...

—Patrón, si quiere...

Al mirarla Mateo, sus ojos grises se bajan con vergüenza; brillan las trenzas tostadas y en desorden; es deliciosa la curva delicada del párpado, orlado de larga pestaña, sobre la redondez de la mejilla, que se prolonga hacia la barba como el contorno de una pera serrana. Es un verdadero placer probar ese mote esponjado, que brilla al sol. Coje la cuchara de hojalata y come: es agradable en verdad! Llena la boca de frescura, de sabores insólitos!

Mateo mira a la chiquilla que sostiene delante de él la callanita de oscuro color ladrillo. Un viejo vestido apenas la cubre; bajo la blusilla desteñida palpitan los senos vírgenes, los bellos senos duros de las muchachitas campesinas.

—Ya es hora que sueltes a Samuelón...

—Si lo solté ya...

La voz es áspera, violenta, con ese tono de pueril enojo que hay en el campo; es en lo único que recuerda aquel óvalo de vieja raza, la raza nueva de la campiña chilena.

La chiquilla sonríe ahora más audaz; su mirada que da la idea de tamizarse a través de la pestaña, se eleva hasta los ojos del patrón.

—Si quiere miel...

—¿Cómo miel?

—Mi taita halló un panal, en aquel roble viejo...

Señala un mástil ceniciento que se eleva por entre los avellanos claros y los arrayanes de ramazón tupida, y sin esperar respuesta corre en busca de la miel; los zuecos, de suela de madera se hunden en la tierra cavada de los surcos, bañados de sombra verdosa; vuelve a aparecer con un plato descascarillado donde se apoza poco a poco, como si el calor la derritiera, una melaza oscura, salpicada de trozos blancuzcos de cera.

Y Mateo mezcla el oro fresco del mote con el dulzor de flores de la miel silvestre; y le parece que es la tierra, purificada por el aire vernal, la que se deshace entre sus encías

ávidas. Una clara alegría, una milagrosa alegría, aliviana su espíritu. Le parece menos hostil el campo, menos adusto ¿es la florida salud de la chiquilla? ¿es la sabrosa suavidad del mote de trigo del año? ¿es la miel del bosque que tiene una suavidad olorosa de manantial?

No lo sabe; pero nota, volviendo a mezclar la miel y el mote, que es deliciosa la curva delicada del párpado, orlado de larga pestaña, por donde se escurre una mirada primitiva y sensual, sobre la redondez de la mejilla, que se prolonga hacia la barba como el contorno de una pera serrana.

Una voz llama a la niña desde el viñedo. La cara de fauno del viejo se asoma con su enigmática sonrisa de entre las parras. Oye, al dar la vuelta por el otro costado de la viña, la voz del viejo que entona entre dientes, con su tono de cínica burla:

Para saber y contar;
y contar para saber;
est'era una trenca vieja,
que no quería poner.

Y efectivamente una tenca, Mateo no sabe si es vieja, chirría en el cogollo de un espino, salpicado de vainas negras y puntiagudas.

A la puesta del sol la faena se detuvo. La gente se reunió en el patio como al amanecer. Sentáronse en el filo de los corredores de las dos casas o se apoyaron en el horno; las canastas vendimiadoras, rezumando pingoso jugo por sus varillas oscuras formaban ahora un rimero bajo la bodega. Los hombres se habían separado de las mujeres al llegar; era curioso el contraste entre el bullicio alegre del mediodía bajo las parras y el cansancio mudo que se reflejaba ahora en los rostros inespresivos. Los hombres envueltos en sus ponchos pitaban en silencio sus cigarrillos de hoja, y las mujeres, sin hablar, paseaban sus miradas indiferentes por el patio.

A on Varo, en cambio, brillábanle los ojos; su palabra era fácil y complaciente:

—Lueñtito dejaron el trabajo los gallos, ¿no?

Algúien contestó en el grupo.

—Sol puesto, peón suelto, on Varo.

Otra voz bromeó.

—Agora se prueba la lagrimilla.

—Que debe estar como azúcare, según la uva, completó una voz de mujer.

—En casa del tamborero...

tambores nu'han de faltar, afirma on Varo.

Sentíase en el aire un acre aroma de fermentación: el orujo y el escobajo habían sido arrojados a poca distancia de la bodega, y las moscas que goloseaban encima de los hollejos oscuros, después de un vuelo quebrado, caían aturdidas al suelo.

Unos chanchos hozaban gruñendo en el acre montón de casca obscura y de amarillo raspajo; de pronto su gruñir se hizo agudo y entrecortado.

—Les agarró a los chanchos, mire.

—Es que está fuertazo el borujo. Buenazo pa l'arrope.

Estallaron risas contenidas entre las muchachas jóvenes. Los cerdos levantaban, con un gesticillo grotesco, sus trompas rosadas y las ventanillas olisqueaban en el aire una sensación invisible y deliciosa que recorría sus gordas carnes y se esterilizaba en chillidos estridentes.

La chillidiza se hizo tan inaguantable al cabo de algunos segundos, que uno de los hombres se decidió a echarlos a puntapiés para detrás de las casas. Una vieja conseguía la guitarra de Milla a doña Pascuala y cuando el instrumento llegó a manos de la tocadora, todos se fueron acercando. La bestia campesina se humanizaba una vez más al oír el ting ting tung tung de las burdas cuerdas punteadas. Se llamó a Norberto para que bailase. La Pascuala explicó que se limpiaba las pantorrillas teñidas con el morado tainino de los granos reventados, en el arroyo próximo. Oña Austina, la mujer de on Varo, repartía tazas desorejadas y tarros de durazno para dar a los vendimiadores (era una tradición) la primicia de la uva cosechada, la pitarrilla rojiza y espumosa, producto del primer estrujón de las uvas maduras y melosas.

La voz desabrida y chillona cantó el estribillo de una cueca:

Toma tu caballo blanco
y agarra tu lazo a tiempo,
échate la china al anca,
y acuérdate de tus tiempos.

La burda guitarra y la primitiva letra de la canción obraron el milagro. La bestia campesina se entregaba al baile, entre palmadas, huifas y tamboreos de guitarra; pero la sombra otoñal, rápida y envolvente, fué fundiendo esta alegría en su marea profunda. No se vieron entonces sino cuerpos en escorzo que agitaban, con un revoloteo de palomas asustadas, pañuelos blancos en los escarceos de la cueca; por último, la falta de luz apagó el entusiasmo.

Tung. Tung-tung-tung, persistió largo rato como un eco sordo del bullicio.

Arriba, en el negro líquido del cielo, pestañearon las estrellas; la cruz del Sur apareció sobre el cerro en su eterna actitud de inclinación. Pareció apoyarse en el ambiente quieto, la miel pesada, penetrante de los deshechos de la vendimia, el orujo y el escobajo que fermentaban expuestos al sol desde las primeras horas del día. La sensación nueva atraía irresistiblemente a los cerdos cuyo sordo gruñido habitual cambiábase en un largo y crispante grito de degollamiento; en un instante de tregua, una muchacha chilló histéricamente, tal vez pellizcada en la sombra y cuando la voz de Milla pidió a la Pascuala que encendiese el chonchón, los campesinos empezaron a escabullirse en parejas, dispersándose en la sombra, hacia el camino, hacia la montaña, hacia la vida. Arrastrando sus pesados zuecos apareció on Juan Aravena en el corredor, atraído por quien sabe qué recuerdo antañoso. Su figura curvada, que el viejo poncho parecía aplastar aún más, se iluminó fantásticamente con el lengüetazo rojo del candil alargado por una bocanada de viento que se coló por el pasadizo.

La Gumecinda entregó a Milla la guitarra vieja, abandonada por los vendimiadores. Milla la cogió con un gesto brusco y despreciativo. Véase más gruesa, más sólida;

sus senos se alargaban como los racimos de la viña, cuya madurez, cargada de fecundos jugos, los inclina pesadamente a la tierra.

Sintióse una risa masculina, abierta, franca, en el camino, detrás de las zarzas; luego la iniciación de una risita de muchacha; oyóse claramente ruido de cercas removidas por el peso de un cuerpo. Un gesto duro juntó sus cejas.

Chillaron una vez más los cerdos; ahora sin control alguno, como si efectivamente se hubieran embriagado.

La voz de Milla resonó agria e impaciente:

—Pascualaa, mete esos chanchos zalagardientos en el chiquero.

—Gumi, recoje el orujo en la olleta grande.

El ciego balbuceaba, empecinado en una idea que aparecía y desaparecía de su cerebro infantil:

—La uva maúra... la uva maúra hay que refregarla bien...

Los ojos de Milla fríos, acerados, implacables miraban hacia el caserón ahogado en la sombra, adonde seguramente no estaba su morador.

XXII

LA PROCESION DE SAN FRANCISCO

La cosecha de la pequeña viña de Millavoro terminó a los pocos días. Los grandes lagares, tapados con viejas tablas, runruneaban incansables: una vida sorda fermentaba en los jugos apozados en su vientre; a veces era tal su hervor que la tapa se levantaba, cayendo con un ruido seco; y el cremor chorreaba por los bordes sus jugos viscosos y rojizos.

La Pascuala había colgado en las vigas del corredor del caserón viejo las uvas blancas, del único majuelo de esta especie que había en la viña: uvas doradas de otoño que tenían sobre su pulpa verdosa una capa tostada de sol; en una olleta, cerca de la cocina, preparaba el arrope haciendo hervir el orujo bajo una fogata de espinos; en el aire persistía un vago hálito de caramelo quemado, suavemente diluido en la humedad transparente de estos últimos días de Abril.

Las tardes eran aún de oro, lentas, suaves, perfumadas; pero ya los bosques empezaban a tomar ese tono gris opaco de la selva chilena en el otoño; las frutas entreabrían los labios secos de sus ventallas, y como impelidas por un resorte, soltaban a la tierra fría las semillas futuras. Las torcazas y tórtolas, pájaros de otoño, llenaban el aire con el tableteo sonoro de sus vuelos; las viñas empezaron a amarillear, las festoneadas hojas a ajarse lentamente como si el hecho de haberles arrancado sus racimos las condenase a perecer.

Una mañana, dos viejecitas mal envueltas en franelas andrajosas, llegaron a las casas del fundo. On Varo las enviaba a pedir la autorización para *la rebusca*, en la viña ya cosechada, de los pequeños pámpanos olvidados entre las cepas. Por ellas supo Mateo que la procesión de San Francisco se efectuaría al domingo siguiente. El cura había ya vendimiado la viña adosada al rectoral; y las pipas de hervorosa chicha nueva se habían trasladado al despacho que regentaba el tuerto Meza, sacristán y sepulturero, el testaferro del cura Olguín en sus maniobras profanas.

Mateo sentíase alegre, optimista. La vendimia estaba ya terminada: on Varo entregaría las pipas a un empleado de la bodega de Quijano que vendría a buscarlas a la semana siguiente. De on Carmen no tenía noticias; posiblemente vendimiaba en la Puntilla. A on Juan Rulo tampoco se le había divisado por los contornos del fundo. Su liberación estaba próxima: una semana más y volvería, de nuevo, a su vida antigua que ahora consideraba como su salvación; había olvidado que antes de venirse de Loncomilla, Milla-voro fué la tierra de promisión. Se iba sin dolores, casi alegre, no obstante estar convencido de que había hecho un mal negocio. Recordaba satisfecho aquella noche de la vendimia en que vagó por los bosques con la chiquilla rubia que le ofreció miel y mote y cuyo cuerpo medio desnudo era sabroso como el mote y la miel montañesas. Habíase olvidado casi de Milla, pero estaba resuelto esta mañana a decirla que había llegado el instante de la partida; considerábase unido a ella para siempre, aunque la actitud áspera de la zurzulita lo hiriese en lo hondo. Llamó a Quicho que llevaba un balde de agua a la barraca.

—¿No ha salido Milla de la casa, Quicho?

—No l'hay visto na, yo...

—¿Quieres llamarla?

El chico iba a correr en su busca, pero Mateo lo detuvo. Deseaba comunicar su alegría, su renovación con alguna noticia halagüeña.

—Oye, ¿querrías que me llevara a tu hermana a Loncomilla?

El chico lo miró con sus grandes ojos claros e ingenuos:

—¿Y para qué se la iba a llevar es qué?

Retrocedió sin volverse hasta la mitad del patio, como si no comprendiera la pregunta; de ahí dió media vuelta y subió corriendo a la escuela. Salió casi inmediatamente.

—Milla dice que vaya, avisó desde allá.

Mateo acercóse al corredor. Milla se asomó con una labor de costura en las manos. Ambos se miraron un segundo sin hablar, extrañados de verse frente a frente como si no se conocieran. Alto, fino, casi elegante el uno; deformada y tosca la otra: un ademán afectuoso de Mateo había quedado a medio camino al notar la arruga adusta que hacía antipática su cara pálida, no hacía mucho fresca y alegre como una mañana de primavera.

Su voz sonó agria y destemplada:

—¿Para qué me quiere?

Pero esta actitud decidió a Mateo; estaba dispuesto a terminar de una vez ¿acaso alguien había ya contado su aventura de la noche de la vendimia y su estada en el rancho de on Wence Astudillo? Habló en voz baja; algo cohibido:

—Deseaba decirle, Milla, que ya se va a terminar la vendimia... debemos preparar nuestro viaje...

Los labios de la niña se contrajeron; respondió con finjida ignorancia.

—¿Qué viaje?

—El nuestro, Milla: Ud. lo sabe muy bien...

Había recobrado el dominio sobre sí misma. Respondió en esa forma entre despectiva y huraña con que en el campo se contestan las insinuaciones de los pretendientes:

—El suyo quedará decir...

—El nuestro, Milla, ¿qué no me dijo Ud., que después de la vendimia resolveríamos este asunto?

Contestó suavemente:

—¡Yo no tengo que hacer ningún viaje! Estoy muy bien aquí.

Esta respuesta exasperó al joven.

—¿Eso quiere decir que todo ha terminado?

Sus ojos verdes estaban secos, fríos: habían perdido ese frescor húmedo que los hacía tan tiernos; una violenta cólera pasó por ellos. Apostrofó ásperamente, en un tono agudo y tembloroso.

—¿Y creía que me iba a ir con Ud.? ¿Con el primer aparecío que llegara? ¡Eso no lo piense!

Su boca torcíase con un soberano rictus de desprecio; sus manos convulsas apretaban la blusa que cosía en el instante de ser llamada.

—¡Váyase Ud. solo si quiere!

Y sin esperar la respuesta de Mateo entró en el pasadizo. Un asombro ingenuo lo había paralizado. Quedó algunos instantes silencioso, en una deplorable actitud de perplejidad. Luego avanzó hacia el corredor.

—Milla, oiga Ud. por favor.

La niña no contestó. El se encogió de hombros con un gesto de profundo desaliento; ese encogimiento de hombros explicaba, sin embargo, su estado de alma. ¿Qué significaba aquello? ¿La niña no lo quería? ¿Era posible que rechazase un marido a punto de ser madre?

¿Habría influído acaso en ese cambio repentino la hostilidad con que sus amigos de antes la rodeaban, el desamparo en que lo veía ahora, en medio de los cerros, por el traslado del juez Gutiérrez? Si era esto, tenía la zurzulita una alma mezquina y pequeña. La moral heredada de sus padres españoles, moral de vieja raza mística no permitía que Mateo se diese cuenta de ese curioso caso de mujer, arisco e independiente como la tórtola de los bosques, que miraba al macho no como un marido, sino como un hombre; la maternidad había despertado en ella ese rudo egoísmo de clueca. Sin prejuicios en este punto, parecía decir que el hijo era sólo de ella y para ella.

Bajó rápidamente del corredor y subió a su cuarto. El problema se había resuelto ya. Nada tenía que hacer en adelante en Millavoro: restábele sólo una opresión aguda en el ánimo, como una vieja herida que volvía a palpar después de muchos años de estar cicatrizada; aquel año campesino era como un lejano cautiverio, lejos de la civilización y del mundo del cual iba a libertarse muy pronto. Volvería a Loncomilla y a su vida antigua de la cual no debió salir: la ruta señalada por su padre era la única que debió seguir.

Sentóse en la cama: miró distraídamente su caja de coligial, su ropa de pueblo, colgada de unos clavos, los libros que se amontonaban en el suelo, llenos de polvo.

—Hay que avisarle a on Varo para que los lleve en su carreta, piensa serenamente.

Luego recuerda a Milla, su esquivia ternura de los primeros tiempos, la rudeza posterior de sus maneras, la chiquilla rubia que lo llevó de la mano, en la noche, a un rincón del bosque; y a su hijito: aquí se detiene con ternura. ¿Sería hombre o mujer? ¿Cómo sería su cara? ¿Correría por los cerros como Quicho, tostado el rostro, quebrajados los pies o se moriría amoratado y exangüe en un invierno crudo, como el hijo de on Varo?

Se levanta excitado, nervioso. Se pasa la mano por la frente y vuelve a sentarse.

—¿Qué le vamos a hacer al fin? ¡Esa es mi suerte!, se dice en alta voz.

Al Domingo siguiente Mateo se despertó muy tarde. Había decidido aplazar su viaje hasta después de la fiesta de San Francisco, pues on Varo no pudo disponer a tiempo de sus bueyes y de su carreta.

Reinaba en el campo un silencio amenazante; no se oía ninguno de los ruidos habituales en las mañanas campesinas, ni una voz humana, ni un ruido de carreta, ni un ladrido de perro.

Se levantó rápidamente con terrible sobresalto. ¿Qué significa esto? pensó.

Tiritaba como sucede en el campo cuando una nube oculta el sol y un escalofrío estremece a los árboles. Oyóse el clarinazo de un gallo que se esparció reconfortador y generoso, en el silencio. Se fué tranquilizando poco a poco.

Salió al patio: era un día tibio, limpio, de luz suavísima: ni una nube arrugaba la tersa hondura del cielo, ni siquiera el pestañeo de unas alas.

El silencio era el mismo: la casa estaba abandonada momentáneamente. Las gallinas discurrían tranquilas por el patio y el gallo, de sanguinolentas mollejas, picoteaba en la alfombra de oro del maíz puesto a secar en unas tablas sobre el horno; su cabezuela vanidosa, como la de un cacique, cargado de caravanas, avizoró inquieta al sentir los pasos de Mateo.

En su deseo de disculpar todas las acciones de los demás, creyó comprender, por último. La casa entera había emigra-

do a la fiesta de San Francisco, en la aldea; hasta los perros como era natural.

Sintió hambre; y entró al comedorcito de la escuela: posiblemente allí había harina: curioseó en el aparador rústico, pero no había nada; sólo un mendrugo de pan duro, que tuvo que arrojar por no poderle hincar el diente.

Una irritación aguda se iba incubando poco a poco en su interior, como un veneno lento. Hablaba en voz alta dando patadas en el suelo y apretando los dientes:

—¡Pero es el colmo! ¡Esta gente no avisa! Se manda cambiar aunque uno se muera de hambre. ¡Huasos cochinos!

Se le ocurrió la idea de registrar la casa; al hacer esto, el mismo se daba cuenta que lo que deseaba ver era el cuarto de la niña. ¡Es curioso! pensaba, hemos vivido juntos; y sin embargo, apenas la conozco. Me consideraron siempre como un forastero, a pesar de todo. Esto ya se acabó definitivamente! En el cuartito de Milla se habían amontonado los útiles de la escuela: el contador, una pizarra, algunas bancas, Cerca de la ventana, la camita blanca. Se le ocurrió la idea de pureza, pero se sonrió vanidosamente en seguida. Sin embargo, no había dormido allí: su lecho de virgen permanecía libre del contacto masculino. En la mesita de cañas tictaqueaba el pequeño despertador que en época feliz silabeó su nombre; al pie de la cama había un viejo baúl de cuero verdoso. Mateo levantó la tapa que chocó secamente con el respaldar del catre; había una masa esponjosa de ropas blancas con el vago azul del desmanche, pero quedespedían esa frescura bien oliente de las cosas lavadas. Le llamó la atención de improviso una manga pequeña que sobresalía de entre las enaguas; era una camisita de niño, pequeña, graciosa, liviana como un puñado de pétalos blancos; una ternura suave apretó su corazón y subió a sus ojos. ¿Por qué Milla había cambiado en esa forma súbita e inexplicable? Mateo se da cuenta que hay en ella algo de instintivo, de violento, de inasible para su espíritu de hombre de ciudad; él ya no es nada para ella; un egoísmo extraño, nacido en la soledad del rincón de montaña ha brotado súbitamente con la maternidad. Sus antecesores, los soldados campesinos debieron proceder en una forma muy distinta con las hembras que vivían con ellos;

no debieron ser buenos como él. Milla se dejaba arrastrar por esa costumbre ancestral hecha instinto; consideraba al hijo como de ella solamente y el terrón donde nació la atraía ahora con las mismas raíces que a su padre; era como las vainas de los frutos que se abren automáticamente en una época del año para dejar caer la pelotita coriácea de la semilla a los pies mismos del árbol en que germinaron.

Cerró despacito la caja que le trajo la idea fúnebre de un ataúd. Recordó el velorio y el angelito de mejillas de carmín, con sus alas de cartón, cubiertas de papel plateado y el mosconeo del rosario alrededor del místico altarcito; apareció el cementerio de aldea, al pie del cerro polvoriento, con sus cruces podridas y sus coronas desteñidas y tan aguda fué su angustia que sus turbias pupilas giraron medrosamente por el cuarto silencioso como si hubiera sentido a su alrededor el hálito de invisibles espíritus. Avanzó hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral; en la pequeña cómoda, cubierta con un paño tejido, había un retrato de on Carmen Lobos; un viejo retrato de aldea, amarillo y ridículo: estaba de pie, con su mantita corta de huaso y grandes espuelas; en una silla, en la que apoyaba su mano, había un sombrero de anchas alas; tenía una expresión ingenua de huaso bonachón, muy otra de la de él. Lo sacó del marco de celuloide para ver si había una dedicatoria: con letra temblona y dispareja lo dedicaba a su amigo Juan Aravena. Tuvo un movimiento de cólera y cogió el retrato; pero luego lo dejó, encogiéndose de hombros. Aquel huaso los había despojado de todo, y sin embargo, conservábase su retrato como el de un pariente que no se olvida, orgullosos de la dedicatoria hipócrita. Acercábase a ella, cínico y sensu: l y ella, sin embargo, lo defendía... ¿Qué extraño lazo había entre ellos?

El, en cambio, era mirado como extraño, a pesar de su nobleza generosa; un aparecido, como lo había llamado Milla; en la entrega de la niña había más de la siesta cálida del bosque en primavera, que de su voluntad. Aquellas piedras puntiagudas daban a los hombres una complexión egoísta y astuta como a los zorros de las risqueras.

La luz amarilla que hacía más visible la sequedad de la

tierra lo deslumbró; esta soledad que reinaba por todas partes le daba la impresión de estar abandonado en un mundo desierto: el silencio en plena luz, la columna de humo de la cocina, prometedora del almuerzo que ahora aparecía enhollinada y muerta, la modorra de los cerros, envueltos en su azul respiración, era aplastante, insoportable. Se decidió a ensillar el caballo y marchar a la aldea; en cualquier rancho podía almorzar y volver a Millavoro hasta el día esperado de su vuelta al pueblo. No se veía al caballo en el potrerrillo del cerro; la silla, igualmente, cuando volvió para cerciorarse, no estaba en el caballete bajo el corredor.

—Pero esto es inicuo, insoportable... Un abuso.

Sus labios se apretaron con rabia; luego mordióse furiosamente las yemas de los dedos. Sentóse en el filo del corredor, con la cabeza en las palmas de las manos.

Los jilgueros, en ruidosas bandadas, pasaban de la chacra completamente seca a los tunales, cuyas toscas palas de un verdor plateado dibujaban sus óvalos espinudos en en el fondo pardo del cerro sin yerbas. Se levantó decidido. No había más remedio. Iría a pie a la aldea.

A pesar de ser el medio día, el sol no era ya suficientemente fuerte para calentar la tierra. La anemia otoñal hacía palidecer su luz cada día. De la sierra bajaba un vientecillo blando que movía las hojas de los arrayanes y canelos de los bosquecillos, opacados ya por las heladas. La campiña otoñal, con sus rastros pardos y sus viñedos tostados, estaba completamente desierta; en un corralillo blanqueó un grupo de cabritos que lo miraban curiosamente, levantando sus cómicas cabezuelas de barbillas temblorosas; ni los pastores habían dejado de ir al altar del santo milagroso: él cuidaría del rebaño en la ausencia de su dueño. Cuando llegó al terreno plano, a la derecha del rancho de on Varo, el aire puro estremecíase con el largo volteo de las campanas; la onda armoniosa uníase a la cálida vibración de la luz otoñal. Mateo sintióse reanimado al oírlas. Su corazón alegrábase con la cercanía del hombre, aunque éste le fuese hostil y odioso. Pensó que en la casa de on Varo encontraría harina para un ulpo, porque el hambre lo hacía desfallecer. La enorme higuera empezaba también a marchitarse; una que otra hoja caía de vez en cuando produciendo al chocar

con las que aun quedaban, un ruido áspero de latas mohosas. La abuela centenaria no había ido a la fiesta: estaba sentada en un pisito de cuero en el corredor. Pareció no darse cuenta de la llegada del forastero; tenía un aspecto momificado de india vieja, con sus mechones que no habían logrado encanecer en el hueco de las sienes. Los ojos muertos y lacrimosos estaban clavados en las manos largas y flacas como garras, agitadas por un temblor constante. Le dirigió la palabra a pesar de que estaba seguro que no oiría ni menos daría una respuesta.

—Diga, señora, ¿no habrá un poco de harina por ahí dentro?

Entró, sin embargo, a la choza. La cabeza de la anciana tuvo un leve movimiento hacia abajo; la mano rugosa tembló un poco más sobre la franela sucia del vestido. Encontró un poco de harina añeja en la alacena de la cocina; luego descolgó un racimo que, como en el corredor de su casa, pendía de una viga de la ramada.

—Adiós, señora; yo le avisaré a on Varo el robo. . .

Experimenta una extraña vergüenza, como si el robo lo hubiese efectuado realmente y no miró hacia atrás.

Al acercarse al camino, por sobre el campaneó precipitado, oíase un rumor vago, indefinido, de marea, de muchedumbre en marcha; era un murmullo sordo que no apagaba la voz de los campos, el canto del agua, en el único estero del valle, la greguería de los jilgueros en los rastrojos. Una nube de polvo rojizo marcaba el camino, por encima de los matorrales y zarzas de la carretera: numerosas familias de campesinos que iban hacia la aldea o volvían ya a sus ranchos, los que vivían muy lejos; lentas carretas que unían su chillido interminable al murmullo de la conversación, caballos lentos en cuya grupa angulosa iba una vieja o un chiquillo, bajo un quitasol rojo o azul. Nunca vió tan animada Mateo la carretera seca y rojiza en medio del valle pardo y sucio; formaban un cortejo policromo y chillón, una corriente pintoresca que no terminaba nunca; parecía bajar de los cerros y se perdía en el camino polvoriento, en el rojo incendio del sol.

Mateo se dirigió pegado a la cuneta para no detenerse.

A la entrada de la aldea, los huasos topeaban bullangueros frente a un *varón* y bajo un cobertizo de ramas oscuras

de arrayán: movíanse las grupas pesadas de los mancarrones de los fundos del otro lado, y la ola multicolor de las mantas, entre gritos y vociferaciones extravagantes; de cuando en cuando se elevaba sobre el bullicio la voz aguda de una cantora y el tamborileo precipitado y uniforme de las cuecas o un huaso, montado en un enorme caballo, *limpiaba la cancha* atropellando todo lo que tenía por delante.

Cada rancho y cada casa aldeana se había convertido en una chingana que vibraba con el zapateo y el hueco tamborilear de las vihuelas.

Después de cumplir su manda al santo, los campesinos daban desahogo a su alegría animal. La nota movible y cruda de las mantas animaba las callejuelas que Mateo vió desiertas en el verano; en el fondo de los patios los parrones amarilleaban sobre la vieja armazón que los sostenía; el otoño había enmohecido la abundante fronda de un viejo castaño, en un solar sin tapias.

La corriente de romeros que iban hacia la iglesia era tan numerosa y compacta que Mateo se encontró, sin darse cuenta de ello, en medio de la muchedumbre. Veía junto a él mantas granates con franjas amarillas y a sus espaldas mantas amarillas con listas granates, pero rematadas en cabezas rudas, de facciones toscas, con barbas semejantes a la cabeza de los cardos o a los mechones de los choclos; unas pupilas frías, mortecinas, que no miraban a ninguna parte coronaban esas greñas selváticas.

A pesar de que el sol caía a plomo, a esta hora sestival, sobre las mantas y las chupallas desteñidas, el olor de la muchedumbre no era desagradable; un olor seco, de ramas calentadas por el sol, de viejas maderas, desprendíase de sus pieles curtidas por el viento libre de la campiña.

A medida que avanzaban hacia la plaza, la caravana era aún más densa y más compacta. La onda de mantas se juntaba a veces bruscamente o se apartaba sin esfuerzo, cuando la presión de un grupo zagüero disminuía.

Oíase sonoro y armonioso el repique de las campanas. Mateo distinguió ahora claramente el grave són de una campana grande y el volteo alborozado, como de ligeras risas entrecortadas, de una campanita juguetona.

Alguien murmuró a sus espaldas:

—¡Ya viene la procesión!

—Salió de la iglesia, dijo otra voz.

El rumoreo de la multitud que deambulaba en la plaza y en las calles contiguas de la aldea, demasiado pequeña para tanta gente, subía al espacio como un reflujo vago, la voz callada de una corriente subterránea. A ratos, cuando disminuía el vigor del campaneo (tal vez la mano del sacristán se había cansado) se acentuaba ese indefinible clamor ensordecido que producen las multitudes aunque estén en orden; es como si de cada cuerpo emanase suavemente al exterior el murmullo de la vida fisiológica.

Mateo ya no razonaba ni pretendía apartarse de la corriente. Su voluntad se había fundido en otra voluntad poderosa e invisible. Obedecía automáticamente a los menores vaivenes de la ola humana; sus emociones habían desaparecido. No recordaba nada: sentía como vacío su cerebro.

Por una de las bocacalles de la plaza asomó la cabeza de la procesión; los que iban a su encuentro se pegaron a las paredes, subiéndose a las disparejas aceras para dejarla pasar y unirse al río de fieles que seguía a la imagen milagrosa. Mateo distinguió la figura del cura Olgún revestido con su capa pluvial, cuidadosamente rapado; su cara morena, medio azul en las quijadas, había adquirido un tinte beatífico y uncioso. A su lado marchaban los monaguillos o ceraferarios, con sus blancos sobrepellices bordados. La llamita cárdena de los velones de cera apenas se veía en el aire soleado. Más atrás venían dos franciscanos con roquetes; y luego el grupo de los vecinos prominentes, con velas en las manos, cuyas llamas se alargaban, chorreando esperma como ojos irritados por un exceso de luz; con igual compunción marchaba también on Carmen entre ellos.

Los fieles se unían ahora a la columna; y Mateo alcanzó aun a percibir la cabeza del santo, con el cerquillo y la sotana cafées, la cara macilenta y dura de imagen de madera barnizada, balanceándose sobre las cabezas oscuras como sobre una extraña corriente que arrastrase troncos y cardones; al volver una esquina y ralea las filas de la procesión, vió para no olvidarla más, la cara dolorosa de un viejo

que sostenía en sus hombros uno de los maderos de las andas; los músculos sueltos de su cara, rayada como un barbecho y la boca entreabierta inclinábanse, en un rictus trágico, hacia el hombro que resistía el peso.

Parecíale a Mateo que aquellos cuerpos desconocidos, de campesinos de toda la cordillera de la costa, se fundían en un solo organismo monstruoso que corría en pos del milagro con ciega y desesperada fe. No oía ya las campanas: una voz anónima iniciaba una especie de letanía que coreaba sordamente el monstruo con un rugido uniforme y entrecortado como el rodar lento de un trueno lejano.

Los marcos de las puertas y las cornisas de las casas aldeanas estaban adornadas con frescas guirnaldas de arrayán; por los huecos de las ventanas abiertas asomábanse cabezas de viejos que no habían podido salir de sus casas y que dándose golpes de pecho imploraban la piedad del patrono del pueblo, al cual veían quizá, por última vez; en otras, donde se bailaba, interrumpíanse de golpe los tamboreos de guitarra y los huasos borrachos persignábanse torpemente equilibrándose en sus piernas debilitadas por el alcohol. El monstruo se deslizaba por las calles de las afueras hacia el pequeño cementerio aldeano, para volver a la iglesia por el otro extremo de la villa. Mateo miró correr las murallas de toscos adobes, donde crecían mechones de pasto, con angustiosa emoción; no se veían las tumbas ni las cruces podridas, pero se las imaginaba desoladamente tristes en su rincón cerrado. La sangre golpeaba sordamente sus sienes quemantes; sus piernas flojas apenas le obedecían. Hubiera querido dejarse caer al suelo; y se veía con una agudeza alucinante, pisoteado por las ojotas sucias, por aquellos cuerpos duros y brutales donde nacía el miedo al más allá como un fermento acre y envenenado.

Al entrar de nuevo en la aldea sintióse más desahogado: veíanse desde allí las montañas del Oriente, el alto murallón por donde caracoleaba el camino del valle central. Otra muchedumbre igual subía y bajaba por la espiral rojiza de la carretera como una hilera de hormigas; la mancha de los bosques parecía desteñida con el polvo que durante el día entero flotaba en los árboles y que ensangrentaba ahora el sol de las cuatro.

Al internarse en la calleja, Mateo la reconoció: era la calle donde vivían Las Bueyes Negros y donde almorzó al día siguiente de llegar a Millavoro; trató de ocultarse detrás de un viejo corpulento que marchaba a su lado; pero sin apartar los ojos de las ventanas abiertas: en la puerta estaba sólo doña Patricia, que se santiguó cuando el santo desfiló frente a ella. En la última ventana estaba don Juan Aravena que se golpeaba el pecho devotamente al sentir el estruendo de la procesión en marcha. Su corazón se encogió dolorosamente. Luego Milla había venido a esa casa, donde se la esperaba aquella noche lejana de Diciembre, sin remordimiento de ninguna especie. ¿Qué más da? Consolóse en seguida. A fin de cuentas tenía razón ¿qué habría hecho él con esa aldeana cursi en Loncomilla? Las cosas se habían arreglado convenientemente, y no había más que hablar.

La muchedumbre volvía de nuevo a la plaza, que negreaba de peregrinos. Al aparecer la imagen, el campaneo debilitado se hizo vigoroso y ensordecedor: una loca embriaguez dominaba al campanero. La torre de madera, blanqueada como un castillete de merengue, crujía a cada golpe armonioso, bronceado, de la gran campana y la campanita pequeña agitaba desesperadamente, como si no quisiese quedarse atrás, su badajo cristalino y precipitado.

Los peregrinos que estaban en la plaza se replegaban al interior para dejar paso a la ola de ponchos que avanzaban hacia el templo; por la única puerta de la iglesia, abierta de par en par, veíase la constelación de luces de los altares iluminados.

En el atrio, a ambos lados de la puerta, movíase un extraño grupo de inválidos: ciegos de anteojos negros se eternizaban con las manos estiradas hacia adelante; un santero permanecía inmóvil frente a su baratija, colgada de la pared de la iglesia; la luz del atardecer se espejaba en los vidrios de las estampas, formándole al hombre un halo centelleante; en la escalinata del atrio había varios cretinos de astrosos harapos y descuidadas cabelleras, que escuchaban emboados el concierto de los bronce. La cabeza de la procesión con sus velones de cera y sus frailes llenos de lentejuelas chispeantes, penetraba en la boca luminosa de la iglesia.

Mateo alcanza a distinguir la sotana lustrosa y la faz de un rosado sucio de la imagen milagrosa que se balancea sobre un mar embravecido de cabezas; al subir las andas los escalones del atrio se detiene un segundo; la cabeza dura, recortada, se inclina con sus ojos mortecinos sobre los pelos ásperos de los huasos. La muchedumbre se aparta a su alrededor con un sordo clamoreo; estalla como un trueno la emoción lugareña, el grito primitivo de su fe:

—¡Viva San Francisco! ¡Viva San Francisco!

Es un vocerío delirante, entrecortado, que llena el aire de un extraño estupor: el claro cielo de otoño se extiende inmenso y puro sobre los olmos; unos pajarillos vuelan asustados sobre los techos de las casas.

Mateo oye al frente, atrás, a su costados, el grito de los fieles, el rugido cavernoso en que estallan sus gargantas, el impulso vago e indeterminado de su aspiración religiosa. Iluminados, inconscientes, se atropellan como un rebaño asustado, para prolongar algunos minutos este contacto con el milagro salvador, el miraje confuso que les dará chacras abundantes y agua en la sequía, viento para las eras y remedios para las reumas de los inviernos.

—¡Viva San Francisco! ¡Viva San Francisco!

El rugido va muriendo poco a poco en la larga columna, detenida sobre el atrio de la iglesia. Entonces se oye el sordo estruendo de la campana de bronce y la risa del esquilón de plata, contagiados también con la fiebre mística.

Al desaparecer la imagen tras el arco de la puerta, la muchedumbre se precipitó desbordada en el templo; la marejada coge a Mateo por el medio a pesar de sus esfuerzos por quedarse fuera. Ya no ve los caserones ni el gentío amontonado en la plaza; no distingue sino mantas oscuras y claras; rostros de bestial tosquedad; barbas negras y desgreñadas que le parecen todas iguales. El aire vibra en el interior del templo, calentado por la temblorosa palpitación de los cirios en los altares. Un sacerdote va a hablar al pie del púlpito; es un hombre alto, de salud rebosante. Los peregrinos se apelotonan a su alrededor como una ola cuya carga de espuma gira deshecha alrededor de un escollo.

Mateo no oye sino unos vocativos estentóreos:—Amados hermanos, devotos peregrinos...

Las filas de huasos vuelven a estrecharse, las espaldas coinciden milagrosamente con los pechos y como una sola masa se estrellan contra las paredes. Se oyen palabras aisladas: una penitente va a cumplir una manda. En el estrecho pasillo formado por los romeros, avanza una mujer de rodillas; siéntese el golpe sordo de las rótulas, envueltas en el vestido, en las losas del templo: es una cara blanca de tísica, de ojos iluminados por la fiebre; una faja de luz que se tiñe de rojo y azul al atravesar los vidrios pintados de un ventanal, aureola, dándole vida milagrosa su rostro anguloso y estragado; una tos seca la detiene de cuando en cuando, pero una férrea voluntad la empuja hasta el altar del santo. Las miradas frías, indiferentes de los campesinos caen sobre la miseria de su vida como una helada invernal.

Hay una gran puerta a la derecha que da a la rectoral donde vibra un retazo de la tarde otoñal. El río humano comienza a vaciarse lentamente por allí. Las cabezas envueltas en la penumbra del templo, se iluminan un segundo al bañarse en la faja de luz que viene de afuera.

Mateo se siente ahora dueño de sí mismo; puede moverse libremente. Le parece, al no percibir el contacto cálido de los cuerpos a través de las mantas, que ha salido de una pesadilla; que ha libertado sus miembros de apretadas ligaduras. Va escurriéndose hacia la puerta. Un Cristo de traje rojo, cargado con la cruz, le evoca un segundo aquella cara de viejo, con la lengua afuera, resistiendo el peso del anda al doblar una esquina, con un gesto anquilosado de títere.

Es agradable el aire que se respira afuera, a pesar de que un gentío renovado sin tregua deambula por las avenidas o se detiene frente a los mostradores de sarga de los tenduchos improvisados, pero este gentío ha salido ya de su borrachera mística, ha pagado ya al santo su manda de dinero o de velas; y hace sus compras frente a una talabartería donde hay aperos de montar o devora cachazudamente un plato de sopaipillas pasadas por obscura chancaca. Chirrían las negras sartenes donde saltan las pequeñas

empanadas de oro. Una vieja de anguloso rostro, sentada en un pisito de paja, con dos pepas en las sienes, chupa un cigarrillo de hoja con tal fruición que sus mejillas se hunden dejando en la cara huecos como los de las pelotas sin aire.

En la torre, las campanas han callado súbitamente; un vuelo de palomas se ha detenido en el tejado del curato: una quietud deliciosa, aterciopelada, suaviza el sordo rumor del gentío; a veces un poco de aire frufujea en la ramazón seca de los olmos y mueve una chaqueta y unos pantalones sujetos a una puerta en una tienda aldeana, que semejan un huaso colgado del dintel.

Vuelven a aparecer netamente sus sensaciones adormecidas; todo se le antoja lejano, borrado, como visto en sueños. ¡Qué solo se siente de nuevo en la vida! Piensa: habrá vuelto Milla a Millavoro? Lo acomete irreflexivamente el impulso de marcharse; quién sabe si ya la niña ha cambiado su decisión; pero él permanecerá enfadado a pesar de todo. ¡Ah, no! ¡Podría echarse a perder definitivamente!

Frente a él pasan dos mujeres de manto; por la estatura le parece una la señorita Tencha Espejo; la otra es alta, de andar inseguro. ¿Será ella? Camina algunos pasos en la misma dirección, pero se detiene nuevamente.

Por la calle, pasan al galope, levantando polvaredas rojizas, hacendados ricos de los fundos del valle que se zangolotean ridículamente, encajados en sus sillitas minúsculas sobre sus pesados caballos, entre él ríau ríau metálico de sus espuelas. Se vuelve sorprendido de pronto. Alguien ha tirado de su chaqueta. Samuelón está frente a él, jaspeado del polvo de las calles; ha aprendido el gesto pedigüeño de los mendigos y alarga su manota anquilosada de trabados dedos. Y este es el dueño del valle, el que podría, si una luz brillase en las torvas pupilas, pulverizarlos a todos; si alguien, el santo, por ejemplo, cortase el hilo que lo mantiene sujeto a una noche eterna. Le da una moneda y el tonto la agita gozoso.

—El Manqui! el Manqui! gruñe saltando.

Oye la vocecilla cómica de un vejete con cara de cabro que grita incesantemente.

—A juar, a juar a las pintas! y se siente el redoble de los

dados que corren por una batea cuadrículada como un tablero de damas. Un hombre rubio le ofrece chamantos araucanos, con acento extranjero. A Mateo le produce profunda extrañeza este sajón en la aldea perdida; y mira con simpatía la rumba esponjosa de tejidos indígenas sobre su hombro, teñida con anilinas raras que remedan la piel de las culebras.

Dos veces ha creído reconocer a on Carmen Lobos con su traje de parada, el sombrero de paño con barboquejo y el cuello bajo. Experimenta un morboso deseo de volverlo a ver y sus ojos no se separan de la puerta de la casa parroquial por donde debe salir al fin y al cabo. Siente otra vez el tironeo de la chaqueta. Samuelón está ahí de nuevo; ahora se ha traído un compañero. Un hidrocéfalo de espantosa cabeza que alarga su mano tímidamente, como si no se atreviera a estirla más. Mateo ve que se pega al costado con un temblor histérico, como si estuviera atada a él. Deja caer una moneda para librarse de ellos. Observa que los campesinos ociosos empiezan a interesarse en la escena.

Samuelón vuelve a tirarle confianzudamente de la chaqueta. Se vuelve fastidiado, pero esta vez el tonto muestra la puerta de la parroquia:

—Trapi, Trapi, Trapi...

On Carmen está en el filo de la acera. El comandante de policía, vestido con sus arreos militares, se inclina un poco en su silla para oír lo que éste le dice animadamente. Dos soldados esperan que el jefe se desocupe, la carabina terciada a la espalda; luego hace un saludo amistoso y emprende el galope. On Carmen atraviesa la calle con su pasito corto de huaso; su cara roja se destaca crudamente bajo la sombra de su sombrero de paño. Mateo se escurre entre los huasos, con astucia instintiva. No querría, no se da cuenta por qué, que el administrador sepa que está en la aldea y que la zurzulita lo ha mandado a paseo.

Ve que atraviesa la plaza en dirección a la callejuela donde viven las Espejo.

Siente el deseo de acercarse a la casa, observar lo que en ella sucede, talvez ver a Milla. El crepúsculo empieza a penumbrar la aldea y todo se baña ya en su ceniza húmeda.

La multitud se aleja poco a poco de la plaza hacia los campos. Se para en la esquina y se decide a volver a la plaza de la aldea. ¿Para qué insistir? Ahí se armará la remolienda. Eso es lo que a ella le gusta. La ve, roja por las mistelas bebidas, bailando a pesar de la preñez. Eso qué me importa! Lo que me importa es mi caballo. ¿Por qué lo han utilizado si no les pertenece? Ese sí que es un abuso de confianza! Insiste en este detalle como en lo único verdaderamente lamentable de la historia. Sobre todo que tiene que hacer un viaje largo al día siguiente.

Es fría la noche otoñal, de una negrura líquida donde tiritan las estrellas con lejanos escalofríos. En las pequeñas cocinerías de uno de los costados de la plaza rojean las llamas humeantes de los chonchones; grupos de viejas y huasos, sentados alrededor del hule de las mesas, que de los ranchos han venido a la aldea, sopean sus cazuelas; sus rostros de viejas maderas lustrosas tiemblan en el resplandor movable de la luz. A veces el traqueo de un volador que sale de la iglesia conmueve el aire y rasga, con su espada luminosa, la masa de sombras húmedas.

Aquellos platos olorosos, el baile de las hinchadas empanaditas en la negra sartén bulliciosa, abren súbitamente su apetito. Se sienta en una silla que una vieja acaba de abandonar, entre un muchacho joven y una mujer de arisco perfil en cuyas orejas tiemblan unas caravanas amarillas en forma de lira; la puerta de la iglesia se ve iluminada, como si un incendio hirviese en su interior. A veces un soplo de aire agita las copas de los árboles y una baya rebota en los rimeros de platos con un ruido seco. Como un murmullo permanente llena el silencio el tamboreo incesante de las arpas y guitarras en las chinganas; un borracho inicia un aire de cueca que no tiene fuerzas para continuar. Llega hasta su cara el vapor caliente de la cazuela que acaban de colocar frente a él.

XXIII

EL CONDÍSCÍPULO DE PURAPEL

Mateo siente una mano que se apoya familiarmente en su hombro; una voz que no reconoce, dice al mismo tiempo con cierto empaque solemne:

—¿Cómo está don Mateo Elorduy?

Se vuelve sobresaltado. Se ha imaginado por un segundo que es un mensajero de don Carmen que viene a buscarlo o a armarle camorra. La cara, que apenas distingue en la media luz fluctuante del candil, no le es desconocida; aparece roja, casi desollejada, y termina el cuerpo de un hombrecito pequeño, cuadrado, vestido como en la ciudad. No es un huaso el que está frente a él:

—¿Pero no me conoces hombre? Este poeta ya no recuerda a los amigos!

Mateo se levanta por deferencia. Mira fijamente al hombrecito, sin reconocerlo aún:

—Realmente no recuerdo. Disculpe Ud... si me dice su nombre...

—Ah! Así no tiene gracia... Hay que recordar a los amigos...

El hombrecillo rojo está achispado: un fuerte hálito de vino impregna su respiración.

Otra voz que resuena en la sombra, lo invita cortesmente:

—Dígale su nombre.

Avanza, al mismo tiempo hacia Mateo con la mano extendida, deseoso de terminar cuanto antes la broma. Mateo

reconoce al tinterillo radical que ya no tiene pleitos en la aldea:

—Fué compañero suyo en el Liceo de Talca, señor Elorduy... del mismo curso... Se llama Héctor Marín... Yo le hablé de él el otro día, pero no sabía que eran amigos...

Esta vez Mateo recuerda. Ha debido estrujar del títere que tiene delante, hinchado y astroso, un individuo distinto, juvenil, de ojos frescos, con su traje raído de interno, echado en las bancas del Liceo tomando el sol. Recuerda aún más: tenía fama de inteligente, de muchacho listo.

Le toma la mano con verdadero afecto, con un afecto sincero *que desarma la hostilidad del otro*.

—¡Pero que cambiado está Ud., querido amigo! ¡Nunca lo habría reconocido!

—La vida lo gasta a uno, amigo... Usted, en cambio, está casi igual... Pero vámonos a mi casa... Allí conversaremos.

Mateo atraviesa la plaza entre los dos amigos. Siéntese bien ahora. No puede remediarlo. Su inquietud ha volado lejos, apenas ha visto cerca la sombra de un afecto. Sería tan feliz si todos los hombres fueran buenos: no luchar sería su única aspiración en la vida. Atraviesan de nuevo casi toda la aldea; en las casuchas de barro y paja vibra el pal-moteo de las cuecas y el tableteo exagerado de las guitarras, que se alterna con huifas de borrachos y chocar de vasos. Frente a las boca-calles negras siéntese ruidoso sofrenar de cabalgaduras entre juramentos sordos.

Héctor Marín se adelanta unos pasos y se detiene frente a una casa de corredores, cuyos pilares más claros se destacan en el fondo negro, cansados y tristes. Héctor Marín empuja una pesada puerta que rechina y enciende un fósforo: en la mancha de luz, Mateo percibe el escudo de las Escuelas Públicas; el fondo del pasillo recorta un pedazo de noche estrellante y el puñado de luces de bengala de un volador, seguido de su traqueo característico.

Marín empuja una puerta de la derecha. Enciende una lamparilla sin pantalla, con el tubo quebrado que humea lamentablemente e invita a sus amigos al interior. Hay en el medio una mesita con el hule descascarillado, lleno de los redondeles de las botellas. La pieza es el comedor induda-

blemente. Las paredes encaladas están llenas de desconchaduras y de los estrafalarios dibujos dejados por las goteras al escurrirse: en la viguetería rojiza se mecen pesadas telarañas, cargadas de tierra. Marín ofrece sillas: esas toscas sillas de totora de las aldeas.

Luego sale hacia afuera. Oyese su voz que llama a alguien en el interior.

Mateo pregunta al tinterillo:

—¿Vive con su familia, Héctor aquí?

El aldeano se ríe muy alborozado. Luego explica complacido:

—No señor, vive solo. . . . Su papá es don Héctor Marín, que ha sido gobernador del departamento. . . . Un caballero muy bueno, de lo mejor de por aquí.

Vuelve a entrar Héctor Marín, sobándose las manos:

—Tengo una chichita mandaruna. . . de la cosecha del cura Olguín. . .

Los ojos del tinterillo brillan un segundo; sus mandíbulas se mueven golosamente al oír la noticia; pero su amigo, que ha notado el cambio, se apresura a rectificar:

—Pero esta chicha es pa feriar al amigo Elorduy, del gusto de tenerlo por acá. . . . Al amigo Juan de Dios le daremos agua, d'esta agua e Purapel, que parece chicha por el color. ¿No le parece?

Don Juan de Dios hace un gesto de asco y escupe sonoramente:

—Esa agua no'es más que para revolver los pirgüines en el estómago!

Ambos ríen estrepitosamente. Entra en ese instante una vieja flaca, cuyos zuecos viejos se arrastran en el suelo desnudo. Trae una botella de agua en la que bazuquea un líquido color de greda con un filamento de espuma alrededor. Marín llena los vasos y sirve a sus invitados. Es agradable la chicha nueva que sonajea en el vaso como si aun estuviera fermentando.

El tinterillo chasquea la lengua con placer; sus ojillos parecen esconderse aún más en los carnosos huecos de las órbitas:

—Esto es lo único bueno que hace el cura. . . . ¿No es cierto, Meza?

—No siempre tá el huevo onde cacarea la gallina, on Héctor...

Héctor Marín anuncia que ha mandado a la vieja a hacer una cazuelita mandaruna. Meza prorrumpe gozoso.

—Aquí me entro que llueve... Oña Menche es como encargá pa las cazuelas.

Pero Mateo empieza a aburrirse de la larga noche que le espera; y de los vasos de chicha que deberá tragar por cortesía.

—Le agradezco mucho, querido amigo... pero debo irme. Se me hace tarde...

A un ademán de ponerse de pie, Héctor Marín lo hizo sentarse de nuevo, apoyando su mano en el hombro:

—No se va, amigo Elorduy... no se va... ahora tiene que sacrificarse por los amigos...

—¿No es cierto, Meza? Si no es por éste, no sé que el gallo de Millavoro... el que le sobó la badana al subdelegado era mi amigo...

Mateo, resignado, se acomodó en su silla. El tinterillo llenó las copas de nuevo, sirviéndoles acto continuo:

—Fuego onde no se echa leña, si'hace ceniza. ¿Salucita, no?

—Eso es, amigo... El primero lleno y los demás lo mismo, como dice tu hermano...

—Es que yo sé onde el diablo tiene las uñas...

Mateo preguntó a su amigo desde cuándo era ayudante de la escuela.

Marín soltó una carcajada hueca, astillada, como la de su amigo y correligionario.

—Director, amigo Mateo, ¿qué se creía? Director y Ayudante, todo junto, porque la escuela es rural...

Y excitado, rojo, tartamudeante, cínicamente desvergonzado, empezó a dar detalles de su vida:

—Al viejo se le metió en la cabeza que estudiara leyes, en Penco; pero me gustaba más la remolienda... ¿Qué le íbamos a hacer? Y me cortó el agua, cuando supo que me rajaron... Tuve que hacer de tripas, guatas y quedarme. Algo aguanté por allá... hasta relojero fui en San Rosendo... En las vacaciones me vine a Callivoro, el fundo del caballero... El viejo me perdonó y me entregó uno de los fundos, porque tiene cuatro. ¡Que lo diga éste!

Meza asintió obsequiosamente a las aseveraciones de su amigo:

—Como no, señor! Callivoro son cuatrocientas cuabras regadas, lo menos. Don Héctor Marín es el mayor contribuyente de la Comuna...

Mateo lo escuchaba interesado y trataba de recordar a aquel muchacho, perdido en la vida y que aparecía de pronto frente a él tratándolo como si una larga amistad los uniese. Sigue casi igual que en el Liceo, piensa, con su cara redondita de chileno lampiño. Hay en él algo de herrumbroso, de gastado, que se ve en la calvicie prematura que avanza en los extremos de la frente, en su voz cascada, sin timbre alguno y en los ojos abotargados de rojos párpados. Sin embargo, ese hombre está alegre, contento de vivir. No parece preocuparle ningún problema ni inquietarle dolor alguno: ante su vaso de chicha se siente feliz. El, en cambio, tiene en su espíritu una herida incurable, un descontento de vivir que aparece apenas recuerda su vida inútil; esta agria desazón se ha hecho ahora aguda, insufrible. Y apura unos tras otros los vasos de chicha que le sirve solícitamente el tinterillo de Purapel, como si quisiese borrarla de una vez.

La vieja ha entrado a colocar los platos, frente a cada uno de ellos. Lo hace todo calladamente; tiene algo de autómata que aleja en ella la idea de la vida. Y mientras Marín le cuenta a Mateo cómo su padre lo echó del fundo por robarle cada día una oveja y venderle una vaca cada mes, don Juan de Dios Meza sirve la cazuela de ave que humea agradablemente en una fuente de greda oscura: sirve con deleite parsimonioso, muy contento del papel que su amigo le ha confiado.

Pregunta de pronto a Mateo:

—¿Qué presa le agrada, don Mateo?

En su voz hay un respeto amable. Por primera vez le recuerda ese frontal sollamado y granujiento la cara de don Casimiro Meza, el Oficial Civil de la Huerta. Se lo pregunta para manifestarle interés; él responde con una sonrisa complaciente:

—Es hermano mío, señor. Me lleva dos años. Para mí como si no existiera... pero mejor no quiero hablar...

Marín completa la explicación:

—Le birló el puesto de Cura Civil que le habían ofrecido, cuando murió don Juan Correa; pero como los radicales perdieron la elección se hizo pechoño y el cura se lo consiguió...

Meza hizo una mueca despreciativa:

—Es un tráfuga, dijo muy contento de su palabreja. No hace más que seguir como cordero aguachao a on Carmen y a on Primi; y les sirve de tapadera pa too; ¡Es mucho, señor!

Meza hace una observación cómica a su amigo:

—El que deja de andar, atrás se queda, on Juan de Dios...

Al terminar la comida, Mateo siente que su cabeza da vueltas; las mejillas le arden y lo acomete como una obsesión el deseo de alejarse de sus amigos. Aquellos vencidos, parias de los campos, le producen un profundo malestar. Se le ocurre, por un momento, la idea de que lo ensucian con sus caras viciosas y sus ojos enrojecidos por el alcohol. Se levanta decidido.

—Me voy, querido Marín. El campo está lejos y yo me vine a pie de Millavoro. Tendré el gusto de tenerlo por allá... antes de irme.

Pero Marín vuelve a sujetarlo por los hombros; y lo sienta de nuevo en la silla con su amabilidad pegajosa de borracho:

—Déjese de leseras... Usted duerme hoy en Purapel... Hay que dar una vueltecita de cueca... Se irá mañana a Millavoro... con la fresca.

Para celebrar su condescendencia, esta prueba de amistad que ha dado a sus amigos, empinan los vasos llenos de nuevo.

Juan de Dios Meza le dirige una pregunta inopinada:

—¿Usted se puso bien con don Carmen, no?

Mateo respondió vivamente:

—Ni siquiera lo he vuelto a ver desde la pelea, cuando llegó dándose las de patrón... Se ha perdido el hombre...

—Lo aguachaste al tiro, observó Marín, tuteándole. Estos huasos son todos iguales; por fuera facha y por dentro hilacha.

—¿Por qué me preguntaba, señor Meza?

—Porque vi a Juan Rulo, el de Gupo, la tapaera de on Carmen, en su caballo... el tordillo que montaba aquel día...

—Ah, sí, se lo presté a Milla para que viniera a la fiesta de San Francisco.

Había quedado silencioso después de esta respuesta disimulada. Una ola de rencoroso despecho subía acre, agudizada por el alcohol, hasta su cerebro, ahogando toda responsabilidad. Golpeaba a Milla con furia, con sordo encono. Quizá ya se entendía con don Carmen, antes de echar el chiquillo al mundo. Decidía, para vengarse, hacer salir la escuela del fundo e instalar en su lugar a la chiquitina rubia que lo guiaba, en la noche de otoño, oliente a uvas maduras, hacia su choza lejana. Contó sus amores con todos los detalles, agregando otros de su cosecha. El se había aprovechado de la chiquilla sin importarle gran cosa, para molestar al huaso cochino y ladrón que pretendía dominarlo como a todos los aldeanos miedosos de Purapel, con sus artimañas de tinterillo. Pero se había encontrado con la horma de su zapato y había recibido su lección. Guardaría, seguramente, un buen recuerdo de las bofetadas recibidas.

Marín se entusiasmaba dando golpes en la mesa:

—Eso es, amigo, no hay que dejarse atropellar...

Meza sonreía con su sonrisa de parásito, sumisa y complaciente. Aquella energía que aplastaba a sus contrarios lo llenaba de placer; era una venganza que él no podría tomar nunca.

El no pensaba quedarse en Millavoro. No había nacido para el campo. Esa lucha mezquina por un mendrugo era para otra clase de gente, para esos pobres diablos que se creen potentados porque tienen una viña y media docena de ovejas.

Marín, completamente borracho, asentía con enérgicos golpes:

—La pura verdad... Estas gentes de Purapel son unos degenerados... unos perdidos... Por fuera fachá y por dentro hilacha.

Esta vez Meza protestó débilmente:

—Si hay gente honorable, on Héctor... Hay excepciones...

—No, señor... ¡qué sabe Ud! Todos son unos degenerados, Ud. y yo también. Sí, señor... Duermen hasta con las hermanas y tienen hijos de ellas... Por eso no hay casa donde no haya un tonto. Con decirle que el primero que vino

por aquí, un tal Aravena le hizo una zancadilla a otro capitán amigo, a cuya concesión le faltaba un requisito y se quedó con todos estos campos hasta la costa... Todos descendían de un ladrón. Por ahí anda un gallo, unos de los descendientes, que sale a la calle con un paquete; y al que encuentra le endilga la pregunta: «Si adivinas lo que llevo aquí, te doy un racimo». ¿Ha visto qué divertido?

Se puso a reír de pronto, como si algo muy gracioso hubiera pasado por su memoria. Se acercó a Mateo, golpeándole el hombro:

—Yo le administro el fundo, don Mateo (le dió repentinamente este tratamiento respetuoso) y me quedo con la chiquilla y le cuido al huachito... A on Carmen lo dejamos de aquí (Hacía vibrar la uña del dedo pulgar entre sus dientes). On Meza quea de mayordomo ¿Le gusta, don? Si no le gusta se manda cambiar, no más... Le mandaré un cordero...

Se calló de pronto, sus ojos se cerraban; respiraba dificultosamente con la boca entreabierta; la cabeza se fué escurriendo hacia un lado y después de un ronquido áspero y ruidoso como el estornudo de un caballo, se recostó de lado en la mesa llena de chicha. El tinterillo cabeceaba ya frente a su vaso, eructando, en la actitud comedida del que quiere disimular su borrachera. Una columna recta de humo salía por el tubo roto yapestaba el ambiente con su olor a petróleo.

Mateo sintióse desoladamente triste, la cabeza envuelta en brumas: un hipo seco, indomitable, le apuñaleaba el pecho. Por el momento no tenía más deseo que abandonar a los dos borrachos repugnantes que dormitaban sobre los restos de la chicha; experimentaba contra ellos una ira sorda como culpándolos del fracaso de su vida. Levantóse de su silla con grandes precauciones y salió a la calle. Un gran silencio reinaba en la aldea: un airecillo puro de montaña empezaba a mover las pesadas capas de aire, llenas de las exhalaciones de la muchedumbre de romeros que dormían su borrachera en las calles y en los caminos comarcanos. Las estrellas tenían ya esa limpidez fija, cristalina, de las horas cercanas al alba: el halo traslúcido del menguante brillaba sobre la masa azul de Name, hacia el poniente.

Mateo atravesó casi sin conciencia la plaza de la aldea para entrar al camino. El aire fresco había terminado de marearlo; y allá, en un puntito apenas claro de lucidez, veíase tambaleando por las negras calles silenciosas de Purapel; en un solar clarineó un gallo, después de agitar sus alas con ruido seco; bultos informes de huasos, arrebozados en sus ponchos, borroneaban la sombra desteñida en cuyo seno palpitaba ya la claridad. Carraspeó un viejo: quizá un enfermo que no había podido dormir. Cuando entró en la carretera, donde sus pies se hundían en la tierra humedecida por el relente, lacios, pesados, ingobernables, la sombra había perdido su negror reluciente: era una semi tiniebla la que flotaba ahora, donde empezaron a estomparse sin contorno alguno las manchas de los cerros y de los árboles cercanos: un silencio desconcertante cerníase sobre la inmovilidad del paisaje.

Mateo avanzaba soñoliento: la chispita lúcida que aun fluctuaba en su espíritu guiábalo a tientas, trabajosamente, a tropezones; pero ella, divino retazo de cordura en la noche del alcohol, veía hacia adelante, hacia los matorrales, por los cuales caracoleaba el sendero del fundo; atrás, una sombra elástica corría por la cerca sin perderlo de vista: era como un reflejo borroso de todos sus pasos y titubeos.

Mateo tropezó con un huaso que dormía boca abajo, resoplando fuertemente en el polvo; su caballo, a dos pasos, dormitaba, inclinada la cabeza y clavado sobre sus cuatro patas esparrancadas como sobre cuatro montantes; vaciló un segundo, balanceándose como si fuera a perder el equilibrio; luego orilló el cuerpo por la cabeza del borracho y siguió su camino hacia la empalizada de ramas que separaba los potreros de la carretera.

A la media cuadra lo detuvo otro obstáculo: en la tierra oscura blanqueaba el ancho vientre desnudo de una muchacha, alargado en recios muslos morenos; el refajo mísero tapaba el rostro; las medias burdas se arrugaban en los tobillos. La embriaguez había conservado intacta la violación brutal, al pasar los romeros ebrios por el camino solitario, a la vaga claridad de las estrellas del alba.

Mateo sigue su camino; pero algo brutal y ciego se ha removido en su carne al ver el cuerpo indefenso donde ne-

grea impúdicamente el triangulito del sexo; entre los párpados soñolientos se ha quedado prendida la visión de los muslos recios y la insaciable furia de los peregrinos borrachos que cubrieron la cabeza de la muchacha como a las mulas de carga de sus tropillas.

La lucecita estaba a punto de apagarse, allá en el limbo de lo subconsciente; poco a poco había ido aproximándose hasta la cerca; allí se detuvo un segundo, apoyándose en los palos; se imaginó que llegaba a la tranquera de Millavoro y pasó al otro lado: era una vereda angosta que conducía a la montaña; la sombra que lo seguía ejecutó el mismo movimiento algunos metros más allá.

El alba tornábase blanca; la sombra azul: el contorno de la montaña se precisó en el fondo del cielo; pero la tierra permanecía aún envuelta en borrosas medias tintas, en despojos de noche enredados entre los árboles y cañadones abruptos.

Sus hombros golpeaban los follajes; sus pies lacios tropezaban en las raíces salientes de los árboles: unas diucas, sobre su cabeza, lanzaron algunos trinos rápidos, frescos, empapados de rocío. La lucecita estaba aún adherida a su cerebro; hacía pasar frente a él el calor del lecho, la cabeza sana, sin los desequilibrios de la embriaguez, la figura de Milla, el rostro duro de on Carmen Lobos, la barba torva de on Juan Rulo, galopando en su tordillo por las calles de la aldea, la brutal impudicia de la aldeana borracha, al borde del camino. Se detuvo, agarrándose torpemente de los follajes fríos, bascas ácidas convulsionaban su estómago y ponían en su boca una suciedad de algodones húmedos; su cabeza giraba con un zumbido sordo y tenebroso. Su cuerpo se fué inclinándose insensiblemente hacia los follajes; de entre ellos surgió un brazo humano, que describiendo una rápida curva cayó sobre la espalda: su cuerpo, detenido un momento por la presión del puñal, se desplomó a tierra, quebrando gajos secos; manos invisibles y sigilosas lo arrastraron hacia el interior del bosque; una tuta carcajeó entre los árboles, emboscándose asustada.

En el aire frío de otoño, las diucas albórotaron con su ruidosa greguería matinal como si las excitase la violenta explosión de claridad que del violeta oscuro pasaba a un púrpura cálido y vibrante. Cuando espejeó el primer rayo de sol, los gorjeos se callaron poco a poco; una lloica, parada

en la copa de un espino, lanzó entonces su chirri chi-chi soleado y alegre: su garganta rojeó al contacto de la luz, como si ésta hubiera empapado las plumas descoloridas con un rosado vellón de aurora.

XXIV

LOS JOTES DE MILLAVORO

El día de San Francisco fué para Milla desagradable y amargo. Recordaba otros años en que, jovencita, sin pensar en los hombres y en el porvenir material, siguió la procesión al lado de su madre y luego, la comida alegre en casa de on Carmen Lobos, cuya mujer aun vivía. Los tiempos eran otros. Campechanamente el cura Olguín le había hablado de su ingratitud para don Carmen Lobos. ¿Qué sería de ella el día en que se fuese el loncomillano? ¿A quién recurriría su padre, su padre indefenso si ella pretendía, como lo había sabido en la aldea, irse con el joven? Ya se había hablado al nuevo juez y había prometido obstaculizar cualquier demanda que se entablase para defender sus derechos. Sus amigos de Purapel la recibirían como antes, porque *la estima de los años no se acaba así no más*, y sin remordimiento alguno llegó otra vez a la casa de las Espejo la mañana de la fiesta. Su tosca sensibilidad no se reprochaba el haber dejado completamente solo en el campo a su amante de la primavera y del verano. Aquel muchacho rubio y delicado, de voz femenina a pesar de sus fuertes músculos, que no sabía formarse amigos, que no iba a misa los domingos, que miraba las faenas del campo con una curiosidad distraída se había convertido para ella en un extraño; el espíritu del joven no había penetrado en su espíritu; solamente sus cuerpos se unieron sugestionados por el imán de la juventud y bajo el influjo de la tierra y del aire. Su pereza, su sentimental-

dad, la ausencia del espíritu de lucha que la pasión había borrado aparecían ahora claros; no eran esos atributos masculinos para su alma ruda de campesina que prefería la realidad presente al mañana inseguro. Nació en ella un extraño desvío por el macho, una repugnancia instintiva por las cosas del sexo. La vida que empezaba a germinar dentro de su cuerpo, que rasgaba poco a poco sus carnes, haciéndola más pesada, más fuerte, llegaba también a su cerebro aferrándolo al terruño, suavizando las asperezas del medio primitivo, las mezquindades del diario vivir.

On Carmen, que había estado a las diez de la mañana en la casa a saludarla, le habló sin rencor, con su bonachonería peculiar, aunque dirigía ojeadas sin disimulo a su cuerpo deformado, a su seno virgen que se levantaba redondo, lleno de la expansiva generosidad de los jugos maternos. Parecía echarlo todo al olvido, pero Milla no se engañaba respecto de esta tranquilidad aparente; por sus ojos fríos y crueles pasaban reflejos de odio. Su vanidad de cacique dominador, de caudillejo de aldea no perdonaría nunca al que le había quitado la hembra y lo había echado del fundo como a un inquilino despedido por inservible; pero Milla comprendía también que on Carmen la deseaba siempre y ella se aprovecharía como antes de su pasión.

A las cinco volvió on Carmen agitadoísimo a la casa. Ordenó que ensillasen el caballo tordillo. En la puerta tuvo una larga explicación con un soldado de policía que llevó el caballo de tiro. Milla oyó impensadamente la última recomendación:

—Si no lu'encontray en el rancho, lo buscap en el bajo... Que se venga altirito p'acá... Lu'espero en el cuartel...

Luego se frotó satisfecho sus manos regordetas. Sacóse su pesado guarapón de parada y se enjugó con deleite la frente perlada de sudor. Creíase solo, pues murmuró entre dientes:

—Ahora no t'escapay, futre apareció... Ahora me las pagarís toas...

Se trataba de Mateo, no cabía duda. ¿Habría venido acaso el joven a la aldea? Ella no podría averiguarlo sin que las sospechas de on Carmen se despertasen. Sabía muy bien adónde llegaba el odio en los habitantes del valle. Quería

librarlo del peligro que lo amenazaba, sin que en la aldea se diesen cuenta que había sido ella. Advertirle que no podía quedarse en el campo después de la procesión de San Francisco era su deber; y desde ese instante, inquieta, sobresaltada, sólo pensó en avisar al joven que debía marcharse a Villa Alegre por el camino de la Puntilla. On Carmen no pensaría en hacerlo matar en el mismo fundo.

Llamó a Quicho; y cuando el niño le dijo que el tordillo lo había mandado ensillar don Carmen, su cólera estalló: ¿Era posible un cinismo tal? ¿Emplear el mismo caballo del joven para tenderle una celada que seguramente sería su muerte? Observó secamente:

—On Carmen sabe que ese caballo no es del fundo...

Contestó Hortensia desde el jardín, donde cogía flores para renovar los altares en la noche; atendía a la escena sin perder un detalle:

—Ensille el mío, con la silla vieja de on Carmen...

Su tono era también seco y cortante. Su egoísmo de jamaica, cuya comodidad material dependía de sus atractivos de mujer, no perdonaba a Milla la seducción de su frescura juvenil.

—Es que a on Carmen le gusta abusar, respondió Milla con igual sequedad.

—Usted no tiene derecho a quejarse, niña, contestó enconadamente la aldeana.

Milla se acercó entonces, agresiva, fulgurantes los ojos de oro.

—De qué no debo quejarme, ¿oiga?

Pero Hortensia, súbitamente acobardada, evadió la respuesta llamando a su hermano:

—Chilo, Chilo, ordenó en voz alta; ensilla la yegua con la montura vieja de on Carmen y le ponís los peleros de la mía.

Llegaron al fundo al ponerse el sol. Milla andaba apenas, flojas las piernas y apretados los labios. Quicho, que iba a su lado, mirábala sin cansarse; en sus ojos brillaba el asombro. No era esa su hermana, la que corría loca e infatigable por los faldeos en los buenos días de primavera, recogiendo

los geranios y saltaojos que encontraba a su paso; ahora su pie torpe los aplastaba sin mirarlos. Varias veces se había parado a esperar a su padre para que hiciera caminar a la lerda yegüita de Hortensia Espejo.

Poco antes de entrar a las casas lo hizo adelantarse:

—Anda a ver si está ahí el señor Mateo...

Corrió a las casas viejas del fundo. Una chispa de luz había pasado por su cerebro. ¿Esa era la causa del cambio de su hermana? La puerta estaba abierta y la cama deshecha. Mateo no parecía por ningún lado.

Trascurrieron tres días. No tuvo ni siquiera una noticia de él. Nadie se acercó por las casas, ni el propio on Varo que anteriormente venía todas las tardes a recibir órdenes del patrón. Andorreaba nerviosa e inquieta dentro de la escuela. Cada movimiento del niño en su vientre parecía una protesta y una reconvención. ¿Por qué había sido tan dura con él? ¿Por qué no le explicó francamente que debía marcharse, sabiendo de lo que eran capaces los purapelinos cuando tenían la impunidad a las espaldas? Al verlo aquel día había subido a su cabeza una cólera agresiva e indomitable. Debo ser muy mala, culpábase ingenuamente, cuando aquel hombre que la había poseído le producía sólo la impresión de una visita que molesta y no hay modo de alejar; sin embargo, lamentaba ahora su injusticia y frente a la jaula de las tórtolas venían a su memoria los primeros días de sus amores; la voz del joven que susurraba a su oído: zurzulita! y la laxitud ardiente que, en la primavera, paralizaba sus miembros en una modorra deliciosa. El otoño había apagado el arrullo en sus buches desinflados y adormecía las cabezas vivarachas: quizá añoraban los cerros lejanos y las cápsulas agrias de los lingües, en el brumoso azulear de las tardes otoñales en cuyo ensueño el viento musicaliza la caída de oro de las hojas viejas. Y este recuerdo hacía aún más doloroso su remordimiento. No le cabía duda que on Carmen se había vengado de Mateo haciéndolo matar por la espalda. Nadie investigaría la desaparición del joven que un día llegó a los cerros, confiado y bondadoso para no salir nunca más del valle estéril, erizado de quiscos espinudos y lleno de la astucia rapaz de los zorros montaraces. ¿Quién sabría sino ella que vivió y amó ardientemente y creó la vida que palpitaba en su carne?

En la mañana del cuarto día presentóse on Varo con el tordillo que enviaba oña Tencha; Milla salió a su encuentro:

—¿No ha visto al señor Mateo, on Varo?

—A noticiarme venía, iñorita, yo tamién. Hay sabío que lo vieron pa la fiesta en la plaza con el hermano e on Meza y con el preceptor, el hijo e on Marín. Di'hay e perdío el rastro... Pa mí que ha seguío a Loncomilla a lo del vino.

—¿Y en qué caballo, on Varo? Si el tordillo lo trae usted aquí...

—Eso mesmo icía yo, misiá Ludomira... El nu'es pa andar a pie tanto camino... Yo venía al vasijo el vino. Los lagares nu'han de respirar, digo yo... Di'hay me llevo la yegua e oña Tencha, si a su mercé le parece.

Tuvo un súbito arranque de despecho al oír el nombre de su amiga, pero se contuvo:

—Llévesela... Pase a la bodega on Varo... La Gumer-sinda lo puede ayudar.

A la media hora apareció on Varo de nuevo. Milla lo esperaba en el corredor. Mandaría a on Varo a Purapel, a casa de Marín para que éste diese noticias del joven. Su decisión estaba tomada. Ya no le importaba lo que on Carmen pudiera decir más tarde de su intervención en este asunto que, según la costumbre del valle, debería sepultarse en el olvido para siempre; ser mudo y sordo era el tácito acuerdo de los ranchos, cuando se trataba de alguna de estas venganzas, en que un caciquillo de aldea era el protagonista; pero el que salía de la bodega era otro on Varo enteramente transformado: alta la cabeza y chispeantes los ojos; sus manos toscas accionaban con extraordinaria viveza, confirmando sus palabras:

—Hay que cambiarlo al tiro de vasija pa que no se avinagree, misiá Ludomira. ¡Buena la suerte del patrón! Güenazo el caldo, mire!

Milla comprendió con desaliento que no podía confiarle ningún encargo al campesino. Lo interrumpió con cólera vengativa:

—¿Y para cuándo va dejar el trasvasijo, entonces?

—Pa cuando vuelva el patrón... Pa mí que se fué a Loncomilla a lo del vino...

Intentó cinchar su caballo, el Conejo, de largas orejas

asustadizas; pero el esfuerzo lo hizo caer con todo el peso sobre la cabalgadura. Esto le produjo una hilaridad histérica que lo entorpecía grotescamente:

—Ya me fuí a mariar... Pucha que tengo mala cabeza! Usted disculpe, misiá Ludomira, babeaba hipando.

La Pascuala, que llevaba un balde de agua del esterillo a la cocina, se detuvo en medio del patio para mirar algo inusitado en el cielo claro de otoño:

—Mire que hay jotes, misiá Ludomira, p'al lao e Gupo! notició de pronto.

El campesino levantó también sus pupilas turbias hacia arriba:

—¡Qué tupición de jotería! ¡Alguna yegua trillaora ha de ser!

En la serena claridad del aire otoñal, levemente opacado por la niebla en suspensión, que el sol anémico no alcanzaba a disolver, los jotes volaban en perfecta simetría describiendo círculos separados que disminuían más a cada instante; bajaban poco a poco, con grandes precauciones, atraídos por el olor de alguna carroña que se descomponía entre los árboles del bosque: era una perfecta camaradería la que reinaba entre ellos; por la lenta seguridad de sus evoluciones pensárase que había carne para todos, que no había por qué atropellarse ni pelear. Insignificantes, no mayores que una paloma los que estaban sobre los cerros, a pleno aire; confundidos con el bronce oscuro de los bosques los que se aproximaban a la tierra.

Milla mirábalos fijamente; su rostro, que la preñez moteaba de pecas oscuras, se iba poco a poco inmovilizando en un estupor doloroso. Corrió de improviso enloquecida por el corredor, martirizando sus dedos convulsos, sin apartar los ojos espantados del aire luminoso que punteaba el vuelo de los jotes.

—Ahí está, ahí está. ¡Los jotes lo han olido!

Bajó de un salto al patio y corrió hacia el camino de la montaña. Quicho, que hacía una honda en el corredor, la siguió asustado. En su carita tostada y montaraz pintábase un vago terror, el reflejo impreciso de la tragedia que flotaba sobre Millavoro.

La Pascuala, consternada subió a avisar al ciego. Gumi,

abierta su boca negra, miraba estúpidamente el vuelo de los jotes con un plato en la mano. On Varo se había quedado dormido de pie, la cabeza apoyada en su montura. El *Choco*, movía su colita, acercándose ya a uno ya a otro, como si quisiese enterarse de ese tumulto que agitaba a los amos y que él no comprendía.

El ciego llegó hasta el borde del corredor, arrastrando sus zuecos. Su palo amenazaba al vacío. Su voz afónica sólo emitía ruidos cascados, como cuerdas flojas:

—Milla, Milla, vení p'acá te digo!

Y agregaba con un egoísmo cruel y siniestro, la ley del valle:

—Pa qué se mete en lo que no le importa esta chiquilla lesa!

Jadeante, tropezando a cada paso en las piedras sueltas, Milla atravesaba las veredas hojosas del bosque. Quicho había tomado la delantera, apartando las quilas o quebrando ramas para que pasase libremente su hermana. De vez en cuando volvíase a mirarla; reflejamente se había comunicado al niño la excitación trágica que angustiaba a Milla; su boquita alargábase compungida como si contuviese un sollozo.

Al salir del bosquecillo y ascender un pequeño declive sin árboles, la niña no pudo continuar: una palidez sudorosa se había extendido por su cara; su vientre removido palpitaba como si el corazón hubiese bajado a él creciendo desmesuradamente; el niño, al desplazarse, parecía empujar el estómago y una saliva amarga y viscosa se escurría por las encías secas. Sus ojos velados no se apartaban, sin embargo, del cielo donde seguía la incansable evolución de los jotes. Quicho se acercó a ella cariñosamente:

—¿Qué tiene hermanita?

En su voz quebrada había una ternura temblorosa, expectante; ella, enternecida, pasó sus manos por los ásperos cabellos.

—No es nada, Quicho. Hay que seguir más aentro, hasta esos pájaros... que no se lo vayan a comer.

Procuraba no pronunciar el nombre de Mateo y el niño entendía perfectamente.

Volvieron a emprender el camino. Atravesaron otro calvero; grandes robles aislados se alineaban correctamente en el declive del faldeo. En el ancho boquerón de un tronco viejo zumbaba una colmena silvestre. La expresión llorosa del niño desapareció a su vista; chasqueaban sus labios voraces al recuerdo de la miel; pensó, sin apartar los ojos del troncón ceniciento y zumbador, que volvería esa misma tarde a buscar el panal. Entraron a la selva; sobre sus cabezas, los jotes rozaban, con sus anchas alas, de rígidas penas abiertas o con sus patas encogidas las copas opulentas de avellanos y arrayanes. Su vuelo ruidoso había ahuyentado a los pájaros del bosque; sólo se oía el silbido áspero de sus alas o el choque seco con los tiesos follajes otoñales. Gritos bravíos, roncós, resonaron de pronto como salvajes aullidos de pelea en las umbrías silenciosas. Los jotes se elevaban asustados sobre las copas de los árboles; al moverse las hojas un verdor dorado palpitaba en los troncos y dibujaba en la yerba arabescos temblorosos.

Milla y Quicho se detuvieron.

—Es Samuelón, musitó el niño.

Entre unas quílas secas veíanse sus espaldas harapientas inclinadas en la maraña de vástagos y hojas. Milla divisó las suelas grises de unos zapatos abiertos rígidamente hacia los lados. Se detuvo, tomándose al niño. Samuelón volvió su cabeza desgredada y horrible, al sentir el ruido de las hojas pisadas. Se enderezó de un salto al reconocer a Milla; sus largos brazos manoteaban en el vacío.

—Trapi, Trapi, Trapi, gruñía engarfiando furiosamente sus dedos monstruosos, en una pelea a muerte.

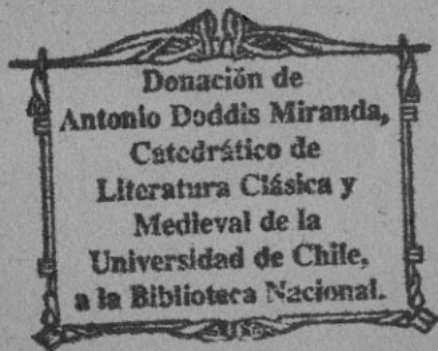
Milla inclinóse para ver el rostro de Mateo. El resto del cuerpo no se veía, cuidadosamente cubierto por las quílas, salvo los pies que estaban fuera del matorral. Los labios no existían; la risa forzada daba a la cara, de una blancura sucia de papeles mojados, una mueca de burla rabiosa; un trozo de camisa ensangrentado mostraba, en el omoplato, el zarpazo del corvo; legiones de hormigas de hinchado abdomen correteaban en las viscosidades negruzcas pegadas a la ropa, dándole al hombro las apariencias de una convulsión.

Las manos tiesas de Milla, animadas de un temblor epi-

léptico, golpeaban su cara; un gemido infantil se escapaba por entre sus dientes apretados. Quicho aferrábase lloriqueando a sus vestidos. De pronto la niña se echó hacia atrás, lanzando un alarido estridente; sus piernas se doblaron y cayó de rodillas en la yerba. Un agudo pinchazo había atravesado su vientre. La vida removíase furiosa dentro de él y el espanto que deformaba sus facciones pareció fundirse repentinamente en una luz penetrante, divinizada, que sonrió en su boca y dió a las manos convulsas armoniosa dulzura al palpar el sordo latido que hinchaba su vientre.

Samuelón saltaba a su alrededor, y como si de pronto una escena olvidada acudiese a su memoria, llenándolo de alborozados recuerdos, movía su dedo informe en dirección al bosque, mascullando monótonamente:

—Manqui, Manqui, Manqui!...



INDICE

	Págs.
I. La herencia.....	7
II. El viaje a Millavoro.....	17
III. El amanecer.....	30
IV. La aldea.....	38
V. Samuelón.....	55
VI. Zurzulitas.....	66
VII. Milla.....	80
VIII. El ciego de Millavoro.....	87
IX. La Calambrienta y Samuelón	95
X. Luz de luna	111
XI. Cóguiles de maqui.....	115
XII. Mateo.....	126
XIII. La fiesta de la escuela	132
XIV. El rapto	149
XV. El Manqui y el Trapi.....	158
XVI. La noche	164
XVII. La sequía	170
XVIII. El velorio.....	179
XIX. On Juan Rulo	195
XX. Un tinterillo de los campos	209
XXI. La vendimia.....	216
XXII. La procesión de San Francisco... ..	228
XXIII. El condiscípulo de Purapel.....	246
XXIV. Los jotes de Millavoro	257